After YOU

A Novel



The long awaited sequel to
Me Before You

Esta traducción fue hecha sin fines de lucros.

Es una traducción de fans para fans.

Cuando el libro salga a la venta, apoya al autor comprándolo.

¡Disfruta la lectura!




STAFF

COORDINADORA DE TRADUCCIÓN

Cynthia A.

COORDINADORA DE CORRECCIÓN

Maritzel D.

TRADUCTORAS

Yada L.
Stephanie G.
Jenn D.
Katherine H.
Cristina B.
Cynthia A.
Eleanne T.
Maria S.
Aide CM.

CORRECTORAS

Maritzel D.
Cynthia A.
Criz N.
Hansol C.
Noelia L.
Victoria M.
Abril A.
Agustina L.





DISENO

Paula G.



NOTA

Esta es una traducción hecha por fans de «Yo antes de ti», organizada por la fan page de FB /Yoantesdetii, en colaboración con el grupo de traducción **Argo III**

ÍNDICE





CAPÍTULO 1

El hombre grande en el extremo de la barra está sudando. Sostiene la cabeza baja sobre su doble whisky y cada pocos minutos él levanta la mirada hacia la puerta, y un fino brillo de sudor aflora en la tira de luces. Deja escapar una larga y temblorosa respiración disfrazada como un suspiro y vuelve de nuevo a su bebida.

—Hey, ¿Disculpe?

Levanto la mirada del fregadero[1].

— ¿Puede traerme otro trago?

Quiero decirle que realmente no es una buena idea, que eso no ayudará. Que incluso puede llevarlo al límite. Pero él es un tipo grande y faltan quince minutos hasta la hora del cierre, y de acuerdo con las directrices de la empresa, no tengo ninguna razón para decirle que no. Así que camino, tomo su vaso y lo sostengo hasta mi ojo. Él asiente con la cabeza en la botella.

—Doble —dice y desliza su mano gorda por su rostro húmedo.

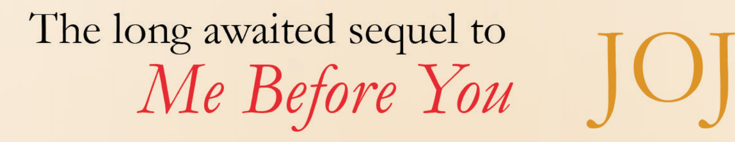
—Serán 27 libras, por favor.

Son las 10:45 de un martes por la noche y el Shamrock y Clover, el bar con temática irlandesa del aeropuerto al este de la ciudad, que es tan Irlandés como Mahatma Gandhi, está tranquilo por la noche. La barra se cierra diez minutos después de que el último avión sale, y ahora mismo soy sólo yo, el intenso joven con su laptop, las dos mujeres que ríen en la mesa 2, y el hombre que bebe su doble Jamenson[2] y espera el vuelo SC107 a Estocolmo y DB224 a Munich, el último de los cuales se ha retrasado durante cuarenta minutos.

[1] Área donde se lavan los trastes

[2] Un whiskey irlandés.





He estado aquí desde el mediodía, ya que Carly tenía un dolor de estómago y se fue casa. No me importó. No me importa quedarme hasta tarde. Tarareando suavemente los sonidos de las *Gaitas Celticas de la Isla Esmeralda Vol. III*, camino y recojo los vasos de las dos mujeres, que están mirando fijamente algún video en el teléfono.

—Mi nieta. Cinco días de nacida —dice la mujer rubia, al tiempo que estira la mano por la mesa para agarrar su vaso.

—Es hermosa. —Sonrío. Todos los bebés parecen panecillos de pasa para mí.

—Ella vive en Suecia. Yo nunca he estado ahí. Pero tengo que ir a ver mi primera nieta, ¿no?

— ¿Te unes a nosotros en un brindis? Vamos, quítate una carga por cinco minutos. Nunca vamos a terminar esta botella a tiempo.

— ¡Uy! Aquí vamos. Vámonos, Dor. —dijo alertada por la pantalla, recogen sus pertenencias y quizás soy la única que nota un leve tambaleo mientras se dirigen a la línea de seguridad. Pongo sus vasos en la barra, exploro alrededor para ver si hay otra cosa que lavar.

—Entonces, ¿nunca te ha atraído? —La mujer más pequeña regreso por su bufanda.

— ¿Perdone?

—El caminar por ahí, al final de tu turno. Subirte a un avión. Yo lo haría —Se ríe otra vez—, cada maldito día.

Sonrío, la clase de sonrisa profesional que podría transmitir nada en absoluto y me doy la vuelta hacia la barra.

***

Alrededor de mí la concesión de tiendas están cerrando por la noche, las persianas de acero golpean estrepitosamente hacia abajo cubriendo los costosos bolsos y regalos de emergencia. Las luces parpadean en las puertas 3, 5 y 11, el último día de los viajeros les guiñe favorablemente su camino hacia el cielo de la noche. Violet, la limpiadora congoleña[3], empuja su carro

[3] Palabra para referirse a una persona nativa de Congo.



de limpieza hacia mí con un caminar lento, y sus zapatos de suela de goma chillan en el brillante piso de Marmoelum.

—Buenas noches, querida.

—Buenas noches, Violet.

No deberías estar aquí tan tarde, cariño. Deberías estar en casa con tu familia.

Me dice exactamente la misma cosa cada noche.

—Por ahora no —respondo con estas palabras exactas cada noche. Satisfecha, ella asiente y sigue su camino.

El Intenso Joven de la Laptop y el Bebedor Escocés se han ido. Termino de apilar las copas y compruebo el dinero en efectivo hasta un máximo de dos veces para asegurarme de que coincide con lo que está en la caja registradora. Veo todo lo que hay en el libro, compruebo el almacén surtidor, anoto lo que necesitamos para realizar un pedido. Es entonces que me doy cuenta de que el abrigo del hombre enorme aún está por encima de su taburete en el bar. Camino y miro hacia el monitor. El vuelo a Munich abordaría sólo si me sintiera inclinada a llevar su abrigo hasta él. Miró de nuevo y, a continuación, camino lentamente hacía los baños de caballeros.

— ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

La voz que surge es estrangulada y está al borde de la histeria. Empujo para abrir la puerta. El Bebedor de Whisky está doblado sobre el lavabo, mojando su cara. Su piel es como tiza blanca.

— ¿Están llamando a mi vuelo?

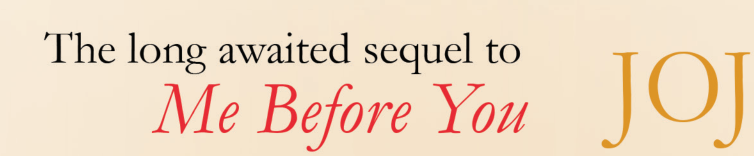
—Están abordando. Probablemente tenga solo unos minutos.

Me dispongo a irme, pero algo me detiene. El hombre está mirándome, sus ojos son como dos pequeños botones de ansiedad. Sacude la cabeza.

—No puedo hacerlo —Agarra una toalla de papel y se limpia la cara—. No puedo subir al avión.

Espero.





—Se supone que debo viajar para conocer a mi nuevo jefe, pero no puedo. No he tenido las suficientes agallas para decirle que tengo miedo a volar —Él sacude su cabeza—. No estoy asustado, estoy aterrorizado.

Dejé que la puerta se cerrara detrás de mí.

— ¿Cuál es su nuevo trabajo?

Él parpadea.

—Uh... piezas de coche. Soy el nuevo Gerente Superior Regional de soporte de repuestos para los Motores de Búsqueda.

—Suena como un gran trabajo —digo—. Usted tiene… los soportes.

—He estado trabajando durante mucho tiempo —Traga con fuerza—. Por eso no quiero morir en una bola de fuego. Yo no quiero morir en una bola área de fuego.

Me siento tentada a decirle que no sería en realidad una bola de fuego, sino más bien un descender rápido, pero sospecho que eso no lo ayudará realmente. Se moja la cara otra vez y le entrego otra toalla de papel.

—Gracias. —Suelta otro aliento inestable y se endereza, intentado recomponerse—. Apuesto a que usted nunca vio a un hombre adulto comportándose como un idiota, ¿verdad?

—Unas 4 veces al día.

Sus pequeños ojos se abren como platos.

—Unas cuatro veces al día tengo que pescar a alguien en los baños de los hombres. Y usualmente tienen miedo a volar.

El hombre parpadea.

—Pero usted sabe, ningún avión de este aeropuerto se ha caído.

Su cuello se dispara hacia atrás.

— ¿De verdad?

—Ninguno.

— ¿Ni siquiera… un pequeño accidente en la pista?

Niego con la cabeza.





—De hecho, aquí es bastante aburrido. Las personas vuelan, van a donde van, y vuelven de nuevo a los pocos días —Me apoyo en la puerta para mantenerla abierta. Estos lavabos nunca huelen bien por la noche—. Y de todos modos, personalmente, creo que hay cosas peores que te pueden pasar.

—Bueno, supongo que eso es verdad.

Considerando esto, mira hacia mí.

— ¿Cuatro veces al día, eh?

—A veces más. Ahora si no le importa, realmente tengo que regresar. No es bueno para mí ser vista saliendo de los baños masculinos muy a menudo.

Él sonríe, y en un minuto puedo ver cómo podría ser en otras circunstancias. Un hombre naturalmente exaltado. Un hombre alegre. Un hombre en la cumbre de su juego de piezas de automóviles continentalmente fabricadas.

— ¿Sabe? Creo que los escucho llamando su vuelo.

—Me parece que estaré bien.

—Lo estará. Es una aerolínea muy segura. Son tan solo un par de horas de su vida. Mire, el SK491 aterrizó hace cinco minutos. Mientras usted camina hacia la puerta de embarque, verá a las azafatas y camareras llegar a su casa y los verá a todos charlando y riendo. Para ellos, estos vuelos son muy similares a los de un autobús. Unos lo hacen dos, tres, cuatro veces al día. Y no son tontos. Si no es seguro, no se subirían, ¿no?

—Como entrar en un autobús —repite.

—Probablemente mucho más seguro.

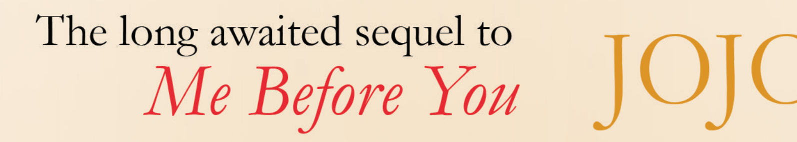
—Bueno, eso es cierto —Levanta las cejas—, hay una gran cantidad de idiotas en la carretera.

Asiento.

Él se endereza la corbata.

—Y es un gran trabajo.





—Lástima que lo pierda, por tan poca cosa. Usted va a estar bien una vez que se acostumbre a estar allí.

—Tal vez lo sea. Muchas gracias…

—Louisa —digo.

—Gracias, Louisa. Eres una chica muy amable. —Él me mira forma especulativa—. ¿Supongo que no… te gustaría… ir a tomar una copa en algún momento?

—Creo que los oigo llamando su vuelo, señor. —digo y abro la puerta para permitirle pasar.

Él asiente, para cubrir su vergüenza, hace unos golpecitos con sus bolsillos.

—Sí. Seguro. Bien… me voy entonces.

—Disfrute de aquellos soportes.

Me toma dos minutos después de que se ha ido para descubrir que él ha estado buscando por todas partes el cubículo tres.

***

Llego a casa a la una y cuarto y me dejo en el piso silencioso. Me cambio de ropa, me pongo un pijama y una sudadera con capucha y luego, abro la nevera, saca una botella de vino blanco, y me sirvo un vaso. Es un sabor muy acido. Estudio la etiqueta y me doy cuenta de que debí haberla abierto la noche anterior y olvidé poner el tapón en la botella, luego decido que nunca es una buena idea pensar en estas cosas demasiado difíciles y me desplomé en la silla.

Sobre la chimenea hay dos tarjetas, una es de mis padres que me desean un feliz cumpleaños. Esos “mejores deseos” de mamá son como la perforación de cualquier herida de arma blanca. El otro es de mi hermana, sugiriendo que ella y Thom vienen para el fin de semana. Tienen seis meses. Dos correos de voz están en mi teléfono, uno es del dentista. El otro no.

Hola Louisa. Soy Jared. ¿Nos conocimos en el Dirty Duck? Bueno, Bien, enganchamos [risa amortiguada, torpe]. Era justo... tú sabes... Lo disfruté. ¿Pensaba tal vez que podríamos hacerlo otra vez? Ya tienes mi número...



Cuando ya no queda nada en la botella, consideré la posibilidad de comprar otra, pero no quiero ir de nuevo. No quiero ver a Samir en la mini tienda de comestibles hacer uno de sus chistes sobre mis interminables botellas de pinot grigio. No quiero tener que hablar con nadie.

De repente estoy cansada, pero este es el tipo de dolor de cabeza que me dice que si me voy a la cama no me dormiré. Pienso brevemente en Jared y en el hecho de que él tenía una forma extraña en las uñas. ¿Estoy molesta con formas extrañas de uñas? Me quedé mirando fijamente las paredes de la sala de estar y repentinamente me doy cuenta que lo que de verdad necesito es aire. Realmente necesito aire. He abierto la ventana de la sala y subo tambaleándome hasta la escalera de incendios hasta que estoy en la azotea.

La primera vez que vine, nueve meses antes, el agente inmobiliario me mostró cómo los inquilinos anteriores hicieron una pequeña terraza en el jardín, punteando alrededor unas jardineras de plomo y un pequeño banco. *—No es oficialmente tuyo, obviamente—* había dicho. *—Pero el tuyo es el único piso con el acceso directo a ello. Pienso que es bastante bonito. ¡Podrías tener hasta una fiesta aquí!—* Me miró fijamente, preguntándose si realmente parezco el tipo de persona que celebra fiestas.

Las plantas se han marchitado hace mucho y han muerto. No soy, por lo visto, muy buena para cuidar cosas. Ahora estoy de pie en el tejado, mirando fijamente en la oscuridad de Londres. A mi alrededor un millón de personas están viviendo, respirando, comiendo, discutiendo. Un millón de vidas completamente separadas de la mía. Es un extraño tipo de paz.

Las luces de sodio brillan como los sonidos del filtro de la ciudad en el aire de noche, los motores, el golpe de las puertas. Desde varias millas al sur viene el lejano sonido de un helicóptero de la policía, explorando la oscuridad para encontrar a un desaparecido malhechor en un parque local. En algún lugar de la distancia una sirena gime. Siempre una sirena. *—No tomará mucho para hacer que esto se sienta como en casa—,* dijo el agente de bienes raíces. Casi me había reído. La ciudad se siente como algo ajeno a mí, como siempre lo ha sido. Pero todo el mundo lo hace en estos días.

Vacilo, luego doy un paso en la barandilla, mis brazos extendidos a los lados, como un equilibrista ebrio. Un pie delante del otro, a lo largo del concreto, la brisa hace un cosquilleo a los vellos de mis brazos extendidos.

Cuando me mudé aquí, cuando todo me golpeó más duro, me atrevía a veces a caminar de un extremo de mi soporte a otro. Cuando llegué al otro extremo me reía en el aire de la noche. *¿Ves? Estoy aquí "manteniéndome viva" justo en el borde. ¡Estoy haciendo lo que me dijiste!*

Se ha convertido en un hábito secreto: yo, el horizonte de la ciudad, la comodidad de la oscuridad, el anonimato, y el saber que aquí nadie sabe quién soy.

Levanto mi cabeza, siento las brisas de la noche, oigo el sonido de la risa abajo y la rotura sorda de una botella, veo el tráfico yendo sigilosamente hacia la ciudad, las infinitas luces traseras, un automotor suministro de sangre. Siempre estás ocupado aquí, encima del ruido y el caos. Sólo las horas entre 3 y 5 de la mañana son relativamente pacíficas, los borrachos se desploman en la cama, los chef del restaurante despegan sus letreros, los pubs cierran sus puertas. El silencio de las horas es interrumpido sólo esporádicamente, por el camión de la cisterna de combustible en la noche, la apertura de la panadería judía a lo largo de la calle, el golpe suave de los camiones del periódico de reparto que dejan caer sus rollos de papel. Conozco los movimientos más sutiles de la ciudad porque yo ya no duermo.

En algún sitio allí abajo hay un Lock-In[4] que está teniendo lugar en el White Horse, lleno de hipsters y East Enders, y una pareja está discutiendo afuera, y a través de la ciudad, el hospital general está recogiendo los pedazos de los enfermos y a los heridos a los que apenas tocaron el otro día. Hasta aquí es sólo aire y oscuridad y en algún lugar FedEx[5] hace un vuelo de carga desde LHR a Beijing y los incontables viajeros, como el Señor Bebedor de camino a algún lugar nuevo.

—Dieciocho meses. Dieciocho meses enteros. ¿Así que cuando va a ser suficiente? —digo en la oscuridad. Y ahí está, puedo sentirla hirviendo una vez más, esta furia inesperada. Me acerco dos pasos, bajo la mirada a mis pies—. Porque esto no se siente como estar viviendo. Se siente como nada.

Dos pasos. Dos más. Voy a ir hasta la esquina esta noche.

—No me diste una maldita vida, ¿verdad? Lo cierto es que no. Sólo rompiste mi antiguo yo. Lo rompiste en pedazos pequeños. ¿Qué se supone que tengo que hacer con lo que me queda? ¿Cuándo se va a sentir?

[4] Los británicos se refieren de esa manera a las fiestas entre adolescentes.
[5] Servicio de paquetería y mensajería.





Extendiendo mis brazos, sintiendo el aire fresco de la noche contra mi piel, y me doy cuenta de que estoy llorando otra vez.

—Vete a la mierda, Will. —Susurro—. Vete a la mierda por dejarme.

El dolor sube de nuevo como una repentina marea, intensa, abrumadora. Y al tiempo que me siento hundirme en él, una voz dice, desde las sombras: *—No creo que debas estar parada allí.*

Me doy media vuelta y veo un destello de una pequeña cara, pálida en la escalera de incendios, con unos ojos negros bien abiertos. En estado de shock, mi pie se desliza sobre la barandilla, me siento liviana, en el abismo del aire de la noche, mis piernas que se agitan encima de mi cabeza mientras escucho un grito que puede ser el mío.

Un crujido.

Y luego todo es negro.



CAPÍTULO 2

— ¿Cuál es tu nombre, cariño?

Había un collarín alrededor de mi cuello.

Una mano se siente alrededor de mi cabeza, suavemente, rápidamente.

Estoy viva. Esto es realmente sorprendente.

—Eso es. Abra sus ojos. Míreme, ahora. Míreme. ¿Me puede decir su nombre?

Quiero hablar, abrir mi boca, pero mi voz se escucha amortiguada y sin sentido. Creo que he mordido mi lengua. Hay sangre caliente en mi boca y sabe a hierro. No puedo moverme.

—Vamos a moverla a una camilla, ¿está bien? Puede que esté incomoda durante un minuto, pero voy a darle morfina para facilitar un poco el dolor.

La voz del hombre está en calma, como si estar fracturada y tirada en el concreto se tratara de la cosa más normal en el mundo, mirando hacia el cielo. Quiero reír. Quiero decirle lo ridículo que es que esté aquí. Pero parece que nada funciona como debería.

La cara del hombre desaparece de la vista. Una mujer en una chaqueta neón, con su oscuro y rizado cabello atado en una coleta, se cierne sobre mí, aluzando con una brillante y delgada linterna bruscamente en mis ojos, y mirándome fijamente con interés como si yo fuera un espécimen, y no una persona.

— ¿Necesitamos despedirla?

Quiero hablar pero estoy distraída por el dolor en mis piernas. *Jesús,* digo, pero no estoy segura de sí lo dije fuerte.

—Fracturas múltiples. Pupilas normales, y reactivos BP noventa sobre sesenta. Tuvo suerte de haberse golpeado en esa lona. ¿Cuáles son las




probabilidades de que caer en un sofá cama, eh?.... aunque no me gustan esos morenotes.

Siento un aire frío en mi estómago y el toque ligero de unos dedos calientes.

— ¿Hemorragia interna?

— ¿Necesitamos un segundo equipo?

— ¿Puede retroceder por favor, señor? ¿Hacia atrás?

Escucho la voz de otro hombre.

—He salido afuera para fumar un cigarrillo y ella cayó en mi maldito balcón. Casi cae encima de mí.

—Pues bien, aquí va. Es su día de suerte. Ella no lo hizo.

—Tuve el susto de mi vida. Tú no esperas que la gente te caiga del maldito cielo. Mire mi silla. Esos fueron ochocientas libras[6] de la tienda Conran… ¿Cree usted que puedo reclamar por ello?

Un breve silencio.

—Usted puede hacer lo que quiera, señor. Diga lo que quiera, podría cobrarle a la chica por limpiar la sangre de su balcón mientras usted está en él. ¿Qué le parece?

Los ojos del primer hombre se deslizan hacia su colega. El tiempo pasa, me inclino en él. ¿He caído de un techo? Mi cara está fría y me doy cuenta que he comenzado a temblar.

—Ella va en estado de shock, Sam.

La puerta de la camioneta se abre en algún lugar. Y, entonces, la camilla debajo de mí se mueve y brevemente, el dolor, el dolor, el dolor… todo se vuelve negro.

***

Una sirena y un torbellino de azul. Siempre una sirena en Londres. Nos estamos moviendo. La chica de la chaqueta de Neón se desliza por el

[6] Libras esterlinas. Moneda nacional de Inglaterra.



interior de la ambulancia, con dificultad y repite, iluminando inesperadamente de luz el interior. El hombre del uniforme verde está viendo algo en su teléfono, antes de pasar a ajustar la bolsita de suero encima de mi cabeza. El dolor ha disminuido -¿morfina?- pero en mi consciencia viene un creciente terror. Se trata de una bolsa de aire gigantesca inflándose poco a poco dentro de mí. Bloqueando con firmeza todo lo demás. *Oh, no. Oh, no.*

— ¿Pegdone?

Toma dos veces al hombre, su brazo contra la parte trasera del coche, para que me escuchara. Se da la vuelta y se inclina hacia mí cara. Parece que vende limones y no se ha afeitado bien.

— ¿Se encuentra usted bien?

—Yo…

Se inclina hacia abajo.

—Lo sentimos. Es difícil escuchar con la sirena encendida. Estaremos en el hospital muy pronto —Pone una mano sobre la mía. Es seca, cálida y tranquilizadora. De repente me siento en pánico en el caso de que él decida irse—. Sólo quédese allí. ¿Cuál es nuestro Tiempo Estimado de Llegada, Donna?

No puedo decir las palabras. Mi lengua llena mi boca. Mis pensamientos son confusos, se amontonan unos con otros. ¿Moví mi brazo cuando ellos me levantaron? ¿Levanté mi mano derecha, verdad?

— ¿Egtoy garalizagda? —Surge como un susurro.

— ¿Qué? —Él inclina su oído cerca de mi boca.

—Garalizagda. ¿Egtoy garalizagda?

— ¿Paralizada? —Él vacila, posa su mirada en la mía, luego da vuelta y mira a mis piernas—. ¿Puede mover los dedos de los pies?

Intento recordar cómo mover mis sentidos. Parece requerir niveles altos de concentración de los que se solía requerir. El hombre se estira y toca suavemente mi dedo del pie, como para recordarme dónde están.

—Inténtelo de nuevo. Vamos.



El dolor dispara mis dos piernas. Un grito ahogado, posiblemente un sollozo. Y es mío.

—Está bien. El dolor está bien. No lo puedo decir con certeza, pero creo que no hay lesión en la columna. Ha roto su cadera y unos cuantos trozos más.

Sus ojos están en los míos. Son ojos amables. Parece entender lo mucho que hay que convencerme. Siento su mano sobre la mía. Nunca he necesitado más un toque humano.

—De verdad. Estoy bastante seguro de que no está paralizada.

—Oh, gragias a Diog. —Escucho mi voz, como si estuviera muy lejos. Mis ojos se llenan de lágrimas—. Pog fagor, go me deje ir — susurro.

Mueve su rostro más cerca de mí.

—No voy a dejarla ir.

Quiero hablar, pero su rostro se difumina y me estoy yendo otra vez.

***

Después me dicen que me caí del segundo piso de dos, cayendo a través de una lona, rompiendo mi caída en la impresionante lona impermeable de mimbre acolchonado, en el balcón del Sr. Antony Gardiner, abogado de derechos de autor y vecino que nunca conocí. Mi cadera se rompe en dos pedazos y dos de mis costillas también, y de paso, mi clavícula se rompió inmediatamente. Me rompí dos dedos de mi mano izquierda, y un metatarso que pasa a través de la piel de mi pie y hace que uno de los estudiantes de medicina se desmaye. Mis rayos X son una fuente de cierta fascinación.

Sigo escuchando la voz del paramédico que me atendió: Nunca sabes que va a pasar cuando te caes de una gran altura. Aparentemente soy muy afortunada. Ellos me dicen eso, y espero sonriendo, como si realmente quisiera responder con una enorme sonrisa, o con un pequeño baile dando palmadas. No me siento afortunada. No siento nada. Me duermo y despierto y, a veces, la vista es el brillo de las luces de un quirófano y luego todo está tranquilo y sigo estando en mi habitación. Veo la cara de una enfermera. Escucho fragmentos de una conversación.

¿Viste el desastre de la anciana de cuidados intensivos? ¿Así es un final de un turno, ¿eh?

Tú trabajas para la Princesa Elizabeth, ¿cierto? Puedes decirles que sabemos cómo ejecutar un Caso de Emergencia. Jajajajaja

Sólo descansa ahora, Louisa. Estamos cuidado todo. Sólo descansa.

La morfina me da sueño. Ellos aumentaron mis dosis y es como una pequeña y fría bienvenida al olvido.

***

Abro los ojos para descubrir a mi madre al final de mi cama.

—Está despierta, Bernard. Está despierta. ¿Tenemos que llamar a la enfermera?

Ha cambiado el color de su cabello, pienso distantemente. Y luego: *Ah. Es mi madre. Mi madre ya no habla conmigo.*

—Oh, gracias a Dios. Gracias a Dios. —Mi madre llega y toca el crucifijo alrededor de su cuello. Me recuerda a alguien, pero no se me ocurre a quién. Se inclina hacia delante y ligeramente acaricia mi mejilla. Por alguna razón, esto hace que mis ojos se llenen de lágrimas de inmediato.

—Oh, mi niña —Ella se inclina sobre mí, como para protegerme de un daño mayor. Huelo su perfume tan familiar como el mío—. Oh, Lou.

Ella enjuga mis lágrimas con un pañuelo.

—Me dieron el susto de mi vida cuando me llamaron. ¿Estás adolorida? ¿Necesitas algo? ¿Estás cómoda? ¿Hay algo que te pueda traer?

Habla tan rápido que no puedo responder. —Vinimos tan pronto como nos dijeron. Treena está cuidando al abuelo. Él te envía su amor. Bueno, él tipo hizo ese ruido, ya sabes, pero todos sabemos lo que significa. Oh, amor, ¿cómo diablos llegaste a meterte en este lío? ¿Qué diablos estabas pensando?

Ella no parece requerir una respuesta. Todo lo que tengo que hacer es estar allí. Mi madre frota sus ojos, y luego otra vez mira a los míos.





—Sigues siendo mi hija. Y... y yo no podía soportarlo si algo te sucediera y tú no pudieras... ya sabes.

—Ngong. —Paso saliva por mis palabras. Mi lengua se siente extraña. Mi voz suena de borracha—. Nungcag quigse.

— Lo sé. Pero lo hiciste tan difícil para mí, Lou. Yo no podría…

—Ahora no, amor, ¿eh? —Papá toca su hombro.

Sus palabras van desapareciendo. Ella mira hacia otro lado a media de distancia y toma mi mano. —Cuando recibimos la llamada. Oh. Pensé, yo no sé… —Ella está sorbiendo por la nariz de nuevo, su pañuelo presionado a los labios—. Gracias a Dios que está bien, Bernard.

—Por supuesto que lo es. Ella está hecha de caucho, ¿eh?

Papá se cierne sobre mí. Habíamos hablado por teléfono dos meses antes, pero no lo he visto en persona por dieciocho meses desde que dejé mi ciudad natal. Se ve enorme y familiar y desesperadamente, desesperadamente cansado.

—Lo siegnto, —Le susurro. No sé me ocurre qué más decir.

—No seas tonta. Solo estamos contentos de que estés bien. Incluso si parece que has peleado seis rondas con Mike Tyson. ¿Te has mirado en un espejo desde que llegaste aquí?

Niego con la cabeza.

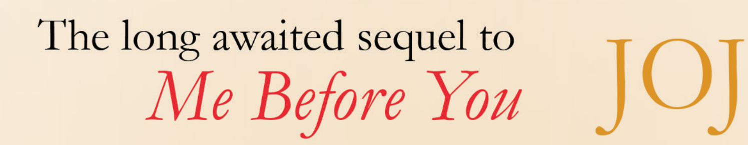
—Tal vez... me lo deje un poco más. Ya sabes cómo Terry Nicholls, ¿de cuándo anduvo con su peculiar estilo de bigote por el Mini Mart? Bueno, quita ese bigote, y eso es bastante parecido a como luces ahora. En realidad —Él ve más de cerca mi cara—, ahora que lo dices...

—Bernard.

—Vamos a traer unas pinzas mañana. De todos modos, la próxima vez que decidas que quieres lecciones de vuelo, vamos a la vieja pista de aterrizaje, ¿sí? Saltando y batiendo sus brazos claramente no está funcionando para ti.

Trato de sonreír.





Ambos se inclinan sobre mí. Sus rostros son tensos, ansiosos. Mis padres.

—Ella esta delgada, Bernard. ¿No crees que ella esta delgada?

Papá se inclina más cerca, y luego veo cómo sus ojos se han llenado un poco de agua. Cómo su sonrisa un poco más temblorosa de lo habitual.

—Ah... Ella se ve hermosa, amor. Créeme. Te ves hermosa sangrienta —Él me aprieta la mano, luego la levanta a la boca y la besa. Mi padre nunca me ha hecho nada parecido en toda mi vida.

Es entonces cuando me doy cuenta de que pensaban que iba a morir y un sollozo irrumpe sin avisar de mi pecho. Cierro los ojos contra las lágrimas calientes y siento su gran palma, rugosa por la madera, alrededor de la mía.

—Estamos aquí, cariño. Todo está bien ahora. Todo va a estar bien.

Hacen las cincuenta millas de viaje todos los días durante dos semanas, para alcanzar el tren temprano hacia la ciudad, y después de eso, vienen cada pocos días. Papá tiene una descompensación especial del trabajo porque mamá no viajará sola. Hay, después de todo, de todo tipo en Londres. Esto dice más de uno y siempre debes ir con una mirada alerta a tus espaldas, como si un matón que empuñan cuchillos va a meterse en la sala. Treena se queda a cuidar del abuelo. Hay una ventaja a la forma en que mamá dice que me hace pensar que esto podría no ser el arreglo que mi hermana hubiera elegido.

Mamá ha traído comida casera al hospital desde el día en que todos miramos mi almuerzo y, a pesar de los cinco minutos de intensa especulación no pude averiguar lo que realmente era.

—Y en bandejas de plástico, Bernard. Como una prisión —Ella la empujó tristemente con un tenedor. Luego olfateó el residuo. Ahora llega diariamente con enormes sándwiches, rebanadas gruesas de jamón o queso en pan blanco, y sopas caseras en termos. (Comida que se puede reconocer) y me alimenta como un bebé.

Mi lengua regresa lentamente a su tamaño normal. Al parecer, casi me había mordido a través de ella cuando aterricé. No es raro, me dicen.

Tengo dos operaciones de precisar mi cadera y mi pie izquierdo y brazo izquierdo son de yeso hasta mis articulaciones. Keith, uno de los porteros,



me pregunto si puede firmar mis yesos, aparentemente es de mala suerte tenerlos virgen blanco, y rápidamente escriben un comentario tan sucio que Eveline, la enfermera filipina, tiene que poner un yeso en él antes de que llegue el consultor.

Cuando me empuja Keith a los rayos X o a la farmacia, me dice los chismes de todo el hospital. Podía hacerlo sin tener que escuchar acerca de los pacientes que mueren muertes lentas y terribles, de lo que parece que hay un sin fin, pero lo hace feliz. A veces me pregunto lo que dice a la gente acerca de mí. Soy la chica que se cayó de un edificio de cinco pisos, y vivió. En estatus de hospital, aparentemente esto me pone de arriba del que tiene el intestino compactado en la sala C o que Daft Bint que accidentalmente tomó su pulgar con las tijeras de podar.

Es increíble lo rápido en que te institucionalizan. Me despierto, acepto los servicios de un puñado de personas cuyos rostros ahora reconozco, trato de decir lo correcto a los consultores, y esperar a que mis padres lleguen. Mis padres se mantienen ocupados con pequeñas tareas en mi habitación y se vuelven inusualmente indiferentes en la cara de los médicos. Papá se disculpa en repetidas ocasiones por mi incapacidad de rebote hasta que mamá que por lo general tiene un paseo por las tiendas de concurso de abajo y se devuelve exclamando en voz baja el número de establecimientos de comida rápida. —Ese hombre con una sola pierna de la sala de cardio, Bernard. Sentado allí metiendo la cara en la hamburguesas y patatas fritas, como no lo creerías.

Papá se sienta y lee el periódico local en la silla al final de mi cama. La primera semana se mantiene revisándolo para ver si hay informes de mi accidente. Yo trato de decirle que en esta parte de la ciudad hasta los dobles asesinatos apenas merecen una Noticias en Breves, pero en Stortfold la semana anterior la primera página del periódico local decía: “En el Supermercado Trolleys dejan un auto estacionado fuera de are…” La semana antes de esa decía: “Estudiante triste por el estado del estanque de patos”, por lo que él aún no está convencido.

El viernes después de la última operación para recolocar mi cadera, mi madre lleva una bata que es un tamaño demasiado grande para mí, y una gran bolsa de papel marrón de sándwiches de huevo. No tengo que preguntar lo que son; el olor sulfuroso inunda la habitación tan pronto como abre la bolsa. Mi padre murmura una disculpa agitando su cabeza






delante de su nariz. —Las enfermeras van a culparme a mí, Josie —dice, cerrando la puerta de mi habitación.

—Los huevos la fortalecerán. Ella está demasiado delgada. Y, además, no puedes hablar. Tú culpabas al perro por tus horribles olores dos años después de que él había muerto.

—Sólo mantengo vivo el romance, amor.

Mamá baja la voz. —Treena dice que con su último compañero se puso las mantas sobre la cabeza cuando se soltó un aire. ¡Puedes imaginarlo!

Papá se vuelve hacia mí. —Cuando lo hago, tu madre ni siquiera permanece en el mismo código postal—. Hay tensión en el aire, incluso mientras se ríen. Puedo sentirlo. Cuando todo el mundo se reduce a cuatro paredes, te conviertes en alguien con sentido agudo y en sintonía con ligeras variaciones en la atmósfera. Es de la misma manera en que los consultores se voltean ligeramente cuando se examinan los rayos X, o la forma en que las enfermeras se cubren la boca cuando están hablando de alguien que acaba de morir recientemente.

—Qué —digo—. ¿Qué pasa?

Se ven con torpeza el uno al otro.

—Así que... —Mamá se sienta en el borde de mi cama—. El doctor dijo...el consultor dijo...que no está claro cómo te caíste.

Doy un mordisco al sándwich de huevo. Puedo levantar cosas con mi mano izquierda ahora.

—Oh eso. Me distraje.

—Mientras caminabas en el techo.

Mastico por un minuto.

— ¿Hay alguna posibilidad de que caminaras dormida, cariño?

—Papá, nunca he caminado dormida en mi vida.

—Si lo fuiste. Hubo un momento cuando tenías trece y bajaste las escaleras dormida y te comiste la mitad del pastel de cumpleaños de Treena.

—Am, creo que no dormía realmente.



—Y está tu nivel de alcohol en la sangre. Ellos dijeron… que habías tomado… una barbaridad.

—Tuve una dura noche en el trabajo, y bebí una o dos y sólo fui al techo a tomar aire fresco. Me distraje por una voz.

— ¿Tú escuchaste una voz?

—Estaba de pie arriba, mirando. A veces lo hago. Y estaba la voz de ésta niña detrás de mí y me dio un susto y perdí el equilibrio.

— ¿Una niña?

—Realmente solo escuché su voz.

Papá se inclina hacia adelante.

— ¿Estás segura que realmente era una niña? ¿No imaginaria?

—Es mi cadera la que está hecha puré, papá, no mi cerebro.

—Ellos dijeron que fue una niña la que llamó a la ambulancia —Mamá toca el brazo de papá.

—Así que estás diciendo que realmente fue un accidente —dice él.

Dejo de comer. Desvían la mirada entre ellos, sintiéndose culpables.

— ¿Qué? ¿Ustedes… creen que yo salté?

—No estamos diciendo nada —Papá se rasca la cabeza—. Es solo que, bueno, las cosas han estado tan mal desde… y no te habíamos visto desde hace tanto… y estábamos un poco sorprendidos de que estuvieras caminando en el techo de un edificio a altas horas de la madrugada. Tú solías tenerle miedo a las alturas.

—Solía estar comprometida con un hombre el cual pensaba que era normal calcular cuantas calorías quemaba mientras dormía. Jesús. ¿Es por eso que han sido tan amables conmigo? ¿Piensan que intenté matarme?

—Es sólo que él nos estaba preguntando toda clase de…

— ¿Quién preguntaba qué?

—El psiquiatra. Sólo quería asegurarse que estuvieras bien, amor. Sabemos que las cosas han estado… bueno, desde…





— ¿Psiquiatra?

—Te pondrán en una lista de espera para que veas a alguien. Para hablar, tú sabes. Y hemos tenido una larga charla con los doctores, vendrás con nosotros. Solo mientras te recuperas. No puedes quedarte sola en ese piso tuyo, es…

— ¿Estuvieron en mi piso?

—Bueno, teníamos que buscar tus cosas.

Hay un largo silencio. Los imagino parados en mi puerta, las manos de mamá apretando su bolso mientras examina la ropa de cama sin lavar, las botellas vacías de vino alineadas en una fila en la chimenea, la solitaria media barra de Fruit and Nut en el refrigerador. Los imagino sacudiendo sus cabezas, mirándose uno al otro. ¿Estás seguro que estamos en el lugar correcto, Bernard?

Quiero decir que estaré bien en mi piso, no importa lo que ellos piensen de él. Quiero hacer mi trabajo e ir a casa y no pensar hasta mi próximo turno. Quiero decir que no puedo regresar a Stortfold y ser esa chica de nuevo, La Ignorada. No quiero tener que sentir el peso de la desaprobación cuidadosamente disfrazada de mi mamá, la determinación alegre de que todo está bien de mi papá, como si diciéndolo suficientes veces realmente estará bien. No quiero pasar por la casa de Will cada día para pensar en lo que era parte, la cosa que siempre estará ahí.

Pero no digo nada de eso. Porque de pronto estoy cansada y todo duele. Simplemente no puedo pelear más.

***

Papá me lleva a casa dos semanas después en su camioneta del trabajo. Hay sólo espacio para dos al frente, así que mamá se quedó atrás para preparar la casa, y mientras el camino acelera bajo nosotros, siento que mi estómago se aprieta nerviosamente.

Las calles alegres de mi ciudad natal ahora se sienten ajenas a mí. Las miro con una mirada distante, analítica, observando que pequeño parece todo, lo cansado, lo cursi. Incluso el castillo parece más pequeño, situado en lo alto de la colina. Comprendo que esto es como Will debió haberlo visto la




primera vez que llegó a casa después de su accidente. Empujo ese pensamiento lejos.

A medida que nos dirigimos por nuestra calle me encuentro hundiéndome ligeramente en mi asiento. No quiero tener una conversación educada con los vecinos para excusarme. No quiero ser juzgada por lo que hice.

— ¿Estás bien? —Papá se gira, como si adivinara lo que pasa por mi cabeza.

—Bien.

—Buena chica. —Posa una mano brevemente sobre mi hombro.

Mamá ya está esperándonos en la puerta cuando llegamos. Sospecho que realmente ha estado parada en la ventana desde hace media hora. Papá coloca una de mis bolsas en la escalera y luego regresa para ayudarme, colocando la otra sobre su hombro.

Pongo mi bastón cuidadosamente sobre los adoquines, siento la agitación de las cortinas detrás de mí mientras camino lentamente por el sendero. *Mira quién es*, puedo escucharlos que susurran. *¿Qué crees que hizo ahora?*

Papá me dirige hacia adelante, mirando mis pies con cuidado, como si de repente pudieran fallar e irse a un lugar que no deberían.

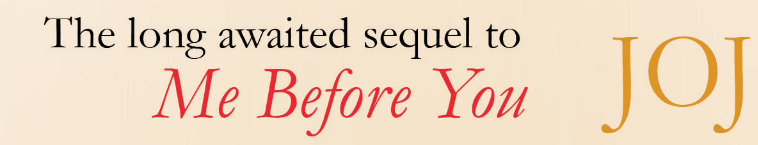
— ¿Estás bien ahí? —sigue diciendo—. No vayas tan rápido.

Puedo ver que el abuelo que se asoma detrás de mamá en la sala, vestido con su camisa a cuadros y su buen suéter. Nada ha cambiado. El papel tapiz es el mismo. La alfombra del recibidor es igual, las líneas gastadas son visibles de donde mamá seguramente aspiró por la mañana. Puedo ver mi viejo anorak azul colgando del gancho. Dieciocho meses. Lo siento como si hubiese estado lejos por una década.

—No la apresures. —Dice Mamá con sus manos juntas—. Estás yendo muy rápido, Bernard.

—Es exactamente una Mo Farah. Si va un poco más despacio estaremos caminando en la luna.





—Cuidado con esos pasos. Deberías estar detrás de ella, Bernard, Ya sabes, ¿por si se cae para atrás?

—Sé dónde están los escalones —digo entre dientes—. Sólo he vivido aquí durante veintiséis años.

—Cuida que no caiga sobre sus labios, Bernard. No quieres que se aplaste la otra cadera.

Oh, Dios. Pienso. *¿Así era para ti, Will? ¿Cada día?*

Mi hermana está en la puerta, empujando a mamá.

— ¡Oh por el amor de Dios!, mamá. Vamos vaquera. Nos estás convirtiendo en un maldito espectáculo.

Treena acuña su brazo debajo de mi axila y se vuelve brevemente para mirar a los vecinos, con sus cejas levantadas como diciendo ¿enserio?, casi puedo oír el silbido de las cortinas a medida que se cierran.

—Montón de mirones sangrientos. De todos modos, date prisa. Le prometí a Thomas que podía ver tus cicatrices antes de llevarlo al club juvenil. Dios. ¿Cuánto peso has perdido? Tus senos deben verse como dos mandarinas dentro de un par de calcetines.

Es difícil reír y caminar al mismo tiempo. Thomas corre a abrazarme por lo que tengo que parar y poner una mano contra la pared para mantener el equilibrio cuando choca contra mí.

— ¿De verdad te cortaron y te pegaron de nuevo? —dice. Su cabeza se acerca a mi pecho. Le faltan cuatro dientes frontales—. El abuelo dice que probablemente te pegaron de nuevo pero lo hicieron mal. Y sólo Dios sabe cómo vamos a notar la diferencia.

— ¡Bernard!

—Sólo estaba bromeando.

—Louisa —La voz del abuelo es gruesa y vacilante. Llega hacia adelante con paso inseguro, me abraza y yo lo abrazo de vuelta. Se aleja, sus viejas manos agarrando mis brazos sorprendentemente bien, y frunce el ceño hacia a mí con una rabia fingida.

—Lo sé, papá. Lo sé. Pero ella está en casa ahora —dice mamá.



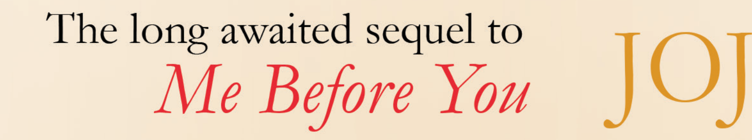
—Estás de vuelta en tu vieja habitación —Comenta papá—. Me temo que re-decoramos las paredes con Transformers para Thom. No importa el Autobot y Predacon, ¿verdad?

—Yo tenía gusanos en mi trasero —Anuncia Thomas—. Mamá dice que no debo hablar de ello fuera de la casa. O poner de mis dedos por mí…

— ¡Oh, mi Dios!—dice mamá.

—Bienvenida a casa, Lou —dice papá, e inmediatamente deja caer mi bolsa en mi pie.





CAPÍTULO 3

Mirando hacia atrás, a los primeros nueve meses después de la muerte de Will, estaba en una clase de aturdimiento. Fui directo a Paris y simplemente no fui a casa, mareada con la libertad, con los apetitos que Will había movido en mí. Conseguí un trabajo en un bar frecuentado por ex-patriotas donde no les importaba mi terrible francés, y mejoré en él. Renté una pequeña habitación en un ático en la calle 16, sobre un restaurante de comida Oriental, me acostaría despierta en la noche y escucharía el sonido de los bebedores nocturnos y a los repartidores temprano en la mañana y todos los días me sentí como si estuviera viviendo la vida de alguien más.

Esos primeros meses, fue como si hubiera perdido una capa de piel, me despertaba riendo, o llorando. Sentía todo más intensamente, veía todo como si un filtro hubiera sido removido. Comí comidas nuevas, caminé en calles extrañas, hablé a personas en un idioma que no era el mío.

A veces me sentía perseguida por él, como si fuera a verlo todo a través de sus ojos, escuchando su voz en mi oído.

— *¿Qué es lo que piensas de eso entonces, Clark?*

—*Te dije que amarías esto.*

— *¡Cómelo! ¡Pruébalo! ¡Vamos!*

Me sentí perdida sin nuestras rutinas diarias. Tomó varias semanas para que mis manos no se sintieran inútiles sin el contacto diario con su cuerpo: la suave camisa que le abotonaba; las cálidas, inmóviles manos que lavaba gentilmente; el suave cabello que todavía podía sentir entre mis dedos. Extrañaba su voz, su abrupta ronca risa heredada, el sentimiento de sus labios contra mis dedos, la manera en que sus pestañas bajaban cuando estaba a punto de quedarse dormido. Mi madre, aún espantada por lo que había sido parte, me había dicho que aunque me amaba, no podía conciliar a esta Louisa con la hija que había criado. Así que con la perdida de mi familia tanto como la del hombre que había amado, cada parte que me





había unido a quien era había sido cortada abruptamente. Sentí como si hubiera flotado lejos, sin ataduras, a algún universo desconocido.

Así que representé una nueva vida. Hice amistades casuales con otros viajeros: jóvenes estudiantes ingleses tomando años sabáticos; americanos rastreando los pasos de héroes literarios, seguros de que nunca regresarían al medio oeste; saludables banqueros jóvenes; excursionistas diurnos; un cambio constante de personas que derivan ahora, a través y en el más allá, escapándose de otras vidas. Sonreí, charlé, trabajé y me dije a mí misma que estaba haciendo lo que quería. Tenía que tener un poco de consuelo al menos con eso. ¿O no?

El invierno perdió su agarre y la primavera era hermosa. Entonces casi durante la noche, me desperté una mañana, y me di cuenta de que me había desenamorado de la ciudad. O al menos, no me sentía lo suficientemente parisina para quedarme. Las historias de los ex-patriados comenzaron a sonar usualmente similares, los parisinos comenzaron a verse poco amigables, o al menos, me di cuenta, varias veces al día, la infinidad de maneras en las que nunca podría encajar totalmente. La ciudad, tan irresistible como era, se sintió como un glamuroso vestido de alta costura que había comprado con prisa, pero que realmente no me quedaba después de todo. Me entregué a mi observación y me fui a trabajar alrededor de Europa.

No he tenido dos meses que me hayan dejado sintiéndome más inadecuada. Estaba sola la mayor parte del tiempo. Odiaba no notar dónde estaba durmiendo cada noche, estaba permanentemente ansiosa sobre las salidas de trenes y el efectivo, tenía dificultad haciendo amigos cuando no confiaba en nadie que conociera. Y ¿Qué podía decir de mí misma después de todo? Cuando las personas me preguntaban, les daba solamente los detalles más superficiales. Todas las cosas que eran importantes o interesantes sobre mí, eran lo que no podía compartir. Sin alguien con quien hablar, cada paisaje que veía, aun si fuera el Trevi Fountain o el canal en Ámsterdam, se sentía simple como un nombre en la lista que necesitaba tachar. Me pasé la última semana en un banco en Grecia que me recordaba demasiado a una playa en la que había estado con Will sólo unos meses atrás y finalmente, después de una semana de sentarme en la arena rechazando a hombres bronceados, que al parecer todos se llamaban Dimitri y tratando de decirme que realmente estaba pasándola bien, me





rendí y regresé a Paris. Mayormente, porque esa era la primera vez que me pasaba que no tenía ningún otro lugar para ir.

Por dos semanas, dormí en el sofá de una chica con la que había trabajo en el bar, mientras trataba de descubrir qué hacer después. Recordando una conversación que había tenido con Will sobre carreras, escribí a varias Universidades con cursos de moda, pero no tenía un portafolio de trabajo para mostrarles y ellos me rechazaban cortésmente. La beca que originalmente había ganado después de que Will muriera, había sido entregada a alguien más porque no la había aplazado a tiempo. Podría solicitarla de nuevo el próximo año, eso dijo el administrador, con el tono de alguien que sabe que no lo haré.

Miré en internet sitios de trabajo y me di cuenta de que, a pesar de todo lo que había pasado, yo sigo estando poco cualificada para cualquiera de los tipos de trabajo que en realidad podría estar interesada en hacer. Y luego por casualidad, justo cuando me estaba preguntando qué hacer a continuación, Michael Lawler, abogado de Will, me llamó y sugirió que era hora de hacer algo con el dinero que Will me había dejado. Fue la excusa para moverme que necesitaba. Él me ayudó a negociar un acuerdo sobre un aterradoramente caro apartamento de dos habitaciones en el borde de la Square Mile, un barrio que elegí principalmente porque recordé a Will hablando del bar de vinos de la esquina y me hizo sentir un poco más cerca de él y había suficiente dinero para amueblarlo. Luego seis semanas más tarde, volví a Inglaterra, conseguí un trabajo en el Shamrock y Clover, me acosté con un hombre llamado Phil, a quien nunca volveré a ver, y esperé a sentirme como si realmente hubiera empezado a vivir.

Nueve meses en que todavía estaba esperando.



No salí mucho mi primera semana de casa, estaba dolorida y me cansaba rápidamente, así que fue fácil mentir en la cama y dormir, aniquilada por extra analgésicos para matar el dolor, y me dije a mí misma que dejar que mi cuerpo se recupere era todo lo que importaba. De una manera extraña, estar de vuelta en nuestra pequeña casa familiar me complació; fue el primer lugar en el cual había conseguido dormir más de cuatro horas seguidas desde que me había ido; era lo suficientemente





pequeño que siempre podía llegar a una pared para apoyarme. Mamá me alimentaba, el abuelo me hacía compañía (Treena había vuelto a la universidad, llevándose a Thom con ella), y vi un montón de televisión durante el día, maravillándome de los anuncios interminables para las compañías de préstamos y ascensores, y la preocupación por las celebridades menores, quienes en la mayor parte del año que estuve fuera, me habían dejado incapaz de reconocerles. Era como estar en un pequeño capullo, que sin duda, tenía un gran elefante en cuclillas golpeado en su esquina.

No hablamos de cualquier cosa que pudiera alterar el delicado equilibrio. Veía cualquier cosa que en la televisión pasaran sobre las celebridades, y luego en la cena yo decía: —*Bueno, ¿Qué hay de Shayna West, entonces? ¿Eh?* —Y mamá y papá aceptaban el tema con gratitud, señalando que ella era una ramera o que tenía el pelo bonito o que ella no era mejor de lo que debería ser. Abarcamos Ofertas que se pueden conseguir en tu ático —*Siempre me pregunto lo que el macetero victoriano de tu madre habría valida la pena... cosa vieja y fea* —Y Casas ideales en el País —*No podría lavar a un perro en ese cuarto de baño*—. No pensaba más allá de la comida, más allá de los desafíos básicos de vestirse y cepillarse los dientes y completar cualquier diminuta tarea que mi madre me mandara —*Sabes cariño, cuando no estoy, si puedes clasificar tu colada, yo podría hacerla con la mía*.

Pero al igual que una marea arrastra, el mundo exterior insistió constantemente en entrometerse. He oído a los vecinos que hacen preguntas a mi madre mientras colgaba el lavado:

—Tu Lou está en casa, entonces, ¿Es ella?

Y la respuesta no característicamente cortante de mi madre:

—Es ella.

Me encontré evitando las habitaciones de la casa desde las que se podía ver el castillo. Pero yo sabía que estaba allí, las personas ahí viviendo, vínculos de respiración con Will. A veces me preguntaba qué había sido de ellos. Mientras estuve en París, me llegó una carta de la señora Traynor, dándome las gracias formalmente por todo lo que había hecho por su hijo: —*Soy consciente de que hiciste todo lo posible*—. Pero eso fue todo. Esa




familia había pasado de ser toda mi vida, a un remanente fantasmal en un tiempo que no me permitiría recordar.

Ahora, como nuestra calle estaba amarrada a la sombra del castillo durante varias horas cada noche, sentí la presencia de los Traynors como un reproche. Había estado allí durante dos semanas antes de darme cuenta de que mamá y papá ya no iban a su club social.

— ¿No es martes? —Le pregunté en la tercera semana, ya que estábamos sentados alrededor de la mesa — ¿No deberían haberse ido ya? —Se miraron el uno al otro.

—Ah, no. Estamos bien aquí —dijo papá, masticando un pedazo de su chuleta de cerdo.

—Estoy bien por mi cuenta, honestamente —Les dije—. Estoy mucho mejor ahora. Y soy feliz viendo la televisión. —Yo secretamente deseaba sentarme, sin ser vista, sin nadie más en la habitación. Apenas me habían dejado sola durante más de media hora desde que había llegado a casa. —En serio, salgan y disfruten. No se preocupen por mí.

—Nosotros... nosotros no queremos ir más al club realmente —dijo mi madre, sin mirarme mientras cortaba una patata.

—La gente... tenían mucho que decir. Acerca de lo que pasó —Papá se encogió de hombros—. Al final era más fácil sólo permanecer fuera de él. —El silencio que siguió a esta revelación duró un total de seis minutos.

Y había otros recordatorios más concretos de la vida que yo había dejado atrás. Unos que usaban pantalones ajustados para correr con propiedades transpirables especiales.

Fue en la cuarta mañana que Patrick pasó trotando por nuestra casa, cuando me di cuenta que podría ser más que una coincidencia. Había oído su voz el primer día y cojeé llorosa hasta la ventana, asomándome a través de la persiana. Y ahí estaba debajo de mí, estirando sus isquiotibiales mientras hablaba con una chica rubia con cola de caballo y la vestimenta combinada de licra azul tan ajustada que casi podía adivinar que había comido para el desayuno. Ambos se veían como dos olímpicos faltándoles



un trineo[7]. Me alejé de la ventana en caso de que él mirara hacia arriba y me viera, un minuto después ya se habían marchado de nuevo, trotando por la calle, espaldas erguidas, piernas bombeando, como un par de brillosos ponies de carga de color turquesa.

Dos días después, me estaba vistiendo cuando los oí de nuevo. Patrick estaba hablando muy fuerte sobre cargas de carbohidratos y esta vez, la chica miró hacia mi casa con sospecha, como si se estuviera preguntando porqué habían parado exactamente en el mismo lugar dos veces.

En el tercer día yo estaba en la sala con el abuelo cuando llegaron.

—Debemos practicar más sprints[8] —dijo Patrick en voz alta—. Di lo que quieras, vas a la tercera farola y luego regresas, y voy al tiempo contigo en intervalos de dos minutos, ¡vamos!

El abuelo puso los ojos en blanco en forma significativa.

— ¿Ha estado haciendo esto todo el tiempo desde que he vuelto?

Los ojos de abuelo rodaron casi hasta la parte posterior de su cabeza.

Miré a través de las cortinas que Patrick se ponía de pie, con los ojos fijos en su cronómetro, su mejor cara delante de mi ventana. Llevaba un top de lana negro con cremallera y combinado con pantalones cortos de lycra, y mientras permanecía de pie, a pocos metros al otro lado de la cortina, era capaz de mirarlo en silencio, asombrada de que se trataba de alguien que había estado segura, por tanto tiempo, que amaba.

— ¡Continua! —gritó, levantando la vista del cronómetro. Y, como un perro de caza obediente, la chica tocó el poste de luz al lado de él y salió corriendo de nuevo. —Cuarenta y dos punto tres ocho segundos —dijo con aprobación, cuando regresó, jadeando—. Creo que podría quitar otro punto cinco de segundo de eso.

—Esto es por tu bien —dijo mi madre, que venía caminando con dos tazas.

—Me lo preguntaba.

---

[7] En el texto original —They looked like two Olympians missing a bobled—. Se refiere a las competencias olímpicas de invierno en las que utilizan un uniforme especial, ellos estaban uniformados pero les falta el trineo.

[8] Carreras cortas





—Su madre me preguntó en el supermercado si estabas de vuelta y le dije que sí. No me mires así, apenas podía mentirle a la mujer —Ella asintió con la cabeza hacia la ventana —Esa tiene los pechos operados. Por lo visto, podrías descansar dos tazas de té en ellos. —Se paró junto a mí por un momento. — ¿Sabes que están comprometidos?

Esperaba una punzada de dolor, pero fue tan leve que podría haber sido el viento.

—Se ven… bien.

Mi madre estuvo de pie allí durante un momento, mirándolo.

—Él no es un mal tipo, Lou. Tú solo… has cambiado. — Ella me dio una taza y se alejó.

***

Finalmente, en la mañana se detuvo a hacer flexiones en la acera fuera de mi casa, abrí la puerta y salí. Me apoyé en el porche, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando hasta que él levantó la vista.

—Yo no me pararía allí por mucho tiempo. El perro de al lado tiene un poco de debilidad por ese trozo de pavimento.

— ¡Lou! —exclamó, como si yo fuera la última persona que esperaba ver de pie fuera de mi propia casa, que había visitado varias veces a la semana durante los siete años que habíamos estado juntos. —Bien… me sorprende verte de vuelta. ¡Pensé que estabas fuera conquistando el gran mundo!

Su prometida, que estaba haciendo flexiones junto a él, miró hacia arriba y luego, hacia abajo en la acera. Podría haber sido mi imaginación, pero sus nalgas podrían haberse apretado aún más firmemente. Hacia arriba, hacia abajo, se mecían furiosamente. Hacia arriba y hacia abajo. Me encontré preocupándome un poco por el bienestar de su seno. Se levantó de un salto.

—Esta es Caroline, mi prometida. —Mantuvo sus ojos en mí, quizá en espera de algún tipo de reacción. —Estamos entrenando para el próximo Ironman[9]. Hemos hecho ya dos juntos.

[9] Es la prueba más difícil en el triatlón



—Que… romántico. —le dije.

—Bueno, Caroline y yo sentimos que es bueno hacer cosas juntos —dijo.

—Ya veo —Le contesté — ¡Tú y ella en lycra turquesa!

—Oh. Sí. El color del equipo.

Se produjo un breve silencio. Di un pequeño golpe al aire.

— ¡Vamos equipo!

Caroline se puso de pie y empezó a estirar sus músculos del muslo, doblando su pierna detrás de ella como una cigüeña. Ella saludó con la cabeza hacia mí, al menos, la civilidad que razonablemente podía salirse con la suya.

—Has perdido peso. —dijo Patrick.

—Sí, bueno. Una dieta de solución salina por goteo hará que adelgaces.

—He oído que tuviste un… accidente. —Él inclinó la cabeza hacia un lado, con simpatía.

—Las noticias viajan rápido.

—Aun así. Me alegra que estés bien. —Él olfateo, y miró hacia abajo por el camino. —Debe haber sido difícil para ti este año pasado. Ya sabes. Hacer lo que hiciste y todo.

Y allí estaba. Traté de controlar mi respiración. Caroline resueltamente se negó a mirarme a la cara, extendiendo su pierna en un estiramiento de muslo. Luego…

—De todos modos… felicitaciones por el matrimonio.

Contempló a su futura esposa orgullosamente, perdido en la admiración de su pierna torneada.

—Bueno, es justo como dicen. Sólo lo sabes cuándo lo sabes. —Me dio una falsa sonrisa afligida. Y eso fue lo que terminó conmigo.

—Estoy segura de que lo hiciste. Y supongo que tienes un montón de dinero para pagar la boda. No son baratas, ¿verdad?

Ambos me miraron.





—Con la venta de mi historia a los periódicos. ¿Cuánto te pagaron, Pat? ¿Un par de miles? Treena nunca podría saber la cifra exacta. Sin embargo, la muerte de Will debe ser bueno para unos trajes de lycra a juego, ¿verdad?.

La forma en la que Caroline lanzó una mirada hacia él me dijo que esto era una parte particular de la historia de Patrick que él aún no había compartido.

Se me quedó mirando, había dos manchas de color rojas en su rostro.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

—Por supuesto que no. Es bueno verte de todos modos, Pat. ¡Buena suerte con la boda, Caroline! Estoy seguro de que serás la… novia más firme alrededor.

Me di la vuelta y caminé lentamente hacia el interior. Cerré la puerta y me apoyada en ella con el corazón desbocado, hasta que pude estar segura de que finalmente se habían marchado.

—Cabrón —dijo el abuelo, cuando cojeaba de nuevo a la sala de estar. Y de nuevo, mirando con desdén a la ventana: —Cabrón. — Luego se echó a reír. Me quedé mirándolo. Y, de forma totalmente inesperada, me di cuenta de que había empezado a reír, por primera vez en todo el tiempo que podía recordar.

***

— ¿Así que decidiste lo que vas a hacer cuando te mejores?

Estaba acostada en mi cama. Treena me llamaba desde la universidad, mientras esperaba que Thomas saliera de su club de fútbol. Me quedé mirando el techo, en el que Thomas había pegado toda una galaxia de pegatinas Day-glo, que, al parecer, nadie podía quitar sin destruir la mitad del techo con ellos.

—En realidad no.

—Tienes que hacer algo. No puedes sentarte por aquí en tu trasero por toda la eternidad.

—No voy a sentarme en mi trasero. Además, mi cadera todavía me duele. El fisio dice que estoy mejor acostada.





—Mamá y papá se preguntan qué vas a hacer. No hay trabajo en Stortfold.

—Lo sé.

—Pero estás a la deriva. No parece que estés interesada en algo.

—Treen, sólo me caí de un edificio. Estoy recuperándome.

—Y antes estabas flotando alrededor de tú viaje. Y entonces estabas trabajando en un bar hasta que supieras lo que querías hacer. Vas a tener que ordenar tu cabeza en algún momento. Si no vas a volver a la escuela, tienes que averiguar qué es lo que realmente vas a hacer con tú vida. Sólo digo. De todos modos, si vas a permanecer en Stortfold, necesitas alquilar que piso. Mamá y papá no te pueden apoyar para siempre.

—Y viene de la mujer que ha sido apoyada por el Banco de Papá y Mamá durante los últimos ocho años.

—Estoy en educación de tiempo completo. Eso es diferente. Así que, de todos modos, fui a través de tus estados de cuenta bancarios mientras estabas en el hospital, y después de que había pagado todas tus facturas, resolví que te quedan unas mil quinientos libras, incluso el subsidio por enfermedad estatutario. Por cierto, ¿qué demonios eran todas esas llamadas telefónicas tras atlánticas? Te cuestan una fortuna.

—Nada que sea tu asunto.

—Por lo tanto, te he hecho una lista de las agencias inmobiliarias en la zona que hacen los alquileres. Y entonces pensé que tal vez podríamos echar otro vistazo a las aplicaciones de la universidad. Alguien podría haber salido de ese curso que querías.

—Treen. Me estás cansando.

—No tiene sentido que te mantengas alrededor. Te sentirás mejor una vez que tengas un poco de enfoque.

Para todos era molesto, pero había algo tranquilizador sobre mi hermana molestándome. Nadie más se atrevía. Era como si mis padres todavía creyeran que había algo muy malo en mi corazón, y que debía ser tratada con guantes de seda. Mamá ponía mi ropa, bien doblada, en el final de mi cama y me cocinaba tres comidas al día, y cuando la atrapaba




mirándome ella sonreía, una media sonrisa incómoda, que cubría todo lo que no queríamos decirnos la una a la otra. Papá me llevaba a mis citas de fisio, sentándose a mi lado en el sofá para ver la televisión y ni siquiera se burlaba de mí. Treena era la única que me trataba como siempre lo había hecho.

— ¿Sabes lo que voy a decir, ¿no? —Me di vuelta a mi lado, estremeciéndome.

—Sí. Y no.

—Bueno, ya sabes lo que Will hubiera dicho. Tenían un trato. No te puedes salir de ello.

—Bueno. Eso es todo, Treen. Hemos terminado con esta conversación.

—Bien. Thom acaba de salir de los vestuarios. ¡Te veo el viernes! —dijo, como si hubiéramos estado hablando de música, o cuando iba de vacaciones, o jabón.

Me quedé mirando fijamente al techo.

Tenían un trato.

Sí. Y mira lo que resultó.

***

Treena se quejaba de todo ante mí, en las semanas que habían pasado desde que había llegado a casa había hecho algunos progresos. Había dejado de usar el bastón, que me había hecho sentir alrededor de ochenta y nueve años, y había logrado dejar atrás a casi todos los lugares que había visitado desde que llegue a casa. La mayoría de las mañanas me llevaron con el abuelo a dar un paseo por el parque, a petición de mamá. El médico le había dado instrucciones de hacer ejercicio todos los días, pero cuando ella lo había seguido un día, lo había encontrado simplemente caminando a la tienda de la esquina para comprar un paquete de chicharrones y comiendo en un lento caminar de regreso a su casa.

Caminamos lentamente, tanto por nuestra cojera y porque ninguno de nosotros tenemos ningún lugar donde estar.




Mamá seguía sugiriendo que fuéramos por terrenos del castillo “para un cambio de escenario”, pero no le hacíamos caso, y cuando la puerta se cerraba detrás de nosotros cada mañana el abuelo asentía con firmeza en la dirección del parque. No era sólo porque de cierta manera era más corto, o más cerca de la casa de apuestas. Creo que él sabía que no quería volver allí. No estaba lista. No estaba segura de que volvería a estar lista.

Hicimos dos recorridos lentos desde el estanque de los patos, y nos sentamos en un banco en el sol de una primavera acuosa para ver a los niños pequeños y sus padres que alimentaban a los patos gordos y los adolescentes fumadores, gritando y golpeándose entre sí; el combate indefenso del noviazgo prematuro. Dimos un paseo a la casa de apuestas de manera que el abuelo podría perder tres libras apostándole a un caballo llamado Wag The Dog. Luego, mientras el arrugaba su boleto de apuestas y lo tiraba a la papelera, le dije que me gustaría comprar una donut de mermelada en supermercado.

—Oh, grasa— dijo, mientras estábamos en la sección de panadería.

Le fruncí el ceño.

—Oh, grasa —dijo, señalando a nuestras donas, y se rió.

—Oh. Sip. Eso es lo que voy a decir a mamá. Donas bajas en grasa.

Mamá decía que su nuevo medicamento lo hacía reírse. Yo había decidido que había peores cosas que podrían pasarte.

El abuelo todavía estaba riéndose de su propia broma cuando hicimos la cola en la caja. Mantuve mi cabeza gacha, hurgando en mis bolsillos por el cambio. Estaba pensando si iba a ayudar a papá con el jardín el fin de semana. Así que me tomó un minuto entender lo que se decía en voz baja detrás de mí.

—Es la culpa. Dicen que ella trató de saltar de un bloque de pisos.

—Bueno, lo harías, ¿no? Sé que yo no podría vivir conmigo misma.

—Me sorprende que pueda mostrar su cara por aquí.

Me quedé muy quieta.





—Tú sabes, la pobre Josie Clark sigue estando mortificada. Ella va a confesarse cada semana, y sabes que esa mujer es tan intachable como una línea de ropa limpia.

El abuelo estaba señalando las donuts y diciéndole a la cajera:

—Oh grasa— Ella sonrió cortésmente.

—Ochenta y seis peniques, por favor.

—Los Traynors nunca han vuelto a ser lo mismo.

—Bueno, aquello los destruyó, ¿no?

—Ochenta y seis peniques, por favor.

Me tomó unos segundos darme cuenta de que la cajera me estaba mirando, esperando. Saqué un puñado de monedas de mi bolsillo. Mis dedos se enredaron mientras trataba de ordenarlos a través de ellos.

—Uno pensaría que Josie no se atrevería a dejarla sola a cargo de su abuelo, ¿no?

— ¿No crees que ella había...?

—Bueno, tú no lo sabes. Ella ya lo ha hecho una vez, después de todo...

Mis mejillas ardían. Mi dinero cayó sobre el mostrador. El abuelo todavía estaba repitiendo "OH GRASA. OH GRASA" a la cajera desconcertada, esperando para que entendiera la broma. Tiré de su manga.

—Vamos, abuelo, tenemos que irnos.

—Oh grasa —insistió, una vez más.

—Bien —dijo ella. Y sonrió amablemente.

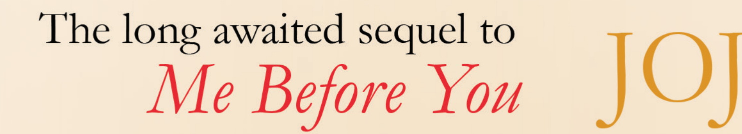
—*Por favor, abuelo*. — Me sentía caliente y mareada, como si pudiera desmayarme. Puede ser que todavía estuvieran hablando, pero mis oídos sonaban tan fuerte que no podía decirlo.

—Adiós— dijo él.

—Adiós entonces —dijo la chica.

—Bonito—, dijo el abuelo, mientras salimos a la luz del sol. Luego, me miró: — ¿Por qué lloras?





***

Así que esto es lo que pasa cuando participas en un suceso que te cambia tu vida catastróficamente. ¿Crees que es justo que debas lidiar con el suceso que cambio tu vida catastrófica con: los flashbacks, las noches sin dormir, la interminable huida sobre ese suceso en tu cabeza, preguntándome si habías hecho lo correcto, diciendo las cosas que deberías haber dicho, si podrías haber cambiado las cosas, incluso en un grado diferente?

Mi madre me había dicho que el estar con Will al final afectaría el resto de mi vida, yo había pensado que quería decir, psicológicamente. Había pensado que ella quería decir que yo tendría que aprender a superar la culpa, el dolor, el insomnio, las extrañas explosiones, los inapropiados arranques de ira, el diálogo interno interminable con alguien que ni siquiera está allí. Pero ahora veía que no era sólo yo: en la era digital, quiero ser esa persona para siempre. Aun si lograra limpiar todo el asunto de mi memoria, nunca me permitiría desvincularme de la muerte de Will. Mi nombre estaría ligado a él por el tiempo que hubiera píxeles y una pantalla. Las personas se forman opiniones acerca de mí, basada en el conocimiento más superficial -o, a veces sin ningún conocimiento en absoluto- y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Me corté el cabello, he empaquetado todo que me había hecho alguna vez distinto y llené de ello la espalda de mi guardarropa. Adopté la forma de vestir de Treena con jeans y unas genéricas camisetas. Ahora, cuando leo los artículos del periódico sobre el cajero del banco que había robado una fortuna, la mujer que había matado a su hijo, el hermano que había desaparecido, no me encontré estremecida de horror, como una vez puede que lo haya estado, pero preguntándome en su lugar en la historia que no había hecho en blanco y negro.

Lo que sentí con ellos fue un parentesco extraño. Yo estaba contaminada. El mundo a mí alrededor lo sabía. Peor aún, yo había comenzado a saberlo también.

Metí lo que quedaba de mi pelo oscuro en una gorrita, me puse mis gafas de sol, fui a la biblioteca, haciendo todo lo que pude por no hacer un




espectáculo con mi cojera, a pesar de que hizo a mi mandíbula doler con concentración.

Me abrí paso más allá del grupo de canto de niños y los entusiastas silenciosos de genealogía tratando de confirmar que, sí, que estaban conectados remotamente al rey Richard III, y me senté en la esquina con los archivos de los periódicos locales. No era difícil de localizar agosto de 2009. Tomé aire, luego los abrí hasta la mitad y hojee los titulares.

Hombre Termina Con Su Vida En Una Clínica de Suiza

Familia Traynor pide Privacidad en este "Difícil momento"

De 35 años de edad, el hijo de Steven Traynor, custodio del Castillo Stortfold, ha terminado su vida en Dignitas, el controversial centro para el suicidio asistido. El señor Traynor quedó tetrapléjico tras un accidente de tráfico en 2007. Al parecer, viajó a la clínica con su familia y su cuidadora, Luisa Clark, de 27 años, también de Stortfold.

La policía está investigando las circunstancias que rodearon la muerte. Fuentes dicen que no han descartado la posibilidad de que pueda surgir un proceso judicial.

Los padres de Louisa Clark, Bernard y Josephine Clark, de Renfrew Road, se negaron a hacer comentarios.

Camilla Traynor, una Jueza de Paz[10]*, se sabe que se ha mantenido fuera del tribunal tras el suicidio de su hijo. Una fuente local dijo que su posición, teniendo en cuenta las acciones de su familia, se había convertido en "insostenible".*

Y entonces allí estaba, el rostro de Will, mirando desde la fotografía del periódico granulado. Esa sonrisa ligeramente irónica, la mirada directa. Me quedé, en pocas palabras, sin aliento.

La muerte del señor Traynor pone fin a una exitosa carrera en la ciudad, donde no sólo era conocido como un soltero despiadado, sino también como

[10] Son órganos judiciales unipersonales con jurisdicción en el ámbito local, generalmente un municipio, comuna o distrito en el que no existe un juzgado de primera instancia.



alguien con un buen ojo para el negocio empresarial. Sus colegas ayer se formaron para rendir homenaje a un hombre que describieron como...

Cerré el periódico. Cuando pude estar segura de que tenía mi cara bajo control, miré hacia arriba. A mi alrededor la biblioteca tarareaba con tranquilidad. Los niños siguieron cantando, con sus caóticas voces, y sus madres aplaudiendo con cariño a su alrededor. La bibliotecaria detrás de mí estaba discutiendo en *voz baja*, con un colega, sobre la mejor manera de hacer curry tailandés. El hombre a mi lado pasó el dedo por un antiguo censo electoral, murmurando, “Fisher, Fitzgibbon, Fitzwilliam…”

No había hecho nada. Habían pasado más de dieciocho meses y no había hecho nada, más que servir tragos en un bar en dos países diferentes y sentir lástima por mí misma. Y ahora, después de cuatro semanas de estar de regreso a la casa en la que había crecido, podría sentir que Stortfold extendía la mano para aspirarme, para lograr convencerme de que podría estar bien aquí.

Es posible que no haya grandes aventuras, eso seguro, y un poco de incomodidad a medida que las personas se acostumbran a mi presencia una vez más, pero hay cosas peores, que estar con tu familia, amada y segura ¿Segura?

Miré hacia abajo en la pila de periódicos en frente de mí. El más reciente artículo de portada de primera plana se lee:

POLÉMICA SOBRE EL ESTACIONAMIENTO DE DISCAPACITADOS EN FRENTE DE LA OFICINA DE CORREOS

Pensé en papá, sentado en la cama del hospital, buscando en vano un informe de un accidente extraordinario.

Te fallé, Will. Te fallé en todas las maneras posibles.

***

Podía oír los gritos todo el camino por la calle cuando por fin llegué a mi casa. Al abrir la puerta mis oídos se llenaron con el sonido de los lloriqueos de Thomas. Mi hermana lo regañó, y meneaba su dedo en la esquina de la sala de estar. Mamá se inclinaba sobre el abuelo con un recipiente de agua y estropajos, mientras que el abuelo la empujaba lejos.

— ¿Qué está pasando?

Mamá se movió a un lado y vi la cara del abuelo por primera vez. Él llevaba un nuevo conjunto de cejas de color negro azabache y un grueso bigote negro ligeramente desigual.

—Marcador permanente —Dijo mamá—. De aquí en adelante nadie debe dejar que el abuelo duerma en el mismo cuarto que Thomas.

— ¡Deberás dejar de dibujar en las cosas! —Treena estaba gritando — Solo en el papel, ¿de acuerdo? No en las paredes. Ni en las caras. Ni el perro de la señora Reynolds. Ni en mis pantalones.

—Estaba haciendo los días de la semana.

— ¡No necesito pantalones de días-de-la-semana! — gritó. —Y si lo hiciera, sabría escribir miércoles correctamente.

—No lo regañes, Treen. —dijo mamá, inclinándose atrás para ver si había tenido algún efecto. —Podría ser peor.

En nuestra pequeña casa, los pasos de mi padre bajando las escaleras sonó como un particularmente enfático trueno. Llegó a la sala de estar con los hombros encogidos en frustración, y el cabello parado de un lado.

— ¿No puede un hombre toma una siesta en su propia casa en su día de descanso? Este lugar es como una casa de locos.

Todos nos quedamos parados y lo observamos fijamente.

— ¿Qué? ¿Qué dije?

—Bernard…

—Oh, venga ya. Nuestra Lou no piensa que me refiero a ella

—Oh, mi dulce señor. —Mi madre se llevó una mano a la cara.

Mi hermana había empezado a sacar a Thomas de la habitación.

—Ay, niño —dijo—. Thomas, es mejor que te vayas de aquí ahora mismo. Porque te juro que cuando tu abuelo te encuentre…

— ¿Qué? ¿Qué pasa?

El abuelo vociferó una risa. Sostuvo un dedo tembloroso. Era casi magnífico. Thomas había coloreado toda la cara de papá con el marcador



azul. Sus ojos surgieron como dos grosellas espinosas de un mar de azul cobalto.

— ¿Qué?

La voz de Thomas, cuando desapareció abajo el pasillo, era un gemido de protesta.

— ¡Mirábamos *Avatar*! Dijo que no le importaría ser un avatar.

Los ojos de papá se abrieron como platos. Caminó al espejo que hay encima de la chimenea. Hubo un breve silencio.

— ¡Oh, mi Dios!

—Bernard, no se toma el nombre del Señor en vano.

— ¡Él me hizo azul, Josie! Creo que tengo derecho a tomar el nombre del Señor para llevarlo a Butlins[11] tirando una carretilla. ¿Es pluma permanente? ¿THOMMO? ¿ES ESTA PLUMA PERMANENTE?

—Vamos a quitarlo, papá—Mi hermana cerró la puerta al jardín detrás de ella. Más allá de la puerta se escuchaban los lamentos de Thomas.

—Soy el encargado de supervisar las nuevas vallas en el castillo mañana. Vienen contratistas. ¿Cómo diablos voy a tratar con contratistas si soy *azul*?Papá escupió en su mano y comenzó a frotar su cara. Las manchas más tenues aparecieron, pero sobre todo parecían difundirse sobre su palma.

— ¡No se quita, Josie! ¡*No se quita*!

Mamá dejo de prestarle atención al abuelo y comenzó a tallar a papá con el estropajo.

—Sólo quédate quieto, Bernard. Hago lo que puedo.

Treena fue por su laptop.

—Buscaré en internet. Estoy segura de que hay algo. Pasta dental, quita esmalte o lejía...

— ¡No vas a poner lejía en mi cara! —dijo papá gritando.

El abuelo, sentado con su nuevo bigote de pirata, comenzó a reírse en un rincón de la sala.

[11] Es un centro acuático



Comencé a sentirte al borde con ellos.

Mamá sostenía la cara de papá con su mano izquierda mientras la limpiaba. Se dio la vuelta, como si acabara de verme.

— ¡Lou! No te pregunté. ¿Estás bien, amor? ¿Tuviste un paseo agradable?

Todos se detuvieron abruptamente para sonreírme; una sonrisa que dice, *Todo está bien aquí, Lou. No tienes de que preocuparte*. Odiaba esa sonrisa.

—Estuvo bien.

Era la respuesta que todos querían. Mamá se dirigió a papá.

—Esto es grandioso. ¿No es grandioso, Bernard?

—Lo es. Es una gran noticia.

—Si clasificas tus blancos, amor, los llevaré a lavar con los de papa más tarde.

—En realidad —dije—. No te molestes. He estado pensando. Es hora de irme a casa.

Nadie habló. Mamá miró a papá. El abuelo soltó más pequeña risa tonta y puso su mano sobre su boca.

—Muy bien— dijo papá, con tanta dignidad como un hombre de mediana edad, podría reunir. —pero si te vas a ese piso, Louisa, te vas con una condición...





CAPÍTULO 4

—Mi nombre es Natasha y perdí a mi esposo de cáncer hace tres años.

En una húmeda noche del lunes, los miembros del Círculo de Superación estaban sentados en un círculo en las sillas naranjas de la oficina de la Iglesia Pentecostal Hall, junto a Marc, el líder, un alto hombre bigotudo, que irradiaba una especie de agotada melancolía, y una silla vacía.

—Soy Fred. Mi esposa, Jilly, murió en septiembre. Tenía setenta y cuatro años—

—Sunil. Mi hermano gemelo murió de leucemia hace dos años.

—William. Padre muerto, hace seis meses. Todo es un poco ridículo, francamente, nosotros nunca convivimos cuando él estaba vivo. Sigo preguntándome por qué estoy aquí.

Había un olor peculiar a la pena. Olía a humedad, los pasillos de la iglesia imperfectamente ventilados y bolsas de té de mala calidad. Olía a comida y a cigarrillos viejos, fumados contra el frío. Olía a cabello húmedo y a axilas, poco prácticas victorias contra una maraña de desesperación. Ese olor me dijo que no pertenecía aquí, lo que le había prometido a papá. Me sentí como un fraude. Además todos ellos parecieron tan… *tristes*.

Me moví con inquietud de mi asiento, y Marc me sorprendió. Él me dio una sonrisa tranquilizadora. *Lo sabemos,* dijo. *Hemos estado aquí antes.*

Apuesto a que no lo has estado, respondí en silencio.

—Lo siento, lo siento. Llego tarde —La puerta se abrió, dejando entrar consigo una ráfaga de aire caliente, y la silla vacía fue ocupada por un adolescente con la cabeza rapada, dobló sus extremidades en su lugar como si de alguna manera ellas fueran demasiado largas para caber en el espacio en el que se encontraban.

—Jake. Faltaste la semana pasada. ¿Todo está bien?

—Lo siento. Papá tuvo problemas en el trabajo y él no podía traerme.



—No te preocupes. Es bueno que ahora estés aquí. Ya sabes dónde están las bebidas.

El chico miró alrededor de la habitación por debajo de su flequillo largo, dudando un poco cuando su mirada aterrizó en mi falda verde brillante. Tiré mi bolso a mi regazo en un intento de ocultarlo y él apartó la mirada.

—Hola, querido. Soy Daphne. Mi marido se quitó la vida. ¡No creo que eso haya sido el problema! —La media sonrisa de la mujer parecía derramar dolor. Se acarició con cuidado el cabello y miró detenidamente sus rodillas con torpeza. —Éramos felices. Lo éramos.

Las manos del chico estaban metidas debajo de sus muslos.

—Jake. Mi madre. Hace dos años. He estado viniendo aquí desde el año pasado porque mi papá no puede lidiar con eso, y necesitaba a alguien con quien hablar.

— ¿Cómo está tu papa esta semana, Jake? —preguntó Marc.

—No tan mal. Quiero decir, él trajo por la noche a una mujer a casa el viernes pasado, pero él ni siquiera se sentó en el sofá y luego comenzó a llorar. Eso es algo.

—El padre de Jake está manejando su propia aflicción a su manera— dijo Marc en mi dirección.

—Follando. Sobre todo follando.

—Ojalá fuera más joven— dijo Fred, con nostalgia. Llevaba un collar y corbata, el tipo de hombre que se considera desnudo si no lleva uno. —Creo que podría haber sido una maravillosa manera de manejar la muerte de Jilly.

—Mi prima recogió a un hombre en el funeral de mi tía —dijo una mujer en la esquina que podría llamarse Leanne; no lo recuerdo. Ella era pequeña y redonda y tenía una gruesa franja de cabello color chocolate.

— ¿Realmente durante el entierro?

—Dijo que fueron a Travelodge[12] después de los bocadillos— Se encogió de hombros. —Es el aumento de emociones, por lo visto.

[12]Travelodge es una compañía de hoteles que opera en Reino Unido, Irlanda y España.





Estaba en el lugar equivocado. Podría verlo ahora. Sin permiso, junté mis pertenencias, me pregunto si debo anunciar mi salida o si sería más fácil sólo echarme a correr.

Marc se dirigió entonces a mí con expectación.

Le miré fijamente sin expresión.

Levantó sus cejas.

—Oh. ¿Yo? En realidad, estaba a punto de irme. Creo que me he… es decir, no creo que sea...

—Oh, todo el mundo quiere irse en su primer día, cariño.

—Quise irme durante mi segundo y tercer día también.

—Es por las galletas. Le sigo diciendo a Marc que debemos tener mejores.

—Sólo dinos lo esencial de ello, si gustas. No te preocupes. Estás entre amigos.

Todos esperaban. No pude correr. Me encorvé hacia mi asiento.

—Um. Está bien. Bueno… mi nombre es Louisa y el hombre que... que amé... murió a los 35 años.

Hubo unas cabezadas de compasión.

—Demasiado joven. ¿Cuándo pasó esto, Louisa?

—Hace veinte meses. Y una semana. Y dos días.

Natasha me sonreía desde el otro lado de la sala. Hubo un murmullo bajo de compasión, Daphne, junto a mí, extendió su mano regordeta y le dio unas palmaditas a mi pierna.

—Hemos tenido muchas discusiones en este foro acerca de las dificultades particulares cuando alguien muere joven —dijo Marc —¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Uh. Nosotros… bueno… un poco menos de seis meses.

Algunos apenas ocultan sus miradas de sorpresa.

—Eso es muy breve— dijo una voz.



—Estoy seguro de que el dolor de Louisa es tan válido como el suyo— dijo Marc suavemente. ¿Y cómo pasó, Louisa?

— ¿Pasó qué?

—Cómo murió.

—Oh. Uh… él se quitó la vida.

—Esto debió haber sido un gran golpe.

—No realmente. Yo sabía que lo había planeado.

Hay un peculiar silencio. Resulta que, cuando le dices a un grupo lleno de personas que piensan que saben todo lo que hay que saber sobre la muerte de un ser querido que ellos no saben.

Me tomé un respiro.

—Sabía que él quería hacerlo antes de conocerlo del todo. Trate de hacerlo cambiar de opinión y no pude. Así que fui con él, porque lo amaba, y parecía tener sentido en ese momento. Y ahora tiene mucho menos sentido. Es por eso que estoy aquí.

—La muerte no tiene sentido— dijo Daphne.

—A menos que seas budista— dijo Natasha. —Sigo intentando tener pensamientos budistas pero estoy preocupada de que Olaf regrese como un ratón o algo y vaya a envenenarlo— suspiró. —Tengo que poner veneno. Tenemos un terrible problema de ratones en nuestra cuadra.

—Nunca te desharás de ellos. Son como pulgas— dijo Sunil. —Por cada uno que ves, hay cientos de ellos entre bastidores.

—Es posible que desees pensar en lo que estás haciendo, Natasha, amor— dijo Daphne. —No puede haber cientos de pequeños Olafs corriendo. Mi Alan podría ser uno de ellos. Usted podría ser envenenada por cualquiera de los dos.

—Bueno— dijo Fred —Si es budista, volvería como algo más ¿verdad?

— ¿Pero y si es una mosca o algo y Natasha lo mata también?

—No me gustaría volver como una mosca— dijo William —Que cosa tan horrible, peluda y negra— se estremeció.





—No, soy como algún asesino de masas— dijo Natasha. —Lo hace sonar como estoy ahí para matar a maridos reencarnados de todo el mundo.

—Bien, ese ratón podría ser el marido de alguien. Aun si no es Olaf.

—Creo que deberíamos tratar de conducir esta sesión por buen camino— dijo Marc, frotando su estado de ánimo. —Louisa, es muy valiente de tu parte que hayas venido y nos hayas contado tu historia. ¿Por qué no nos cuentas un poco más acerca de cómo tú y… ¿cuál era su nombre? ¿Cómo se conocieron? Estas en un círculo de confianza. Todos nos hemos comprometido a que nuestras historias no van a salir más allá de estos muros.

Fue en este punto en que se me ocurrió mirar a los ojos de Jake. Él miró a Daphne, luego a mí, y sacudió la cabeza ligeramente.

—Lo conocí en el trabajo— dije —Y su nombre era… Bill.

***

A pesar de que se lo había prometido a papá, no planeaba asistir al Círculo de Apoyo. Pero mi vuelta al trabajo había sido tan horrible que cuando el día terminó no había sido capaz de afrontar irme a casa a un piso vacío.

— ¡Estás de vuelta! Carly había colocado la taza de café en la barra, tomando el dinero de un hombre de negocios, y me abrazó, mientras dejaba caer las monedas en las secciones correctas de la caja registradora, en un fluido movimiento.

— ¿Qué paso? Tim sólo nos dijo que habías tenido un accidente. Y luego se fue, por lo tanto ni siquiera estaba segura de que ibas a volver.

—Es una larga historia —la miré—. Uh… ¿Qué llevas puesto?

Nueve en punto de la mañana del lunes y el aeropuerto se había convertido en trajes azul—gris de hombres con ordenadores portátiles, que miran fijamente su iPhone, leyendo las páginas de la Ciudad o hablando discretamente con sus teléfonos móviles sobre formar parte del mercado. Carly captó la atención de alguien al otro lado de la caja registradora.

—Sí. Bueno, las cosas han cambiado desde que te has ido.



Mi vuelta para ver a un hombre de negocios estar de pie en el lado equivocado de la barra. Parpadee y puse mi bolsa abajo.

—Um… si usted gustar esperar allí, le serviré.

—Tú debes ser Louisa— Su apretón de manos era enfático y sin el calor. —Soy el nuevo gerente del bar. Richard Percival.

Me fijé en su elegante cabello, su pálida camisa azul, y me pregunté qué tipo de bares realmente había dirigido.

—Gusto en conocerlo.

—Usted es la única que ha estado fuera durante dos meses.

—Bueno. Sí, yo...

Su vista anduvo a lo largo del lugar, analizando cada botella.

—Quiero que sepa que no soy muy fan de las personas que tienen una licencia médica interminable.

Mi cuello se desplazó unos centímetros.

—Sólo estoy estableciendo un marcador, Louise. No soy uno de esos directores que se hacen de la vista gorda. Sé que en muchas empresas el tiempo libre prácticamente se considera un beneficio personal. Pero no en las empresas donde yo trabajo.

—Créame, no he considerado las últimas nueve semanas como un beneficio.

Examinó la parte inferior de la palma de su mano y la rozó detenidamente con su pulgar. Me tomé un respiro antes de hablar.

—Me caí de un edificio. Tal vez podría mostrarle las cicatrices de mi cirugía. Así que, ya sabe, puede tener la tranquilidad de que con poca probabilidad querré hacerlo otra vez.

Me miró fijamente.

—No hay necesidad de ser sarcástica. No estoy diciendo que esté a punto de tener otro tipo de accidente, pero su licencia médica está, *proporcionalmente*, a un nivel inusualmente alto para alguien que ha trabajado para esta empresa en un lapso de tiempo relativamente corto. Eso es lo que quería señalar. Lo cual ya ha sido notado.



Llevaba unos gemelos[13] con coches de carreras en ellos.

—Mensaje recibido, señor Percival —dije— Haré lo posible para evitar futuros accidentes mortales.

—Necesitará un uniforme. Si me da cinco minutos iré por uno al almacén. ¿Qué talla es usted? ¿Doce? ¿Catorce?

Lo miré.

—Diez.

Levantó una ceja, y yo levanté otra de vuelta. Tan pronto como él caminó a la oficina, Carly se inclinó desde la máquina de café y sonrió dulcemente en su dirección.

—Cabrón. — dijo, por un lado de su boca.

***

Ella no estaba equivocada. Desde el momento en que regresé, Richard Percival fue, en palabras de mi padre, todo sobre mí en un mal traje. Midió mis medidas, comprobó cada rincón del bar para encontrar migas de cacahuete, estaba dentro y fuera de los baños checando la higiene y no nos dejaría salir hasta que puso sobre nosotras la caja y asegurarse que cada uno de los rollos correspondiera a la recaudación del último penique.

Ya no tenía tiempo para charlar con los clientes, para buscar horarios de salida, pasar pasaportes perdidos, contemplar los aviones que podíamos ver despegar través de la gran ventana de cristal. Ni siquiera tengo tiempo para estar irritada por *Celtic Pan Pipes, Vol III.* Si un cliente se queda esperando a ser atendido por más de diez segundos Richard aparece mágicamente desde su oficina, suspirando con exageración, y luego le pide disculpas públicamente en repetidas ocasiones porque se ha mantenido esperando por *tanto tiempo*. Carly y yo, normalmente estamos ocupadas con otros clientes, intercambiando miradas secretas de resignación y desprecio. Él pasa la mitad del día en reuniones de representantes, el resto en el teléfono en la Oficina Principal, quejándose sobre pisotones y Gastos Por Persona.

[13] En inglés *cufflinks*, que son unos accesorios/prendedores que utilizan tanto hombres como mujeres en las mangas de una camiseta de vestir.



Nos alienta para incrementar las ventas con cada transacción, y llevarnos a un lado para hablar de si se nos olvidó algo. Todo que era bastante malo.

Pero luego había uniforme.

Carly entro al baño de mujeres mientras yo estaba terminando de cambiarme y se paró al lado de mí frente al espejo.

—Parecemos un par de idiotas— dijo.

No contento con faldas oscuras y camisas blancas, a cierto genio de marketing de alto rango en la escala corporativa había decidido que la atmosfera del Shamrock and Clover se beneficiaría con una auténtica ropa irlandesa. Esta auténtica ropa irlandesa había sido claramente ideada por alguien que creyó que en Dublín, justo en este momento, las mujeres de negocios y cajeras estaban pirueteando en sus lugares de trabajo vestidas con gabardinas bordadas, calcetines a la altura de las rodillas y usando zapatos de baile, en brillante color verde esmeralda. Acompañado con pelucas de bucles.

—Jesús. Si mi novio me viera vestida así, se burlaría de mí— Carly encendió un cigarro, y subió al fregadero para desactivar la alarma del detector de humo en el techo. —Eso sí, primero querría hacerlo conmigo. El pervertido.

— ¿Qué es lo que los hombres tienen que usar? Saqué mi falda corta por los lados y observé a Carly ligeramente nerviosa, preguntándose cuan lastimada estaba yo.

—Mira afuera. Sólo está Richard. Y tiene que llevar esa camiseta con el logotipo verde. Una pobre cosa.

— ¿Y eso es todo? ¿No zapatos de duende? ¿O un pequeño sobrero de duende?

—Sorpresa, sorpresa. Sólo nosotras las chicas tienen que trabajar pareciendo un Munchkins[14] porno.

—Luzco como Dolly Parton: Los Primeros Años[15] en esta peluca.

[14] Es una raza de gato surgida por una mutación genética natural que da lugar a gatos con piernas más cortas de lo normal.
[15] Fue un disco de la cantante estadounidense Dolly Parton.



—Agarra una roja. Por suerte, tenemos una gama de tres colores.

Desde algún lugar de fuera se podía oír a Richard llamando. Mi estómago se había comenzado a retorcer cuando escuché su voz.

—De todos modos, no voy a quedarme. Voy a *Riverdance,*[16] es mi forma de salir de este lugar y estar en otro trabajo— dijo Carly —Él puede pegarse los malditos tréboles de su pequeña empresa en el culo.

Ella había dado lo que sólo podría describir como un sarcástico comentario, y la saqué del baño. Me pasé el resto del día recibiendo un poco de descargas eléctricas de la estática.

***

El Círculo de Superación terminó a las nueve y media. Me fui a la húmeda noche de verano, agotada por los juicios dobles de trabajo y los eventos de la tarde. Me quité la chaqueta, estaba demasiado caliente, sintiendo de pronto que, literalmente me desnudé ante una sala llena de extraños, en un uniforme de imitación de bailarina irlandesa, que era, en verdad, un poco demasiado pequeño, realmente no hace mucha diferencia.

No había sido capaz de hablar de Will… no de la manera en la que ellos hablaban, como si sus seres queridos todavía fueran parte de su vida, como si tal vez estuvieran en la habitación de al lado.

—Oh sí, mi Jilly solía hacer eso todo el tiempo.

—No puedo borrar el mensaje de voz de mi hermano. Tengo que escucharlo aunque sea un poco cuando siento que voy a olvidar como sonaba.

—A veces puedo escucharlo en la habitación de al lado.

Apenas podría decir el nombre de Will. Y escuchar sus historias de las relaciones familiares, de sus treinta años de matrimonio, casas compartidas, la vida, los niños, me sentía como un fraude. Yo había sido la cuidadora de alguien por seis meses. Yo lo amé, y lo vi terminar con su vida. ¿Cómo podrían estos extraños entender lo que Will y yo habíamos sido uno al otro durante ese tiempo? ¿Cómo podía explicar la forma en que nos habíamos

[16](Danza del río) es un famoso espectáculo teatral de música y danza tradicionales irlandesas creado por el músico y compositor Bill Whelan.





comprendido tan rápidamente uno al otro, las pequeñas bromas, las verdades directas y los secretos crudos? ¿Cómo podría transmitir el modo en que esos meses habían cambiado la manera en que me sentía sobre todo? ¿La forma en que había sesgado mi mundo tan absolutamente que no tenía sentido sin él en él?

Y en el fondo, ¿cuál era el punto de volver a recordar su tristeza todo el tiempo de todos modos? Es como recoger una herida y negarte a dejar que se cure. Sabía de qué había sido parte. Sabía que cual era mi papel.

No vendría la próxima semana, lo sabía ahora. Encontraría una excusa para papá. Caminé lentamente a través del estacionamiento, hurgando en mi bolsa por mis llaves, diciéndome a mí misma que por lo menos no había tenido que pasar otra noche sola frente a mi televisor, temiendo el paso de las doce horas hasta que tuviera que volver al trabajo.

—Su nombre no era realmente Bill, ¿verdad? Jake fue al paso junto a mí.

—Nop.

—Daphne es como una empresa de radiodifusión. Ella tiene buenas intenciones, pero tu historia personal estará por todas partes de su club social antes de que pueda decir la Reencarnación del Roedor.

—Gracias por eso.

Él me sonrió y asintió con la cabeza hacia mi falda lurex.

—Bonita tela, por cierto. Es un buen conjunto para una sesión que aconseja la pena— Se detuvo brevemente para atar las cuerdas de sus zapatos.

Me he detenido con él. He dudado. Luego dije

—Siento lo de tu madre.

Su rostro estaba sombrío.

—No puedes decir eso. Es como una prisión, no le puedes preguntar a alguien porque está ahí.

— ¿De verdad? Oh, lo siento. Yo no...

—Estoy bromeando. Hasta la próxima semana.





Un hombre apoyado en una moto levantó una mano para saludar. Se adelantó mientras Jake cruzaba el estacionamiento y lo envolvió en un abrazo de oso, besando su mejilla. Me detuve a observar, sobre todo porque es muy raro ver a un hombre abrazando así a su hijo en público, una vez que ya tiene la credencial de mayor de edad.

— ¿Cómo estuvo?

—Bien. Lo de siempre— Jake me señaló —Ah, ella es Louisa. Es nueva.

El hombre miró hacia mí. Era alto y de hombros anchos. Su nariz tenía el aspecto de haberse roto una vez, lo que le dejó una cicatriz ligeramente parecida a la de un ex boxeador.

Lo saludé con la cabeza con educación.

—Fue un gusto en conocerte Jake. Adiós— Levanté la mano, y empecé a caminar hacia mi coche. Pero el hombre siguió mirándome, sentí el color subir bajo la intensidad de su mirada.

—Eres esa chica— dijo.

Oh no, pensé, frenando repentinamente. *No aquí también*.

Miré fijamente hacia el suelo por un momento y respiré. Entonces me volví para estar enfrente de ambos.

—Bien. Como acabo de aclarar en el grupo, mi amigo tomó sus propias decisiones. Todo lo que hice fue apoyarlas. Y, si te digo la verdad, realmente quiero entrar en este tema justo aquí y con un completo desconocido.

El padre de Jake siguió mirándome. Llevó su mano a su cabeza.

—Entiendo que no todo el mundo lo entenderá. Pero así fue. No creo que tengamos que debatir mis opciones. Y estoy muy cansada, y ha sido largo día, y creo que voy a ir a casa ahora.

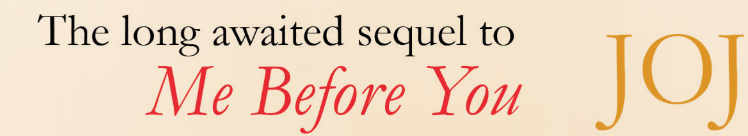
Él ladeó su cabeza. Y luego dijo.

—No tengo ni idea de qué está hablando.

Fruncí el ceño.

—La cojera. Noté que tiene una cojera. Vive cerca de esa nueva construcción, ¿verdad? Eres la chica que se cayó del techo. Marzo. Abril.





Y de repente lo reconocí.

—Ah… usted era...

—El paramédico. Éramos el equipo que la recogió. Me había estado preguntando qué fue lo que pasó con usted.

Casi me retorcí del alivio. Dejé mi mirada sobre su rostro, su pelo, sus brazos, recordando de repente con precisión pavloviana[17] su manera de ser tan tranquilizadora, el sonido de la sirena, el tenue aroma de limones. Solté un suspiro.

—Estoy bien. Bueno. No exactamente. Tengo un golpe en la cadera y un nuevo jefe que es un completo idiota. Y, como ya sabe, estoy en un club que te recuerda el dolor en un pasillo húmedo de la iglesia con gente que es realmente, realmente...

—Triste— dijo Jake, amablemente.

—La cadera se mejorará. No impedirá su carrera de bailarina—

Mi risa surgió como un graznido.

—Oh. No, esto es… El conjunto está relacionado con mi jefe que es un idiota. No es mi manera normal de vestir. De todos modos. Gracias. Wow... puse mi mano a mi cabeza. —Esto es raro. Usted me salvó.

—Es un placer verla de nuevo. No solemos ir a ver lo que pasa después.

—Hizo un gran trabajo. Estaba… Bien, era realmente amable. Recuerdo mucho eso.

—*De nada*.

Lo miré.

—*De nada*. Español. No fue nada.

—Ah, bien, entonces. Entiendo. Gracias por nada.

Sonrió y levantó una mano que era como el tamaño de una pala.

Después, no supe que fue lo que me hizo hacerlo.

[17] El condicionamiento clásico, también llamado condicionamiento pavloviano, es un tipo de aprendizaje asociativo que fue demostrado por primera vez por Iván Pávlov.



—Hey.

Miró hacia atrás para verme.

—Soy Sam, por cierto.

—Sam. Yo no salté.

—Está bien.

—No. De verdad. Es decir, sé que acabas de verme salir de un grupo que te recuerda el dolor y todo eso, pero es… bueno, yo sólo… yo no salté.

Él me dio una mirada que parecía sugerir que había visto y oído todo.

—Es bueno saberlo.

Nos miramos uno al otro durante un momento. Entonces él levantó su mano otra vez.

—Gusto en conocerte, Louisa.

Se puso el casco y Jake se sentó sobre la bicicleta detrás de él. Me encontré a mí misma observándolos mientras salían del estacionamiento. Y porque todavía los estaba viendo, me di cuenta de Jake rodaba los ojos mientras se ponía su propio casco. Y entonces recordé lo que había dicho en la reunión.

El follador compulsivo.

—Idiota— me dije a mi misma, y cojeé a través del resto del asfalto hacia donde estaba mi coche hirviéndose en el calor de la tarde.





CAPÍTULO 5

Vivía a las afueras de la ciudad. En caso de que yo estaba en duda, en el camino se alzaba una enorme oficina de bloque, rodeada por una valla publicitaria de un promotor, sobre la cual estaba escrito: *FARTHINGATE — DONDE LA CIUDAD COMIENZA*. Existíamos en el punto exacto donde los templos de cristal brillante embestían contra el sucio y viejo ladrillo y ventanas de guillotina de las tiendas de comestibles, de los bares de strippers, y oficinas de taxis que resueltamente se negaron a desaparecer. Mi cuadra estaba entre ésos arquitectónicos edificios desaliñados, vidrios sucios, y un edificio de depósito de plomo manchado mirando fijamente a la constante arremetida de cristal y acero y, por tanto, me pregunto cuánto tiempo podría sobrevivir, tal vez rescatada por un bar de zumos hípster o una experiencia en una tienda minorista. No conocía a nadie excepto a Samir que dirigía la tienda de comestibles y la mujer en la panadería que me sonreía en modo de bienvenida, pero no parecía hablar nada de inglés.

Sobre todo este anonimato me convenía. Había llegado hasta aquí, después de todo, para escapar de mi historia, de sentir como si todo el mundo sabía todo lo que había que saber sobre mí. Y la ciudad había comenzado a cambiarme. Había llegado a conocer mi pequeño rincón, sus ritmos y sus puntos de peligro. He aprendido que si le das dinero al borracho en la estación de autobuses, vendría y se sentaría afuera de tu piso en las próximas ocho semanas; que si tuviera que caminar a través de la propiedad en la noche era prudente hacerlo con mis llaves alojadas entre mi dedos; y que si yo estaba caminando fuera para conseguir una botella de vino a altas horas de la noche probablemente era mejor no voltear a ver al grupo de jóvenes reunidos afuera del Kebab Korner[18]. Ya no estaba preocupada por el persistente *whump whump whump* del helicóptero de la policía aérea.

Podría sobrevivir. Además, yo sabía, más que nadie, que peores cosas podrían suceder.

---

[18] Es un restaurante.





—Hey.

—Hola, Lou. ¿No puedes dormir otra vez?

—Son solo pasadas de las diez en punto aquí.

—Entonces, ¿Qué pasa?

Nathan, ex fisioterapeuta de Will, había pasado los últimos nueve meses trabajando en Nueva York para un Director Ejecutivo de mediana edad con una reputación de *WallStreet*[19], una casa adosada de cuatro pisos y una condición muscular. Llamarlo por teléfono en mis altas horas de insomnio se ha convertido en un hábito. Era bueno saber que había alguien que entendía, ahí en la oscuridad, aun si a veces sus noticias se sintieran teñidas de una serie de pequeños golpes… *Todo el mundo ha seguido adelante. Todo el mundo ha logrado algo.*

—Así que, ¿Cómo está la Gran Manzana?

—¿No está mal? —hizo una voz cansina en cada pregunta.

Me tumbé en el sofá, empujando mis pies en el reposabrazos.

—Sí. Eso no me dice mucho que digamos.

—Está bien. Bueno, conseguí un aumento de sueldo, así que eso fue genial. Reservé un vuelo de vuelta a casa en un par de semanas para ver a los niños. Por lo que será bueno. Están muy emocionados porque mi hermana está teniendo un bebé. Oh, y conocí a una chica hermosa en un bar en la Sexta Avenida y nos llevábamos bastante bien así que la invite a salir, cuando le dije lo que hice, ella dijo que lo sentía que sólo salía con hombres que vestían trajes para trabajar —Se rio.

Me di cuenta que yo estaba sonriendo.

— ¿Así que el uniforme médico no cuenta?

—Al parecer no. Aunque ella dijo que podría haber cambiado de opinión si era actualmente un doctor.

Él se echó a reír otra vez. Nathan estaba hecho de compostura.

---

[19] El término es usado para hacer referencia tanto al mercado financiero estadounidense como a instituciones financieras.





—Es genial. Las chicas así se ponen quisquillosas si no las llevas a buenos restaurantes y esas cosas. Es mejor saberlo antes, ¿no? ¿Y qué hay de ti?

Me encogí de hombros.

—Andar por allí. Y ese tipo de cosas.

— ¿Todavía duermes con su camiseta?

—No. Dejó de oler a él. Y había empezado a ser un poco desagradable, si te digo la verdad. La lavé y la empaqué en un pañuelo. Pero tengo su Jersey para días malos.

—Es bueno tener un apoyo.

—Oh, y fui al grupo de asesoramiento-de-dolor.

— ¿Cómo estuvo?

—De la mierda. Me sentí como un fraude.

Nathan esperó.

Cambié la almohada bajo mi cabeza.

— ¿Imaginé todo esto, Nathan? A veces creo que lo que pasó entre Will y yo lo he hecho mucho más grande en mi cabeza. ¿Cómo he podido amar a alguien tanto en tan poco tiempo? Y todas esas cosas que pienso sobre ambos… ¿lo sentimos realmente como lo recuerdo? Cuanto más nos adentramos en ello, estos seis meses sólo se parecen a este raro… sueño.

Hubo una pequeña pausa antes de que Nathan respondiera.

—No lo imaginaste, compañera.

Froté mis ojos.

— ¿Soy la única que sigue extrañándolo?

Otro breve silencio.

—Nah. Era un buen tipo. El mejor.

Esa era una de las cosas que me gustaron sobre Nathan. Que no le importaba el largo silencio que se producía en el teléfono. Finalmente me senté y soplé mi nariz.




—De todos modos. No creo que vuelva. No estoy segura de que sea lo mío.

—Pruébalo, Lou. No se puede juzgar algo en una sesión.

—Suenas como mi papá.

—Bueno, él siempre fue un hombre sensato.

Empecé a escuchar el timbre de la puerta. Nunca nadie toca el timbre de mi puerta, aparte de la Sra Nellis del piso doce, cuando el cartero intercambia accidentalmente nuestro correo. Dudé que se levantara a esta hora. Y yo seguramente no estaba recibiendo su revista de la muñeca coleccionable *Elizabeth*[20].

Sonó otra vez. Una tercera vez, más fuerte e insistente.

—Tengo que irme. Hay alguien llamando a mi puerta.

—Mantén el ánimo arriba, compañera. Estarás bien.

Puse el teléfono hacia abajo y me levanté con cautela. No tenía amigos cercanos. No había resuelto cómo realmente hacerlo cuando te mudas a una nueva zona y pasas la mayor parte de tus horas en pie trabajando. Y si mis padres habían decidido organizar una intervención y llevarme de vuelta a Stortfold, lo habrían organizado entre las horas pico ya que a ninguno de ellos les gusta conducir en la oscuridad.

Esperé, preguntándome si quienquiera que fuera, simplemente se daría cuenta de su error y se marcharía. Pero sonó otra vez, vibrando e interminable, como si se apoyaran ahora contra la campana.

Me levanté y caminé hacia la puerta.

—¿Quién es?

—Necesito hablar contigo.

Era la voz de una chica. Miré lentamente en la abertura. Ella estaba mirando hacia abajo a sus pies, así que sólo pude distinguir un largo cabello castaño, y una gran chaqueta. Se balanceó ligeramente, frotando su nariz. ¿Estaba borracha?

[20] Realmente es una muñeca



—Creo que estas en el piso equivocado.

—¿Eres Louisa Clark?

Hice una pausa.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Necesito hablar contigo. ¿Puedes simplemente abrir la puerta?

—Son casi las diez y media de la noche.

—Sí. Es por eso que prefiero no estar de pie aquí en el pasillo.

Había vivido lo suficiente como para saber que no se abre la puerta a extraños. En esa área de la ciudad era bastante habitual tener al extraño drogadicto que toca los timbres con la esperanza de conseguir algo de dinero. Pero esta era una elocuente muchacha. Y joven. Demasiado joven para ser uno de esos periodistas que se habían fijado brevemente en la historia del guapo joven prometedor que había decidido poner fin a su vida. ¿Demasiado joven para estar afuera tan tarde? Incliné mi cabeza, tratando de ver si había alguien más en el pasillo. Parecía estar vacío.

—¿Puedes decirme de que se trata?

—Aquí afuera no.

Abrí la puerta a la longitud de la cadenilla de seguridad, de modo que estuviéramos frente a frente.

—Vas a tener que darme algo más que eso.

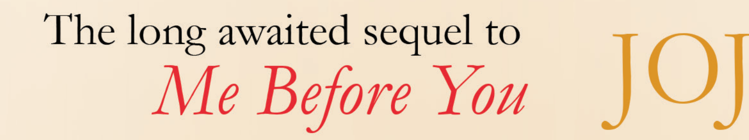
Ella no podría tener más de dieciséis años, sus regordetas mejillas cubiertas de rocío todavía estaban visibles en sus mejillas. Su cabello largo y brillante. Piernas delgadas y largas en vaqueros negros apretados. Delineador de ojos, en una cara bonita.

—Entonces… ¿Quién dijiste que eras? —pregunté.

—Lily. Lily Houghton-Miller. Mira —dijo y levantó su barbilla una pulgada—, Necesito hablar contigo sobre mi padre.

—Creo que te equivocaste de persona. No conozco a nadie llamado Houghton-Miller. Debe haber otra Louisa Clark que has confundido conmigo.





Empecé a cerrar la puerta, pero ella había metido la punta de su zapato. Miré hacia abajo, y retrocedí lentamente.

—No es el nombre de él —dijo, como si yo fuera estúpida. Y cuando habló, sus ojos eran feroces y penetrantes —. Su nombre es Will Traynor.

***

Lily Houghton-Miller estaba de pie en medio de mi sala de estar y me estudió con el interés de un científico mirando una nueva variedad de estiércol de animales invertebrados.

—Wow. ¿Qué es lo que llevas puesto?

—Yo… yo trabajo en un bar irlandés.

— ¿Haces *Pole Dance*[21]*?*—Al parecer perdió el interés en mí, ella se giró lentamente, mirando a la habitación —. ¿Aquí es donde vives realmente? ¿Dónde están tus muebles?

—Me acabo de mudar.

—Un sofá, una televisión, ¿y dos cajas de libros? —Señaló con la cabeza hacia la silla en la cual me senté, mi respiración seguía estando desequilibrada, tratando de encontrar algún tipo de sentido a lo que ella acababa de decirme. Me levanté.

—Voy a tomar algo para beber. ¿Deseas algo?

—Tomaré una Coca Cola. A menos que tengas vino.

— ¿Cuántos años tienes?

— ¿Por qué quieres saberlo?

—No entiendo…. —Me fui detrás del mostrador de la cocina—. Will no tenía hijos. Yo lo hubiera sabido —Le miré con el ceño fruncido, con repentina sospecha—. ¿Es esta una especie de broma?

— ¿Una broma?

—Will y yo hablábamos… mucho. Me lo habría dicho.

[21]Se trata de un baile sensual utilizando como elemento un poste o caño vertical sobre el cual el/la bailarín/a realiza su actuación.





—Sí. Bueno, pues resulta que no lo hizo. Y necesito hablar de él a alguien que no vaya a perder la cabeza cada vez que menciono su nombre, como el resto de mi familia.

Cogió la tarjeta de mi madre y la dejó otra vez.

—No voy a decirlo como una *broma*. Quiero decir, sí. Mi verdadero padre, un triste tipo en una silla de ruedas. Como *que es* divertido.

Le di un vaso de agua.

— ¿Pero quién… quién es tu familia? Quiero decir ¿quién es tu madre?

— ¿Tienes un cigarrillo?

Ella había comenzado a caminar alrededor de la habitación, tocando las cosas, recogiendo las pocas pertenencias que tenía y poniéndolas de nuevo en su lugar. Cuando sacudí mi cabeza, me dijo:

—Mi madre se llama Tanya. Tanya Miller. Está casada con mi padrastro, que se llama Francis Estúpido Cara de Culo Houghton.

—Bonito nombre.

Ella puso el vaso de agua en la mesilla y sacó un paquete de cigarrillos de su chaqueta y encendió uno. Yo iba a decir que ella no podía fumar en mi casa, pero estaba demasiado desconcertada, así que simplemente caminé hacia la ventana y la abrí.

No podía apartar mis ojos de ella. Tal vez podría ver pequeños toques de Will. Estaba en sus ojos azules, ese vago color de caramelo. Estaba en el modo que inclinó su barbilla ligeramente antes de hablar, su mirada fija, sin pestañar. ¿O yo estaba viendo lo que quería ver? Ella miraba por la ventana a la calle de abajo.

—Lily, antes de que sigamos, hay algo que necesito…

—Sé que está muerto —dijo. Inhaló bruscamente y sopló el humo en el centro de la habitación—. Quiero decir, así fue como me enteré. Hubo algunos documentales en la televisión sobre el suicidio asistido y mencionaron su nombre y mi madre perdió la cabeza por ningún motivo y se fue corriendo al cuarto de baño y Cara de Culo se fue tras ella, así que obviamente escuché desde afuera. Y ella estaba en shock porque ni siquiera sabía que había terminado en una silla de ruedas. Oí todo el asunto. Quiero




decir, no es que no supiera que Cara de Culo no era mi verdadero padre. Lo que pasa es que mi mamá siempre decía que mi verdadero padre era un imbécil que no quería conocerme.

—Will no era un imbécil.

Ella se encogió de hombros.

—Sonaba como uno de ellos. Pero, de todos modos, cuando traté de hacerle preguntas ella comenzaba a volverse loca y me dijo que ya sabía todo lo que necesitaba saber de él y que Francis Cara de Culo había sido un mejor padre para mí de lo que Will Traynor nunca habría sido y yo realmente debería dejarla sola.

Bebí mi agua. Nunca había querido más una copa de vino.

— ¿Y qué hiciste?

Ella le dio otra calada a su cigarrillo.

—Lo busque en internet, por supuesto. Y te encontré.

***

Necesitaba estar a solas para digerir lo que ella me había dicho. Era demasiado abrumador. No sabía qué hacer con la mítica chica, que se paseaba por mi sala de estar, haciendo el aire alrededor de ella crepitar.

— ¿Así que él no dijo nada de mí en absoluto?

Yo estaba mirando a sus zapatos: zapatillas de bailarina, muy rayados como si hubieran pasado demasiado tiempo siendo arrastrados por las calles de Londres.

— ¿Qué edad tienes, Lily?

—Dieciséis. ¿Por lo menos me parezco a él? Vi una foto en Google, pero yo estaba pensando que tal vez tenías una fotografía —Ella miró alrededor de la sala de estar—. ¿Todas tus fotos están en las cajas?

Observó los cajones de cartón en la esquina, y me pregunté si realmente los abriría e iría por ellos. Estaba bastante segura de que estaba a punto de ir hacia el contenedor del jersey de Will. Y sentí un pánico repentino.




—Uhm. Lily. Todo esto es… mucho para procesarlo. Y si eres quien dices ser, entonces… tenemos mucho que discutir. Pero son casi las once, y no estoy segura de que este sea el momento para comenzar. ¿Dónde vives?

—St John—s Wood.

—Bien. Uh. Tus padres se preguntarán donde estas. Porque no te doy mi número y…

—No puedo ir a *casa*—se puso de cara a la ventana, y sacudió la ceniza con un dedo experto—. Estrictamente hablando, ni siquiera estoy destinada a estar aquí. Estoy destinada a estar en la escuela. Semana de internado. Todos se volverán locos porque no estoy ahí —acto seguido, sacó su teléfono e hizo una mueca a lo que sea que vio en la pantalla, entonces lo volvió a regresar a su bolsillo.

—Bueno, yo… no estoy segura que otra cosa puedo hacer…

— ¿Pensé que tal vez podría quedarme aquí? ¿Sólo esta noche? ¿Y luego me podrías decir más cosas sobre él?

— ¿Quedarte *aquí*? No, no. Lo siento, no puedes. No te conozco.

—Pero conociste a mi papá. ¿Dijiste que crees que él realmente no sabía nada de mí?

—Necesitas ir a casa. Mira, llamemos a tus padres. Pueden venir y recogerte. Hagamos eso y yo…

Ella me miró.

—Pensé que me ayudarías.

—Te ayudaré, Lily. Pero esta no es la forma de…

— ¿No me crees, verdad?

—Yo… yo no tengo idea de que…

—No quieres ayudar. No quieres hacer nada. ¿Qué es lo que realmente me has dicho sobre mi padre? Nada. ¿Cómo es que me has ayudado? De ninguna manera. Gracias.

— ¡Espera! Esto no es justo… apenas hemos…





Pero la chica sacudió la ceniza de su cigarrillo por la ventana y se dio la vuelta para caminar delante de mí fuera de la habitación.

— ¿Qué? ¿A dónde vas?

—Oh, ¿Qué te *importa*? —dijo, y antes de que pudiera decir algo más, la puerta principal se cerró de golpe y ella se fue.

***

Me senté muy quieta en mi sofá, tratando de asimilar lo que había sucedido en la mayor parte de una hora, la voz de Lily sonaba en mis oídos. ¿La había oído correctamente? Regresé una y otra vez a lo que ella había dicho, tratando de recordar a través del zumbido en mis oídos.

Mi padre era Will Traynor.

La madre de Lily aparentemente le había dicho que Will no quería saber nada de ella. Pero seguramente él me habría mencionado algo a mí. No teníamos secretos el uno al otro. ¿No fuimos dos personas que habían logrado hablar de todo? Durante un momento me tambaleé: ¿Will no había sido honesto conmigo como yo había creído? ¿Había poseído la capacidad de simplemente crear una hija fuera de su conciencia?

Mis pensamientos se perseguían el uno al otro en círculos. Cogí mi laptop, estaba sentada con las piernas cruzadas en el sofá y escribí —Lily Hawton-Miller— en la barra de búsqueda, y cuando no salió ningún resultado, lo intenté otra vez con diversas letras, colocando —Lily Houghton-Miller —, que trajo varios resultados de un partido de hockey subidos por una escuela llamada Upton Tilton en Shropshire. Seleccioné algunas de las imágenes, y cuando las acerqué, allí estaba, una niña seria en una fila de sonrientes jugadores de hockey. *Lily Houghton-Miller jugó con valentía, sin una defensa exitosa.* La fecha era de hace dos años, internado. Había dicho que se suponía debía estar en el internado. Pero aun así no significaba que tuviera algún tipo de relación con Will o, en efecto, que su madre había estado diciendo la verdad sobre su familia.

Cambié la búsqueda solamente a las palabras —Houghton-Miller—, lo que trajo un artículo sobre Francis y Tanya Houghton-Miller asistiendo a una cena bancaria en Savoy, y planeando una aplicación desde el año pasado, para una bodega de vinos debajo de una casa en St John—s Wood.




Me recosté, pensando, luego hice una búsqueda en —Tanya Miller— y —Will Traynor—. No apareció nada. Intenté otra vez, usando —Will Traynor—, y de repente me encontraba en un Facebook para alumnos de la Universidad de Durham, en el que varias mujeres, cuyos nombres parece que terminan en —ella — Estella, Fenella, Arabella — hablaban de la muerte de Will.

No podía creerlo cuando me entere por las noticias. ¡Él entre todas las personas! RIP Will.

Nadie sale ileso en la vida. ¿Sabes que Rory Appleton murió en las islas turcas y caicos, en un accidente de bote?

¿Estuvo en Geografía? ¿Cabello rojo?

No, en PPE[22]*.*

Estoy segura de que besé a Rory en The Freshers— Ball. Lengua Enorme.

No estoy siendo graciosa, Fenella, pero eso es algo de mal gusto. El pobre hombre está muerto.

¿No era Will Traynor el que salió con Tanya Miller durante todo el tercer año?

No sé cómo es de mal gusto mencionar que he besado a alguien solo porque ellos han muerto.

No estoy diciendo que tienes que reescribir la historia. Es sólo su esposa podría estar leyendo esto y ella puede que no quiera saber que su amado había pegado su lengua en la cara de alguna chica en Facebook.

Estoy segura que ella sabe que su lengua era enorme. Es decir, se casó con él.

¿Rory Appleton se casó?

Tanya se casó con un banquero. Aquí hay un enlace. Siempre pensé que ella y Will se casarían estando en la Uni. Eran tan grandiosos.

Hice clic en el enlace, el cual mostró una imagen de una mujer rubia delgada con un ingenioso y despeinado moño, sonriendo mientras estaba en los escalones de una oficina de registro con un hombre mayor, de pelo

[22] Programa para el equipo de protección personal (Personal Protective Equipment)



oscuro. En una corta distancia, en el borde la foto, una chica joven en un vestido de tul blanco estaba frunciendo el ceño. Ella tuvo una clara semejanza con la Lily Houghton-Miller que había conocido. Pero la imagen era de siete años, y en verdad podría haber retratado a cualquier dama de honor joven gruñona con largo cabello castaño.

Releí el hilo del asunto y cerré la laptop. ¿Qué debería hacer? Si ella realmente era la hija de Will, ¿debería llamar a la escuela? Estaba bastante segura de que había reglas sobre extraños que tratan de ponerse en contacto con jovencitas.

¿Y qué si esto realmente se trataba de alguna elaborada estafa? Will había muerto siendo un hombre rico. No estaba más allá del reino de la posibilidad de que alguien pudiera idear un esquema complicado por el cual filtrar el dinero de su familia. Cuando el amigo de papá murió de un ataque cardíaco, diecisiete personas se habían aparecido diciéndole a su esposa que él les debía de las apuestas de dinero.

Pensaría claro, lo he decidido. Habría demasiada posibilidad de dolor y daños si estoy equivocada.

Pero cuando me fui a la cama era la voz de Lily la que he oído, como un eco en el silencio. *Will Traynor era mi padre.*



CAPÍTULO 6

—Lo siento, mi alarma no me despertó— Pasé rápido junto a Richard y colgué mi abrigo en la clavija, tirando mi falda sintética abajo sobre mis muslos.

—Tres cuarto de hora tarde. Esto no es aceptable.

Eran las ocho y media de la mañana. Noté que éramos los únicos en el bar.

Carly se había ido: ni siquiera se había molestado en decírselo a Richard a la cara. Simplemente envió un mensaje de texto diciéndole que bajaría el jodido uniforme al final de la semana, y que como se le debía la paga de dos jodidas semanas de vacaciones, las estaba jodidamente tomando. *Si se hubiera tomado la molestia de leer el manual de empleo,* había rabiado*, habría sabido que tomar días de descanso, en lugar de las vacaciones era totalmente inaceptable.* Estaba allí en la Sección Tres, tan claro como el día si se hubiera preocupado en mirar. Y el jodido lenguaje era simplemente innecesario.

Ahora iba a través de los procesos adecuados a encontrar un reemplazo. Lo que significaba que hasta que se cumplieran los procesos debidos era sólo yo. Y Richard.

—Lo siento. Algo... surgió en casa.

Me había despertado con un sobresalto a las siete y media, incapaz durante varios minutos de recordar en qué país estaba o cuál era mi nombre, y me había acostado en mi cama, incapaz de moverme, mientras reflexionaba sobre los acontecimientos de la noche anterior.

—Un buen trabajador no lleva su vida del hogar al lugar de trabajo con ellos— Richard entonó, mientras me empujaba con su portapapeles. Lo vi pasar, preguntándome si él incluso tenía una vida en el hogar. Nunca parecía pasar mucho tiempo allí.




—Sí. Bien. Un buen empleador no hace llevar a su empleado un uniforme que Stringfellow habría rechazado como de mal gusto— murmuré, mientras pulsaba mi código en la caja, tirando del dobladillo de mi falda lúrex con mi mano libre.

Se volvió con rapidez, y se dirigió al otro lado de la barra.

— ¿Qué dijiste?

—Nada.

—Si lo hiciste.

—Dije que voy a recordar eso para la próxima vez. Muchas gracias por recordármelo.

Sonreí dulcemente.

Me miró durante varios segundos más hasta que fue incómodo para nosotros. Y luego dijo:

—El limpiador está de baja por enfermedad de nuevo. Tendrás que hacer el baño de caballeros antes de empezar en la barra.

Su mirada era firme, animándome a decir algo. Me recordé a mí misma que no podía permitirme el lujo de perder este trabajo. Tragué saliva.

—Está bien.

—Ah, y el cubículo tres tiene un poco de desastre.

—Genial— le dije.

Giró sobre sus talones muy pulido y caminó de regreso a la oficina. Envié flechas de vudú mental en la parte posterior de su cabeza todo el camino.

***

Esta semana en el Círculo de Superación es sobre la culpa, la culpa del sobreviviente, la culpa de que no hicimos lo suficiente... A menudo es esto lo que nos impide seguir adelante.

Marc esperó mientras ofrecíamos la cesta de galletas, luego se inclinó hacia delante en su silla de plástico, con las manos cruzadas delante de él. Ignoró el bajo retumbar de descontento de que no había cremas bourbon.





—Solía ser siempre tan impaciente con Jilly, — Fred dijo, en medio del silencio. —Cuando ella tenía demencia, quiero decir. Ella ponía platos sucios de nuevo en los armarios de la cocina y yo los encontraría días más tarde y... me da vergüenza decir que le grité un par de veces. — Se limpió un ojo. — Ella era una mujer tan hogareña antes. Eso fue lo peor.

—Viviste con la demencia de Jilly durante mucho tiempo, Fred. Tendrías que haber sido sobrehumano para no molestarte.

—Los platos sucios me iban a volver loca— dijo Daphne. —Creo que habría gritado algo terrible.

—Pero no fue su culpa, ¿verdad?— Fred se enderezó en su silla. —Pienso mucho en esos platos. Me gustaría poder volver atrás. Lavaría todo sin decir una palabra. Y sólo le daría un buen abrazo en su lugar.

—Me encuentro fantaseando con hombres en el subterráneo— dijo Natasha. — A veces, cuando estoy subiendo en la escalera eléctrica, algún hombre al azar y yo, intercambiamos miradas. Y antes de que llegue a la plataforma estoy construyendo toda una relación con él en mi cabeza. Ya sabes, donde baja corriendo la escalera porque sabe que hay algo mágico entre nosotros, y permanecemos allí, mirándonos el uno al otro, en medio de la multitud de los viajeros en la línea Piccadilly, y luego vamos a tomar algo, y antes de que se enteren, nosotros…

—Suena como una película de Richard Curtis— dijo William.

—Me gustan las películas de Richard Curtis— anunció Sunil. —Sobre todo esa que es acerca de la actriz y el hombre de pantalones.

—Shepherd—s Bush— dijo Daphne.

Hubo una breve pausa.

—Creo que es Notting Hill, Daphne— contradijo Marc.

—Prefería la versión de Daphne. ¿Qué?—dijo William, resoplando. —¿No se nos permite reír ahora?

—Así que en mi cabeza nos vamos a casar—, dijo Natasha. —Y luego, cuando estamos de pie en el altar, pienso, ¿Qué estoy haciendo? Olaf solamente murió hace tres años y estoy fantaseando con otros hombres.

Marc se reclinó en su silla.





— ¿No crees que eso es natural, después de tres años para ti misma? ¿Fantasear con otras relaciones?

—Pero si realmente hubiera querido a Olaf, seguramente no podría pensar en nadie más.

—No es la época victoriana— dijo William. —No tienes que usar el luto hasta que seas anciana.

—Si hubiera sido yo la que hubiera muero, odiaría la idea de Olaf enamorándose de alguien más.

—No lo sé— dijo William. —Tú estarías muerta.

— ¿Y tú, Louisa?— Marc se había dado cuenta de mi silencio. — ¿Crees que sufres por sentimientos de culpa?

— ¿Pode… podemos escuchar a alguien más?

—Soy católica— dijo Daphne. —Me siento culpable por todo. Son las monjas, ya sabes.

— ¿Qué encuentras difícil acerca de este tema, Louisa?

Tomé un trago de café. Sentí los ojos de todos en mí. Vamos, me dije. Tragué saliva.

— Que no pude detenerlo— le dije. —A veces pienso que si yo hubiera sido más inteligente, o... manejado las cosas de manera diferente... o simplemente sido más no sé. Más nada.

— ¿Te sienes culpable por la muerte de Bill porque sientes que pudiste haberlo detenido?

Tiré de un hilo. Cuando esto venía a mí, parecía aflojar algo en mi cerebro.

—Además de que estoy viviendo una vida que es mucho menor que la que le prometí que viviría. Y la culpa es por el hecho de que, básicamente, pagó por mi piso cuando mi hermana probablemente nunca sería capaz de pagar uno propio. Y la culpa es porque no me gusta vivir ahí, ya que no se siente como algo mío, y me siento mal de hacerlo agradable porque todo lo asocio con el hecho de que W… Bill ha muerto y de alguna manera me beneficié de eso.




Se produjo un breve silencio.

—No debes sentirte culpable por la propiedad— dijo Daphne.

—Me gustaría que alguien me dejara un piso— habló Sunil.

—Pero eso es sólo un final de cuento de hadas, ¿no? Un hombre muere, todo el mundo aprende algo, mueve, crea algo maravilloso debido a su muerte. — Ahora estaba hablando sin pensar. —No he hecho ninguna de esas cosas. He básicamente fallado en todas ellas.

—Mi papá llora casi cada vez que folla con alguien que no es mi madre— Jake soltó, retorciéndose las manos. Se quedó de debajo de su flequillo. — Atrae a las mujeres a dormir con él y entonces comienza a estar triste por ello. Después de todo se siente culpable, luego todo está bien...

— ¿Crees que utiliza su culpabilidad como una ayuda?

—Acabo de pensar que al tener sexo te sientes contento porque estás teniendo todo tipo de sexo…

—No me sentiría culpable por tener sexo— dijo Fred.

—O tratas a las mujeres como seres humanos y te aseguras que no tienes nada por lo que sentirte culpable. O ni siquiera duermes con nadie, y atesoras la memoria de mamá hasta que realmente estés listo para seguir adelante.

Su voz se quebró en un instante y su mandíbula se tensó. Estábamos acostumbrados, para entonces, a la rigidez repentina de expresiones, y un grupo de superación significaba que cada uno de nosotros miramos lejos hasta que las lágrimas cesaran potencialmente.

La voz de Marc era suave.

— ¿Le has dicho a tu padre lo que sientes, Jake?

—No hablamos de mamá. Él está bien, siempre y cuando, ya sabes, en realidad no la mencionamos a ella.

—Es una gran carga para que la lleves tu solo.

—Sí. Bueno... Es por eso que estoy aquí, ¿no?

Se produjo un breve silencio.



—Ten una galleta, Jake querido— dijo Daphne, y pasó la cesta de vuelta alrededor del círculo, vagamente, segura que de alguna manera nadie absolutamente podría definir, Jake finalmente tomó una.

Me quedé pensando en Lily. Apenas poniendo atención a la historia de Sunil cuando lloraba en la sección de productos horneados del supermercado, y casi levanté una expresión simpática para Fred mencionando sobre el cumpleaños de Jilly con un montón de globos. Hasta ahora todo el episodio con Lily había adquirido el tenor de un sueño, vivo y surrealista.

¿Cómo podría haber tenido una hija?



—Te ves feliz. — El padre de Jake estaba apoyado en su moto mientras caminaba a través de aparcamiento del salón de la iglesia.

Me paré delante de él.

—Es una sesión que aconseja la pena. Voy a salir zapateando.

—Punto justo.

—No es lo que piensa. Quiero decir, no soy yo— dije “Es para… hacerlo con una adolescente.

Él inclinó su cabeza hacia atrás, divisando a Jake detrás de mí.

—Oh. De acuerdo. Bueno, tienes mis simpatías. Luces joven para tener un adolescente, si no te importa que lo diga.

—Oh. No. ¡No es mía! Es… complicado.

—Me encantaría darte un consejo, pero no tengo ni idea— Caminó adelante y envolvió a Jake en un abrazo, que el chico toleró sombríamente. — ¿Todo bien, hombrecito?

—Bien.

—Bien— Dijo Sam, mirando hacia mí. —Allí va. Respuesta universal de todos los adolescentes para todo. Guerra, hambre, triunfos de la lotería, fama mundial. Todo *está bien*.

—No necesitabas recogerme. Voy a ir a Jools.



— ¿Quieres un aventón?

—Ella vive por ahí. En esa cuadra— señaló Jake. —Creo que puedo manejar esto solo.

La expresión de Sam permaneció plana.

—Bueno, ¿quizá podrías enviarme un mensaje la próxima vez? ¿Salvarme de venir aquí y esperar?

Jake se encogió de hombros y se fue, su mochila lanzada sobre su hombro. Le vimos pasar en silencio.

—Te veré más tarde, ¿está bien, Jake?

Jake levantó una mano sin mirar hacia atrás.

—Bien, — dije — Así que ahora me siento un poco mejor.

Sam dio un pequeño movimiento de cabeza. Vi a su hijo irse, como si, incluso ahora, no podía soportar dejarlo ir.

—Algunos días se siente más difícil que otros— y luego, se dirigió a mí. — ¿Quieres tomar un café o algo así, Louisa? ¿Sólo para no tener que sentirme como el perdedor más grande del mundo? ¿*Es* Louisa, verdad?

Pensé en lo que Jake había dicho en la sesión de esa tarde. *El viernes papá llevó a esa psicópata rubia llamada Mags que está obsesionada con él. Cuando estaba en la ducha siguió preguntándome si él hablaba de ella cuando no estaba allí.*

El follador compulsivo. Pero él era bastante agradable, y había ayudado a ponerme en la ambulancia, y la alternativa era otra noche en casa preguntándome que estaba sucediendo en la cabeza de Lily Houghton-Miller.

—¿Solo si podemos hablar de cualquier cosa menos de adolescentes?

—¿Podemos hablar de tu outfit?

Miré en mi falda lurex verde y mis zapatos irlandeses de baile.

—Absolutamente no.

—Valía la pena intentarlo— dijo y se subió a su moto.





***

Nos sentamos en un bar vacío cerca de mi piso. Él tomó café negro, y yo jugo de frutas.

Tuve la oportunidad de estudiarlo disimuladamente ahora que yo no estaba esquivando coches en un estacionamiento o amarrada a una camilla de hospital. Su nariz sostuvo un canto revelador, y sus ojos se entrecerraban en una manera que sugería que casi no había un comportamiento humano que él no había visto y, quizás, había sido ligeramente divertido. Era alto y amplio, sus rasgos eran más gruesos que Will de alguna manera, sin embargo se movía con una especie de caballerosidad, como si él mismo hubiera absorbido el esfuerzo de no dañar las cosas sólo por su tamaño. Evidentemente estaba más cómodo escuchando que hablando, o quizás sólo era inquietante para mí estar por mi cuenta con un hombre después de tanto tiempo, porque encontré que hablaba atropelladamente. Le hablé de mi trabajo en el bar, le hizo reír Richard Percival y los horrores de mi uniforme, y lo extraño que se había vuelto vivir en casa de nuevo, y los chistes malos de mi padre, el abuelo y su donuts, mi sobrino y su uso poco ortodoxo del marcador azul permanente. Pero estaba consciente de lo que dije, como ocurre con frecuencia estos días, de todo lo que no dije: sobre Will, sobre la cosa surrealista que me había pasado la noche anterior, sobre mí. Con Will nunca tuve que considerar lo que decía: hablar con él era tan fácil como respirar. Ahora era buena en no decir nada sobre mí en absoluto.

Él se sentó y asintió, mirando el trafico pasar y bebió su café, como si fuera completamente normal para él para pasar el tiempo con una extraña habladora en una minifalda de Lurex verde.

—Entonces, ¿Cómo está la cadera?— preguntó, cuando por fin deje de hablar.

—No está mal. Aunque, me gustaría dejar de cojear.

—Lo lograras, si sigues con la fisiología” Por un momento, pude oír la voz de la parte trasera de la ambulancia. Calmada, desconcertada, reconfortante. — ¿Y las otras lesiones?— me miró, como si pudiera ver a través de lo que yo llevaba.

—Bien, a pesar del hecho que parece que alguien ha dibujado por todas partes con una pluma roja particularmente viva, no está mal.



Sam asintió.

—Fuiste afortunada. Fue una fuerte caída.

Y allí estaba otra vez. La sacudida enferma en mi estómago. El aire bajo mis pies. *Nunca sabes qué pasará cuando te caes desde una gran altura.*

—No estaba intentando…

—Ya lo dijiste.

—No estoy segura de que alguien me crea.

Nos dimos una sonrisa torpe y durante un minuto me pregunté si él no lo hizo tampoco.

—Así que… ¿recoges muchas personas que caen desde parte superior de los edificios?

Él sacudió la cabeza, miraba a través de la carretera.

—Yo sólo recojo los pedazos. Me alegro de que, en tu caso, las piezas estén juntas.

Nos sentamos en silencio por un rato más. No dejaba de pensar en las cosas que debería decir, pero yo estaba tan fuera de la práctica de estar a solas con un hombre — mientras esta sobrio, al menos — que seguí perdiendo mi nervio, mi boca se abría y cerraba como la de un pez.

— ¿Quieres decirme algo sobre la adolescente?— dijo Sam.

Fue un alivio explicárselo a alguien. Le dije sobre el llamado a la puerta en la noche, nuestra extraña reunión, lo que había encontrado en Facebook y el modo en que se había escapado antes de que hubiera tenido la posibilidad de calcular que demonios hacer.

—Wow— dijo cuándo había terminado. —Esto es…— dio una pequeña sacudida de cabeza. — ¿Crees que es quién dice que es?

—Realmente se parece un poco a él. Pero francamente, no sé. ¿Estoy buscando señales? ¿Estoy viendo lo que quiero ver? Es posible. Dedico la mitad de mi tiempo pensando en lo increíble que es que haya algo de él dejado atrás, y la otra mitad me pregunto si soy una completa imbécil. Y luego está toda esta capa extra de cosas en el medio… como si sí es su hija, ¿cómo es justo que él nunca llego a conocerla? ¿Y cómo se supone que sus



padres se enfrentan a ello? ¿Y qué si conocerla lo habría hecho cambiar de opinión? Y si esto hubiera sido la cosa que le convencería…— Mi voz se fue lejos.

Sam se inclinó hacia atrás de su silla, con la frente arrugada.

—Y este hombre sería la razón por la que estás asistiendo al grupo.

—Sí.

Podría sentir que me estudiaba, quizás reexaminando lo que Will había significado para mí.

—No sé qué hacer— dije —No sé si buscarla, o si debería dejar las cosas como estaban.

Miró a la calle de la ciudad, pensando. Y entonces él dijo:

—Bien, ¿qué habría hecho él?

Y justo en este momento, desfallecí un poco. Miré fijamente en ese hombre grande con su mirada fija directa, su barba de dos días, y sus manos amables, capaces. Y todos mis pensamientos se evaporaron.

— ¿Estas bien?

Tomé un profundo trago a mi bebida, tratando de ocultar lo que sentí que estaba claramente escrito en mi cara. De repente, sin motivo, quise llorar. Fue demasiado. Esa noche rara y desequilibra. El hecho de que Will había surgido de nuevo, siempre presente en cada conversación. Pude ver su rostro de repente, con su mujeriega ceja levantada, como si dijera, *¿Qué demonios estás haciendo ahora, Clark?*

—Es sólo… un largo día. En realidad, te importaría si…

Sam empujo su silla hacia atrás y se puso de pie.

—No, no, adelante. Lo siento. No pensé…

—Ha sido realmente agradable. Es sólo que…

—No hay problema. Fue un largo día. Y toda esa cosa de la pena. Lo entiendo. No, no te preocupes— dijo mientras alcanzaba mi bolso. —De verdad, puedo tomarme tu jugo de naranja.




Creo que podría haber corrido a mi coche, a pesar de mi cojera. Sentí sus ojos en mí todo el camino.

***

Me detuve en el estacionamiento y solté un suspiro que sentí como si lo hubiera estado sosteniendo en todo el camino desde el bar. Eché un vistazo a la tienda de la esquina, luego atrás en mi piso, y he decidido que no quise ser sensata. Quería vino, varios de los grandes vasos, hasta que pude convencerme de la conveniencia de dejar de mirar hacia atrás. O tal vez no mirar a nada en absoluto.

La cadera me dolía, me subí al coche. Desde que Richard había llegado, me duele constantemente; el fisio del hospital me había dicho que no pasara demasiado tiempo de pie. Pero el pensamiento de decírselo a Richard me llenó de pavor.

Ya veo. Así que quiere trabajar en un bar, pero quiere que se le permita sentarse todo el día, ¿es eso?

Ese malaleche, preparándose para la gerencia intermedia, con el corte de pelo cuidadosamente indescriptible. Ese aire de cansada superioridad, aunque fuera apenas dos años más viejo que yo. Cerré mis ojos, y traté de hacer que el nudo de ansiedad en mi estómago desapareciera.

—Solo este, por favor— dije poniendo una botella fría de Sauvignon Blanc en el mostrador.

— ¿Fiesta, verdad?

— ¿Qué?

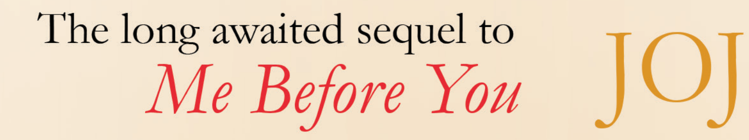
—Maravilloso vestido. Vas a ser… no me digas— Samir se acarició la barbilla — ¿blanca nieves?

—Sí— dije.

—Tienes que ser cuidadosa con eso. Calorías vacías, ¿verdad? Quieres beber vodka. Esa es una bebida limpia. Tal vez con un poco de limón. Es lo que le digo a Ginny, la del otro lado de la calle. Sabías que es una bailarina de regazo, ¿verdad? Llegaron para ver su cuerpo.

—Consejo alimenticio. Genial.





—Es como todas esas cosas de azúcar. Tienes que ver el azúcar. No tiene sentido comprar cosas bajas en grasa si estuviera lleno de azúcar, ¿verdad? Ahí están tus calorías vacías. Justo allí. Y esos químicos azúcares son los peores. Se pegan a tu intestino.

Samir envolvió el vino y me entregó mi cambio.

— ¿Qué es eso que estas comiendo, Samir?

—Tocino Ahumado con Fideo. Está bueno.

Me perdí en mis pensamientos, en algún lugar en la fisura oscura entre mi pelvis dolorida, en mi desesperación de puesto de trabajo, y un antojo extraño de un Tocino Ahumado con Fideo, cuando la vi. Estaba en la entrada de mi edificio, sentada en el suelo, con los brazos alrededor de sus rodillas. Tomé el cambio que me dio Samir, y medio caminando y medio corriendo fue hasta ella.

— ¿Lily?

Ella miró hacia arriba lentamente.

Su voz se escuchaba mal, sus ojos estaban inyectados de sangre, como si hubiera estado llorando.

—Nadie me dejó entrar. Llamé a todos los timbres pero nadie me dejó entrar.

Metí la llave en la puerta y me apoyé en mi bolsa, agachándome junto a ella.

— ¿Qué pasó?

—Sólo quiero dormir— dijo, frotándose los ojos. —Estoy muy, muy cansada. Quise conseguir un taxi para ir a casa pero no tengo dinero.

Noté un pequeño olor a alcohol.

— ¿Estas borracha?

—No lo sé — parpadeó, inclinando su cabeza. Me pregunté entonces si era sólo alcohol. —Si es que no lo estoy, entonces te has convertido totalmente en un duende— acarició sus bolsillos. — ¡Ah, mira! Mira lo que tengo aquí. — Ella sostuvo la mitad de un rollo que pude oler y no era sólo tabaco. —Vamos a fumar, Lily— dijo —Oh, no. Tú eres Louisa. Yo soy Lily—




Se rió tontamente intentando sacar un encendedor con torpeza de su bolsillo, tratando de encender el lado equivocado.

—Está bien. Hora de volver a casa— tomé su mano ignorando sus vagas protestas. —Voy a llamar a un taxi.

—Pero yo no…

— ¡Lily!

Mire hacia arriba. Un joven estaba de pie a través de la calle, con sus manos en sus bolsillos vaqueros, mirándonos constantemente. Lily levantó los ojos hacia él y, luego los apartó.

— ¿Quién es?— pregunté.

Ella miró sus pies.

—Lily. Ven aquí— Su voz sostuvo la seguridad de posesión. Estuvo de pie, con las piernas ligeramente separadas, como si incluso a esa distancia esperara que ella lo obedeciera. Algo me hizo sentir incómoda al instante.

Nadie se movió.

— ¿Es tu novio? ¿Quieres hablar con él?— dije tranquilamente.

La primera vez que habló no pude distinguir lo que dijo. Me tuve que inclinar más cerca y pedirle que lo repitiera.

—Hazlo desaparecer— cerró sus ojos y volvió la cara hacia la puerta. —Por favor.

Comenzó a caminar por la calle hacia nosotros. Me puse de pie, y traté de hacer que mi voz sonara lo más autoritaria posible.

—Puedes irte ahora, gracias. Lily vendrá adentro conmigo.

Él se detuvo a mitad del camino. Mantuve la mirada fija.

—Puedes hablar con ella en otra ocasión. ¿Vale?

Tenía mi mano en el timbre, y luego llamé a un imaginario novio musculoso.

—Sí. ¿Quieres bajar y darme una mano, Dave? Gracias.

La expresión del joven sugirió que esto no fue lo último. Entonces se dio la vuelta, sacó su teléfono de su bolsillo y comenzó una baja y urgente conversación con alguien mientras se alejaba, ignorando el pitido del taxi que tuvo que frenar bruscamente alrededor de él, y nos lanzó unas miradas.

Suspiré, un poco más temblorosa de lo que había esperado. Había puesto mis manos bajo sus axilas y, con no muy mucha elegancia y con una buena cantidad de groserías ahogadas, logré llevar a Lily Houghton-Miller al vestíbulo.

Esa noche durmió en mi departamento. No podía pensar que más hacer con ella. Estuvo vomitando dos veces en el baño, alejándome cuando he intentado sostener su cabello hacia atrás. Se negó a darme el teléfono de su casa, o tal vez no podía recordarlo, y su teléfono estaba bloqueado.

La limpié, le ayudé a ponerse dos pares de mis pantaletas para correr y una camiseta y la llevé a la sala.

— ¡Que quede claro!— dijo ella, con una pequeña exclamación, como si lo hubiera hecho para ella.

Le di un vaso de agua y la acomodé en el sofá en una posición cómoda, aunque estaba bastante segura de que nada dentro de ella la haría querer salirse otra vez.

Cuando levanté su cabeza y la coloqué en la almohada, abrió sus ojos, como si acabara de reconocerme por primera vez.

—Lo siento— Habló tan silenciosamente que, durante un momento, no podía estar completamente segura de lo que había dicho, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

La cubrí con una manta y la miré cuando se durmió. Su cara pálida, las sombras azules bajo sus ojos, las cejas que siguieron la misma curva que Will tenía, la misma débil salpicadura de pecas.

Casi como una ocurrencia tardía cerré con llave la puerta principal y traje las llaves al dormitorio conmigo, metiéndolos bajo mi almohada para detenerla si se robaba algo, o simplemente para evitar que se fuera, no estaba segura. Estuve sin poder dormir, mi mente todavía estaba ocupada en el sonido de las sirenas y el aeropuerto y las caras de aflicción en el pasillo de la iglesia, recordando la mirada del joven a través de la calle, y el





saber que había alguien que era esencialmente un extraño durmiendo bajo mi techo. Y al mismo tiempo una voz decía: *¿Qué demonios estás haciendo?*

Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? Finalmente, algún tiempo después de que los pájaros empezaron a cantar, y la panadería dejó su entrega por la mañana en el piso de abajo, mis pensamientos se detuvieron, y callaron, y me quedé dormida.





CAPÍTULO 7

Podía oler el café. Me tomó varios segundos considerar porque el aroma del café podría estar filtrándose en mi departamento, y cuando la respuesta se registró me senté derecha en su y salté fuera de la cama, colocando mi capucha sobre mi cabeza.

Ella estaba con las piernas cruzadas sobre el sofá, fumando, usando mi única buena taza como cenicero. La televisión estaba encendida, en alguna clase de confección para niños vestidos brillantemente, con presentadores grotescos y dos tazas espumosas estaban colocadas sobre el mantel.

—Oh, hola. Esa que está justo ahí es la tuya. —dijo, girándose brevemente hacia mí. —No sabía que es lo que te gustaba así que te conseguí un americano.[23]

Parpadeé, arrugando mi nariz ante el humo de cigarro. Crucé la habitación y abrí una ventana.

Miré el reloj.

— ¿Esa es la hora?

—Sí. El café podría estar un poco frío. No sabía si despertarte.

—Es mi día libre, —dije alcanzando el café. Estaba lo suficientemente caliente. Tomé un sorbo agradecida. Entonces miré la taza. —Espera. ¿Cómo conseguiste estas? Bloqueé la puerta principal.

—Fui por la escalera de incendios, —dijo— no tenía dinero así que le dije al chico en la pastelería que departamento era y dijo que podrías pagarlo más tarde. Oh, y también le debes dos rosquillas con salmón ahumado y queso crema.

— ¿Enserio? —Quería estar molesta, pero estaba repentinamente muy hambrienta.

---

[23] Cuando dice que le consiguió un "Americano" se refiere a un café negro y sin azúcar.





Ella siguió mi mirada. —Oh. Me las comí. —Soltó un anillo de humo en el centro de la habitación. —No tenías mucho en tu refrigerador. Realmente necesitas arreglar este lugar.

La Lily de esta mañana tenía una personalidad tan diferente de la chica que había recogido de la calle la otra noche que era difícil de creer que fueran la misma persona. Caminé de regreso a mi habitación para vestirme, escuchándola ver la televisión, caminando hasta la cocina para servirse una bebida.

—Oye fulana… Louise. ¿Podrías prestarme algo de dinero? —me gritó.

—Si es para hacer desaparecer tu cara de nuevo, no.

Ella entró en mi habitación sin tocar la puerta. Saqué mi sudadera sobre mi pecho.

— ¿Y puedo quedarme esta noche?

—Necesito hablar con tu mamá, Lily.

— ¿Para qué?

—Quiero saber un poco más sobre qué está pasando aquí.

Se quedó de pie en el umbral de la puerta. —Entonces no me crees.

Le hice un gesto para que se girara, así podría terminar de ponerme mi sostén. —Te creo. Pero ese es el trato. Quieres algo de mí, necesito saber un poco más sobre ti primero.

Justo cuando me colocaba mi camiseta sobre mi cabeza, se giró de nuevo.

—Como quieras. Necesito tomar algo de ropa de todos modos.

— ¿Por qué? ¿Dónde te has estado quedando?

Ella se alejó de mí como si no hubiera escuchado oliendo su axila. —¿Puedo usar tu ducha? Definitivamente apesto.

Una hora más tarde, manejábamos hacia St, Johns Wood. Estaba cansada, tanto por los eventos de la noche anterior y por la extraña energía que Lily despedía a mi lado. Se movía constantemente, fumaba muchos cigarrillos, entonces se sumió en un silencio tan profundo que casi podía sentir el peso de sus pensamientos.



—Entonces ¿Quién era él? ¿El chico de la otra noche? —Mantuve mi cara al frente, mi voz neutral.

—Solo alguien.

—Me dijiste que era tu novio.

—Entonces eso era. —Su voz se había endurecido, su expresión cerrada. Mientras nos acercábamos a la casa de sus padres, cruzó sus brazos frente a ella, subió sus rodillas hasta su mentón, su mirada era firme y desafiante, como si ya estuviera en una batalla silenciosa. Me había preguntado si me había estado diciendo la verdad sobre St. John’s Wood, pero ella hizo un gesto a un amplia, calle con árboles alineados, y me dijo que girará a la tercera a la derecha, y estábamos en una clase de calle donde los diplomáticos o expatriados banqueros Americanos vivían, la clase de calle de la que parece que nadie sale. Aparqué el coche, mirando por la ventana hacia los altos y blancos con relieve edificios, las tejas cuidadosamente colocadas y los inmaculados jardines.

— ¿Vives *aquí*?

Ella cerró de un portazo la puerta de pasajero detrás de ella tan fuerte que mi pequeño auto tembló.

—No vivo aquí. *Ellos* viven aquí.

***

Entró y yo la seguí incómoda, sintiéndome como una intrusa. Estábamos en un espacioso pasillo de techo alto, con suelo de azulejo y un gran dorado espejo en la pared, una gran cantidad de invitaciones en blanco peleando por un espacio en su marco. Un florero de hermosas flores acomodadas colocado en una pequeña mesa antigua. El aire estaba perfumado con su aroma.

Desde el piso de arriba vino el sonido de alboroto posiblemente voces de niños, era difícil de decir.

—Mis medios hermanos, —dijo Lily quitándole importancia, y caminó hacia la cocina, aparentemente esperando que la siguiera. Era enorme, en un gris modernista, con una infinita encimera pulida de hormigón color hongo. Todo en ella gritaba dinero, desde la tostadora doble hasta la

cafetera, la cual era tan grande y lo suficientemente complicada como para no estar fuera de lugar en una cafetería. Lily abrió el frigorífico y buscó en é, finalmente sacando una caja de piña cortada fresca que comenzó a comer con sus dedos.

— ¿Lily?

Una voz desde el piso de arriba ansiosa, y femenina.

—Lily, ¿Eres tú? —El sonido de sus pisadas se apresuró hacia abajo.

Lily rodó los ojos.

Una mujer rubia apareció en el umbral de la puerta. Me miró, entonces a Lily, quien había dejado caer un pedazo de piña lánguidamente dentro de su boca. Caminó hacia adelante y le arrebató el contenedor de sus manos.

— ¿Dónde *demonios* has estado? La escuela está fuera de sí. Papá estaba fuera manejando alrededor del vecindario. ¡Pensamos que te habían asesinado! ¿Dónde *estabas*?

—Él no es mi padre.

—No te pongas lista conmigo, señorita. ¡No puedes simplemente regresar aquí como si nada hubiera pasado! ¿Tienes alguna idea del problema que nos causaste? Estaba arriba con tu hermano la mitad de la noche, y entonces no pude dormir por preocuparme por lo que te había pasado. He cancelado nuestro viaje a la casa de la abuela Houghton porque no sabíamos dónde estabas.

Lily la miró fríamente. —No sé porque te molestaste. Usualmente no te preocupa donde esté.

La mujer resopló con rabia. Ella era delgada, la clase de delgada que viene de las dietas adelgazantes o del ejercicio compulsivo; su cabello estaba cortado y costosamente pintado que se veía natural, y estaba usando lo que asumí eran pantalones de diseñador. Pero su cara, tan bronceada como estaba, la traicionaba: se veía exhausta.

Ella se giró hacia mí.

— ¿Eres con quien se ha estado quedando?

—Bueno, sí, pero…



Me miró de arriba abajo, y aparentemente decidió que no estaba enamorada de lo que veía.

— ¿Sabes el problema que estás causando? ¿Tienes idea de que edad tiene? ¿Qué demonios quieres con una chica así de joven de todos modos? Debes tener, qué ¿Treinta?

—De hecho yo…

— ¿Es esto de lo que se trata? —le preguntó a su hija. — ¿Estás en una relación con esta mujer?

—Oh, mamá, *cállate*, —Lily había tomado la piña de nuevo, y estaba revolviéndola con uno de sus dedos. —No es lo que piensas. Ella no causó nada. —Colocó la última pieza de piña en su boca, deteniéndose para masticar, tal vez por efecto dramático, antes de hablar de nuevo.

—Ella es la mujer que solía de cuidar a mi papá. Mi padre real.

***

Tanya Houghton Miller se sentó en un sus interminables cojines de su sofá color crema y tomó su café. Me fijé en el borde opuesto del sofá, mirando hacia las velas dobles y las artísticamente colocadas revistas de *Interiores*. Estaba ligeramente convencida de que si yo me sentaba hacia atrás como ella lo había hecho, mi café se habría derramado en mi regazo.

— ¿Cómo conociste a mi hija? —dijo cansinamente. Su dedo de matrimonio portaba dos de los más grandes diamantes que había visto.

—No lo hice, en realidad. Ella apareció en mi departamento. No tenía idea de quien era.

Ella dirigió eso por un minuto. —Y tú solías cuidar a Will Traynor.

—Sí. Hasta que murió.

Hubo una pequeña pausa mientras ambas estudiábamos el techo, al se había roto justo arriba de nuestras cabezas. —Mis hijos. —Suspiró. —Tienen algunos problemas de conducta.

—¿Ellos son de…

—No son de Will, si es lo que estás preguntando.



Nos sentamos en silencio. O tan silencioso como podía ser cuando podías escuchar gritos furiosos desde la planta de arriba. Hubo otro golpe, seguido por un ominoso silencio.

—Señora Houghton Miller, —dije— ¿Es verdad? ¿Lily es la hija de Will?

Ella alzó su mentón ligeramente. —Sí.

De pronto me sentí tambaleante, y puse mi taza de café sobre la mesa. —No lo entiendo. No entiendo como…

—Es bastante simple. Will y yo estuvimos juntos durante el último año en la universidad. Estaba totalmente enamorada de él, por supuesto. Todo mundo lo estaba. Aunque debo decir que el sentimiento era de un solo lado, ¿sabes? —Ella me dio una pequeña sonrisa y esperó, como si esperara que dijera algo.

No podía. ¿Cómo es que Will no me había dicho que tenía una hija? ¿Después de todo lo que habíamos pasado?

Tanya continuó.

—De todas formas. Fuimos la pareja dorada de nuestro grupo. Bailes, apuestas, fines de semana lejos, sabes como es. Will y yo… bueno, estábamos en todos lados. —Ella contó la historia como si aún estuviera fresca en ella, como si fuera algo que había pasado una y otra vez en su cabeza. —Y entonces en nuestro baile de Fundadores, tuve que irme para ayudar a mi amiga Liza, quien se había metido un poco en problemas, y cuando regresé, Will se había ido. No tenía idea de dónde estaba. Así que esperé por siglos, y todos los autos vinieron y se llevaron a todos a casa, y finalmente una chica que ni siquiera conocía bien vino y me dijo que Will se había ido con una chica llamada Stephanie Loudon. No la conocerás pero ella había tenido su ojo sobre el siempre. Al principio no lo creí, pero manejé a su casa de todos modos, y me senté fuera, y tenía razón, a las cinco de la mañana él salió y se quedaron de pie besándose en la puerta, como si no les importara quien los veía. Y cuando salí del auto y lo confronté, ni siquiera tuvo la decencia de parecer avergonzado. Solo dijo que no había punto en ponernos emocionales como si fuéramos a durar después de la universidad de todos modos.

»Y entonces, por supuesto, la escuela terminó, lo que fue como un alivio, para ser honesta, porque ¿Quién quiere ser la chica que Will Traynor

dejó? Pero fue tan difícil superarlo porque había terminado tan abruptamente. Después de que nos fuimos y comenzó a trabajar en la ciudad le escribí preguntándole si al menos podríamos encontrarnos para tomar una bebida así podía saber que en la tierra había ido mal. Porque, hasta donde yo sabía, habíamos sido realmente felices ¿sabes? Y él solo mandó a su secretaria a mandar esta… esta *tarjeta,* diciendo que lo lamentaba pero la agenda de Will estaba completamente llena y que no tenía tiempo en ese momento pero que me deseaba lo mejor. “Todo lo mejor”. —Ella sonrió. Hice una mueca internamente. Por mucho que quisiera desechar su historia, su versión de Will tenía un horrible anillo de verdad. Will mismo había mirado en su anterior vida con absoluta claridad, y había confesado cuan mal había tratado a las mujeres cuando era joven. (Sus palabras exactas fueron: “Fui un completo cabrón).

Tanya aún seguía hablando. —Y entonces, casi dos meses después descubrí que estaba embarazada. Y ya era terriblemente tarde porque mis períodos siempre habían sido erráticos y no me había dado cuenta que ya me había saltado dos. Así que decidí seguir adelante y tener a Lily. Pero… —Ella alzó su mentón de nuevo, como si lo hiciera para defenderse ella misma— no había ningún punto en decírselo. No después de todo lo que había dicho y hecho.

Mi café se había vuelto frío.

— ¿Ningún punto en decírselo?

—Él había dejado bastante claro que no quería nada conmigo. Habría actuado como si lo hubiera hecho deliberadamente, para atraparlo o algo.

Mi boca estaba colgando abierta. La cerré. —Pero usted… usted no pensó que tal vez él tenía el derecho de saber ¿Señora Houghton Miller? ¿No cree que tal vez quería conocer a su hija? ¿A pesar de lo que había pasado con ustedes dos?

Ella bajó su taza.

—Tiene *dieciséis* —dije— Ella debió haber tenido catorce, quince cuando él murió. Eso es demasiado grande.

—Y para ese momento ella tuvo a Francis. Él era su padre. Y ha sido bastante beno para ella. Éramos una familia. Somos una familia.

—No lo entiendo.

—Will no *merecía* conocerla.

Las palabras se asentaron en el aire entre nosotras.

—Fue un cabrón. ¿Está bien? Will Traynor era un cabrón egoísta. —Colocó un mechón de cabello fuera de su cara. —Obviamente no sabía lo que le había pasado. Eso vino como una completa sorpresa. Pero honestamente no puedo decir que habría hecho una diferencia.

Me tomó un momento encontrar mi voz. —Habría hecho todas las diferencias. Para él.

Me miró duramente.

—Will se suicidó. —dije, y mi voz se quebró un poco. —Will terminó con su vida porque no podía ver ninguna razón para seguir. Si hubiera sabido que tenía una hija…

Ella se puso de pie.

—*Oh,* no. No ponga es alfiler en mí, señorita Quien-Quiera-Que-Sea. No voy a sentirme responsable por el suicidio de ese hombre. ¿No cree que mi vida ya es lo suficientemente complicada? No se atreva a venir aquí a juzgarme. Si hubieras tenido que hacer frente a lo que me enfrento… No. Will Traynor era un hombre horrible.

—Will Traynor era el hombre más agradable que he conocido.

Ella dejó que su mirada fuera de arriba hacia abajo sobre mí.

—Sí. Bueno, puedo imaginar que probablemente eso es cierto. Pensé que nunca antes me había llenado con un desagrado instantáneo por alguien. Me había puesto de pie para irme cuando una voz rompió el silencio. —Entonces mi padre realmente no sabía sobre mí.

Lily estaba de pie muy quieta en el umbral. Tanya Houghton Miller palideció. Entonces se recobró.

—Te estaba salvando de ser herida, Lily. Conocí a Will bastante bien, y no estaba preparada para ponernos a ninguna de nosotras a través de la humillación de tratar de persuadirlo de ser parte de una relación que no habría querido. —Se apartó el cabello. —Y tú debes realmente detener ese





mal hábito de espiar. Es como si quisieras tomar el lado equivocado de la vara.

No podía escuchar más. Caminé a la puerta mientras y niño comenzaba a gritar en el piso de arriba. Un camión de plástico voló por las escaleras y se rompió en pedazos en alguna parte de abajo. Una ansiosa cara, ¿Filipina?, me miró sobre el barandal. Comencé bajar las escaleras.

— ¿A dónde vas?

—Lo siento, Lily. Nosotras, tal vez hablaremos después.

—Pero ni siquiera me dijiste nada sobre mi padre.

—Él no era tu padre, —dijo Tanya Houghton Miller— Francis ha hecho más por ti desde que eras pequeña de lo que Will pudo haber hecho.

—Francis no es mi *padre* —gritó Lily.

Otro golpe del piso de arriba, y la voz de una mujer gritando en un idioma que no entendí. Una pistola de juguete soltó pequeños disparos en el aire. Tanya puso sus manos sobre su cabeza. —No puedo lidiar con esto. Simplemente no puedo.

Lily me alcanzó en la puerta.

— ¿Puedo quedarme contigo?

— ¿Qué?

—¿En tu departamento? No puedo quedarme aquí.

—Lily, no creo…

—Solo esta noche. Por favor.

—Oh, adelante. Deja que se quede contigo por un día o dos. Ella es una agradable compañía. —Tanya ondeo una mano. —Educada, servicial, amorosa. ¡Un sueño para tener a tu alrededor! —Su cara se endureció— Veamos que tal funciona eso. ¿Sabes que toma? ¿Y fuma en la casa? ¿Y que fue suspendida de la escuela? ¿Te ha dicho todo eso? ¿Lo ha hecho?

Lily se veía casi aburrida, como si hubiera escuchado esto un millón de veces antes.





—Ella ni siquiera se molestó en presentarse para sus exámenes. Hemos hecho todo lo posible por ella. Consejeros, las mejores escuelas, tutores privados. Francis la ha tratado como si fuera suya. Y ella simplemente tira todo eso de regreso en nuestras caras. Mi esposo está teniendo un momento muy difícil en el banco ahora mismo, y los niños tienen sus problemas, y ella no nos da un respiro. Nunca lo ha hecho.

— ¿Cómo podrías haberlo *sabido*? He estado con niñeras la mitad de mi vida. Cuando los niños nacieron, me mandaste a un internado.

— ¡No podía tratar contigo! ¡Hice lo que podía!

—Hiciste lo que tú *querías*, que era comenzar tu familia perfecta de nuevo, sin mí. —Lily se giró hacia mí. — ¿Por favor? ¿Solo por un tiempo? Prometo que no meterme en tu camino para nada. Seré realmente útil.

Debí haber dicho que no. Sabía que debía. Pero estaba tan enojada con esa mujer. Y solo por un momento sentí que tenía que sustituir a Will, hacer la cosa que el no pudo. —Bien— dije, mientras una gran creación de Lego pasó silbando a un lado de mi oreja y se estrellaba en pequeñas piezas a mis pies. —Toma tus cosas. Estaré esperando afuera.

El resto del día fue un borrón. Movimos mis cajas fuera del cuarto extra, apilándolas en mi habitación, y acomodamos la habitación para ella, o al menos un poco más lejos a un área de almacenamiento, abriendo las persianas que no había tenido tiempo de arreglar, y moviendo una lámpara y mi mesita de noche desocupada. Compré una cama plegable, y la subimos por las escaleras juntos, con una barra para sus pocas cosas, un nuevo juego de sábanas y fundas de almohadas. Parecía que tenía un propósito, y estaba completamente imperturbable ante la idea de mudarse con alguien que apenas conocía. La miré acomodar sus pocas pertenencias en el cuarto de invitados esa tarde y sentí pena. ¿Qué tan infeliz una chica tiene que estar para dejar todo ese lujo por una habitación del tamaño de una caja con una cama plegable y una barra inestable para sus ropas?

Cociné pasta, consciente de lo extraño que era tener a alguien para cocinarle, y vimos la televisión juntas. A las ocho y media su teléfono se apagó y me pidió un pedazo de papel y una pluma.




—Aquí— dijo, escribiendo sobre ella. —Este es el número de teléfono de mi mamá. Ella quiere tu número de teléfono y dirección. En caso de emergencias.

Me pregunté fugazmente cuanto pensaba que Lily se iba a quedar.

***

A las diez, cansada, le dije que me iba a acostar. Ella seguía viendo televisión, sentada con las piernas cruzadas sobre el sofá, mensajeándose con alguien en su pequeña laptop, como alguien pretendiendo ser un adulto.

Sus ojos estaban todavía pegados en la televisión.

— ¿Lily?

Ella alzó la vista, como si apenas hubiera notado que estaba en la habitación. —Oh, sí, quería decirte. Que estaba ahí.

— ¿Dónde?

—En el techo. Cuando caíste. Fui yo la que llamé a la ambulancia.

Vi su cara de pronto, esos ojos grandes, esa piel pálida en la oscuridad. —Pero ¿Qué estabas haciendo ahí arriba?

—Encontré tu dirección. Después de que todos en la casa se habían ido a acostar, solo quería saber quién eras antes de tratar de hablar contigo. Vi que podía llegar hasta ahí por la escalera de incendios y tu luz estaba encendida. Solo estaba esperando, en realidad. Pero entonces viniste arriba y comenzaste a entretenerte en el borde y de pronto pensé que si decía algo te asustaría.

—Lo que hiciste.

—Sí. No quería hacer eso. De hecho pensé que te había matado.

Ella río, nerviosamente. Nos sentamos ahí por un minuto.

—Todo mundo piensa que traté de saltar.

Su cara giró hacia mí.

— ¿Enserio?



—Sí.

Ella pensó sobre esto.

— ¿Por lo que pasó con mi papá?

—Sí.

— ¿Lo extrañas?

—Cada día.

Ella se quedó en silencio. Eventualmente dijo. —Entonces ¿Cuándo es tu siguiente día libre?

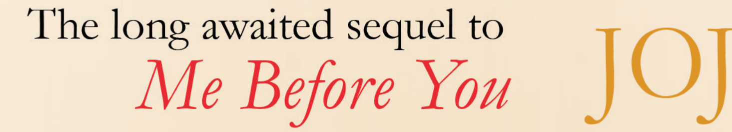
—Domingo. ¿Por qué? —dije, saliéndome de mis pensamientos.

— ¿Podemos ir a la ciudad donde naciste?

— ¿Quieres ir a Storfold?

—Quiero ver donde él vivió.





CAPÍTULO 8

No le dije a mi papá que íbamos. No estaba completamente segura como tener esa conversación. Nos estacionamos fuera de mi casa y me senté por un minuto, consciente, mientras ella veía por la ventana, de la pequeña, de la pequeña, casi fea apariencia de la casa de mis padres en comparación con la suya. Ella había sugerido que trajéramos flores cuando le dije que mi madre insistiría que nos quedáramos para almorzar, y conseguí una mirada enfadada cuando le sugerí los claveles que estaban en la gasolinería, aun cuando eran para alguien que ella nunca había conocido.

Manejé hasta el supermercado al otro lado de Storfold, donde ella había escogido un gran ramo de fresias, peonias y ranúculos. Por los que yo pagué.

—Quédate aquí un minuto— le dije mientras comenzaba a salir. —Voy a explicar antes de que entres.

—Pero…

—Confía en mí. —Dije— ellos van a necesitar un minuto.

Atravesé el pequeño jardín y toqué la puerta. Podía escuchar la televisión en la sala de estar y me imaginé al abuelo ahí mirando la carrera, su boca trabajando silenciosamente junto con las piernas de los caballos. La vista y los sonidos de casa. Pensé en los meses que me había alejado, sin estar seguirá siquiera si era bienvenida, de cómo me había negado permitirme pensar en cómo se sentía caminar por este camino, el olor de la tela con suavizante por el abrazo de mi madre, la risa distante de mi padre.

Papá abrió la puerta, y sus cejas se alzaron.

— ¡Lou! ¡No te esperábamos! … ¿Te estábamos esperando? —Dio un paso hacia adelante y me envolvió en un abrazo.

Me di cuenta que me gustaba tener a mi familia de regreso.

—Hola, papá.



Esperó en el umbral, su brazo apretándose. El aroma de pollo asado bajaba por el corredor.

—Entra, entonces, ¿O vamos a tener un picnic en el escalón principal?

—Necesito decirte algo primero.

—Perdiste tu trabajo.

—No. No perdí mí…

—Te hiciste otro tatuaje.

— ¿Sabes sobre el tatuaje?

—Soy tu padre. He sabido cada maldita cosa que tú y tu hermana han hecho desde que tenías tres años de edad. —se inclinó hacia adelante. —Tu madre nunca me dejaría tener uno.

—No, papá. No tengo otro tatuaje. —tome una inspiración. —Yo… traje a la hija de Will.

Papá se quedó muy quieto. Mamá apareció detrás de él, con su delantal puesto.

— ¡Lou! —ella miró la cara de mi padre. — ¿Qué? ¿Qué está mal?

—Ella dijo que trajo a la hija de Will.

— ¿Trajo *la qué* de Will? —chilló mamá.

Papá se puso algo blanco. Se estiró detrás de él para tomar el radiador y se aferró de él.

— ¿Qué? —dije ansiosa. — ¿Qué pasa?

—Tú… tú no estás diciendo que cosechaste sus… ya sabes… ¿sus pequeños amigos?

Puse una cara.

—Ella está en el *auto*. Tiene dieciséis años.

—Oh, gracias a Dios. Oh Jesús, gracias a dios. Estos días estás tan… Nunca supe qué… —se compuso. — ¿Dijiste la *hija* de Will? Nunca dijiste que él…

—No lo sabía. Nadie lo sabía.





Mamá espió alrededor de él hacia el auto, donde Lily estaba tratando de acutar como si no supiera que hablábamos de ella.

—Bueno, es mejor que la traigas dentro, —dijo mamá, su mano en su cuello. —Es un pollo de un tamaño bastante decente. Nos alcanzará a todos su añado unas cuantas patatas. —Sacudió su cabeza en asombro. —La hija de Will. Buenos dioses, Lou. Ciertamente estás llena de sorpresas. —Le hizo una seña a Lily, quien saludó tímidamente. — ¡Ven dentro, cariño!

Papá alzó una mano como saludo, y murmuró bajito.

— ¿El señor Traynor lo sabe?

—No aún.

Papá frotó su pecho.

— ¿Hay algo más?

— ¿Cómo qué?

—Cualquier cosa que quieras decirme. Ya sabes, aparte de saltar de edificios y traer a casa a niñas pérdidas desde hace mucho. ¿No te estás uniendo al circo, o adoptando a un niño de Kazajistán o algo?

—Te prometo que no estoy haciendo nada de eso. Aún.

—Bueno, gracias a señor por eso. Creo que estoy listo para una bebida.

— ¿Dónde vas a la escuela Lily?

—Es un pequeño internado en Shropshire. Nadie ha escuchado de él. Es más para los ricos y lejanos miembros de la familia real de Moldavia.

Nos habíamos acomodado alrededor de la mesa frente a la habitación, los siete sentados rodilla contra rodilla, y seis de nosotros rogando para que nadie necesitara usar el váter, lo que haría que todos se levantaran y movieran la mesa seis pulgadas hacia el sofá.

—Internado ¿eh? Tiendas pequeñas y festines a medianoche y ¿todo eso? Apuesto que es genial.

—No en realidad. Ellos cerraron la tienda el año pasado porque la mitad de las chicas tenían desórdenes alimenticios y estaban poniéndose enfermas a propósito con las barras de Snickers.





—La mamá d eLily vive en St. John's Wood. —Dije— Se está quedando conmigo por un par de días mientras se… mientras conoce un poco sobre el otro lado de su familia.

Mamá dijo, —Los Traynor han vivido aquí por generaciones.

— ¿De verdad? ¿Usted los conoce?

Mamá se congeló. —Bueno, no tanto como…

— ¿Cómo es su casa?

La cara de mamá se cerró. —Mejor pregúntale a Lou esa clase de cosas. Ella fue la que pasó… todo el tiempo ahí.

Lily esperó.

Papá dijo, —Trabajo con el señor Traynor quien es el responsable del mantenimiento del castillo.

—¡Abuelo! —exclamó el abuelo, y rio. Lily lo miró y después a mí. Sonreí, incluso cuando la simple mención del nombre del señor Traynor me hizo sentir algo mareada.

—Eso es correcto, papi —dijo mamá— Él sería el abuelo de Lily. Justo como tú. Ahora ¿Quién quiere más patatas?

—Abuelo— repitió Lily silenciosamente, claramente complacida.

—Les llamaremos y… les diremos, —dije— Y si quieres podemos pasar a un lado de su casa cuando nos vayamos. Así podrás ver algo de ella.

Mi hermana se sentó en silencio a través de este intercambio. Lily había sido colocada a un lado de Thom, posiblemente en un intento para hacer que se comportara mejor, aunque el riesgo de que comenzara una conversación relacionada con parásitos intestinales seguía siendo alta. Treena miraba a Lily. Había tenido más sospechas que mis padres, quien solo habían aceptado todo lo que les dije. Ella me había enjaulado en el piso de arriba mientras papá le estaba mostrando a Lily el jardín, e hizo todas las preguntas que habían flotado salvajemente alrededor de mi cabeza, como una paloma atrapada en una habitación cerrada. *¿Cómo sabía que ella era quien decía que era? ¿Qué quería? Y finalmente, ¿Por qué en la tierra su propia madre querría que ella viviera conmigo?*





— ¿Cuánto tiempo se va a quedar? —dijo, en la mesa, mientras papá le estaba diciendo a Lily sobre trabajar con roble verde.

—No lo hemos discutido.

Ella puso la clase de cara que me decía simultáneamente que era una idiota, y que no era algo que la sorprendiera.

—Ella ha estado conmigo por dos noches, Treen. Y es joven.

—Mi punto exactamente. ¿Qué es lo que sabes sobre cuidar niños?

—Ella difícilmente es una niña.

—Es peor que una niña. Los adolescentes están básicamente llenos de hormonas, lo suficientemente grandes para querer hacer cosas sin tener ningún sentido común. Ella puede meterte en toda clase de problemas. No puedo creer que estés haciendo esto.

Le entregué la salsera.

—Hola, Lou. Bien hecho en mantener tú trabajo en un mercado difícil. Felicidades en recuperarte de tu terrible accidente. Realmente es agradable verte.

Me pasó la sal, y murmuró bajo. —Ya sabes, no serás capaz de manejar esto, tan bien como…

—Tan bien como ¿Qué?

—Tu depresión.

—No *tengo* depresión. —siseé— No estoy deprimida, Treena. Por el amor de Dios, no me aventé de un edificio.

—No has sido tu misma por mucho tiempo. No desde toda la cosa con Will.

— ¿Qué tengo que hacer para convencerte? Tengo un nuevo trabajo. Estoy haciendo mi fisio para tener mi cadera derecha y voy a un grupo de apoyo contra la perdida para mantener mi mente clara. Creo que lo estoy haciendo bien, ¿Vale? —Toda la mesa me estaba escuchando ahora. —De hecho, aquí está la cosa. Oh, sí. Lily estaba ahí. Ella me vio caer. Resulta que ella fue la que llamó a la ambulancia.




Cada miembro de mi familia me miró. —Ya ves, es verdad. Ella me vio caer. No salté. Lily, justo le estaba diciendo a mi hermana. Estabas ahí cuando caí ¿cierto? ¿Ves? Les dije a todos que escuché la voz de una chica. No me estaba volviendo loca. Ella vio toda la cosa. Me resbalé ¿cierto?

Lily alzó la mirada de su plato, aun masticando. Ella apenas había dejado de comer desde que nos sentamos. —Sip. Ella totalmente no estaba tratando de suicidarse.

Mamá y papá intercambiaron una mirada. Mi madre suspiró, intercambiaron discretamente una sonrisa. Mi hermana alzó sus cejas, lo más cercano que iba a obtener a una disculpa. Me sentí, brevemente, exaltada.

—Sí— ella solo le estaba gritando al cielo. Lily alzó su tenedor. —Y muy muy molesta.

Hubo un pequeño silencio.

—Oh— dijo papá— Bueno eso es…

—Eso es… bueno, —dijo mamá.

—El pollo está grandioso, —dijo Lily— ¿Podrían servirme un poco más?

***

Nos quedamos hasta tarde, en parte porque cada vez que me levantaba para irme, mi mamá seguía dándonos comida, y en parte porque tener a otras personas hablando con Lily hizo la situación verse mejor rara e intensa. Papá y yo nos movimos hacia el jardín trasero y a las dos mecedoras las cuales fallaron en podrirse durante otro verano (aunque lo más sabio era quedarse casi inmóvil una vez que te sentabas en ellas, solo por si acaso)

— ¿Sabes que tu hermana ha estado leyendo *La Mujer Eunuco*[24]? Y alguna vieja mierda llamada *La habitación de las mujeres* o algo así. Dice que tu madre es un clásico ejemplo de amas de casa oprimidas, y que el hecho de que tu madre esté en desacuerdo muestra que tan oprimida está. Está tratando de decirle que yo debería estar cocinando y limpiando y que

[24] Best-seller mundial, traducido a multitud de idiomas, La mujer eunuco es un punto de referencia imprescindible en la historia del movimiento de las mujeres.



soy un jodido hombre de las cavernas. Pero si me atrevo a responderle ella sigue diciéndome que "vigile mi privilegio". ¡Vigilar mi privilegio" Le dije que estaría feliz de vigilarlo si supiera donde demonios tu madre lo puso.

—Mamá se ve bien para mí— dije, tomé un sorbo de mi té, sintiendo una ligera punzada de culpabilidad hacia los sonidos que podía escuchar que eran mamá lavando.

Me miró de reojo.

—No se ha depilado sus piernas en tres semanas. ¡Tres semanas, Lou! Si soy realmente honesto me da escalofrías cuando me tocan. He estado en el sofá por las pasadas dos noches. No lo sé, Lou. ¿Por qué las personas no *son* felices dejando que las cosas sean normales? Tu mamá era feliz, yo era feliz. Sabemos cuáles son nuestros papeles. Yo soy el que tiene piernas peludas. Ella es la que llena los guantes de goma. Simple.

En el jardín Lily le estaba enseñando a Thom a hacer un silbido usando una gruesa hoja de pasto. Él la tomaba entre sus pulgares, pero era posible que sus cuatro dientes perdidos obstaculizaran la producción de cualquier sonido, todo lo que salía era un carraspeo y una pequeña lluvia de saliva.

Nos sentamos en un cómodo silencio por un momento, escuchando los chillidos de las aves, Abuelo silbando, y en la otra puerta el perro ladrando para que lo dejaran entrar. Me sentí feliz de estar en casa.

—Entonces ¿Cómo está el señor Traynor?

—Ah, está bien. ¿Sabes que va a ser papá de nuevo?

Me giré, cuidadosamente en mi silla.

— ¿De verdad?

—No con la señora Traynor. Ella se mudó justo después de… tú sabes. Este es con la chica de cabello rojo. Olvidé su nombre.

—Della —dije recordándolo de pronto.

—Ese es. Parece que se habían conocido el uno al otro por un tiempo, pero creo que toda la cosa, ya sabes lo de tener un bebé, fue una sorpresa para los dos. —Papá abrió otra cerveza. —Él está lo suficientemente feliz. Tiene algo en lo que concentrarse.




Una parte de mí quería juzgarlo. Pero podía fácilmente imaginar la necesidad de crear algo bueno fuera de lo que había pasado, el deseo de seguir adelante, a costo de lo que sea.

Ellos solo siguen juntos por mí, me había dicho Will, más de una vez.

—¿Qué piensas que hará con Lily? —pregunté.

—No tengo idea, cariño. —papá pensó por un momento. —Creo que estará feliz. Es como tener un poco de su hijo de vuelta ¿no?

—¿Qué crees que pensará la señora Traynor?

—No lo sé, cariño. No tengo idea si quiera si ella vive.

—Lily es… algo traviesa.

Papá estalló en carcajada. —¡Ni lo digas! Tú y Treena nos volvieron a tu madre y a mí medio locos por años con tus salidas nocturnas y tus novios y tus corazones rotos. Es hora de que obtengas algo de tu propia medicina. —Tomó un sorbo de su cerveza y rio de nuevo. —Es una buena noticia, cariño. Estoy feliz de que no estarás sola en ese vacío departamento tuyo.

El pasto de Thom dejó salir un graznido. Su cara se iluminó, y alzó su puño hacia el cielo. Alzamos nuestros pulgares en un saludo.

—Papá.

Se giró hacia mí.

—Sabes que estoy bien, ¿verdad?

—Sí, cariño. —Me dio un gentil empujón con el hombro. —Pero es mi trabajo preocuparme. Me estaré preocupando hasta que esté demasiado viejo como para levantarme de mi silla. —La miró bajando la vista —Aunque, eso podría ser más pronto de lo que me gustaría.

***

Nos fuimos poco después de las cinco. En el retrovisor Treena era la única de la familia que no estaba saludando. Se paró ahí, sus brazos cruzados sobre su pecho, su cabeza moviéndose lentamente de un lado a otro mientras nos veía irnos.




Cuando llegamos a casa, Lily desapareció en el techo. No había estado ahí arriba desde el accidente. Me decía a mí misma que el clima de la primavera había hecho que fuera inútil tratar, que las escaleras de incendio estaría resbalosas por la lluvia, que la visa de todas esas macetas con plantas muertas me haría sentir culpable, pero en realidad, tenía miedo. Incluso pensar sobre subir de nuevo hacía que mi corazón latiera más fuerte; no tomaba mucho esfuerzo recordar la sensación del mundo desapareciendo debajo de mí, como una alfombra siendo jalada debajo de mis pies.

La vi salir por la ventana y le grité que debía bajar en veinte minutos. Cuando veinticinco habían pasado, comencé a sentirme ansiosa. La llamé por la ventana pero solo el sonido del tráfico llegó hasta mí. A los treinta y cinco minutos me encontré, maldiciendo bajo, saliendo por la ventana del salón hacia la escalera de incendios.

Era una cálida tarde de verano y el asfalto del techo irradiaba con calor. Debajo de nosotros el sonido de la ciudad mostraba un perezoso domingo en cámara lenta, las ventanas abiertas, la música sonando, jóvenes andando en las esquinas de las calles, y los distantes aromas a la parrilla de barbacoas en otras azoteas.

Lily estaba sentada en una maceta puesta boca bajo, mirando la ciudad. Me detuve con mi espalda contra el tanque de agua, tratando de no sentir un reflexivo pñanico cada vez que ella se inclinaba en el borde. Había sido un error venir aquí arriba. Sentí el asfalto liso debajo de mis pies, como la cubierta de un barco. Caminé inestablemente hacia el asiento de hierro oxidado, sentándome en él. Mi cuerpo sabía exactamente como se sentía estar de pie en el borde; que infinitesimal diferencia había entre la necesidad de la vida, y la sacudida que podría terminar todo lo que podía ser medido en pequeñas unidades, en gramos, en milímetros, en grados, y ese conocimiento hacia que los vellos de mis brazos se erizaran, y una fina capa de sudor se deslizara por la piel en la parte trasera de mi cuello.

— ¿Puedes bajar Lily?

—Todas tus plantas murieron— Ella estaba jalando las hojas muertas de un arbusto disecado.

—Sí. Bueno, no he estado aquí arriba por meses.





—No deberías dejar las plantas morir. Es cruel.

La miré duramente, para ver si estaba bromeando, peor no parecía estarlo. Se estiró, rompiendo una rama y examinando el centro seco. —¿Cómo conociste a mi papá?

Me estiré hasta la esquina del tanque de agua, tratando de que mis piernas dejaran de temblar. —Solamente apliqué para el trabajo de cuidarlo. Y lo obtuve.

—Incluso cuando no estabas médicamente entrenada.

—Sí.

Ella consideró esto, moviendo la vara seca en el aire, entonces se puso de pie, caminó hasta el final de la terraza, y se detuvo, sus manos en sus caderas, las piernas tensas, como una delgada guerrera Amazonas. —Él era guapo ¿verdad?

El techo se estaba balanceando debajo de mí. Necesitaba ir abajo. —No puedo hacer esto aquí arriba, Lily.

— ¿De verdad estás asustada?

—Solo creo que debemos ir abajo. Por favour.

Inclinó su cabeza y me miró, como si considerara hacer lo que decía. Tomó un paso hacia la pared, y puso su pie arriba especulativamente, como si quisiera saltar al borde, el tiempo suficiente para hacerme romper en un sudor espontaneo. Entonces se giró hacia mí, sonrió, puso un cigarro entre sus dientes y caminó de espaldas a través del techo hacia la escalera de incendios. —No te caerás de nuevo, tonta. Nadie es tan desafortunado.

—Sí. Bueno, justo ahora, realmente no quiero probar mi suerte.

Unos minutos más tarde, cuando pude hacer que mis piernas obedecieran a mi cerebro, bajamos los dos tramos de las escaleras de hierro. Nos detuvimos fuera de mi ventana cuando me di cuenta que estaba temblando demasiado como para trepan hacia dentro así que me senté fuera.

Lily rodó sus ojos, esperando. Entonces cuando se dio cuenta que no podía moverme, se sentó en el borde a mi lado. Estábamos, solo, tal vez, a diez pies más debajo de lo que habíamos estado, pero con mi sala de estar



visible a través de la ventana, y un barandal a cada lado, comencé a respirar normalmente de nuevo.

—Sabes lo que necesitas, —dijo, tendiéndome su cigarrillo.

— ¿De verdad estás diciéndome que me drogue? ¿A cuatro pisos de altura? ¿Sabes que me caí de un techo?

—Te ayudará a relajarte.

Y cuando no lo tomé.

—Oh, *vamos.* ¿Qué de verdad eres la persona más correcta de todo Londres?

—No soy de Londres.

Después de eso, no podía creer que había sido manipulada por una niña de dieciséis años. Pero Lily era la chica genial de la clase, la que te encontrabas tratando de impresionar. Antes de que pudiera decir nada más, tomé el cigarrillo de ella y le di una calada tentativa, tratando de no toser cuando golpeó la parte trasera de mi garganta.

—De cualquier forma, tienes dieciséis, —murmuré. —No deberías estar haciendo esto. ¿Y de dónde alguien como tú consigue esto?

Lily miró por el borde del barandal.

— ¿Te gustaba?

—Gustarme ¿Quién? ¿Tu padre? Al principio no.

—Porque estaba en una silla de ruedas.

Porque estaba haciendo una imitación de Daniel Day-Lewis en *Mi pie izquierdo*[25] *y eso asustaba la mierda fuera de mí*, quería decir, pero habría sido mucha explicación.

—No. La silla de ruedas era la cosa menos importante sobre él. No me gustaba porque… estaba bastante enojado. Y era un poco intimidante. Y esas dos cosas difícilmente lo hacían agradable.

— ¿Me parezco a él? Lo busqué en Google pero no puedo decirlo.

[25] Daniel Michael Blake Day-Lewis es un actor británico, y posteriormente nacionalizado irlandés. Es el único actor en la historia que ha ganado tres premios Óscar al Mejor actor principal. Actuó como Christy Brown, un artista irlandés discapacitado en Mi pie izquierdo.





—Un poco. Su color es el mismo. Tal vez en sus ojos.

—Mi mamá dijo que era realmente guapo y que eso era lo que lo hacía un idiota. Una de las cosas. Cada vez que la hago enojar me dice que soy como él. *Oh dios, eres justo como Will Traynor*. Ella siempre lo llama Will Traynor, creo. No "tu padre". Está determinada a actuar como si Cara de Culo fuera mi padre incluso aunque evidentemente no lo sea. Es como que piensa que simplemente puede hacer una familia insistiendo que somos una.

Di otra calada. Podía sentir que me ponía confusa. Aparte una noche en una fiesta en Paris, habían pasado años desde que me había drogado. —Sabes, creo que disfrutaría esto más si no hubiera una pequeña posibilidad de caerme por las escaleras de incendios.

Ella me lo quitó.

—Cristo, Louisa. Necesitas divertirte.

Inhalo profundamente, y echó su cabeza hacia atrás.

— ¿Te dijo como se sentía? ¿Cómo cosas serias? —Inhalo de nuevo y me lo pasó. Se veía totalmente infectada.

—Sí.

— ¿Peleaban?

—Bastante. Pero no reíamos mucho también.

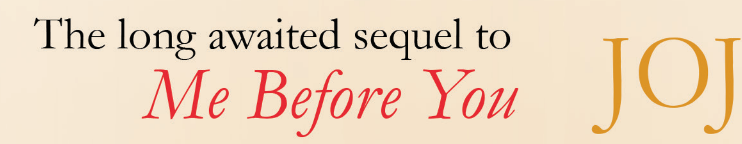
— ¿Tú le gustabas?

— ¿Gustarle? … No creo que "gustar" sea la palabra correcta.

Mi boca repitió silenciosamente palabras que no podía encontrar. ¿Cómo podía explicarle a esta chica lo que Will y yo éramos el uno para el otro, la manera en que sentía que ninguna otra persona en el mundo me había entendido o me entendería como él lo hacía? ¿Cómo podía entender que perderlo fue como tener un disparo atravesándome, un doloroso, constante recordatorio, una ausencia que nunca podría llenar?

Me miró.





— ¡Lo hacías! ¡Le gustabas! —Comenzó a reír. Y esa era una cosa ridícula para decir, una palabra sin sentido, frente a lo que Will y yo habíamos sido el uno para el otro, que, a pesar de mí misma, me reí también.

—Mi papá estaba loco por ti. ¿Qué tan enfermo es eso? —jadeó. — ¡Oh dios mío! En un universo diferente podrías haber sido MI MADRASTRA.

Nos miramos la una a la otra en un terror fingido y de alguna forma este hecho creció entre nosotras hasta que una burbuja de diversión brotó de mi pecho. Comencé a reír, la clase de risa que está al borde de la histeria, que hace que tu estómago duela, donde el simple acto de mirar a alguien más te hace perder el control de nuevo.

— ¿Tuvieron sexo?

Y eso lo mató.

—Está bien. Esta conversación se está volviendo extraña.

Lily puso una cara.

—Toda su relación suena extraña.

—No lo era para nada. Era… era…

De pronto fue demasiado: el techo, las preguntas, el porro, los recuerdos de Will. Parecía que lo estábamos conjurando en el aire entre nosotras: su sonrisa, su piel, la sensación de su cara contra la mía, y no estaba segura que quisiera hacerlo. Dejé que mi cabeza callera levemente contra mis rodillas. Respira, me dije a mí misma.

— ¿Louisa?

— ¿Qué?

— ¿Simpre planeó ir a ese lugar? ¿Dignitas?

Asentí. Me repetí la palabra, tratando de aquietar mi creciente sensación de pánico. Dentro. Fuera. *Solo respira*.

— ¿Trataste de hacerlo cambiar de opinión?

—Will era… terco.

— ¿Discutieron sobre eso?

Tragué.





—Justo hasta el último día.

El último día. ¿Por qué había dicho eso? Cerré los ojos. Cuando finalmente los abrí de nuevo, ella me estaba mirando.

— ¿Estabas con él cuando murió?

Nuestros ojos se encontraron. La juventud era atemorizante, pensé. No tenían límites. No temían a nada. Pude ver la siguiente pregunta formándose en sus labios, el ansia de búsqueda en su mirada. Pero tal vez ella no era tan valiente como pensaba.

Finalmente dejó caer la mirada.

—Entonces ¿Cuándo le dirás a sus padres sobre mí?

Mi corazón dolió.

—Esta semana. Les llamaré esta semana.

Asintió, giró su cara lejos así no podía ver su expresión. La miré inhalar de nuevo. Y entonces, abruptamente, dejó caer el cigarro por las barras de los escalones de la escalera de incendios, se puso de pie y entró por la ventana sin mirar atrás. Esperé hasta que mis piernas se sintieron como que podían aguantarme de nuevo, y la seguí dentro.



CAPÍTULO 9

Llamé el martes a la hora del almuerzo, cuando una huelga conjunta de un día por el control del tráfico aéreo francés y alemán había dejado el bar casi vacío. Esperé hasta que Richard había desaparecido con el comerciante, y me puse de pie en la explanada, más allá de las últimas chicas antes de la seguridad, y busqué en mi teléfono el número que nunca había sido capaz de borrar.

El teléfono sonó tres, cuatro veces, y solo por un momento estuve tentada con la urgencia de presionar TERMINAR LLAMADA. Pero entonces la voz de un hombre respondió, sus vocales acortadas, familiares. — ¿Hola?

— ¿Señor Traynor? Es… es Lou.

— ¿Lou?

—Lousia Clark.

Un corto silencio. Podía oír sus recuerdos cayendo sobre él con el simple hecho de escuchar mi nombre y me sentí extrañamente culpable. La última vez que lo había visto fue junto a la tumba de Will, un hombre avejentado prematuramente, enderezando sus hombros repetidamente mientras luchaba bajo el peso de su pena.

—Louisa. Buen… Dios. Esto es… ¿Cómo has estado?

Me moví para dejar pasar a Violet con su carro. Me dio una sonrisa de complicidad, ajustándose su sombrero púrpura con su mano libre. No té que tenía pequeñas banderas de Inglaterra pintadas en sus uñas.

—Estoy muy bien, gracias. ¿Cómo está usted?

—Oh, ya sabes. De hecho, estoy muy bien también. Las circunstancias han cambiado un poco desde la última vez que nos vimos, pero es todo… ya sabes.

Aquella temporal y desacostumbrada falta de amabilidad casi me hizo dudar. Tomé una profunda inhalación.



—Señor Traynor, estoy llamando porque realmente necesito hablar con usted sobre algo.

—Pensé que Michale Lawler había resuelto todos los problemas financieros.

Su tono se alteró ligeramente.

—No tiene que ver con dinero, —cerré mis ojos. —Señor Traynor, hace poco tuve un visitante y es alguien que creo que necesita conocer.

Una mujer chocó contra mis piernas con su maletín con ruedas, y murmuré una disculpa.

—Está bien. No hay una manera simple de hacer esto, así que solo voy a decirlo. Will tenía una hija y ella se presentó en mi puerta. Está desesperada por conocerlo.

Un largo silencio está vez.

— ¿Señor Traynor?

—Lo siento. ¿Podrías repetir lo que acabas de decir?

—Will tenía una hija. Él no sabía sobre ella. Su madre es una vieja novia suya, de la universidad, quien la crío sola sin decirle. Tenía una hija y ella me buscó y realmente quiere conocerlo. Tiene dieciséis. Su nombre es Lily.

— ¿Lily?

—Sí. He hablado con su madre y parece decir la verdad. Una mujer llamada Miller. Tanya miller.

—No… no la recuerdo. Pero Will tuvo una terrible cantidad de novias.

Otro largo silencio. Cuando habló de nuevo su voz se quebró.

—Will tenía… ¿una hija?

—Sí. Su nieta.

— ¿Crees… de verdad crees que es su hija?

—Conocí a su madre y escuché lo que tenía para decir, y sí, realmente creo que lo es.

—Oh. Oh mi…



Pude escuchar una voz de fondo: — ¿Steven? *¿Steven? ¿Estás bien?*

Otro silencio.

— ¿Señor Traynor?

—Lo siento mucho. Es solo… estoy un poco.

Puse mi mano en mi cabeza. —Es una gran sorpresa. Lo sé. Lo siento. No pude pensar en ninguna mejor forma de decírselo. No quería simplemente presentarme en su casa en caso…

—No. No, no te disculpes. Son buenas noticias. Extraordinarias noticias. Una *nieta.*

— ¿Qué está pasando? ¿Por qué estás sentado ahí abajo así? —La voz en el fondo sonaba preocupada.

Escuché una mano colocándose sobre la bocina, y un: —Estoy bien, querida. De verdad. Te… te lo explicaré todo en un minuto.

Más conversación apagada. Y entonces de regreso a mí, su voz sonó insegura. — ¿Louisa?

— ¿Sí?

— ¿Estás totalmente segura? Quiero decir, esto es solo tan…

—Tan segura como puedo estar, señor Traynor. Estoy feliz de explicarle más, pero tiene dieciséis y está llena de vida y es… bueno, está bastante entusiasmada de averiguar más sobre la familia que nunca supo que tenía.

—Oh mi dios. Oh, mi… ¿Louisa?

—Sigo aquí.

Cuando habló de nuevo encontré que mis ojos se habían llenado inexplicablemente con lágrimas.

— ¿Cuándo puedo conocerla? ¿Cuándo podemos conocer… a Lily?

***

Fuimos el siguiente Domingo. Lily tenía miedo de ir sola, pero no lo admitiría. Simplemente me dijo que era mejor si yo le explicaba todo al





señor Traynor porque —Las personas viejas eran mejor hablando entre ellas—.

Manejamos en silencio. Me sentí casi enferma por los nervios de entrar en la casa Traynor de nuevo, no es que se lo pudiera explicar a la pasajera a mi lado. Lily no dijo nada.

¿Te creyó?

Sí, le dije. Creo que lo hizo. Aunque podría ser prudente hacer una prueba de sangre solo para tranquilizar a todo el mundo.

¿Él te pidió conocerme, o tú lo sugeriste?

No podía recordarlo. Mi cerebro se había llenado de una clase de zumbido estático solo de hablar con él de nuevo.

¿Qué pasa si no soy lo que espera?

No estaba segura de que él estuviera esperando nada. Acababa de descubrir que tenía una nieta.

Lily apareció la noche del viernes, aun cuando no la esperaba hasta la mañana del sábado, diciendo que había tenido una pelea gigante con su madre y que Francis cara de culo le había dicho que tenía que crecer. Sorbió por su nariz. —Eso viene de un hombre que piensa que es normal tener una habitación completa dedicada a un *juego de tren.*

Le dije que era bienvenida a quedarse mientras (a) pudiera obtener una confirmación de su madre sabiendo que sabía dónde estaba, (b) no bebiera y (c) no fumara en mi departamento.

Lo que significaba que mientras estaba en la ducha ella cruzó la calle hasta la tienda de Samir y habló con él lo que duraba fumarse dos cigarrillos, pero parecía molesto para discutir.

Tanya Houghton-Miller se lamentó por al menos veinte minutos sobre la improbabilidad de todo, me dijo cuatro veces que llevara a Lily a casa en el plazo de cuarenta y ocho horas y colgó el teléfono cuando un niño comenzó a gritar en el fondo. Escuché a Lily rebuscar en mi pequeña cocina, y la música que no entendía haciendo temblar los pocos muebles que había en mi sala de estar.





Está bien, Will. Le dije en silencio. *Si esta era tu idea de empujarme en toda una nueva vida ciertamente me deslumbraste.*

La mañana siguiente caminé hasta la habitación de invitados para despertar a Lily y la encontré despierta, sus brazos curvados alrededor de sus piernas, fumando en mi ventana abierta. Una pila de ropa estaba esparcida alrededor de la cama, como si se hubiera probado una docena de conjuntos y los hubiera encontrado a todos aburridos.

Me miró, como diciéndome que me atreviera a decir algo. Tuve una repentina imagen de Will, girándose de la ventana en su silla de ruedas, su mirada furiosa y herida, y solo por un momento me quitó la respiración.

—Nos vamos en media hora, —dije.

Alcanzamos las afueras del pueblo poco después de las once. El verano había traído a los turistas que llenaban de nuevo las estrechas calles de Storfold, como grupos de colores chillones, agarrando sus guías turísticas y helados, haciendo su camino animadamente entre los cafés y las tiendas de temporada llenas de tarjetas del castillo y calendarios que colocarían en cajones en casa y que raramente los volverían a ver. Manejé lentamente a un lado de castillo en la larga cola de Tráfico Nacional, dándome cuenta que los teléfonos, los abrigos y los gorros para el sol parecían ser los mismos de cada año. Este año era el aniversario quinientos del castillo, y en todos lados parecía que había eventos aunados a eso: bailes coreografiados, cerdo asado, festines…

Manejé hasta la parte principal de la casa, agradecida que no estuviéramos frente al anexo donde pasé mucho tiempo con Will. Nos sentamos en el auto y escuchamos al motor hacer tic-tac. Lily, noté, se había mordido casi la mitad de sus uñas.

— ¿Estás bien?

Se encogió de hombros.

— ¿Entonces podemos entrar?

Ella miró sus pies.

— ¿Qué pasa si no le agrado?

— ¿Por qué no le agradarías?



—A nadie más le agrado.

—Estoy segura que eso no es verdad.

—Nadie en la escuela me quiere. Mis padres no pueden esperar para deshacerse de mí.

Se mordió salvajemente la esquina de una restante uña en su pulgar.

— ¿Qué clase de madre deja a su hija irse a vivir al departamento viejo y mohoso de alguien que ni siquiera conoce?

Tomé una respiración profunda.

—El señor Traynor es un hombre agradable. Y no te habría traído aquí si hubiera pensado que no iría bien.

—Si no le agrado, ¿podemos irnos? ¿Muy, muy rápido?

—Por supuesto.

—Lo sabré. Solo por cómo me mira.

—Patinaremos fuera en dos ruedas si es necesario. —Sonrió reticentemente. —Está bien. —dije tratando de no mostrar que estaba casi tan nerviosa como ella lo estaba. —Vamos.

Me paré en la acera, viendo a Lily así no pensaría demasiado en donde estaba. La puerta se abrió lentamente, y ahí estaba, aun en la misma playera azul de algodón que recordaba de hace dos veranos, pero más nueva, cabello corto, tal vez un vano intento de combatir la pena extrema. Abrió su boca como si quisiera decirme algo pero hubiera olvidado lo que era, y entonces miró a Lily y sus ojos se ampliaron un poco.

— ¿Lily?

Ella asintió.

La miró significativamente. Nadie se movió. Y entonces su boca se tensó, y lágrimas llenaron sus ojos, y dio un paso adelante y la atrajo entre sus brazos. —Oh querida. Oh mi dios. Oh es tan bueno conocerte. Oh, mi dios.

Su cabeza gris bajó para descansar contra la suya. Me pregunté, brevemente, si se alejaría. Lily no era alguien a quien le agradara el contacto físico. Pero mientras miraba, sus manos se alzaron y se enredaron alrededor de su cintura y agarró firmemente su playera, sus nudillos volviéndose



blandos y sus ojos cerrándose mientras se dejaba ser sostenida por él. Se quedaron de pie así por lo que pareció una eternidad, el hombre viejo y su nieta, sin moverse de la entrada principal.

Él se hizo hacia atrás, avergonzado y contento al mismo tiempo.

—Sí. Sí, puedo verlo. ¡Mírate! ¡Mírate! —Su cara se giró a la mía. —Se parece a él, ¿no?

Asentí.

Ella lo estaba mirando, también, buscando, tal vez, por pedazos de su padre. Cuando miró hacia abajo, se seguían sosteniendo las manos.

Hasta ese momento, no me di cuenta de que estaba llorando. Era el claro alivio en la vieja maltratada cara del señor Traynor, la alegría de algo que él pensó que había perdido y parcialmente recuperado, la pura e inesperada alegría de ambos al encontrase. Y mientras ella le sonreía, una lenta, dulce sonrisa de reconocimiento, mis nervios, y cualquier duda que había tenido sobre Lily Houghton-Miller, se desvanecieron.

Habían pasado menos de dos años, pero Granta House había cambiado significativamente desde la última vez que estuve aquí.

Se habían ido los enormes y antiguos gabinetes, las cajas de baratijas sobre las mesas de caoba pulida, las pesadas cortinas. Me tomó solamente ver la curvilínea figura de Della Layton para saber porque había sido.

Aún había algunas brillantes piezas de muebles antiguos, sí, pero todo lo demás era blanco o de un color brillante, nuevas y brillantes cortinas Sanderson y pálidas alfombras en los viejos pisos de madera, pinturas modernas sin marcos. Ella caminó hacia nosotros lentamente y su sonrisa era ligeramente cautelosa, como algo que se había obligado a usar. Me encontré moviéndome hacia atrás involuntariamente mientras se acercaba: había algo extrañamente impactante sobre una mujer muy embarazada, la mayor parte de ella, pero más la obscena curva de su estómago.

—Hola, tú debes ser Louisa. Encantada de conocerte.

Su lustroso cabello rojo estaba atado con un broche, una blusa azul pálido de lino enrollada alrededor de sus muñecas ligeramente hinchadas. No pude evitar notar el enorme anillo con un diamante colocado en su dedo





de boda, y me pregunté con algo de remordimiento como había estado la señora Traynor estos últimos meses.

—Felicidades, —dije, señalando hacia su vientre. Quería decir algo más, pero no sabía si funcionaría o si era apropiado decirle a una mujer muy embarazada que era —grande— , —no muy grande—, —aseada—, —florecida—, o alguno otro de los eufemismos que la gente parecía usar para disfrazar lo que realmente querían decir, que esencialmente iba junto con las palabras *santo infierno.*

—Gracias. Fue una pequeña sorpresa, pero una muy bienvenida.

Su mirada se deslizó lejos de mí. Estaba viendo al señor Traynor y a Lily. Él seguía sosteniendo una de sus manos con la suya, apretándola con énfasis, y le estaba hablando sobre la casa, en cómo había pasado a través de la familia por muchas generaciones.

— ¿Todos quieren té? —preguntó. Y repitió. — ¿Steven? ¿Té?

—Claro, cariño. Gracias. Lily, ¿Tomas té?

— ¿Puedo tomar algo juego, por favor? ¿O algo de agua? —sonrió Lily.

—Te ayudaré, —le dije a Della. El señor Traynor había comenzado a señalar ancestros en los marcos en la pared, su mano en el codo de Lily, señalando la similitud de su nariz con esa persona, o el color de su cabello con uno de los que estaba ahí.

Della los miró por un momento, y pensé que noté algo cerca del desagrado pasar en sus facciones. Me atrapó mirándola, y sonrió cautelosamente, como si le avergonzara tener sus sentimientos tan expuestos en su cara. —Eso sería encantador. Gracias.

Nos movimos juntas hasta la cocina, rebuscando la leche, el azúcar, la tetera, intercambiando educadamente preguntas sobre las galletas. Me detuve para agarrar las tasas fuera de la alacena cuando Della no podía alcanzar cómodamente esa altura. Un moderno y geométrico diseño, en lugar de su predecesor de porcelana florecida y desgastada, con todas las hierbas silvestres y flores pintadas con sus nombres en latín. Todos los restos de la estadía de la señora Traynor aquí parecía ser borrado rápido y sin piedad.

—La casa se ve… bien. Diferente. —dije.



—Sí. Bueno, Steve perdió muchos de sus muebles con el divorcio. Así que tuvimos que cambiar la apariencia un poco. —tomó el bote de té. —Perdió cosas que habían estado en su familia por generaciones. Por supuesto ella tomó todo lo que pudo.

Me lanzó una mirada, evaluándome como si pudiera ser una aliada.

—No he hablado con la señora…. Camilla desde que Will…—dije sintiéndome culpablemente desleal.

—Entonces. Steve dijo que esta chica simplemente apareció en tu puerta. —Su sonrisa era pequeña y arreglada.

—Sí. Fue una sorpresa. Pero he conocido a la mamá de Lily, y ella… bueno, obviamente fue cercana a Will por un tiempo.

Della puso su mano en la parte baja de mi espalda, entonces se giró hacia la tetera. Mamá había dicho que encabezaba una pequeña firma de abogados en la otra ciudad. *Te preguntarás por una mujer que no se ha casado a los treinta* dijo sorbiendo por la nariz, y después, después de mirar en mi dirección, *Cuarenta. Quise decir cuarenta.*

— ¿Qué es lo que crees que quiera?

— ¿Perdona?

— ¿Qué es lo que crees que quiera? ¿La chica?

Podía escuchar a Lily en el pasillo, haciendo preguntas, aniñadas e interesadas, y me sentí algo protectora. —No creo que ella *quiera* nada. Solamente descubrió que tenía un padre sobre el que no sabía nada y quiso conocer a su familia. La familia de *ella* también.

Dalla calentó la tetera colocando las hojas de té (té de granel, tal como la señora Traynor lo hubiera tomado). Vació el agua caliente lentamente, con cuidado de no salpicarse. —He amado a Steve por mucho tiempo. Él… él… ha pasado un momento difícil este último año. Sería… —no me miró mientras hablaba—… muy difícil para él si Lily le complicara su vida a este punto.

—No creo que Lily quiera complicar ninguna de sus vidas —dije cuidadosamente. —Pero sí creo que tiene el derecho de conocer a su propio abuelo.





—Por supuesto, —dijo amablemente, esa sonrisa automática en su lugar. Me di cuenta, en un instante, que había fallado en algún examen interno, y también que no me importaba. Y entonces con chequeo final entre murmuraciones a la bandeja, Della la tomó y aceptando mi oferta de llevar el pastel y la tetera, la tomó hacia la estancia principal.

—Y ¿Cómo estás Louisa?

El señor Traynor se inclinó hacia atrás en su butaca, una amplia sonrisa rompiendo en sus rasgos caídos. Había hablado con Lily casi constantemente mientras tomaba el té, haciéndole preguntas sobre su madre, donde vivía, que estaba estudiando (ella no le dijo sobre los problemas en la escuela), si prefería el pastel de fruta o el de chocolate (¿Chocolate? ¡Yo también!) o jengibre (no), y el criquet (no en realidad… bueno, ¡Tendremos que hacer algo sobre eso!). Parecía tranquilizado por ella, por su parecido con su hijo. En este punto, probablemente no le habría importado si ella anunciaba que su madre era una bailarina exótica brasileña.

Lo miré lanzándole miradas a Lily, cuando estaba hablando estudiando su perfil, como si tal vez pudiera ver a Will ahí también.

Otras veces capté un destello de melancolía en su expresión. Sospeché que estaba pensando lo que yo había pensado: esta nueva pena de que su hijo nunca la conocería. Entonces casi visiblemente se recompuso, forzándose a ponerte algo más derecho, una sonrisa real de regreso en su rostro.

Él había dado un recorrido en los alrededores por media hora, exclamando cuando regresaron que Lily había encontrado su camino fuera del laberinto — ¡en tu primera vez! Debe ser una cosa genética. —Lily había sonreído tan ampliamente como si se hubiera ganado un premio.

—Y ¿Louisa? ¿Qué está pasando en tu vida?

—Estoy bien, gracias.

— ¿Sigues trabajando como una… cuidadora?

—No. Yo… viajé por un tiempo, y ahora estoy trabajando en un aeropuerto.

— ¡Oh! ¡Bien! En British Airways, ¿espero?



Sentí mis mejillas ruborizarse.

—Administración, ¿no?

—Trabajo en un bar. En el aeropuerto.

Dudó, solo una fracción de segundo, y asintió firmemente.

—Las personas siempre necesitan de los bares. Especialmente en los aeropuertos. Siempre me tomo un whisky doble antes de entrar en un avión, ¿verdad cariño?

—Sí, lo haces —contestó Della.

—Y supongo que debe ser algo interesante ver a todo mundo volar lejos todos los días. Emocionante

—Tengo otras cosas en la línea.

—Por supuesto que las tienes. Bien. Bien…

Hubo un corto silencio.

— ¿Cuándo nace el bebé? —dije, para apartar la atención de todos lejos de mí.

—El siguiente mes, —dijo Della, sus manos descansando en borde de su vientre. —Es una niña.

—Qué encantador. ¿Cómo van a llamarla?

Intercambiaron miradas como futuros padres cuando han escogido un nombre pero no quieren decirle a nadie.

—Oh… no sabemos.

—Se siente mayormente extraño. Ser un padre de nuevo a mi edad. Casi no puedo imaginarlo. Ya sabes, cambiando pañales, esa clase de cosas. —Él miró a Della, y añadió tranquilizadoramente, —Es maravilloso en realidad. Soy un hombre muy afortunado. Ambos somos muy afortunados, ¿Verdad, Della?

Ella le sonrió.

—Estoy segura —dije— ¿Cómo está Georgina?




Talvez solamente yo habría notado como la expresión del señor Traynor cambió, solo un poco. —Oh, está bien. Sigue en Australia. Ya sabes.

—Cierto.

—Ella vino unos meses atrás… pero pasó la mayor parte de su tiempo con su madre. Estaba muy ocupada.

—Por supuesto.

—Creo que tiene un novio. Estoy segura que alguien me dijo que tenía un novio. Entonces eso… eso es bueno.

La mano de Della se estiró y tomó la suya.

— ¿Quién es Georgina? —Lily estaba comiendo un panecillo.

—Es la hermana menor de Will, —dijo el señor Traynor, girándose hacia ella. — ¡Tu tía! ¡Sí! De hecho, ella se ve más o menos como tú cuando tenía tu edad.

— ¿Puedo ver una foto?

—Encontraré una— el señor Traynor se frotó un lado de su cara. —Estoy tratando de recordar donde pusimos esa foto de su graduación.

—Tu estudio— dijo Della— quédate aquí querido, iré por ella. Es bueno para mí moverme. —Se levantó fuera del sofá y caminó pesadamente fuera de la habitación. Lily insistió en ir con ella —Quiero ver el resto de fotografías. Quiero ver a quien me parezco.

El señor Traynor las vio marcharse, aun sonriendo. Nos sentamos y sorbimos nuestro té en silencio. Se giró hacia mí.

— ¿Ya has hablado con ella?... ¿Camilla?

—No sé dónde vive. Iba a preguntarle a usted por sus datos. Sé que Lily quiere conocerla también.

—Ella ha tenido un mal tiempo. George dice eso, de todos modos. Realmente no hemos hablado. Es todo un poco complicado por causa de…—asintió hacia la puerta y dejó salir un casi imperceptible suspiro.

— ¿Le gustaría decirle sobre ella? ¿Sobre Lily?





—Oh, no. Oh… no. No… estoy seguro que ella querría… —pasó una mano sobre su ceja. —Probablemente es mejor si tú se lo dices.

Anotó la dirección y número de teléfono en una pieza de papel y me la entregó. —Es algo lejos —dijo, y sonrió disculpándose. —Creo que ella quería un nuevo comienzo. Dale mis saludos ¿quieres? Es raro… tener finalmente a un nieto, en estas circunstancias. —Bajó su voz —Es gracioso, pero Camilla es la única persona quien realmente entendería como me siento justo ahora.

Si él hubiera sido alguna otra persona lo habría abrazado en ese momento, pero eramos Ingleses y alguna vez había sido mi jefe, así que simplemente sonreímos incómodamente el uno al otro. Y posiblemente deseamos que fuéramos otra persona.

El señor Traynor se sentó en su silla. —Aun así. Soy un hombre afortunado. Un nuevo comienzo, a mi edad. No estoy seguro que realmente lo merezca. ¿Y tú? Sé que fuiste muy cercana a Will…

—Es alguien difícil de igualar. —Era consiente de una obstrucción en mi garganta. Cuando la aclaré, el señor Traynor seguía mirándome.

—Todo lo de mi hijo era sobre la vida, Louisa. No necesito decirte eso.

—Esa es la cosa, ¿no? —él esperó. —Él era solo mejor en ella que el resto de nosotros.

—Lo superarás, Louisa. Todos lo hacemos. A nuestra manera. —Tocó mi codo, su expresión suave.

Della, regresó en la habitación, comenzó tomar la bandeja, colocando las tazas tan ostentosamente que solo podía ser una señal. —Mejor nos vamos. —le dije a Lily, parándome cuando entró, abrazando el marco de una fotografía.

—Ella se ve como yo ¿verdad? ¿Crees que nuestros ojos son parecidos? ¿Crees que quiera hablar conmigo? ¿Tiene un correo?

—Estoy segura que lo hará —dijo el señor Traynor. —Pero no te preocupes, Lily, hablaré con ella primero. Es una gran noticia para que todos nosotros lo digiramos. Mejor le damos unos cuantos días para que se acostumbre.

—Está bien ¿Entonces cuando puedo venir a quedarme?

A mi derecha, escuché el sonido claro de Della casi dejando caer una taza. Ella se detuvo lentamente, enderezando la bandeja.

— ¿Quedarse? —el señor Traynor se inclinó hacia adelante, como si no estuviera seguro de haber oído correctamente.

—Bueno. Eres mi abuelo. Pensé que ¿talvez podia venir a quedarme por el resto del verano? Llegar a conocerte. Tenemos mucho para ponernos al día ¿no? —Su cara estaba brillante con anticipación.

El señor Traynor miró a Della, cuya expresión detuvo lo que estaba a punto de decir.

—Sería encantador tenerte en algún momento, —dijo Della, sosteniendo la bandeja frente a ella, —pero tenemos otras cosas pasando justo ahora.

—Es el primer bebé de Della ya ves. Creo que le gustaría…

—Sólo necesito un momento con Steve. Y el bebé.

—Podría ayudar. Soy realmente buena con bebés —dijo Lily— solía cuidar a mis hermanos todo el tiempo cuando eran bebés. Y eran terribles. Bebés realmente horribles. Gritaban, casi todo el tiempo.

El señor Traynor miró a Della. —Estoy seguro que serás simplemente brillante, Lily querida —dijo él. —Es solo que justo ahora no es un buen momento.

—Pero tienen montones de habitaciones. Puedo quedarme en una de invitados. Ni siquiera sabrán que estoy aquí. Seré realmente útil con los pañales y esas cosas y podría ser niñera así pueden salir. Yo puedo… —Lily se trabó. Miró del uno al otro esperando.

—Lily… —dije, revoloteando incómoda cerca de la puerta.

—No me quieren aquí.

El señor Traynor dio un paso adelante, hizo como si quisiera poner una mano en su hombro. —Lily querida. Eso no es…

Ella se echó hacia atrás. —Te agrada la idea de tener una nieta, pero realmente no me quieres en tu vida. Solo… solo quieres una *visita.*



—Es el momento, Lily —dijo Della, calmadamente. —Es solo… bueno, he esperado mucho tiempo por Steven, tu abuelo, y en este momento nuestro bebé es muy importante para nosotros.

—Y yo no.

—Eso no es cierto. —el señor Traynor se movió hacia ella.

Ella lo alejó. —Oh dios, todos ustedes son iguales. Ustedes y sus pequeñas perfectas familias, todas cerradas. Nadie tiene espacio para mí.

—Oh, vamos. No seas dramática sobre… —Della comenzó.

—*Piérdete*— Lily gritó. Y mientras Della se echó hacia atrás, y los ojos del señor Traynor se ampliaron en sorpresa, corrió, y yo lo dejé en la silenciosa sala de estar para alcanzarla.



CAPÍTULO 10

Le envíe un correo a Nathan. La respuesta llegó:

Lou ¿Has comenzado a tomar medicamentos fuertes? ¿Qué demonios?

Le envío un segundo correo, llenándolo con más detalle y su equilibrio normal parece regresar.

Bueno, el perro viejo aún tiene sorpresas para nosotros, ¿no?

No he sabido nada de Lily desde hace dos días. Parte de mi estaba preocupada, la otra pequeña parte aliviada sólo por tener un pequeño interludio de calma. Me pregunto si, una vez que ella estuvo libre de cualquier idea de cuento de hadas sobre la familia de Will, se inclinó más a construir puentes por sí misma. Luego me pregunto si el señor Traynor la llamaría directamente para suavizar las cosas. También me pregunté dónde estaba Lily, y si su ausencia implicó al joven que la había visto en mi puerta. Había algo en el —en las evasivas de Lily cuando le pregunté por él —, que se había quedado conmigo. He pensado mucho en Sam, lamentando mi rápida salida. En retrospectiva, todo había parecido un poco demasiado emocional y extraño, huyendo de él de esa manera. Debo haber parecido la persona exacta que siempre he renegado que no soy. Decidí que la próxima vez que lo viera fuera del Círculo Siguiendo Adelante, reaccionaría con mucha calma, quizás saludarlo con una enigmática y sonrisa de persona-no-depresiva.

El trabajo me hundió y arrastró. Una nueva chica había comenzado: Vera, una austera lituana que había completado todas las tareas de la barra, llevando una peculiar media sonrisa de alguien contemplando el hecho de que habían puesto alguna bomba sucia cerca. Ella llamó a todos los hombres “Sucios, bestias inmundas” cuando estuvo fuera del alcance del oído de Richard.

Él había empezado dando charlas motivacionales por la mañana, por lo que después teníamos que bombear el aire, saltar y gritar “¡Sí!”, lo que siempre hacía que se desprendiera mi peluca rizada, a la que él le frunce el




ceño, como si fuera de alguna manera un error indicativo de mi personalidad, no un riesgo inherente de que llevara una peluca de nylon que en realidad no se adhiere a la cabeza. La peluca de Vera se quedaba inmóvil en la de ella. Tal vez estaba demasiado aterrada de caer.

Una noche, cuando llegué a casa hice una búsqueda en internet sobre problemas adolescentes, tratando de averiguar si podía ayudar a reparar el daño del fin de semana. Pero tenía un montón que ver con brotes hormonales y nada sobre qué hacer cuando has sido presentado a un chico de dieciséis años de edad que acaba de conocer a la familia de su padre tetrapléjico muerto. A las diez y media me di por vencida, miré alrededor en la habitación en la que la mitad de mi ropa aún seguía en cajas. Me prometí a mí misma que esta semana haría algo al respecto, y luego, después de decirme que realmente lo haría, me quedé dormida.

***

Estaba despierta a las dos y media de la madrugada por el sonido de alguien tratando de forzar mi puerta principal. Tropecé fuera de la cama, tomé un trapeador, entonces puse mi ojo en la mirilla con mi corazón golpeando.

— ¡Estoy llamando a la policía! —grité—. ¿Qué quieres?

—Soy Lily. Duh. —Cayó frente a la puerta cuando la abrí, medio riendo, apestando a tabaco y su rímel manchando sus ojos.

Envolví mi bata alrededor de mí y cerré la puerta tras de ella.

—Jesús, Lily. Es la mitad de la noche.

— ¿Quieres ir a bailar? Pensé que podíamos ir a bailar. Amo bailar. En realidad, eso no es del todo cierto. Me gusta bailar, pero no es por eso que estoy aquí. Mamá no me dejaba entrar. Han cambiado las cerraduras, ¿puedes creerlo?

Estuve tentada a responder eso, con mi alarma configurada a las seis de la mañana, curiosamente, podría.

Lily chocó fuertemente contra la pared.

—Ella ni siquiera pudo abrir la estúpida puerta. Sólo me gritó a través del buzón. Como si fuera una especie de... Vagabundo. Así que... Pensé en





quedarme aquí. O podríamos ir a bailar —Se tambalea frente a mí y se dirige al equipo de música, donde sube el volumen a un nivel ensordecedor. Corrí hacia ella para apagarlo, pero tomó mi mano—. ¡Vamos a bailar, Louisa! ¡Necesitas reventar algunos movimientos! ¡Estás tan triste todo el tiempo! ¡Suéltalo! ¡Vamos!

Arranqué mi mano y corrí hasta el botón de volumen, justo a tiempo por los primeros golpes de indignación del piso de abajo. Cuando me di la vuelta, Lily había desaparecido dentro de la habitación de invitados, donde se tambaleó y finalmente se derrumbó, boca abajo en la cama plegable.

—Oh. Mi. Dios. Esta cama es tan basura.

— ¿Lily? No puedes venir aquí y… Oh, por el amor de Dios.

—Sólo por un minuto —fue su respuesta amortiguada— literalmente una escala. Y luego voy a bailar. Vamos a bailar.

—Lily. Tengo trabajo mañana por la mañana.

—Te quiero, Louisa. ¿Te lo había dicho? En verdad te quiero. Tú eres la única que…

—No puedes sólo colapsar aquí como…

—Hmm… Siesta disco.

Ella ya no se movió. Le toco el hombro.

—Lily. ¿Lily?

Dejó escapar un pequeño ronquido.

Suspiré, esperé unos minutos, luego le quité cuidadosamente sus estropeados tacones y el contenido de su bolsillo (cigarrillos, celular, cinco libras arrugadas), los cuales llevé a mi habitación. La apoyo sobre su costado en posición de recuperación y, por último, despierta a las tres de la mañana, sabiendo que probablemente no podría volver a dormir por miedo a que se ahogara, me senté en la silla para cuidarla.

El rostro de Lily era pacífico. El ceño fruncido cauteloso y maniaco, la sonrisa vehemente había calmado algo sobrenatural y hermoso. Su cabello por los hombros. Enloquecedor como lo era su comportamiento, no podía estar enojada. Seguí recordando el dolor en su cara ese domingo. Lily era mi





opo opuesto. Ella no cuidó una herida, o la contuvo. Ella criticó, se emborrachó, e hizo Dios sabrá qué para tratar de olvidar. Era más como su padre de lo que pensaba.

¿Por qué harías esto, Will?, le pregunté en silencio. Pero, tal y como yo había luchado para ayudarlo, no sabía qué hacer por ella. No sabía cómo mejorarlo. Pensé en las palabras de mi hermana*: No serás capaz de hacerle frente, tú sabes.* Y sólo unos pequeños momentos antes del amanecer, la odiaba por tener la razón.

Desarrollamos una especie de rutina, en la que Lily vendría a verme cada pocos días. Nunca estaba segura de cuál Lily me encontraría en mi puerta: La locamente alegre Lily, exigiendo que salgamos y comer al restaurante, o mirar al precioso gato en la pared exterior de la planta baja, o bailar en la sala de estar para alguna banda que acaba de descubrir; o la sometida y cautelosa Lily, que asentía en un saludo silencioso mientras hace su camino hacia mi sofá, para tumbarse y ver la televisión. A veces hacía preguntas al azar sobre Will. Qué programas le gustaban (apenas veía televisión, él prefería las películas), ¿tenía una fruta favorita? Uvas sin semillas, las rojas.) ¿Cuándo fue la última vez que lo había visto reír? (El no reía mucho. Pero su sonrisa… La podía imaginar ahora, un raro destello de sus dientes blancos, sus ojos arrugándose). Nunca estuve segura si encontró mis respuestas satisfactorias.

Y luego, cada diez diez días más o menos, estaba la Lily borracha, o peor (nunca estaba segura), quien martillaba mi puerta en la madrugada, ignorando mis protestas sobre el tiempo y el sueño perdido, tropieza delante de mí con sus mejillas manchadas de rímel y zapatos perdidos, para pasar a la cama plegable, negándose a despertar cuando me fui en la mañana.

Parecía no tener pasatiempos y pocos amigos. Quería hablar con quién fuera en la calle, pidiendo favores con la desvergonzada preocupación de un niño salvaje. Pero no respondía el teléfono en casa y parecía esperar a que todos quienes la conocían la rechazaran.

Dado que en la mayoría de las escuelas privadas había terminado el verano, le pregunté donde se encontraba cuando no estaba en mi apartamento o visitando a su madre, y después de una breve pausa dijo “Martin”. Cuando le pregunté si él era su novio, sacó la cara universal





adolescente en respuesta a lo que el adulto dijo era no solo espectacularmente estúpido, si no repugnante también.

A veces estaba enojada, otras era grosera. Pero nunca pude rechazarla. Caótica como su comportamiento lo era, tuve la sensación de que mi apartamento era un refugio seguro. Me encontré en busca de pistas: examinando su teléfono en busca de los mensajes (bloqueados con contraseña), sus bolsas para medicamentos (ninguno, además de esa para las articulaciones), y una vez, diez minutos después de que había entrado, bañada en lágrimas y borracha, la mirada fija en el coche fuera de mi bloque, el claxon sonó intermitentemente durante la mayor parte de los tres cuartos de hora. Finalmente uno de mis vecinos de abajo salió y golpeó la ventana con tanta fuerza que el ocupante se fue.

— ¿Sabes? No estoy juzgando, pero no es uena idea ponerte tan borracha que no sabes lo que haces, Lily. —había dicho una mañana, mientras nos hacía café para ambas. Lily había pasado tanto tiempo conmigo que había tenido que ajustarme a la manera en que vivía: comprar para dos, levantar el desastre que no era mío, hacer dos veces las bebidas calientes, recordando cerrar con seguro la puerta del baño para evitar gritos de *¡Oh Dios Mío! ¡Asqueroso!*

—Estás juzgando totalmente. Eso es exactamente lo que "no es buena idea" significa.

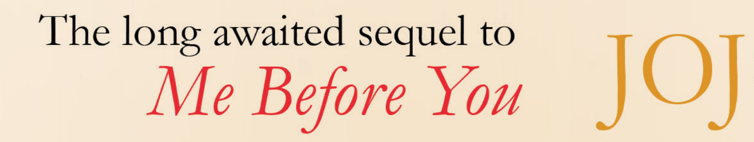
—Lo digo en serio.

— ¿Tengo que decirte como vivir tu vida? ¿Te digo que este departamento es deprimente, y te vistes como si hubieras perdido la voluntad de vivir, aparte de cuando te volviste una lisiada duendecilla porno? ¿Lo digo? ¿Te lo digo? No. No digo nada, así que dejame en paz.

Quería decirle entonces. Quería decirle que me pasó nueve años antes, en esa noche cuando había bebido demasiado, y cómo mi hermana me había llevado a casa descalza y llorando en silencio en la madrugada. Pero sin duda saludar con el mismo desprecio infantil con el que ella saludó a la mayoría de mis revelaciones, había sido la conversación que sólo había logrado tener con una persona.

Y él ya no estaba aquí.





—Tampoco es justo que me despiertes a mitad de la noche. Tengo que levantarme temprano para el trabajo.

—Entonces dame una llave. Entonces no te despertaría, ¿o sí?

Me atacó con esa sonrisa ganadora. Era rara y deslumbrante, y lo bastante parecida a Will que me encontré a mí misma dándole una llave. A pesar de que se la entregué, sabía lo que mi hermana iba a decir.

***

Hablé con el señor Traynor dos veces durante ese tiempo. Estaba ansioso por saber que Lily estaba bien, había comenzado a preocuparse por lo que iba a hacer con su vida.

—Quiero decir, ella es simplemente una chica brillante. No es buena idea que abandone la escuela a los dieciséis años. ¿Es que acaso sus padres no tienen nada que decir al respecto?

—Ellos no parecen hablar mucho.

— ¿Debería hablar con ellos? ¿Crees que necesite fondos para la universidad? Debo decir, las cosas son un poco más apretadas de lo que eran desde el divorcio, pero Will dejó algo una buena cantidad. Así que pensé que podría ser… Un uso apropiado para ello. —Él bajó la voz—. Puede que sea sabio, al menos para nosotros, no comentarle nada a Della. No quiero que se haga una idea equivocada.

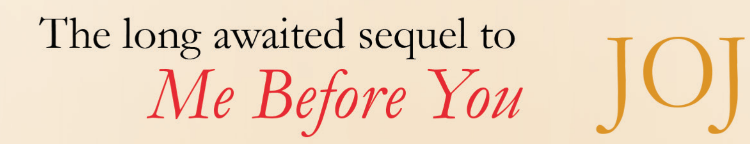
Me resistí a la tentación de lo que podría ser una idea correcta.

—Louisa. ¿Crees que podrías convencer a Lily de volver? No dejo de pensar en ella. Me gustaría que todos lo intentáramos de nuevo. Sé que a Della también le gustaría conocerla mejor.

Recordé la expresión de Della mientras caminábamos de puntillas una alrededor de la otra en la cocina, y me pregunté si el señor Traynor era voluntariamente ciego o simplemente un eterno optimista.

—Lo intentaré. —le prometí.





***

Hay una especie particular de silencio en un departamento cuando estás en tu propia ciudad en un fin de semana de verano. Estaba en earlies, terminando mi turno a las cuatro, llegué a casa a las cinco, agotada, y estaba secretamente agradecida de que, por algunas breves horas, tenía la casa para mí. Me duché, comí unas tostadas, eché un vistazo en línea para ver si había puestos de trabajo que fueran mejor pagados que el salario mínimo o que no fueran contratos de cero horas[26], luego me senté en la sala de estar con todas las ventanas abiertas para estimular la brisa, escuchando los sonidos de la ciudad filtrándose en el aire caliente.

La mayoría del tiempo, estaba razonablemente contenta con mi vida. Había tenido suficientes sesiones en grupo para saber que era más importante estar agradecida por simples placeres. Era saludable. Tenía a mi familia de nuevo. Estaba trabajando. Si no hubiese hecho las paces con la muerte de Will, al menos me hubiese sentido que podría estarme arrastrando bajo su sombra. Todavía.

En tardes como esta, cuando las calles de abajo estaban llenas de parejas paseando y gente riendo saliendo de los pubs para planificar comidas, salidas nocturnas, viajes a clubes, algo dolía en mi interior; algo primitivo que me decía que estaba en el lugar equivocado, que me faltaba algo. Estos fueron los momentos en los que me sentí más atrás. Me arreglé un poco, lavé mi uniforme y entonces, justo cuando estaba hundiéndome en una especie de tranquila melancolía el timbre sonó. Me levanté y presioné el botón del portero automático con cansancio, esperando que un conductor de UPS preguntara por alguna dirección. O algúna pizza hawaiana mal dirigida. Pero en vez de eso, escuché la voz de un hombre.

— ¿Louisa?

—¿Quién es? —pregunté, aunque supe de inmediato quién era.

—Sam. Sam de la ambulancia. Estaba de paso de camino a casa del trabajo, y yo sólo… Bueno, te dejé con tanta prisa la otra noche, pensé en asegurar me que estuvieras bien.

[26]Traducido de Zerohour: Tipo de contrato en el que el empleador tiene la discreción de variar el horario de trabajo de un empleado. Usualmente desde tiempo completo, hasta “cero horas”.





— ¿Dos semanas después? Podría haber sido comida por gatos para entonces.

—Supongo que no fuíste comida por gatos.

—No tengo un gato. —un breve silencio—. Pero estoy bien, Sam de la ambulancia. Gracias.

—Bien. Es bueno escucharlo.

Me moví para poderlo ver a través de la pequeña pantalla de video en blanco y negro. Llevaba una chaqueta de motociclista en lugar de su uniforme de paramédico, y tenía una mano apoyada en la pared, que ahora había retirado y se volvió hacia la calle. Lo vi dejar escapar un suspiro, y ese pequeño movimiento me impulsó a hablar.

—Así que… ¿Qué has estado haciendo?

—No mucho. Intentando y fallando en hablar con alguien a través de su portero automático, sobre todo.

Mi risa fue demasiado rápida. Demasiado alta.

—Me rendí en eso hace años. —respondí—. Hace que querer comprarles una copa sea muy, muy difícil.

Lo vi reir. Miré alrededor en mi silencioso departamento Y ahblé antes de poder pensar.

—Quédate ahí. Voy para abajo.



Iba a llevar mi coche, pero cuando me tendió un casco para moto de repuesto, parecía cursi insistir en mi propio medio de transporte. Metí mis llaves en el bolsillo y me quedé esperando a que me incitara a subir a bordo.

—Eres paramédico. Y manejas una moto.

—Lo sé. Pero, como los vicios van, ella es prácticamente lo único que me queda. —sonrió lobunamente. Algo dentro de mí se sacudió de forma inesperada—. ¿No te sientes a salvo conmigo?




No había respuesta adecuada a esa pregunta. Sostuve su mirada y subí a la parte de atrás. Si el hiciera algo peligroso, tiene las habilidades para remendarme de nuevo.

—Entonces ¿qué hago? —Le dije mientras me ponía el casco sobre mi cabeza—. Nunca he estado en uno de estos antes.

—Aférrate a los manillares en el asiento, y sólo muévete con la moto. Si no estás contenta, tócame el hombro y me detendré.

— ¿A dónde vamos?

—¿Eres buena con la decoración de interiores?

—Ni de cerca. ¿Por qué?

Encendió el motor.

—Pensé en enseñarte mi nueva casa.

Y entonces estábamos en el tráfico, ondeando entre coches y camiones, siguiendo las señales de la autopista. Tuve que cerrar los ojos, presionándome a mí misma a su espalda y esperando que pudiera oírme chillar.

Fuimos hasta el mismo borde de la ciudad, un lugar donde los jardines crecían más grandes, y se transformaron en campos y casas tenían nombres en lugar de números. Vinimos a un pueblo que no estaba tan alejado del anterior. Sam desaceleró la moto en una puerta de campo y finalmente apagó el motor, haciéndome un gesto para que bajara. Me quité el casco, mi corazón seguía golpeando en mis oídos y traté de levantar mi cabello sudoroso de mi cabeza con mis dedos que aún estaban tiesos de agarrar el manillar del asiento trasero.

Sam abrió la puerta y me hizo pasar. La mitad del campo eran pastizales, el otro era un caos irregular de bloques de concreto y cemento. En la esquina más allá de la construcción, protegida por un alto seto, había un vagón de tren, y junto a él, un gallinero en el que varias aves se detuvieron a mirar con expectación hacia nosotros.

—Mi casa.

— ¡Bien! —Miro a mi alrededor—. Am, ¿dónde está?



Sam comienza a caminar por el campo.

—Ahí. Esa es la base. Me tomó la mayor parte de tres meses para derrumbarlos.

— ¿Tú vives aquí?

—Sip.

Me quedé mirando las losas de concreto. Cuando lo miré, algo en su expresión me hizo retractarme de lo que iba a decir. Me froté la cabeza.

—Así que… ¿Vas a quedarte ahí toda la noche? ¿O me vas a dar una visita guiada?

Bañados por el sol de la tarde y rodeados por los aromas de hierba, lavanda y el zumbido perezoso de las abejas, caminamos lentamente de una losa a otra, Sam señalando donde las ventanas y puertas deberían estar.

—Este es el cuarto de baño.

—Tiene algunas corrientes de aire.

—Sí. Tengo que hacer algo al respecto. Cuidado. Eso no es el realidad una puerta. Acabas de entrar a la ducha.

Pasó por una pila de bloques de cemento a una gran losa gris, tendiéndome la mano para que pudiera caminar con seguridad encima de ellos también.

—Y aquí está la sala de estar. Así que si miras a través de esa ventana—sostuvo sus dedos en un recuadro—. Puedes tener las vistas del campo abierto.

Miré por el brillante paisaje de abajo. Sentí como si estuviéramos a millones de millas fuera de la ciudad, no diez. Tomé una respiración profunda, disfrutando de lo inesperado que era todo.

—Es bonito, pero creo que tu sofá está en el lugar indicado. Necesitas dos. Uno aquí, y tal vez uno allí. Supongo que tienes una ventana aquí, ¿no?

—Ah sí. Tiene que ser de doble aspecto.

—Hmm. Además, necesitas volver a pensar en tu espacio.




Lo más loco era, que a los pocos minutos de caminar y hablar, podía ver la casa. Seguí la línea de las manos de Sam mientras hacía un gesto hacia las chimeneas invisibles. Pude ver sus ventanas excesivamente altas y las barandillas que un amigo suyo tallaría de roble envejecido.

—Va a ser preciosa —le dije, cuando estuvimos en el último cuarto.

—En unos diez años, pero sí, eso espero.

Miré alrededor del campo, viendo el huerto, el gallinero, estuchando el canto de los pájaros.

—Tengo que decirte que esto no es lo que esperaba. No estás tentado a, ya sabes ¿conseguir constructores?

—Probablemente, eventualmente. Pero me gusta hacerlo. Es bueno para el alma, la construcción de una casa. —Se encoge de hombros—. Cuando pasas todo el día remendando heridas de un arma blanca y a ciclistas con exceso de confianza y las esposas cuyos maridos la han utilizado como saco de boxeo y niños con asma crónica por la humedad…

—… Y las mujeres tontas que se caen de los techos.

—Esas también. —Hace un gesto hacia la mezcladora, las pilas de ladrillos—. Yo hago esto así puedo vivir con ello. ¿Cerveza? —se sube al vagón del tren, haciendo un gesto para que me una a él.

Ya no era un vagón. Tenía una pequeña e impecablemente diseñada cocina, y un asiento en forma de L al final. A pesar de que todavía llevaba el ligero olor a cera de las abejas y a los pasajeros informales.

—No me gustan las casas móviles, —dice Sam, como explicación. Me señala el asiento—. Siéntate.

Después sacó una cerveza fría de la nevera, abriéndola y entregándome la botella. También puso un hervidor de agua para él.

— ¿Tu no bebes?

Sacudió la cabeza.

—He encontrado después de un par de años el trabajo en el que me gustaría volver a casa y tomar una bebida y relajarme. Entonces tenía dos años. Me di cuenta de que no podría relajarme hasta haber tenido dos o



quizás tres. —Abre una cajita para té y deja caer la bolsita en una taza—. Y entonces… perdí a alguien cercano. Tuve que decidir que me detenía o nunca volvía a beber de nuevo.

No me miró mientras decía esto, se acaba de mover hacia un vagón, voluminoso pero extrañamente elegante con sus estrechas paredes.

—Tengo toda esta rara cerveza. Pero no hoy. Te llevaré a casa más tarde.

Comentarios como ese tomaron la rareza fuera del vagón con un hombre que no conocía bien. ¿Cómo puedes mantener una conversación con alguien a quien has visto con su cuerpo tendido roto y parcialmente desnudo? ¿Cómo puedes sentir ansiedad entorno a un hombre quien ya te ha contado su plan para llevarte a casa de nuevo? Era como si nuestra primera cita hubiese eliminado los obstáculos torpes y normales para conocer a alguien. Él me había visto en ropa interior. Diablos, había visto bajo mi piel. Eso significaba que me sentía a gusto con Sam de una manera en que no me sentía con nadie más.

El carruaje me recordó a las caravanas gitanas de las que había leído en mi infancia, donde todo tiene lugar y siempre hay orden en un espacio confinado. Era acogedor, pero austero e inconfundiblemente masculino. Olía agradablemente a madera calentada por el sol, jabón y tocino. Un nuevo comienzo, supuse. Me pregunté qué había pasado con la antigua casa suya y de Jake.

—Así que, amm... ¿Qué piensa Jake de ella?

Se sentó al otro extremo del banco con su té.

—Al principio pensó que estaba loco. Ahora todo le gusta. Cuida a los animales cuando estoy en mi turno. A cambio le he prometido enseñarle a conducir en el campo una vez que cumpla diecisiete. —levantó la taza—. Dios, ayúdame.

Levanté mi cerveza en respuesta.

Tal vez fue el inesperado placer de estar fuera en un tibio viernes con un hombre que te miraba a los ojos mientras te hablaba y tenía el tipo de cabello que ligeramente quisieras rizar con tus dedos, o tal vez era sólo la segunda cerveza, pero finalmente empecé a disfrutar de mi misma. Tuve





una congestión nasal en el carruaje, por lo que nos movimos fuera en dos sillas plegables, y vi a las gallinas picotear alrededor de la hierba, que estaba extrañamente tranquila. Escuché los cuentos de Sam de sus obesos pacientes, quienes requerían cuatro equipos para sacarlos fuera de sus hogares, y un grupo de jóvenes miembros de una pandilla, que intentaron atacarse a sí mismos incluso mientras eran cosidos detrás de sus paquetes[27]. Mientras hablábamos, me descubrí a mí misma mirándolo a escondidas, la forma en que sus manos sostenían la taza, sus inesperadas sonrisas, que causaban que tres perfectas líneas abarcaran la esquina de cada ojo, como si hubiesen sido dibujadas con precisión de punta fina.

Me habló de sus padres: Su padre, un bombero retirado, su madre una cantante de club nocturno que había renunciado a su carrera por sus hijos. (Creo que es por eso que tu atuendo habló conmigo. Me siento cómodo con el brillo.) No mencionó el nombre de su difunta esposa, pero observé que su madre se preocupaba por la continua falta de una influencia femenina en la vida de Jake.

—Ella viene y se lo lleva una vez al mes. Lo lleva a Cardiff así ella y sus hermanas lo puedan arrullar, alimentarlo y asegurarse de que tiene suficientes calcetines— apoyó los codos en sus rodillas—. Gime cuando tiene que ir, pero en secreto le encanta.

Le conté sobre el regreso de Lily, y se estremeció en mi relato del encuentro con los Traynors. Le hablé de sus desconcertantes estados de ánimo y su comportamiento errático. El asintió, como si esto fuera todo lo que se esperaba. Cuando le conté lo de la madre de Lily, negó con la cabeza.

—El hecho de que sean ricos no los hace mejores padres. Si ella tenía los beneficios, esa madre probablemente tendría una pequeña visita de servicios sociales. —levantó la taza hacia mí—. Es amable lo que estás haciendo, Louisa Clark.

—No estoy segura de estar haciéndolo muy bien.

—Nadie siente que esté haciendo las cosas bien con los adolescentes. Creo que es una especie de punto de ellos.

Era difícil conciliar a este Sam. A gusto, en su casa, cuidando de sus pollos, con una versión sollozante que escuchamos en el Circulo de

[27] Es en doble sentido y se refiere al pene.





Superación. Pero sabía muy bien como la persona que eliges ser en el presente para el mundo puede ser muy distinta a como eres por dentro. Sabía cómo el dolor podía hacer que te comportaras de maneras que no podías comenzar a entender.

—Me encanta tu vagón. Y tú casa invisible.

—Entonces espero que vengas de nuevo. —respondió.

El follador compulsivo. Así era como ligaba mujeres, pensé con un poco de nostalgia. Luego… el chico. Era una mezcla potente: El duelo caballeroso de padre, las sonrisas raras, la forma en que podría tomar una gallina con solo una mano, y la gallina en realidad se sentiría feliz por eso. No me permitiría convertirme una de esas psico-novias, me dije en varias ocasiones. Pero había un placer escondido en coquetear ligeramente con un hombre guapo. Era agradable sentir algo más que ansiedad o rabia muda, las emociones gemelas que parecían conformar gran parte de mi vida diaria. Los únicos encuentros que había tenido con el sexo opuesto en los últimos meses habían sido alimentados con alcohol, y finalizado con un taxi y lágrimas de odio a mí misma en la ducha.

¿Tú qué opinas, Will? ¿Esto está bien?

Se había oscurecido, y vimos como los pollos cloqueaban su camino indignado hacia su gallinero.

Sam los observaba. Se inclinó hacia atrás en su silla.

—Tengo la sensación, Louisa Clark, que cuando estás hablando conmigo, hay toda una conversación en otro lugar.

Quería responder con algo inteligente. Pero él tenía razón, y no había nada que pudiera decir.

—Tú y yo. Estamos saltándonos algo.

—Eres muy directa.

—Y ahora te he hecho sentir incómodo.

—No, —le lanzo una mirada—. Bueno, tal vez un poco.

Detrás de nosotros, un cuervo se levantó ruidosamente al cielo, aleteando, enviando vibraciones a través del quieto aire. Luché contra el





impulso de alisar mi cabello y en su lugar tomé el último trago de mi cerveza.

—Bueno. De acuerdo. Ésta es la pregunta real. ¿Cuánto tiempo crees que se necesite para olvidar a alguien muerto? A alguien que realmente amabas, quiero decir.

No estoy segura de por qué le pregunté. Era casi contundentemente cruel, dadas sus circunstancias. Tal vez tenía miedo de que el follador compulsivo estuviera a punto de salir a jugar.

Los ojos de Sam se abrieron un poco.

—Wow, bueno… —miro hacia abajo, hacia su taza y luego hacia los campos oscuros—. No estoy seguro de que alguna vez lo hayas hecho.

—Eso es bueno.

—No, de verdad. He pensado mucho en ello. Se aprende a vivir con él, con ellos. Porque lo que hacen se queda contigo, incluso si no están vivos, si no respiran más. No es el mismo dolor aplastante que se siente al principio, de esos que te ahogan y te dan ganas de llorar en los lugares equivocados, y enojarte irracionalmente con todos los idiotas que siguen vivos cuando la persona que tu amas está muerta. Es sólo algo que se aprende a acomodar. Al igual que la adaptación alrededor de un agujero. No lo sé. Es como si te convirtieras en una rosquilla en lugar de un pan.

Había tanta tristeza en su rostro que me sentí culpable de repente.

—Una rosquilla.

—Analogía estúpida. —responde, con una media sonrisa.

—No era mi intención…

Sacudió la cabeza, miró la hierba entre sus pies y luego de reojo a mí.

—Vamos. Hay que llevarte a casa.

Caminamos a través del campo hasta su moto. El aire se había enfriado y crucé mis brazos sobre mi pecho.

El me vio y me dio su chaqueta, insistiendo cuando le dije que estaba bien. Era agradablemente pesado, y potencialmente masculino. Traté de no inhalar.





— ¿Recoges a todos tus pacientes como a mí?

—Sólo a los vivos.

Me reí. Y salió tan inesperadamente, más fuerte de lo que pretendía.

—No estamos realmente hechos para pedir citas a los pacientes. —extendió el caso de repuesto—. Pero me imagino que ya no eres paciente.

Tomé el casco.

—Esto no es realmente una cita.

— ¿No lo es? — Hizo un pequeño asentimiento filosófico mientras yo subía a la moto— De acuerdo.



CAPITULO 11

Esa semana, cuando llegué al Círculo de Superación, Jake no estaba ahí. Mientras Daphne discutía su inhabilidad para abrir frascos sin un hombre en su cocina, y Sunil hablaba de los problemas de dividir las cosas de su hermano entre sus hermanos restantes, me encontré esperando por que las pesadas puertas rojas se abrieran al final del vestíbulo de la iglesia. Me dije a mi misma que estaba preocupada por su bienestar, que tenía que ser capaz de expresar su malestar por el comportamiento de su padre en un lugar seguro.

— ¿Cuáles son las pequeñas cosas que has descubierto, Louisa?

Tal vez Jake había terminado con el grupo, pensé. Tal vez había decidido que no lo necesitaba más. La gente lo abandonaba, habían dicho todos. Y eso sería todo. Nunca volvería a ver a ninguno de ellos de nuevo.

— ¿Louisa? ¿Las cosas diarias? Debe haber algo.

Me quedé pensando en ese campo, en los confines aseados del vagón de tren, el camino que Sam había tomado paseando por el campo con una gallina bajo el brazo, como si estuviera llevando una preciosa parcela. Las plumas en su pecho habían sido tan suaves como un suspiro.

Daphne me dio un codazo.

—Estamos discutiendo las pequeñas cosas del día a día que te fuerzan a contemplar tu pérdida —dijo Marc.

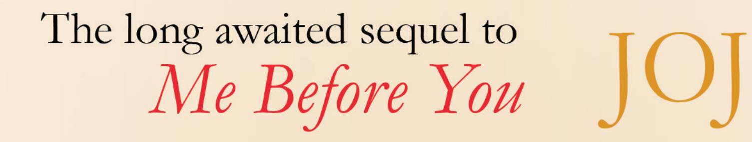
—Extraño el sexo —respondió Natasha.

—Esa no es una cosa pequeña.

—No conoces a mi esposo. —Dijo Natasha, y soltó una carcajada—. En realidad no. Esa es una terrible broma para hacer. Lo siento. No sé qué me pasó.

—Es bueno bromear. —respondió Marc, alentador.





—Olaf estaba perfectamente bien dotado. Muy bien dotado, de hecho. —Los ojos de Natasha parpadearon a nuestro alrededor. Cuando nadie hablaba, levantó las manos y asintió enfáticamente—. Éramos muy felices.

Hubo un silencio corto.

—Bien, es bueno escucharlo. —dijo Marc.

—No quiero que nadie piense… Digo, eso no es lo que quiero que la gente piense cuando piensen en mi esposo. Que tuvo un pequeño…

—Estoy seguro que nadie piensa eso de tu esposo.

—Yo lo haré, si sigues con esto —respondió William.

—No quiero que pienses en el pene de mi esposo. De hecho, te prohíbo que pienses en el pene de mi esposo.

— ¡Entonces deja de seguir con esto!

— ¿Podemos no hablar de penes? Me hace pensar en algo peculiar. Las monjas lo usaban para golpearnos con las reglas si usábamos la palabra “Entrepierna”.

La voz de Marc ahora estaba teñida de desesperación.

— ¿Podemos alejar la conversación de eso? Regresando a los símbolos de pérdida. Louisa, estabas a punto de decirnos cuales pequeñas cosas ha traído la pérdida para ti.

Me senté ahí, intentando de ignorar a Natasha sosteniendo sus manos de nuevo, en silencio, midiendo alguna improbable medida invisible.

—Creo que echo de menos tener a alguien para hablar de cosas —respondí con cuidado. Hubo un murmullo de aprobación—. Quiero decir, no soy de esas personas que tiene un círculo masivo de amigos. Estuve con mi último novio por años y nosotros… Realmente no salíamos mucho. Y luego estaba… Bill. Nos acostumbramos a hablar todo el tiempo. Acerca de la música y la gente, las cosas que habíamos hecho y queríamos hacer, y nunca me preocupé de decir algo equivocado u ofender a alguien sólo porque él me “tenía”, ¿me explico? Y ahora me mudé a Londres y ahora estoy más o menos por mi cuenta. Aparte de mi familia, y hablar con ellos siempre es… Complicado.




—Palabra —dijo Sunil.

—Y ahora hay algo que realmente me gustaría hablar con él. Hablo con él en mi cabeza, pero no eslo mismo. Extraño tener eso… La capacidad de sólo ir y decirle "Oye, ¿qué piensas de esto?". Y saber que lo que sea que dijera iba a ser lo correcto.

El grupo estuvo en silencio por un minuto.

—Puedes hablar con nosotros, Louisa. —dijo Marc.

—Es… Complicado.

—Siempre es complicado —Dijo Leanne. Miré sus rostros, amables y expectantes, y completamente improbables de entender lo que sea que les diga. No lo entenderían realmente.

Daphne se ajustó el pañuelo de seda.

—Lo que Louisa necesita es otro joven con quien hablar. Por supuesto que sí. Eres joven y bonita. Encontrarás a alguien más. Y tu Natasha, regresa de ahí. Es muy tarde para mí, pero ustedes dos no deberían estar en ésta sala sucia y vieja. Lo siento, Marc. No deberían. Deberían estar bailando y riendo.

Natasha y yo intercambiamos una mirada. Claramente, ella quería ir a bailar tanto como yo. Tuve un recuerdo repentino de Sam en la Ambulancia y empujé el recuerdo lejos.

—Y si alguna vez quieres otro pene, estoy seguro que podría agendarte en una…

—Muy bien todo el mundo. Vamos a pasar a los testamentos. —Dice Marc—. ¿Alguien está sorprendido por lo que apareció?

***

Llegué a casa, agotada, a las nueve y cuarto, para encontrar a Lily acostada en el sofá delante de la televisión en sus pijamas. Dejé caer mi bolso.

— ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde el desayuno.



— ¿Estás bien?

—Mhm.

Su rostro tenía una palidez que hablaba de enfermedad, o agotamiento.

— ¿No te sientes bien?

Estaba comiendo palomitas de maíz de un tazón perezosamente deslizó los dedos alrededor de él en busca de migajas.

—Sólo no tenía ganas de hacer algo hoy.

El teléfono de Lily sonó. Miró con indiferencia el mensaje que llegó, luego, lo apartó de ella, colocándolo bajo el cojín del sofá.

— ¿Está realmente todo bien? —pregunté, después de un minuto.

—Bien.

No se veía bien

—¿Algo en lo que pueda ayudar?

—Te dije que estoy bien.

No me miró mientras hablaba.

Lily pasó esa noche en el departamento. Al día siguiente, mientras me iba para el trabajo, el señor Traynor llamó y pidió hablar con ella. Lily estaba extendida en el sofá y me miró fijamente cuando le dije quien estaba al teléfono. Después, de mala gana, extendió una mano al aparato. Me quedé ahí mientras ella lo escuchaba. No podía oír sus palabras, pero pude oír su tono: Amable, tranquilizador y blando. Cuando él terminó, hizo una corta pausa, luego dijo:

—Está bien. De acuerdo.

— ¿Vas a verlo de nuevo? —pregunté, mientras me regresaba el teléfono.

—Quiere venir a Londres para verme.

—Bueno, eso es bueno.

—Pero no puede estar demasiado lejos de ella en caso de que entre en labor de parto.





— ¿Quieres que te lleve de regreso para que lo veas?

—No.

Metió sus rodillas debajo de su barbilla, extendió la mano al control remoto y se movió a través de los canales.

— ¿Quieres hablar de ello? —le pregunté, después de un minuto.

No respondió, y después de un minuto o dos me di cuenta de que la conversación había terminado.

***

El jueves, fui a mi habitación, cerré la puerta y llamé a mi hermana. Estuvimos hablando varias veces a la semana. Era más fácil ahora que el distanciamiento con mis padres no colgaba entre nosotras, como un campo minado de conversación.

— ¿Crees que es normal?

—Papá me dijo una vez no hablé con él durante dos semanas enteras cuando tenía dieciséis. Sólo gruñidos. Y no era realmente feliz.

—Lily no está gruñendo. Sólo se ve miserable.

—Todos los adolescentes lo hacen. Es su configuración predeterminada. Son los alegres de los que debes preocuparte, probablemente esconden algunos trastornos alimenticios o robar labiales de Boots[28].

—Ha pasado los últimos tres días tumbada en el sofá.

— ¿Y tú punto es…?

—Creo que algo está mal.

—Tiene dieciséis años. Su padre nunca supo de su existencia y explotó sus zuecos[29] antes de poderlo conocer. Su madre se casó con alguien que la llama cara de culo y tiene dos hermanos pequeños que parecen aprendices de Reggie y Ronnie Kray[30]. Además, cambiaron las cerraduras de la casa familiar. Probablemente me tumbaría en el sofá por todo un año si fuera

[28]Tienda de artículos personales y de belleza.
[29]Zapatos.
[30]Mafiosos ingleses de los 50's y 60's.



ella —Treena bebió un ruidoso sorbo de su té—. Además, ella está viviendo con alguien que usa Spandex[31] verde brillante para trabajar en un bar, y lo llama una carrera.

—Lúrex[32]. Es Lúrex.

—Lo que sea. Así que ¿Cuándo vas a buscarte un trabajo decente?

—Pronto. Sólo necesito que esta situación se arregle primero.

—Esta situación.

—Está realmente deprimida, me siento mal por ella.

— ¿Sabes que me hace sentir deprimida? La forma en que mantienes la promesa de vivir un tipo de vida, y entonces te sacrificas por cada niña abandonada y perdida que se cruza en tu camino.

—Will no era una niña abandonada y perdida.

—Pero Lily lo es. Ni siquiera conoces a esta niña, Lou. Deberías enfocarte en seguir adelante. Deberías estar enviando tu CV[33], hablando con tus contactos, trabajando en donde explotes tus puntos fuertes. No encontrando otra excusa para poner tu propia vida en espera.

Miré afuera, al cielo de la ciudad. En la habitación de al lado, podía escuchar la televisión burbujear a lo lejos, luego a Lily levantarse y caminar al refrigerador, y regresar al sillón. Bajé la voz.

—Entonces, ¿qué harías tú, Treen? La hija del hombre que amabas se presenta en tu puerta y todo el mundo parece haber deslindado responsabilidades de ella. ¿Te irías también? ¿Lo harías?

Mi hermana guardó un breve silencio. Este era un acontecimiento raro, así que me sentí obligada a seguir hablando.

—Y si Thom, en ocho años, se hubiese ido de tu lado por cualquier motivo, digamos que él está por su cuenta y está descarrilado. Pensarías que es genial si a la única persona que le pidió ayuda decidiera que es un

[31]Lycra.

[32] Fibra sintética, elástica y brillante, formada por hilo de aluminio recubierto de una lámina transparente de plástico de diferentes colores; es una fibra que se utiliza, generalmente mezclada con otras, para fabricar tejidos para prendas de vestir.
[33] Curriculum Vitae.




dolor en el culo. ¿Verdad? ¿Deberían largarse y adaptarse a ellos mismos? —Apoyé la cabeza contra la pared—. Estoy tratando de hacer lo correcto aquí, Treen. Sólo dame un descanso, ¿de acuerdo?

Nada.

—Me hace sentir mejor. ¿De acuerdo? Me hace sentir mejor sabiendo que estoy ayudando.

Treena estuvo en silencio por tanto tiempo que me pregunté si tal vez había colgado.

— ¿Treen?

—De acuerdo. Bueno, recuerdo haber leído algo en la psicología social sobre como los adolescentes encuentran muy exhaustivo el contacto cara a cara.

— ¿Quieres que hable con ella a través de la puerta? —Un día me gustaría tener una conversación telefónica con mi hermana en la que no implique ese suspiro cansado de alguien explicando algo a un imbécil.

—No, boba. Lo que significa es que si vas a hacerla hablar necesitas estar haciendo algo juntas, hombro con hombro.

***

En mi camino a casa el viernes por la noche, me detuve en la ferretería. De regreso a mi cuadra, arrastré las bolsas por los cuatro tramos de escaleras y entré. Lily estaba exactamente en donde esperaba encontrarla: extendida frente al televisor.

— ¿Qué es eso? —preguntó.

—Pintura. Este piso está un poco cansado. Me dices que necesito algo para alegrarlo. Pensé que podíamos deshacernos de ésta aburrida y vieja magnolia.

No pudo evitarlo. Fingí estar ocupada haciéndome una bebida, mirando por el rabillo del ojo mientras se estiraba y se acercaba a examinar las latas de pintura.

—Esto no es menos aburrido. Es básicamente gris pálido.





—Pensé que el gris era la onda. Tendré que regresarlo si piensas que no funcionará.

Lily lo miró detenidamente.

—No, está bien.

—Pensé que la habitación de invitados podría tener crema en dos, y una pared gris. ¿Crees que van?

Me ocupé de desenvolver los pinceles y rodillos mientras hablaba. Me puse una camisa vieja y pantalones cortos y le pregunté si podía poner algo de música.

— ¿Qué tipo?

—Tú escoge. —Arrastré una silla a un lado y puse unas hojas para polvo a lo largo de la pared—. Tu papá decía que yo era una filistea musical.

No dijo nada, pero tenía su atención. Abrí una lata de pintura y empecé a mezclar.

—El me hizo ir a mi primer concierto. Música clásica, no pop. Accedí porque eso significaba que saldría de la casa. No le gustaba salir mucho en los primeros días. Se puso una camisa y una buena chaqueta. Fue la primera vez que lo había visto parecer… —recordé la sacudida que sentí cuando lo ví, emergiendo de su cuello azul rígido, el hombre que había sido antes de su accidente. Tragué saliva—. De todos modos, me preparé para aburrirme y lloré en la segunda mitad como una completa loca. Fue lo más increíble que había escuchado en mi vida.

Un breve silencio.

— ¿Qué era? ¿Qué escuchaste?

—No puedo recordar. ¿Sibelius? ¿Eso suena bien? —Lily se encogió de hombros. Empecé a pintar mientras ella se acercaba a mí. Tomó una brocha. No dijo nada al principio, parecía perderse en la naturaleza repetitiva de la tarea. Tuvo cuidado, ajustando la hoja para no salpicar el suelo, escurriendo el pincel en la orilla de la lata. No hablamos, a excepción de las solicitudes murmuradas: *¿Me puedes pasar una brocha más pequeña? ¿Crees que esto se seguirá viendo con otra capa de pintura?* Nos tomó media hora pintar la primera pared entre las dos.





— ¿Qué piensas? —pregunté, admirándolo—. ¿Crees que podamos hacer otra?

Movió la cubierta y comenzó en el siguiente muro. Puso algún tipo de banda indie que nunca había escuchado, alegre y agradable. Empecé a pintar de nuevo ignorando el dolor en mi hombro y las ganas de bostezar.

—Deberías conseguir algunas imágenes.

—Tienes razón.

—Tengo un gran cuadro en casa de un Kandinsky. No va con mi cuarto. Puedes tenerlo si quieres.

—Eso sería genial.

Lily trabajaba más rápido ahora, acelerando por la pared, cortando cuidadosamente en torno a la gran ventana.

—Estaba pensando… Deberíamos hablar con la mamá de Will. Tu abuela. ¿Está bien si le escribo?

No dijo nada. Se agachó, al parecer, absorta en recubrir cuidadosamente la pared hasta el rodapié. Finalmente, se puso de pie.

— ¿Ella es como él?

— ¿La señora Traynor? ¿Si es como el señor Traynor?

Bajé de la caja que estaba usando para estar alcanzar arriba y limpié la brocha con el borde de la lata.

—Ella es… diferente.

—Es tu manera de decir que es una perra.

—No es una perra. Es… Toma más tiempo conocerla, es todo.

—Esa es tu manera de decirme que es una perra y que no le voy a agradar.

—No estoy diciendo eso, Lily. Pero ella es alguien que no muestra sus emociones fácilmente.

Lily suspiró y bajó su brocha.





—Básicamente soy la única persona en el mundo que puede descubrir que tiene dos abuelos que no sabía que tenía, luego descubrir que a ninguno de los dos realmente le agrado.

Nos miramos una a la otra. Luego, inesperadamente, comenzamos a reír.

Le puse la tapa a la lata de pintura.

—Vamos. Salgamos.

— ¿A dónde?

—Tú eres la que me dice que necesito divertirme. Tú dime.

***

Saqué una serie de blusas de uno de mis cajones hasta que Lily finalmente decidió cual era aceptable, y la deje que me llevara a un pequeño y cavernario club en la calle de atrás, cerca de West End, donde los gorilas sabían su nombre y nadie pareció considerar por un minuto que ella podría ser menor de dieciocho.

—Es música de los noventas. ¡Cosas de los viejos tiempos! —dijo alegre, y yo intentaba no pensar demasiado en el hecho de que yo era, a sus ojos, básicamente una anciana.

Bailamos hasta que dejé de ser consciente de mi misma, el sudor traspasó nuestra ropa, el cabello pegado y mi cadera dolía tanto que me preguntaba si iba a ser capaz de ponerme de pie detrás de la barra la semana siguiente. Bailamos como si no tuviéramos nada más que hacer más que bailar. Dios, se sentía bien. Me había olvidado de la alegría de solo existir; de perderte en la música, en el grito de la gente, las sensaciones que vienen con convertirte en una masa orgánica y comunal, que vive sólo por un latido pulsante. Por algunas oscuras y descomunales horas, dejé ir todo, mis problemas flotaron lejos como globos de helio: mi horrible trabajo, mi jefe exigente, mi fracaso en seguir adelante. Me volví una cosa, viva, alegre. Miré sobre el gentío a Lily, sus ojos cerrados mientras su cabello flotaba sobre su rostro, esa peculiar mezcla de concentración y libertad en sus facciones que viene cuando te dejas llevar por el ritmo. Luego abrió los ojos y quería estar enojada porque levantó su brazo y celebró con una botella que claramente no era cola, pero me encontré sonriendo hacia ella, una

amplia y eufórica sonrisa, pensando en lo extraño que era ser una niña en mal estado que apenas sabía que me había enseñado mucho sobre el negocio de la vida.

A nuestro alrededor Londres era estridente y jadeante, a pesar de que eran las dos de la madrugada. Hicimos una pausa para que Lily tomara unas selfies de nosotras frente al teatro, un signo chino y un hombre vestido como un gran oso (al parecer todo evento tuvo que ser marcado con evidencia fotográfica), entonces tejimos nuestro camino por las calles atestadas en busca de un autobús de noche, más allá de las tiendas nocturnas kebab y los borrachos brindando, los proxenetas y bandadas de chicas chillonas. Mi cadera palpitaba demasiado, y el sudor se estaba enfriando desagradablemente bajo mi húmeda ropa, pero todavía me sentía llena de energía, como si me hubieran roto de nuevo.

—Dios sabe cómo le haremos para llegar a casa —Dijo Lily, alegremente.

Y después escuché un grito.

— ¡Lou! —era Sam, asomándose por la ventana del conductor de una ambulancia. Mientras levanté mi mano en respuesta, él giró la camioneta a través de la calle en una gigante vuelta en U. — ¿A dónde vas?

—A casa. Si encontramos un autobús.

—Suban. Vamos. No lo diré si tú no lo dices. Estamos terminando nuestro turno. —Miró a la mujer a su lado—. Ah, vamos Don. Ella es una paciente. Cadera rota. No puedo dejarla que camine a casa.

Lily estaba encantada con el giro inesperado de los acontecimientos. Y entonces la puerta trasera se abrió y la mujer en uniforme de paramédico, rodó los ojos y nos guió para que entráramos.

—Vas a hacer que nos saqueen, Sam. —Dijo Ella y nos hizo señas para que nos sentáramos en una camilla.

—Hola. Soy Donna. Oh, no, te recuerdo. La que…

—Se cayó del edificio, sip.

Lily me atrajo hacia ella para una “selfie en la ambulancia” y traté de no mirar a Donna mientras rodaba los ojos de nuevo.





—Entonces, ¿Dónde has estado? —pregunta Sam a través del espejo retrovisor.

—Bailando. Había estado intentando de persuadir a Louisa de ser menos una anciana aburrida y pasada de moda. ¿Podemos encender la sirena? —respondió Lily.

—Nope. ¿En dónde estaban? Eso es de otro anciano aburrido y pasado de moda, por cierto. No voy a tener ni idea de lo que digas.

—La veintidós. ¿Debajo del Tottenham Court Road? —dijo Lily.

—Ahí es donde tuvimos la traqueotomía de emergencia, Sam.

—Lo recuerdo. Parece que has tenido una buena noche. —Me encontré con su mirada en el espejo y me sonrojé un poco. De repente me sentí alegre de haber salido a bailar. Me hacía parecer como si fuera otra persona por completo. No solo la típica camarera de aeropuerto cuya idea de fiesta era caerse de un tejado.

—Fue genial. —le dije, sonriendo.

Luego miró hacia abajo en la pantalla del ordenador en el salpicadero.

—Oh, grandioso. Tenemos un verde en Spencer—s.

—Pero ya vamos de nuevo. ¿Por qué Lennie siempre nos hace esto? Ese hombre es un sádico. —dijo Donna.

—Nadie más está disponible.

— ¿Qué está pasando?

—Ha surgido trabajo. Tendremos que dejarte. No está tan lejos de tu casa, de todas maneras. ¿De acuerdo?

—Spencer—s —dijo Donna, y dejó salir un profundo suspiro—. Oh, maravilloso. Sosténganse chicas.

La sirena fue encendida. Y nos fuimos, tambaleándonos a través del tráfico de Londres con la luz azul gritando sobre nuestra cabeza y Lily chillando con deleite.

En cualquier otra noche de la semana, Donna nos dijo mientras nos agarramos del pasamanos, la estación podría recibir llamadas de Spencer—s para arreglar aquellos a quienes no habían dejado en posición vertical a



hora del cierre, o para suturar los rostros de hombres jóvenes seis cervezas por la tarde los habían dejado fuera de combate y sin ningún sentido de acompañamiento.

—Estos jóvenes deben estar sintiéndose genial en la vida, pero en vez de eso sólo se están emborrachando con cara libra que ganan. Cada maldita semana.

Estuvimos ahí en cuestión en minutos, la ambulancia desaceleró fuera para evitar a los borrachos que caían fuera sobre el pavimento. Los señalamientos sobre los cristales tintados del club nocturno Spencer—s anuncian "Bebidas gratis para las chicas hasta las 10 pm". A pesar de las despedidas de soltero, los chiflidos ofensivos hacia las mujeres y las ropas llamativas, las calles llenas de la zona para beber tenía menos que un ambiente de carnaval, y más algo tenso y explosivo. Me encontré mirando por la ventana con cautela.

Sam abrió las puertas traseras y tomó su bolsa.

—Quédense en la plataforma. —dijo, y saltó fuera.

Un oficial de policía se dirigió a él y murmuró algo. Vimos mientras guiaban a un joven que estaba sentado en la cuneta, con la sangre fluyendo de una herida en la sien. Sam se puso en cuclillas a su lado, mientras que el oficial intentó mantener atrás a los mirones borrachos, los amigos "útiles", las novias lamentándose. Parecía estar rodeado de un montón de extras bien vestidos de The Walking Dead, balanceándose sin pensar y gruñendo, ocasionalmente ensangrentados y derrotados.

—Odio estos trabajos —dijo Donna, comprobando rápidamente los suministros médicos envueltos en plástico mientras mirábamos—. Dame una mujer en trabajo de parto o una buena anciana con Cardiomiopatía cualquier día. Oh, diablos. Está fuera.

Sam se inclinaba sobre el rostro del muchacho para examinarlo cuando otro chico, con su cabello espeso con gel y el cuello de la camisa empapado en sangre, agarró su hombro.

— ¡Oye! Tengo que entrar a la ambulancia.





Sam se volvió lentamente hacia el joven borracho que estaba rociado de sangre y saliva mientras hablaba—. Retrocede, amigo. ¿De acuerdo? Déjame hacer mi trabajo.

La bebida había hecho a este chico estúpido. Miró a sus compañeros, luego estaba gruñéndole al rostro a Sam—. No me digas que retroceda.

Sam lo ignoró y siguió asistiendo la cara de otro chico.

— ¡Oye! ¡Hey, tú! Necesito ir al hospital. —Empujó el hombro de Sam—. ¡Oye!

Sam se quedó en cuclillas por un momento, muy quieto. Luego se enderezó lentamente y se volvió, por lo que estaba cara a cara con el borracho.

—Te lo explicaré en términos que puedes entender, hijo. No vas a entrar en la ambulancia. ¿De acuerdo? Es todo. Así que guarda tu energía, termina la noche con tus compañeros y pon algo de hielo en él, y ve a tu médico de cabecera en la mañana.

—Tú no me puedes decir nada. Yo pago tu salario. Mi jodida nariz está quebrada.

Mientras Sam lo miraba fijamente, el chico empujó el pecho de Sam. Bajó la mirada hacia él.

—Uh oh… —dijo Donna, detrás de mí.

Cuando la voz de Sam emergió, fue en un gruñido

—Muy bien, te lo advierto ahora.

—Tú no me adviertes nada. —El rostro del rostro del muchacho era desdeñoso—. ¡Tú no me adviertes nada! ¿Quién te crees que eres?

Donna salió de la camioneta y corrió hacia un policía. Le murmuró algo al oído y los vio por encima. El rostro de Donna estaba suplicando. El chico seguía gritando y maldiciendo, ahora empujando el pecho de Sam.

—Así que atiéndeme antes de lidiar con ese pendejo.

San se ajustó el cuello. Su rostro se había vuelto peligrosamente quieto.

Y así es como me di cuenta de que estaba conteniendo mi respiración. El policía estaba ahí, entre ellos. La mano de Donna en la manga de Sam y le




estaba jalando lejos del muchacho. El policía murmuró algo por la radio, con la mano en el hombro del borracho. El chico se dio la vuelta y escupió en la chaqueta de Sam.

—Vete al carajo.

Hubo un breve silencio conmocionado. Sam se puso rígido.

— ¡Sam! Vamos, dame una mano, ¿sí? Te necesito. —Donna lo empujó hacia adelante. Cuando vi la cara de Sam, sus ojos brillaban como el frío y duros como el diamante.

—Vamos. —dijo Donna, mientras cargaban al muchacho semi-comatoso en la parte trasera del camión—. Larguémonos de aquí.

Condujo en silencio, Lily y yo metidas en el asiento delantero junto a él. Donna limpió la parte posterior de su chaqueta mientras miraba hacia adelante, la mandíbula sin afeitar sobresalía.

—Podría ser peor —Dijo Donna, alegremente—. Tuve uno que tiró de mi cabello el mes pasado. Y el pequeño monstruo lo hizo a propósito. Pasó los dedos por la parte posterior de la garganta y corrió detrás de mí, sólo porque no podía llevarlo a casa, como si fuera una especie de maldito taxi. —Se puso de pie e indicó por la bebida energética que guardaba en la parte delantera—. Es un desperdicio de recursos. Cuando se piensa en lo que podríamos hacer, en vez de estar recogiendo poca carga…—Tomó un trago, luego miró al chico apenas consciente—. No sé, no tienes que preguntarte que es lo que ocurre en sus cabezas.

—No mucho —dijo Sam.

—Sí, bueno. Tenemos que mantener éste a raya. —Donna le dio unas palmadas a Sam en el hombro—. Tuvo una advertencia el año pasado.

Sam me miró de reojo, de repente, avergonzado.

—Fuimos a recoger a una chica de la parte superior de la calle comercial. La cara destrozada a golpes. Doméstico. Mientras fui a acostarla sobre la camilla, su novio salió volando del pub y fue por ella de nuevo. No pude aguantarme.

— ¿Los golpeaste?

—Más de uno —Donna se mofó.



—Sí, bueno. No era un buen momento.

Donna me hizo una mueca.

—Bueno, este no puede darse el lujo de meterse en problemas otra vez. O estará fuera.

—Gracias. —Le dije cuando nos dejó salir—. Por traernos, me refiero.

—No podía dejarte en ese asilo al aire libre. —Dijo.

Sus ojos se encontraron brevemente con los míos. Entonces Donna cerró la puerta y se fueron, en dirección al hospital con su carga humana maltratada.

—Te apetece totalmente —dijo Lily, mientras mirábamos a la ambulancia desaparecer. Había olvidado que ella allí.

Suspiré mientras metía la mano en mi bolsillo por las llaves.

—Es un seductor.

— ¿Y? Yo lo seduciría totalmente. —dijo Lily, mientras abría la puerta y la dejaba entrar—. Digo, si fuera más vieja. Y un poco desesperada, como tú.

—No creo que esté lista para una relación, Lily.

Ella caminaba detrás de mí, así que no había forma de probarlo, pero juré que podía sentir que me hacía caras mientras subíamos por las escaleras.



CAPÍTULO 12

Le escribí a la señora Traynor. No podía decirle sobre Lily, sólo que deseaba que estuviera bien y que estaba de regreso de mis viajes y estaría en su área en las próximas semanas con un amiga, y me gustaría saludarla si era posible. Lo envié en primera clase y me sentí extrañamente emocionada mientras lo dejaba en mi buzón.

Papá me había dicho por teléfono que ella había dejado casa Granta a las pocas semanas de la muerte de Will. Dijo que los trabajadores de la hacienda se habían sorprendido, pero me recordó que había visto al señor Traynor con Della, la mujer con la que está ahora y con la que tendrá un bebé, y me pregunté qué tan genuino había sido. Había algunos secretos en éste pequeño pueblo.

—Ella lo tomó muy mal. —Dijo Papá—. Y una vez que se fue, su mujer pelirroja entró como Flynn. Ella vio su oportunidad, de acuerdo. Un buen hombre viejo, con cabello, casa grande, él no iba a estar sólo por mucho tiempo, ¿no? Hablando de eso, Lou ¿Tendrías una conversación con tu madre sobre sus axilas?, tendrá que trenzarlo si deja que crezca más tiempo.

Me quedé pensando en la señora Traynor, tratando de imaginar cómo reaccionaría a las noticias de Lily. Recordé la alegría e incredulidad en el rostro del señor Traynor en su primera reunión. ¿Sería Lily capaz de sanar su dolor aunque sea un poco? A veces veía a Lily reír por algo en la televisión, o simplemente mirando constantemente por la ventana perdida en sus pensamientos, y veía a Will tan claramente en sus facciones —los ángulos precisos de la nariz, los mómulos casi eslavos —que me olvidé de respirar. (En ese punto ella suele quejarse diciendo: “Deja de mirarme como un bicho raro, Clark. Me estás volviendo loca.)

Lily había llegado para quedarse durante dos semanas. Tanya Houghton-Miller había llamado para decir que irían a unas vacaciones familiares a Toscana y Lily no quería ir con ellos.




—Francamente, la forma en que se comporta en éste momento, en lo que a mí concierne, está bien. Me está agotando.

Señalé que, dado que Lily apenas estaba en casa y Tanya le había cambiado las cerraduras a las puertas, sería muy difícil para Lily agotar a alguien a menos que estuviera golpeando a su ventana y cantando un lamento. Hubo un corto silencio.

—Cuando tengas tus propios hijos, Louisa, eventualmente tendrás una idea de lo que estoy hablando.

Oh, la carta de triunfo de todos los padres. *¿Cómo podría entender?*

Me ofreció dinero para cubrir el alojamiento y manutención de Lily mientras estaban fuera. Tuve un poco de placer al decirle que ni soñando lo tomaría, aunque francamente, me estaba costando más de lo esperado tenerla allí. Al final, Lily no estaba satisfecha con mis tostadas de frijol o cenas de sándwich con queso. Ella pedía dinero y regresaba con pan artesanal, frutas exóticas, yogurt griego y pollo orgánico. Las grapas de una rica cocina de clase media. Recordé la casa de Tanya, la forma en que Lily se había apoyado en la nevera de gran tamaño sin pensar que había dejado caer trozo de piña fresca en su boca.

—Por cierto, ¿quién es Martin? —pregunté. Hubo una breve pausa.

—Martin es mi ex pareja. Aparentemente Lily insiste en verlo, a pesar de que sabe que no me gusta.

— ¿Podría tener su teléfono? Me gustaría asegurarme de dónde está ella. Ya sabes, mientras estás fuera.

— ¿El número de Martin? ¿Por qué debería tener el número de Martin? —Chilló y el teléfono se cortó.

***

Algo había cambiado desde que conocí a Lily. No era sólo que había aprendido a adaptarme a la explosión adolescente en mi casi vacío departamento, en realidad había aprendido a disfrutar bastante teniendo a Lily en mi vida, teniendo a alguien con quién comer, sentarse lado a lado en el sofá, comentando todo lo que pasaba en la televisión, o manteniendo cara de póquer cuando me ofrecía algún brebaje que había hecho. *Bueno,*



¿cómo iba a saber que tienes que cocinar las papas en una ensalada de papas? Es una ensalada, por el amor de Dios.

En el trabajo ahora escuchaba a los padres en el bar deseándoles a sus hijos las buenas noches mientras volaban en viajes de negocios —*Ahora sé bueno con mami, Luke… ¿Lo hiciste?... ¡Eres un chico listo!* —y los argumentos de custodia siseados en las llamadas telefónicas: *No, no dije que podría recogerlo de la escuela ese día. Siempre tengo deberes en Barcelona… Sí, yo era… No, simplemente no escuchas.*

No podía creer que alguien pudiera dar a luz a alguien, amarlos, nutrirlos y por su cumpleaños dieciséis pretender que estás tan exasperado que cambiaste las cerraduras de tu casa en su contra. Dieciséis era ser un niño todavía, sin duda. A pesar de su postura, pude ver a la niña en Lily. Estaba ahí en sus emociones y súbitos entusiasmos. Estaba ahí en el malhumor, probándose diferente ropa frente a mi espejo del baño o en el abrupto e inocente sueño.

Pensé en mi hermana y su amor sin complicaciones por Thom. Pensé en mis padres, alentadores y preocupados por apoyarme a mí y a Treena, a pesar de que ambas estamos en edad adulta. Y en esos momentos sentí la ausencia de Will en la vida de Lily como si lo sintiera en mí misma. *Deberías haber estado aquí, Will,* le dije en silencio. *Eras tú lo que ella realmente necesitaba*.

***

Reservé un día de vacaciones —un ultraje, de acuerdo con Richard. (“Sólo has estado de regreso por cinco semanas. Realmente no veo porque necesites desaparecer de nuevo.”) Le sonreí, e hice una reverencia de manera irlandesa y conduje a casa después para encontrar a Lily pintando una de las paredes de la habitación de reserva con un tono particularmente vívido de verde jade.

—Dijiste que querías iluminación—dijo, mientras la miraba con la boca abierta—. No te preocupes, yo misma pagué por la pintura.

—Bueno… —me quité la peluca y desaté mis zapatos—. Sólo asegúrate de que termines ésta tarde porque tengo el día libre mañana. —Le dije mientras me cambiaba los pantalones—. Y te mostraré algunas cosas que a tu padre le gustaban.



Lily se detuvo, chorreando pintura jade sobre la alfombra

— ¿Qué cosas?

—Ya verás.

***

Pasamos el día conduciendo, nuestra banda sonora: una lista de reproducción del iPod de Lily que nos proporcionó un minuto de canto de amor desgarrador y la pérdida en el siguiente himno perforador de oídos de odio contra toda la humanidad. Dominé el arte mientras íbamos por la autopista, elevándonos por encima del ruido y centrándonos en la carretera, mientras que Lily se sentó a mi lado, asintiendo con la cabeza al ritmo y en ocasiones realizando una improvisación de redoble de tambor en el salpicadero. Era bueno, pensé, que se estuviera divirtiendo. Y ¿quién necesitaba ambos tímpanos trabajando, de todos modos?

Comenzamos en Stortfold, y tomé lugares en los que Will y yo solíamos sentarnos y comer, los lugares de picnic en el campo sobre la ciudad, sus bancos preferidos en los jardines del castillo, y Lily tenía la gracia de tratar de no parecer aburrida. Para ser justos, era bastante difícil de fingir entusiasmo por una serie de campos. Así que me senté y le dije cómo, cuándo lo conocí por primera vez, Will apenas había salido de la casa, y cómo, a través de una mezcla de evasivas y mal genio, me había propuesto a sacarlo de nuevo.

—Tienes que entender, que tu padre odiaba depender de alguien. Y salir no significaba que tenía que depender de alguien más, pero tenía que verlo para confiar en otra persona.

—Incluso si eras tú.

—Incluso si era yo.

Se quedó pensativa por un momento.

—No me gustaría que la gente me viera así. Ni siquiera me gusta que la gente me vea con el cabello mojado.

Visitamos la galería donde él había tratado de explicarme la diferencia entre el arte moderno —bueno— y —malo—. (Todavía no lo podía entender), y ella hizo una mueca en casi todas las paredes. Apuntamos con



nuestras cabezas al comerciante de vino que me había hecho probar distintos tipos de vino. ("No, Lily, no haremos una cata de vinos hoy"), y luego se dirigió a la tienda de tatuajes, donde él me había convencido de hacerme el mío. Me preguntó que si podía prestarle dinero para hacerse uno (casi lloré de alivio cuando el hombre le dijo que no se permitían a menores de dieciocho), luego pidió ver mi pequeño abejorro. Esa fue una de las pocas ocasiones cuando sentí que realmente la había impresionado. Se echó a reír cuando le dije lo que él había elegido para sí mismo: Una fecha de caducidad dibujada en el pecho.

—Tienes el mismo horrible sentido del humor —le dije, y ella trato de no parecer contenta. Fue entonces que el propietario, al oír nuestra conversación, mencionó que tenía una fotografía.

—Guardo fotografías de todos mis tatuajes. —Dijo, debajo de un muy encerado bigote—. Me gusta tener un registro. ¿Me recuerdan la fecha?

Nos quedamos en silencio mientras él hojeó su carpeta laminada. Y ahí estaba, de casi dos años atrás, un primer plano de ese diseño en blanco y negro perfectamente entintado sobre la piel color caramelo de Will.

Me puse de pie y me quedé mirando la fotografía, la familiaridad me quitó el aliento. EL pequeño bloque con dibujos en color blanco y negro, en el que yo había lavado un paño suave con el que me había secado y cubierto de crema solar, descansaba contra mi rostro. Lo hubiera alcanzado a tocar, pero Lily llegó primero, sus dedos con uñas mordidas trazando suavemente la imagen de la piel de su padre.

—Creo que me haré uno—. Dijo—. Al igual que él, quiero decir. Cuando esté lo suficientemente grande.

—Entonces, ¿cómo está?

Lily y yo nos volvimos. El tatuador estaba sentado en su silla, frotándose el antebrazo bastante coloreado—. Lo recuerdo. No recibimos a muchos tetrapléjicos aquí. —Sonrió—. Es un personaje, ¿no?

Un nudo rosó mi garganta de repente.

—Está muerto —dijo Lily sin rodeos—. Mi padre. Él está muerto.

El tatuador hizo una mueca.





—Lo siento, cariño. No tenía idea.

— ¿Puedo quedarme con ella? —Lily había comenzado a sacar la fotografía del tatuaje de Will fuera del plástico.

—Claro —dijo, apresuradamente—. Si la quieres. Toma la cubierta de plástico también. En caso de que llueva.

—Gracias —dijo ella, metiéndola limpiamente bajo su brazo mientras el hombre tartamudeaba otra disculpa. Salimos de la tienda.

Almorzamos —un desayuno durante todo el día— en silencio en un café. Sintiendo como el ánimo del día se alejaba de nosotras, empecé a hablar. Le dije a Lily lo que sabía de la historia romántica de Will, sobre su carrera, que era el tipo de hombre que te haría esperar mucho para su aprobación, sólo por hacer algo que lo impresionara o lo hiciera reír con alguna broma estúpida. Le dije como fue cuando lo conocí y cómo cambió, suavemente, empezando a encontrar alegría en pequeñas cosas incluso en esas pequeñas que parecían involucrar el burlarse de mí.

—Cómo si no era muy aventurera en cuanto a la comida. Mi madre, básicamente tiene diez menús del día que ha usado durante los últimos veinticinco años. Y ninguno de ellos implican quinua, o limoncillo, o guacamole. Tu padre podía comer lo que sea.

— ¿Y ahora tú también?

—En realidad, todavía lo intento con el guacamole, cada dos meses más o menos. Por él, la verdad.

— ¿No te gusta?

—Sabe bien, supongo. Simplemente no puedo pasar el hecho de que parece que fuera algo que sale de tu nariz.

Le hablé de su novia anterior, y de cómo nos habíamos colado en la fiesta de su boda, yo, sentada en el regazo de Will cuando doblamos en su silla motorizada en círculos sobre la pista del baile, y ella había resoplado su bebida por la nariz.

— ¿En serio? ¿En su boda?

En los confines sobrecalentados de la pequeña cafetería, conjuré a su padre para ella lo mejor que pude, y tal vez fue porque estábamos lejos de



todas las complicaciones de casa, o porque sus padres estaban en un país diferente, o ya que, por primera vez, alguien le estaba contando historias sobre él que eran sencillas y divertidas, se reía y hacía preguntas, asintiendo con la cabeza a menudo, como si mis respuestas confirmaran algo que ya había rondado por su cabeza. *Sí, sí, él era así. Si, tal vez yo también soy así.*

Y mientras hablábamos hasta bien entrada la tarde, dejando nuestras tazas de té helado frente a nosotras y la camarera nos ofreció una vez más quitar la tostada que hacía dos horas nos había traído para comer, comprendí algo más: Por primera vez, estaba recordando a Will sin sentir tristeza.

— ¿Qué hay de ti?

— ¿Qué hay de mí? —puse la última corteza en mi boca, mirando a la camarera que parecía que este era su disparador para volver de nuevo.

— ¿Qué pasó contigo después de que papá muriera? Quiero decir, pareces haber mecho muchas más cosas cuando estabas con él, incluso con él atrapado en una silla de ruedas, más de lo que haces ahora.

El pan se había atorado en mi boca. Luché por tragar. Finalmente, cuando el bocado se había ido, respondí:

—Hago cosas. He estado ocupada. Trabajando, quiero decir, cuando estás en turnos, es difícil hacer planes.

Ella arqueó las cejas una fracción, pero no dijo nada.

—Y mi cadera todavía duele bastante. No estoy lista para hacer alpinismo, todavía.

Lily agitó su té con los brazos cruzados.

—Mi vida está llena de acontecimientos. Quiero decir, la caída de un techo no es exactamente algo monótono. ¡Es bastante emoción por un año!

—Pero es difícil *hacer* algo, ¿verdad?

Nos quedamos en silencio un momento. Tomé una respiración, tratando de acallar el repentino zumbido en mis oídos. La camarera, llegó entre nosotras, arrastrando nuestros platos vacíos con un ligero aire de triunfo y los llevó a la cocina.

—Oye, ¿te conté de la vez que llevé a tu padre a las carreras?

***

Con sincronización impecable, mi coche se calentó en la autopista, a cuarenta millas de Londres. Lily fue sorprendentemente optimista al respecto. De hecho, fue curiosa.

—Nunca he estado en un coche que se descomponga. Ni siquiera sabía que pudieran hacer eso.

Con ésta declaración, mi boca se abrió (mi papá regularmente oraba en voz alta a la furgoneta, con la promesa de gasolina Premium, control periódico en la presión de los neumáticos, amor infinito, si hacía que regresáramos a casa de nuevo).

Entonces ella me dijo que sus padres cambiaban sus Mercedes cada año. Sobre todo, agregó, debido al nivel de daño en el interior de cuero hecho por sus hermanastros.

Nos sentamos al lado de la autopista, esperando a que llegara la grúa, sintiendo las pequeñas vibraciones del carro mientras los camiones pasaban retumbando. Finalmente, decidimos que sería más seguro para ambas estar fuera del coche. Nos apresuramos hacia un lado de la autopista y nos sentamos en la hierba, mirando como el sol de la tarde perdía su calor y se deslizaba por el otro lado del puente.

—Entonces… ¿Quién es Martin? —pregunté cuando ya habíamos agotado todas las conversaciones.

Lily tiró de la hierba a su lado.

— ¿Martin Steele? Es el hombre con el que crecí.

—Pensé que era Francis.

—No. Cara de Culo solamente entró en escena cuando tenía siete años.

—Sabes Lily, deberías dejar de llamarle así.

Me miró de reojo.

—De acuerdo, probablemente tengas razón. —se recostó en la hierba y sonrió dulcemente—. En su lugar, lo llamaré Facciones de pene.





—Dejemos Cara de Culo entonces. Así que, ¿cómo es que todavía lo visitas?

— ¿Martin? Él es el único padre que realmente recuerdo. Mamá se juntó con el cuando yo era muy pequeña. Él es músico. Muy creativo. Solía leer historias y hacer canciones sobre mí, ese tipo de cosas. Yo sólo… —se interrumpió.

— ¿Qué pasó, entre él y tu madre?

Lily metió la mano en su bolso, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Inhaló y exhaló una larga flauta de humo, casi dislocando su mandíbula en el proceso.

—Llegué a casa de la escuela un día con el au pair[34] y mamá sólo dijo que él se había ido. Dijo que habían acordado que se tenía que ir porque ya no estaba funcionando. —Inhaló de nuevo—. Al parecer, no estaba interesado en su crecimiento personal o él no compartía su visión del futuro. Alguna mierda. Creo que acababa de conocer a Francis y sabía que Martin nunca iba a darle lo que ella quería.

— ¿Qué era?

—Dinero. Y una casa grande. La oportunidad de pasar su día de compras o puteando con sus amigas y alineando sus chakras o lo que sea. Francis gana una fortuna haciendo las cosas de la banca privada en el banco privado con otros banqueros privados. —Se volvió hacia mí—. Así que, básicamente, un día Martin era mi papá. Quiero decir, yo lo llamé papá hasta el día en que se fue, y al siguiente ya no lo era. Me llevaba a la guardería y a la primaria y todo… Y entonces ella decide que ha tenido suficiente de él y yo llego a casa y el sólo… se había ido. Es casa de ella, así que él se fue. Así. No estoy autorizada para verlo o hablar de él, porque sólo estoy haciéndolo más profundo y siendo difícil. Y obviamente, *ella tiene mucho dolor y angustia emocional.* —En ese momento Lily hizo una aterradora buena imitación de la voz de Tanya—. Y cuando realmente me enojé con ella, dijo que no tenía sentido que me enojara porque él ni siquiera era mi verdadero padre. Esa fue una buena manera de averiguarlo.

---

[34] Es una palabra francesa usada para denominar a la persona acogida temporalmente por una familia a cambio de un trabajo auxiliar, como cuidar a los niños; suele convivir con la familia receptora como un miembro más, y recibe una pequeña remuneración así como comida y alojamiento gratuitos; en la mayoría de los casos son estudiantes.



La miré fijamente.

—Y lo siguiente, un Francis acudiendo a nuestra puerta con muchas flores y los llamados días en familia donde básicamente juego grosella y soy enviada con las niñeras cuando todos están en algún hotel lujoso amigable con los niños. Seis meses más tarde me llevó a Pizza Express. Pensé que era algún tipo de regalo para mí y que tal vez Martin iba a volver. Pero en su lugar me dijo que ella y Francis se iban a casar y que él es maravilloso y que sería el padre más maravilloso para mí y que "le debo de amar mucho".

Lily sopló un anillo de humo al cielo, viendo cómo se hinchaba, oscilaba y se evaporaba.

—Y no lo hiciste.

—Yo lo odiaba —me miró de reojo—. Puedes darte cuenta, tú sabes, cuando alguien se acaba de poner al día contigo. Incluso si eres pequeña. Nunca me quiso, sólo a mi madre y pude entenderlo un poco, ¿quién quiere a la hija de otro hombre alrededor? Así que cuando tuvo a los gemelos me enviaron a un internado. Bang. Trabajo hecho.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas y quería llegar a ella, pero envolvió sus brazos alrededor de sus rodillas y se quedó mirando hacia el frente. Nos sentamos en silencio durante unos minutos, observando el tráfico construirse debajo de nosotras mientras el sol se deslizaba más abajo en el cielo.

—Lo encontré, tú sabes.

La encaré.

—Martin. Cuando tenía once años. Escuché a mi niñera decirle a otra que no se me estaba permitido decirme cuando él llamara. Así que le dije que ella tenía que decirme en donde vivía él o le diría a mi mamá que ella estaba robando. Miré en la dirección y él vivía alrededor de quince minutos a pie de donde estábamos. La calle Pyecroft. ¿La conoces?

Negué con la cabeza.

— ¿Estuvo contento de verte?

Lily vaciló.





—Muy feliz. Casi gritó, en realidad. Dijo que me había extrañado tanto, que era horrible estar lejos de mí y que yo podía ir cuando quisiera. Pero había conectado con alguien más y tenían un bebé. Y cuando vas a la casa de alguien y tienen un bebé y como, una familia propia, te das cuenta de que no eres más parte de su familia. Eres un sobrante.

—Estoy segura que nadie pensó…

—Sí, bueno, de todos modos, él es realmente encantador y todo, pero le dije que no podía verlo. Es muy raro, ya sabes, como le dije, *no soy tu verdadera hija.* Sin embargo, él me llama aún. Estúpido, la verdad. —Lily sacudió la cabeza con furia. Nos sentamos allí un tiempo y luego miró hacia el cielo—. ¿Sabes lo que realmente me molesta?

Esperé.

—Cambió mi nombre cuando se casó. Mi propio nombre, y ni siquiera se molestaron en preguntar. —su voz se quebró un poco—. Ni siquiera quiero ser una Houghton-Miller.

—Oh, Lily.

Se secó rápidamente la cara con la palma de la mano, como si le avergonzara que la vieran llorar. Inhaló de su cigarrillo y lo apago en la hierba. Se sorbió la nariz ruidosamente.

—Eso sí, estos días Facciones de pene y mamá discuten *todo* el tiempo. No me sorprendería que se separaran también. Si eso ocurre, sin duda todos vamos a tener que cambiar de casa de nuevo y cambiar los nombres y nadie será capaz de decir nada a causa de *su* dolor y su necesidad de *avanzar emocionalmente* o lo que sea. En dos años habrá otro Cara de Culo y mis hermanos serán Houghton-Miller-Branson o Ozymandias o Toodlepip o lo que sea. Por suerte, me habré ido para entonces. Ella ni siquiera se dará cuenta.

— ¿De verdad crees que ella piensa tan poco en ti?

La cabeza de Lily giró y la mirada que me dio era muy inteligente para su edad y completamente desgarradora.

—Creo que me ama. Pero se ama más a sí misma, ó ¿cómo podría hacer lo que hace?

CAPÍTULO 13

El bebé del señor Traynor nació al día siguiente. Mi teléfono sonó a las seis y media de la mañana y, por un breve, angustioso momento, pensé que algo terrible había pasado pero era el señor Traynor, agitado y lloroso, anunciando, en tonos vagamente incrédulos y exclamatorios, lo siguiente:

— ¡Es una niña! ¡8 libras, 1 onza! ¡Y es absolutamente perfecta!

Me dijo lo hermosa que era, como Will cuando había sido un bebé, como simplemente yo debía ir a verla y luego me pidió que despertara a Lily, lo cual hice, y la observé, soñolienta y callada mientras él le daba la noticia de que ella tenía una... una... (Se tomaron un minuto en resolverlo) ¡Una tía!

— Está bien —, dijo ella finalmente. Y después de escuchar un rato más: — Sí, seguro.

Terminó la llamada y me dio el teléfono de vuelta. Sus ojos se encontraron con los míos, después se dio la vuelta en su arrugada camiseta y regresó a la cama, cerrando la puerta firmemente tras ella.

Los bien lubricados vendedores de planes de salud estaban, según estimé a eso de las 10:45, a una ronda de ser excluidos de su vuelo, y me preguntaba si debía señalarles esto cuando una chamarra reflectante y familiar apareció en el bar.

— No hay nadie en necesidad de asistencia médica por aquí —. Caminé hacia él lentamente. — Todavía, de cualquier manera.

— Nunca me canso de ese atuendo. No tengo idea del por qué.

Sam se trepó en un taburete y descansó sus codos sobre la encimera.

— La peluca es... interesante.

Tiré de mi falda de Lurex.




— La creación de electricidad estática es mi súper poder. ¿Gustas un café?

— Gracias. Aunque no me puedo quedar a pasar el rato —. Revisó su radio y lo guardó de nuevo en el bolsillo de su chaqueta.

Le preparé un americano, tratando de no lucir tan complacida como me sentía de verle.

— ¿Cómo supiste dónde trabajaba?

— Tuvimos una llamada de la puerta 14. Sospecha de ataque al corazón. Jake me recordó que trabajabas en el aeropuerto y, ya sabes, no fuiste exactamente difícil de localizar.

Los empresarios callaron brevemente. Había notado que Sam era ese tipo de hombre, aquel que provocaba que otros hombres se quedaran en silencio.

— Donna está echando un vistazo en el Duty Free. Bolsos.

— ¿Supongo que ya viste a tu paciente?

Él sonrió.

— No. Iba a pedir direcciones para la puerta 14 después de sentarme a tomar un café.

— Qué gracioso. Así que, ¿salvaste su vida?

— Le di algo de aspirina, y le aconsejé que beber cuatro expresos dobles antes de las diez de la mañana no era la mejor idea. Me halaga que tengas una visión tan emocionante de mi día en el trabajo.

No pude evitar reírme. Le entregué su café. Tomó un agradecido sorbo.

— Así que, me preguntaba... ¿Estás disponible para otra no-cita pronto en algún momento?

— ¿Con o sin la ambulancia?

— Definitivamente sin.

— ¿Podemos hablar sobre adolescentes problema? — me di cuenta de que estaba retorciendo un rizo de cabello de fibra de nilón con mis dedos.

Por el amor de Dios. Estaba jugando con mi cabello y ni siquiera era mi cabello real. Me detuve.

— Podemos hablar de lo que tú quieras.

—¿Qué tenías en mente?

Su pausa fue lo suficientemente larga como para hacerme ruborizar.

— ¿Cena? ¿En mi casa? ¿Esta noche? Prometo que si llueve no te haré sentarte en el comedor.

— Ya estás.

— Te pasaré a buscar a las 7:30.

Apenas estaba tragando lo último de su café cuando Richard apareció. Miró a Sam y después a mí. Yo seguía recargada contra la barra, a unas pocas pulgadas de él.

— ¿Hay algún problema? — dijo Richard.

— Ningún problema —, dijo Sam. Cuando se puso de pie, le sacaba el tanto de toda una cabeza a Richard en altura. Algunos pensamientos fugaces pasaron por el rostro de este último, tan transparentes que podía ver la progresión de cada uno.

¿Por qué está este paramédico aquí? ¿Por qué Louisa no hace algo? Me gustaría regañar a Louisa por no estar ocupándose en algo pero este hombre es demasiado grande y hay una dinámica que no logro entender completamente y estoy siendo un poco cauteloso con respecto a él.

Casi me hace reír en voz alta.

— Entonces, esta noche. — Sam asintió hacia mí.

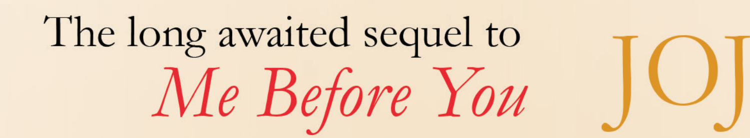
— Déjate la peluca puesta, ¿sí? Me gustas inflamable.

Uno de los hombres de negocios, florido y satisfecho consigo mismo, se recargó contra el respaldo de la silla para que su barriga tensara las costuras de su camisa, y dijo:

— ¿Nos vas a dar el sermón sobre los límites del alcohol ahora?

Los demás rieron.





— No. Adelante, caballeros —, dijo Sam, saludándolos. — Sólo los veré en uno o dos años.

Lo vi dirigirse hacia el área de Salidas, acompañado más tarde por Donna, quien se le unió afuera del puesto de periódicos. Cuando me giré de vuelta a la barra, Richard estaba observándome.

— Tengo que decir, Louisa, que no apruebo la conducción de tu vida social en el entorno de trabajo —, dijo.

— Está bien. La próxima vez le diré que ignore el ataque al corazón en la puerta 14.

La mandíbula de Richard se tensó.

— Y lo que dijo después. Sobre ti usando la peluca más tarde. Esa peluca es propiedad de Shamrock and Clover Irish Themed Bars Inc. No tienes permitido usarla en tu tiempo libre.

Esta vez no pude evitarlo y comencé a reírme.

— ¿Es en serio?

Incluso él tuvo la gracia de ruborizarse un poco.

— Es política de la compañía. Está clasificada como uniforme.

— Diablos —, dije. — Supongo que simplemente tendré que comprar mis propias pelucas de bailarina irlandesa en el futuro.

— ¡Hey, Richard! — exclamé mientras él regresaba tenso a su oficina. — Por justicia, ¿eso quiere decir que no puedes ponerte loquillo con la señora Percival mientras estés usando tu camisa polo?

Llegué a casa y no encontré otras señales de Lily más que un paquete de cereal en la encimera de la cocina e, inexplicablemente, una pila de mugre en el suelo del pasillo. Intenté llamarle por teléfono pero no contestó y me pregunté cómo era posible encontrar en algún momento el balance entre Padre demasiado ansioso, padre con una preocupación normal y Tanya Houghton-Miller. Y después me metí a la ducha y me arreglé para mi cita que absolutamente, definitivamente, no era una cita.

Llovió. Los cielos se abrieron poco antes de que llegáramos al campo de Sam y ambos estábamos empapados incluso después de haber corrido una

corta distancia desde su motocicleta hasta el vagón. Me quedé de pie, escurriendo, mientras él cerraba la puerta detrás de mí, recordando lo incómodo que era la sensación de tener las calcetas mojadas.

— Quédate ahí —, dijo, retirando las gotas de su cabeza con la mano. —No puedes sentarte por ahí con la ropa mojada.

— Esto es como el inicio de una muy mala película porno —, dije. Él se quedó muy quieto y me di cuenta de que en realidad había dicho eso en voz alta. Le di una sonrisa que se hizo un poco floja.

— Okay —, dijo él, alzando las cejas.

Él desapareció en la parte de atrás del vagón y emergió un minuto después con un suéter y lo que lucía como unos pants.

— Los pants de Jake. Recién lavados. Aunque probablemente no demasiado del tipo estrella porno. — Me los entregó. — Mi habitación está ahí atrás si quieres cambiarte, o el baño es aquella puerta, si prefieres.

Entré a su habitación y cerré la puerta detrás de mí. Arriba, la lluvia golpeaba con fuerza el techo del vagón, obscureciendo las ventanas con una interminable corriente de agua. Me pregunté si debía cerrar las cortinas pero luego recordé que no había nadie que pudiera verme, excepto por las gallinas las cuales estaban acurrucándose lejos del agua, sacudiendo de mala gana gotas de sus plumas. Me quité la blusa y los pantalones mojados y me sequé con la toalla que Sam había puesto junto con la ropa. Por diversión, me exhibí a las gallinas a través de la ventana, algo que, observé poco después, Lily probablemente haría. Ellas no se vieron impresionadas. Sostuve la toalla contra mi rostro y la esnifé sintiéndome culpable, como alguien inhalando una droga prohibida. Estaba recién lavada pero de alguna manera aún así tenía un olor irrevocablemente viril. No había respirado una esencia de esta manera desde Will. Eso me hizo sentir fuera de balance por un momento y la bajé.

La cama matrimonial llenaba la mayoría del espacio. Una estrecha alacena opuesta a la cama actuaba como armario, y dos pares de botas de trabajo estaban prolijamente apilados en un rincón. Había un libro en la mesita de noche y a su lado, una fotografía de Sam con una mujer sonriente, cuyo cabello rubio estaba atado en un chongo desordenado. Ella tenía el brazo alrededor de sus hombros y estaba sonriendo a la cámara. No





era tan hermosa como una súper modelo pero había algo irresistible en su sonrisa. Se veía como la clase mujer que habría reído mucho. Se veía como una versión femenina de Jake. De repente me sentí devastadoramente triste por él y tuve que apartar la mirada antes de sentirme triste por mí misma también. Algunas veces sentía como si todos estuviéramos vadeando en nuestra dolor, reticentes a admitir a los demás qué tanto nos estábamos ahogando. Me pregunté fugazmente si la reticencia de Sam a hablar de su esposa reflejaba la mía; el saber que en el momento en el que tú abrieras las caja, dejaras salir siquiera un susurro de tu tristeza, ésta crecería con rapidez hasta convertirse en una nube que abrumaría cualquier otra conversación. Me revisé a mí misma, tomé un respiro.

— Sólo ten una noche agradable —, murmuré, recordando las palabras del Círculo Siguiendo Adelante: "Permítete momentos de felicidad".

Me limpié las manchas de rímel de debajo de los ojos, observando en el pequeño espejo que poco se podía hacer por mi cabello. Después me puse el holgado suéter de Sam, tratando de ignorar esa rara intimidad que venía junto con utilizar las prendas de un hombre, me puse los pants de Jake y miré hacia mi reflejo.

¿Qué piensas, Will? Sólo una noche agradable. No tiene que significar nada, ¿cierto?

Sam sonrió cuando salí, mientras doblaba las mangas de su suéter.

— Te ves como de doce.

Entré al baño, exprimí mis pantalones, blusa y calcetas en el lavabo y colgué todo encima de la cortina de la ducha.

— ¿Qué cocinas?

— Bueno, iba a hacer una ensalada pero el clima ya no está como para eso. Así que estoy improvisando.

Colocó una olla con agua hirviendo en la estufa, donde había empañado las ventanas.

— Comes pasta, ¿verdad?

— Como lo que sea.

— Excelente.



Él abrió una botella de vino y me sirvió una copa, señalándome la banca. Enfrente en mí la pequeña mesa había sido puesta para dos, y sentí un ligero escalofrío al verla. Estaba bien simplemente disfrutar un momento, un pequeño placer. Había salido a bailar. Me había exhibido a unas gallinas. Y ahora iba a disfrutar pasando una velada con un hombre que quería cocinarme la cena. Todo era progreso, de cierto modo.

Quizá Sam detectó algo de esta lucha interna porque esperó hasta que tomé mi primer sorbo y entonces, mientras movía algo en la encimera, dijo:

— ¿Ese era el jefe del que hablabas? ¿El hombre de hoy?

El vino estaba delicioso. Tomé otro poco. No me había atrevido a beber mientras Lily había estado conmigo: puede que haya dejado caer mi guardia.

— Sip.

— Conozco a los de su tipo. Si te sirve de consuelo, dentro de 5 años tendrá o una ulcera estomacal o suficiente hipertensión para provocarle disfunción eréctil.

Me reí.

— Ambos pensamientos son extrañamente reconfortantes.

Finalmente Sam se sentó, sirviéndome un humeante tazón de pasta.

— Salud —, dijo, alzando su vaso de agua. — Ahora cuéntame qué pasa con esta chica perdida tuya.

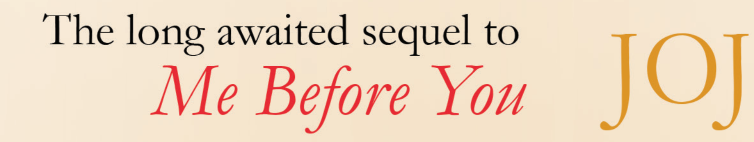


Ah, pero fue un alivio tan grande tener a alguien con quien hablar. Estaba tan deshabituada a la gente que realmente escuchaba, no como aquellos en el bar, quienes sólo querían oír el sonido de sus propias voces, que hablar con Sam fue como una revelación. Él no me interrumpió, o me dijo lo que pensaba, o lo que debía hacer. Él escuchó y asintió, y rellenó mi vino, y finalmente, cuando afuera ya llevaba rato de estar oscuro, dijo:

— Es una gran responsabilidad la que has tomado entre tus manos.

Me recosté en la banca y subí mis pies.





— Siento que no tengo elección. Me sigo preguntando lo que tú dijiste: ¿Qué querría Will que yo haga? — bebo otro sorbo. — Sin embargo, es más difícil de lo que imaginé. Pensé que sólo la llevaría a conocer a su abuela y a su abuelo y todos estarían felices y contentos y que sería un final feliz, como en los programas de televisión.

Él observó sus manos. Yo lo observé a él.

— Piensas que estoy loca por involucrarme.

— No. Mucha gente va en busca de su propia felicidad sin pensar por un momento en el daño que causan en su camino. No creerías la cantidad de chicos y chicas que recojo los fines de semana, borrachos, drogados, completamente idos, lo que sea. Los padres están concentrados en sus propias cosas, o han desaparecido completamente, así que ellos existen en un vacío y toman malas decisiones.

— Es peor de lo que solía ser.

— Quién sabe. Sólo sé que veo a todos estos chicos con problemas. Y que el psicólogo de jóvenes en el hospital tiene una lista de espera tan larga como tu brazo. — Sonrió secamente. — Sostén esa tarima. Necesito guardar a las aves que ya es de noche.

Quería preguntarle cómo alguien que aparentaba ser tan sabio podía ser tan descuidado con los sentimientos de su propio hijo. Quería preguntarle si sabía lo infeliz que Jake era pero me pareció que daría lugar a una confrontación, debido a la manera en que hablaba, y el hecho de que me había preparado una muy buena cena... Estaba distraída viendo a las gallinas entrar de una en una a su gallinero y después Sam regresó, trayendo con él las esencias del exterior, y del aire frío y del momento que acababa de pasar.

Me sirvió más vino y lo bebí. Me dejé complacer por lo acogedor del pequeño vagón y por la sensación de una barriga bien llena, y escuché a Sam hablar. Habló de las noches que pasó sosteniendo la mano de ancianos que no querían armar escándalo y de los objetivos de la administración, que les dejaban desmoralizados, sintiendo que no realizaban el trabajo para el que fueron entrenados. Escuché, perdiéndome en un mundo lejos del mío, viendo sus manos dibujar círculos en el aire, su sonrisa arrepentida cuando




sentía que se estaba tomando a sí mismo demasiado en serio. Observé sus manos. Observé sus manos.

Me ruboricé ligeramente al darme cuenta del rumbo que seguían mis pensamientos y tomé otro sorbo de vino para esconderlo.

— ¿En dónde está Jake esta noche?

— Casi no le he visto. Supongo que en casa de su novia. — Se veía triste. — Ella tiene una familia al estilo Waltons, como un billón de hermanos y hermanas y una madre que está en casa todo el día. Le gusta pasar el tiempo ahí.

Bebió otro trago de su agua.

— ¿En dónde está Lily?

— No lo sé. Le envié dos mensajes de texto pero no se ha molestado en responder.

La sola presencia de Sam. Él era como el doble de grande y el doble de vívido que los demás hombres. Mis pensamientos siguieron a la deriva, tirados en mareas hacia sus ojos, los cuales se estrecharon ligeramente mientras escuchaba, como si estuviera tratando de asegurar que me había entendido perfectamente... El vago indicio de barba en su mandíbula, la forma de sus hombros debajo de la suave lana de su suéter. Mi mirada siguió bajando a sus manos, descansando en la mesa, dedos distraídamente tamborileando en la superficie. Unas manos tan capaces. Recuerdo la ternura con la que había acunado mi cabeza, la manera en que me aferré a él en la ambulancia como si él fuera la única cosa anclándome. Me miró y sonrió, una gentil indagación en sus ojos, y algo dentro de mí se fundió. ¿Sería tan malo, mientras mis ojos estén abiertos?

— ¿Quieres café, Louisa?

Él tenía esta manera de mirarme. Negué con la cabeza.

— ¿Quieres...?

Antes de que pudiera meditarlo, me incliné sobre la mesa, tomé su nuca y lo besé. Él vacilo por sólo un momento para luego moverse hacia adelante y besarme de vuelta. En algún punto creo que alguien tiró una de las copas de vino pero no pude detenerme. Quería besarlo para siempre. Bloqueé



todos los pensamientos sobre lo que era esto, lo que podría significar, que otro desastre podría crear para mí misma. *Vamos, vive,* me dije a mí misma. Y lo besé hasta que la razón se esfumó por mis poros y me convertí en un pulso viviente, vivo sólo para todo aquello que quería hacerle.

Él se alejó primero, un poco aturdido.

— Louisa...

Un cubierto cayó al piso. Nos pusimos de pie y él me atrajo hacia su cuerpo. Y de repente estuvimos estrellándonos alrededor del pequeño vagón, todo manos y labios y, oh, Dios, el aroma y la sensación de él era como tener diminutos fuegos artificiales centelleando sobre mí, pequeñas partes mías que pensé que habían muerto estaban reviviendo. Me cargó y yo me envolví alrededor de él; era corpulento, fuerte y musculoso. Besé su rostro, su oreja, mis dedos estaban en su cabello oscuro y suave. Entonces él me bajó de nuevo al suelo; estábamos a centímetros uno del otro, sus ojos fijados en mí y había una pregunta silenciosa en su expresión.

Yo respiraba con dificultad.

— No me he quitado la ropa enfrente de nadie desde... el accidente —, dije.

— Está bien. Estoy entrenado medicamente.

— Es en serio. Estoy hecha un desastre. — Me sentí de la nada extrañamente triste.

— ¿Quieres que te haga sentir mejor?

— Esa es la línea más barata que...

Se levantó la camisa, revelando una cicatriz púrpura de 5 centímetros a través de su estómago.

— Ahí. Me apuñaló un australiano con enfermedad mental hace 4 años. Aquí. — Se volteó para mostrarme un gran moretón verde y amarillo a través de su espalda baja. — Me pateó una mujer ebria el sábado pasado. — Extendió su mano. — Dedo fracturado. Se me atoró en una camilla al cargar a un paciente muy pesado. Y, ah, sí, aquí. — Me mostró su cadera, a largo de la cual se dibujaba una línea corta, plateada y de aspecto dentado con marcas de suturas apenas visibles.





— Herida de punción de origen desconocido, en una pelea en un bar en Hackney Road el año pasado. La policía nunca descubrió quién lo hizo.

Miré su solidez, observé la noción de las cicatrices.

— ¿Y esa? — dije, tocando gentilmente una cicatriz más pequeña en la parte lateral de su abdomen. Su piel estaba caliente debajo de su camisa.

— ¿Esa? Ah. Apéndice. Tenía 9 años.

Mis ojos se fijaron en su torso y después en su rostro. Entonces, sosteniendo su mirada me despojé del suéter que tenía puesto. Me estremecí sin poder evitarlo, si fue por el frío o por los nervios, no pude saber. Él se movió más cerca, tan cerca que estaba a pocos centímetros de mí, y deslizó su dedo con gentileza a lo largo de la línea de mi cadera.

— Recuerdo esto. Recuerdo que pude sentir la fractura aquí. — Siguió recorriendo a través de mi abdomen desnudo, haciendo que mis músculos se contrajeran. — Y ahí. Tenías un resplandor de púrpura en la piel. Tenía miedo de que fuera un daño a los órganos.

Presionó la palma de su mano contra mi piel y me quedé sin aliento.

— Nunca pensé que las palabras “daño a los órganos” pudieran sonar sexy.

— Oh, aún no empiezo.

Me guió lentamente hacia atrás, hacia su cama. Me senté manteniendo mi mirada en la suya y él se arrodilló para después acariciar mis piernas con sus manos.

— Y luego estaba eso.

Sostuvo mi pie derecho el cual tenía una cicatriz encima, aún de color rojo vivo y la trazó tiernamente con su pulgar.

— Aquí. Roto. Daño de tejidos blandos. Esa debió haber dolido bastante.

— Recuerdas bastantes cosas.

— A la mayoría de la gente no la reconocería en la calle al día siguiente pero tú, Louisa, tú permaneciste.




Inclinó su cabeza y besó el dorso de mi pie para después deslizar sus manos por mis piernas hacia arriba y colocarlas a mis costados, quedando entonces encima de mí, soportando su propio peso.

— ¿Ya no te duele nada, verdad?

En silencio, negué con la cabeza. Ya no me importaba. No me importaba si era un mujeriego compulsivo o si sólo estaba jugando. Estaba tan abrumada por mi deseo hacia él que ni siquiera me hubiera importado si me rompía la otra cadera.

Se movió a lo largo de mi cuerpo, centímetro por centímetro, como una marea y me acosté boca arriba en la cama. Con cada movimiento mi respiración se volvía más superficial hasta que fue todo lo que pude oír en el silencio. Él me miró, luego cerró sus ojos y me besó, tierna y lentamente. Me besó y se dejó caer sobre mí sólo lo suficiente para que yo sintiera la deliciosa impotencia de la lujuria, la dureza de un cuerpo contra el mío. Nos besamos, sus labios se posaron en mi cuello, nuestras pieles se tocaron hasta que estuve mareada de sentirle, hasta que estuve arqueando mi espalda sin poder evitarlo contra él y mis piernas se hallaron envueltas alrededor suyo.

— Oh, Dios — dije, sin aliento, cuando nos alejamos para respirar. — Desearía que no fueras totalmente malo para mí.

Sus cejas se alzaron.

— Eso es, ah, seductor.

— No vas a llorar después de esto, ¿verdad?

Parpadeó con confusión.

— Er... no.

— Y sólo quiero que sepas que no soy una de esas raras obsesivas. No voy a perseguirte después de esto. Ni le pediré a Jake que me cuente cosas sobre ti mientras estás en la ducha.

— Es... es bueno saberlo.

Y una vez que establecimos las reglas, nos volteamos de manera que quedé encima de él y lo besé hasta que me olvidé de lo que habíamos hablado justo hacía un momento.



Hora y media después, estaba acostada sobre mi espalda, mirando encandilada hacia el techo. Mi piel zumbaba, mis huesos tarareaban, sentí dolor en lugares que no sabía que podían doler y aún así estaba poseída por una extraordinaria sensación de paz, como si mi esencia, mi centro, se hubiera derretido y remodelado en una forma nueva y diferente. No estaba segura de sí me levantaría de nuevo alguna vez.

Nunca sabes lo que sucederá cuando caes de una gran altura.

Esa de seguro no era yo. Me ruboricé de pensar en lo que había estado haciendo hasta hacía 20 minutos. ¿En verdad...? ¿Y yo...? Las memorias se perseguían a sí mismas en calientes círculos. Nunca había tenido sexo de esa manera. Nunca en los siete años que estuve con Patrick. Era como comparar un sándwich de queso con ¿qué? ¿La más increíble alta cocina? ¿Un enorme filete? Me reí involuntariamente y me tapé la boca. No me sentí como yo misma.

Sam se había quedado dormido a mi lado y me volteé para verle. *Oh, Dios mío,* pensé, maravillándome de los planos de su rostro, sus labios; era imposible mirarlo sin querer tocarlo. Me pregunté si debía mover mi cara y mi mano un poco más cerca para poder...

— Hey — dijo suavemente, sus ojos caídos por el sueño.

... Y entonces me di cuenta.

Oh, Dios. Me convertí en una de ellas.

***

Nos vestimos en silencio. Sam se ofreció a preparar té pero le dije que probablemente debía regresar para revisar si Lily estaba en casa.

— Con su familia estando de vacaciones y todo eso. — jalé mis dedos entre mi cabello ahora enmarañado.

— Claro. Ah. ¿Quieres irte *ahora?*

— Sí... por favor.

Recogí mis ropas del baño, sintiéndome cohibida y de repente muy sobria. No podía dejarle ver lo fuera de balance que yo estaba. Cada parte





de mí estaba concentrada en tratar de volver a distanciarme a mí misma y eso me hacía sentir incómoda. Cuando salí, Sam ya estaba vestido y ordenando las últimas cosas de la cena. Intenté no mirarlo. Era más fácil de esa manera.

— ¿Me puedo llevar tu ropa puesta? Es que la mía sigue húmeda.

— Claro. Sólo... lo que sea. — buscó en un cajón y me dio una bolsa de plástico.

La tomé y nos quedamos de pie ahí en la oscuridad.

— Fue una... agradable velada.

— “Agradable”. — Me miró como si estuviera tratando de descifrar algo. — Está bien.

***

Mientras recorrimos las calles en la noche húmeda, intenté no descansar mi mejilla contra su espalda. Insistió en prestarme una chaqueta de cuero, aunque insistí en que estaría bien sin ella; después de unas cuantas millas, el aire era frío y me sentí agradecida por ella. Llegamos a mi apartamento como a las once y cuarto, aunque tenía que revisar la hora en el reloj. Sentía como si hubiera vivido varias vidas desde que él me había recogido. Me bajé de la motocicleta y comencé a quitarme su chamarra pero él empujó hacia abajo el soporte con su talón.

— Es tarde. Deja aunque sea que te acompañe arriba.

Vacilé.

— Está bien. Si esperas, puedo devolverte tu ropa.

Emergimos de la escalera para escuchar el sonido de música resonando por el pasillo. Supe de inmediato de donde venía. Cojeé enérgicamente por el corredor, deteniéndome en la puerta del apartamento y abrí la puerta lentamente. Lily estaba de pie en medio del recibidor, un cigarro en una mano y una copa de vino en la otra. Estaba usando un vestido amarillo de flores que yo había comprado en una boutique vintage, en los tiempos en que me importaba lo que vestía. Me quedé mirando y es posible que cuando registré que más estaba usando me haya tambaleado: sentí a Sam sostener mi brazo.





— ¡Bonita chaqueta, Louisa!

Lily señaló su dedo del pie. Estaba usando mis zapatos verdes de brillantina.

—¿Por qué no usas estos? Tienes todas estas prendas locas y sólo usas, como, vaqueros y camisetas y esas cosas todos los días. ¡Taaaan aburrido!

Caminó de nuevo hacia mi habitación y salió un minuto después sosteniendo un jumpsuit* lamé dorado de los setentas que yo solía combinar con botas cafés.

— Quiero decir, ¡mira esto! Tengo una envidia jumpsuit total en este momento.

— Quítatelas —, dije cuando pude hablar.

— ¿Qué?

— Esas medias. Quítatelas. — Mi voz emergió estrangulada e irreconocible.

Lily miró hacia abajo a las medias negras y amarillas.

— No, en serio, tienes un verdadero equipo vintage ahí dentro. Biba, DVF. Esa cosa morada de tipo Chanel. ¿Sabes lo que valen estas cosas?

— *Quítatelas.*

Quizá registrando mi súbita rigidez, Sam comenzó a empujarme hacia adelante:

— Mira, porque no vamos a la sala de estar y...

— No me voy a mover hasta que ella se quite esas medias.

Lily hizo una mueca.

— Jesús. No hay necesidad de tener a un bebé por esto.

Observé, vibrando de ira, mientras Lily comenzó a bajarse las medias de abejorro, pateándolas cuando no se deslizaban fuera de sus pies.

— ¡No las rompas!

— Sólo es un par de medias.

— No son *sólo* un par de medias. Fueron un... regalo.



— Un par de medias de todos modos.

Finalmente se las quitó, dejándolas en un montón negro y amarillo en el suelo. En la otra habitación pude oír el traqueteo de los ganchos de ropa mientras esta estaba probablemente siendo puesta de vuelta en su lugar.

Un momento después, Lily apareció en la sala de estar. En ropa interior. Esperó hasta que pudiera estar segura de que tenía nuestra atención y después se comenzó a poner un vestido corto lenta y ostentosamente, sacudiéndose al pasar este por sus pálidas y delgadas caderas. Luego me sonrió con dulzura.

— Me voy de fiesta. No me esperes despierta. Un gusto verlo de nuevo, señor...

— Fielding —, dijo Sam.

— Señor Fielding. — Me sonrió. Una sonrisa que no era para nada una sonrisa. Y con un azote de la puerta, se había ido.

Dejé salir un respiro entrecortado y me acerqué a recoger las medias. Me senté en el sofá y las estiré, alisándolas hasta que estuve segura que no había bultos o quemaduras de cigarro. Sam se sentó junto a mí.

— ¿Estás bien? — él dijo.

— Debes pensar que estoy loca —, dije finalmente, — pero estas fueron un...

— No tienes que explicarme.

— Yo era una persona diferente. Significaban... Yo era... él me dio... — mi voz se atascó.

Nos quedamos sentados ahí en el apartamento en silencio. Sabía que debía decir algo pero no encontraba las palabras y tenía un enorme nudo en la garganta.

Me quité la chaqueta de Sam y se la entregué.

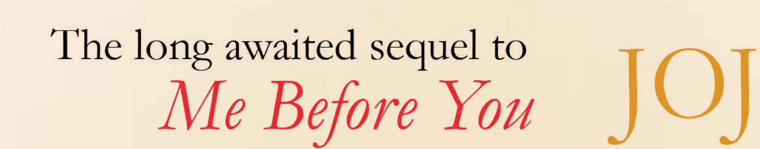
— Está bien — dije. — No tienes que quedarte.

Sentí sus ojos en mí pero no pude levantar los míos del piso.

— Te dejo a solas entonces.

Y entonces, antes de que pudiera decir algo más, él se había ido.





CAPÍTULO 14

Esa semana llegué tarde al grupo. Habiéndome dejado un café, quizá en un dejo de disculpa, subsecuentemente Lily había derramado pintura verde en el piso del recibidor, dejado un pote de helado para derretirse en la cocina, tomado mis llaves, incluyendo la de mi auto, porque no pudo encontrar las suyas y tomado prestada mi peluca para una salida por la noche sin preguntarme. La recuperé del piso de su habitación. Cuando me la puse, parecía que un viejo perro ovejero inglés estuviera haciendo cosas innombrables con mi cabeza.

Para el momento en que llegué al salón en la iglesia, todos ya estaban sentados. Natasha se movió atentamente para que yo pudiera tomar asiento en la silla de plástico junto a ella.

— Esta noche hablaremos sobre signos de que quizá estemos avanzando — dijo Marc, quien sostenía una taza de té. — No tienen que ser cosas grandes: nuevas relaciones, o sacar ropa, o lo que sea. Sólo pequeñas cosas que nos hagan ver que quizá haya un camino a través del dolor. Es sorpresivo como muchas de estas cosas pasan desapercibidas, o nos negamos a darles reconocimiento por que nos hacen sentir culpables por seguir adelante.

— Me uní a un sitio web de citas —, dijo Fred. — Se llama De Mayo a Diciembre.

Hubo un murmullo bajo de sorpresa y aprobación.

— Eso es muy alentador, Fred. — Marc bebió de su té. — ¿Qué esperas obtener de él? ¿Algo de compañía? Recuerdo que dijiste extrañabas particularmente el tener a alguien con quien salir a caminar los domingos en la tarde. ¿Junto al estanque de patos, a donde solías ir con tu esposa?

— Oh, no. Es para tener sexo cibernético.

Marc se atragantó. Hubo una breve pausa mientras alguien le entregaba un pañuelo para secar el té de sus pantalones.



— Sexo cibernético. Eso es lo que todos están haciendo, ¿no es así? Me he unido a tres sitios. — Fred alzó su mano, contándolos con sus dedos. — De Mayo a Diciembre, ese es para mujeres jóvenes a quienes les gustan los hombres mayores, Sugar-Papas, para mujeres jóvenes a quienes les gustan los hombres mayores con dinero, y... am... Sementales Calientes. — Pausó. — No fueron específicos.

Hubo un breve silencio.

— Es bueno ser optimista, Fred —, dijo Natasha.

— ¿Qué tal tú, Louisa?

— Um... — vacilé, debido a que Jake estaba enfrente de mí y luego pensé que, *¿Qué importa?* — De hecho, salí en una cita este fin de semana.

Hubo un pequeño *¡wu-ju!* de otros miembros del grupo. Miré hacia abajo con un poco de timidez. No podía siquiera pensar en aquella noche sin sonrojarme.

— ¿Y qué tal fue?

— Fue... sorprendente.

— Tuvo sexo con alguien. Definitivamente tuvo sexo con alguien —, dijo Natasha.

— Tiene ese brillo —, dijo William.

— ¿El chico tenía movimientos? — dijo Fred. — ¿Algún consejo?

— ¿Y pudiste no pensar en Bill demasiado?

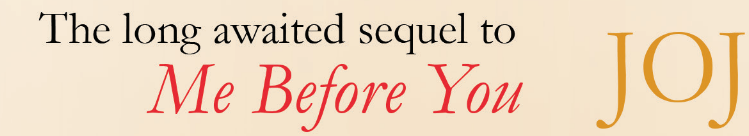
— No lo suficiente como para detenerme... Sólo sentí que quería hacer algo... — me encogí de hombros. — Sólo quería sentirme viva.

Hubo un murmullo de concordancia con esa palabra. Eso era lo que todos fundamentalmente queríamos, ser liberados de nuestro dolor. Para ser liberados de este inframundo de los muertos, la mitad de nuestros corazones se perdió bajo la tierra o quedó atrapada en pequeñas urnas de porcelana. Se sintió bien el por fin tener algo positivo que decir.

Marc asintió alentadoramente:

— Creo que suena muy sano.





Escuché a Sunil decir que había comenzado a escuchar música de nuevo, y a Natasha hablar sobre cómo había movido algunas fotos de su esposo de la sala de estar a su habitación, “Así no terminaré hablando de él cada vez que alguien viene de visita”. Daphne había dejado de oler las camisas de su esposo furtivamente en su armario, “Siendo honesta, ya ni siquiera olían como él en realidad. Creo que sólo fue un hábito que me había creado”.

— ¿Y tú, Jake?

Él aún lucía miserable.

— Salgo más, supongo.

— ¿Has hablado con tu padre sobre tus sentimientos?

— No.

Intenté no mirarlo mientras él hablaba. Me sentí extrañamente bruta, sin saber lo que él sabía.

— Aunque creo que le gusta alguien.

— ¿Más sexo? — dijo Fred.

— No, o sea, realmente le gusta alguien.

Pude sentirme a mí misma ruborizándome. Traté frotar una marca invisible en mi zapato en un intento por que nadie viera mi cara.

— ¿Qué te hace pensar eso, Jake?

— Comenzó a hablar sobre ella durante el desayuno en otro día. Decía iba a dejar de salir con cualquier mujer que pasara. Que había conocido a alguien y que quizá se daría una oportunidad con ella.

Yo brillaba como un faro. No podía creer que nadie más en la habitación pudiera notarlo.

— ¿Así que piensas que él ya se dio cuenta de que las relaciones de rebote no son la clave para seguir adelante? Quizá sólo necesitaba algunas compañeras antes de enamorarse de alguien nuevamente.

— Él ha hecho bastante rebote —, dijo William. — Rebote a niveles espaciales.

— ¿Jake? ¿Eso cómo te hace sentir? — dijo Marc.



— Un poco raro. Quiero decir, extraño a mí mamá pero sí pienso que probablemente en bueno que él siga adelante.

Traté de imaginar lo que Sam había dicho. ¿Me habría mencionado por mi nombre? Me los podía imaginar a ambos en la cocina del pequeño vagón, teniendo una honesta discusión mientras tomaban té y tostadas. Mis mejillas estaban en llamas. No estaba segura si quería que Sam hiciera supuestos sobre nosotros tan pronto. Debí haber sido más clara respecto a que lo sucedido no significaba que estuviéramos en una relación. Era muy pronto. Y muy pronto para que Jake estuviera hablando de nosotros en público.

— ¿Y has conocido a la mujer? — dijo Natasha. — ¿Te cae bien?

Jake agachó la cabeza.

— Si. Esa es la parte que no me gustó.

Levanté la mirada.

— La invitó a desayunar el domingo, y ella era una total pesadilla. Usaba una blusa ajustadísima y ponía sin parar su mano alrededor de mis hombros como si me conociera, y se reía muy fuerte y luego cuando mi papá estaba en el jardín ella me miraba con los ojos saltones y decía: “¿Y *cómo* estás?” con este cabeceo tan fastidioso.

— Oh, el cabeceo —, dijo William, y hubo un murmullo de concordancia. Todos conocíamos el cabeceo.

— Y cuando papá estaba ahí ella sólo reía y sacudía su cabello todo el tiempo, como si estuviera intentando ser una adolescente cuando era evidente que tiene *por lo menos* treinta. — Arrugó la nariz con disgusto.

— ¡Treinta! — dijo Daphne, su mirada deslizando hacia los lados. — ¡Imagínense!

— De hecho, prefería a esa que siempre me interrogaba sobre él. Al menos ella no pretendía ser mi mejor amiga.

Apenas y pude oír el resto de lo que dijo. Un zumbido distante había comenzado a resonar en mis oídos, sofocando todo el sonido, ¿Cómo pude haber sido tan estúpida? De repente recordé a Jake poniendo los ojos en blanco la primera vez que me vio platicando con Sam. Ahí estaba mi





advertencia, justo ahí, y fui lo suficientemente estúpida como para ignorarla.

Me sentí caliente y temblorosa. No podía quedarme ahí. No podía seguir escuchando.

— Um... Acabo de recordar que tengo un compromiso —, mascullé, recogiendo mi bolso y saltando de mi asiento. — Lo siento.

— ¿Todo bien, Louisa? — dijo Marc.

— Todo bien. Tengo que correr. — Corrí hacia la puerta, mi sonrisa falsa estampada en la cara tan apretada que era doloroso.

***

Y ahí estaba él. Claro que lo estaba. Acababa de estacionar su motocicleta en el estacionamiento y estaba quitándose el casco. Salí del salón de la iglesia y me detuve en lo más alto de las escaleras, preguntándome si había alguna posibilidad de llegar mi auto sin toparme con él, pero no había esperanza. La parte física de mi cerebro registró su forma antes de que las sinapsis restantes se emparejaran: un rubor de placer, el recuerdo de cómo se sintieron sus manos en mí. Y después esa furia flameante, el pulse sanguíneo de la humillación.

— Hola — dijo cuándo me vio, su sonrisa natural, sus ojos arrugados con placer. Maldito encantador.

Aminoré el paso sólo lo suficiente para que él pudiera registrar el dolor en mi rostro. No me importaba. Me sentí como Lily de repente. No me iba a guardar esto. Esta no había sido *yo* saliendo de la cama de alguien para entrar en otra.

— Buen trabajo, completo gilipollas — escupí, para luego correr hasta mi auto antes de que mi voz entrecortada se convirtiera en un sollozo de verdad.

***

La semana, como en respuesta a un inaudible y maligno silbido de perro, de hecho se las arregló para ir picada desde eso. Richard se puso más pesado, se quejaba de que no sonreíamos lo suficiente y de que nuestra



falta de “platicas ingeniosas y alegres” con los clientes estaba enviando a los viajeros a Wings in the air Bar and Grill. El clima cambió, haciendo los cielos de un gris metálico y retrasando vuelos con tormentas tropicales, así que el aeropuerto estaba lleno de pasajeros malhumorados, y después, con una puntualidad inmaculada los maleteros se fueron de huelga.

— ¿Qué puedes esperar? Mercurio está en retroceso — dijo Vera, salvajemente, y gruñéndole a un cliente que pidió menos espuma en su capuchino.

***

En casa, Lily llegó bajo su propia nube oscura. Se sentó en la sala de estar, pegada a móvil, pero lo que sea que estaba en él no parecía tenerla contenta. Ella miraba por la ventana, con el rostro endurecido, como su padre lo había hecho, como si hubiera estado tan atrapada como él lo estuvo. Traté de explicarle que Will me había regalado aquellas medias negras y amarillas y que su significado no tenía que ver con el color o con la calidad, sino que...

— Sí, sí, las medias. Lo que sea — dijo ella.

Por tres noches casi no dormí. Me quedé mirando hacia el techo, inflamada por una furia tan fría como la piedra que se había alojado en mi pecho y que se rehusaba a irse. Estaba tan enojada con Sam, pero estaba más enojada conmigo misma. Me envió dos mensajes de texto, un enloquecedoramente inocente “??”, al cual no respondí pues no confiaba en mí para hacerlo. Había hecho la clásica cosa que hacen las mujeres de ignorar todo lo que un hombre dice o hace, prefiriendo escuchar a nuestro propio tamborileo: *Él será diferente conmigo.* Le había besado. Yo había hecho que todo el asunto pasara. Así que sólo podía culparme a mí misma.

Traté de decirme a mí misma que había hecho un escape afortunado. Me dije, con pequeños signos de exclamación internos, que era mejor darse cuenta ahora, ¡que dentro de seis meses! Traté de verlo desde el punto de vista de Marc: ¡era bueno haber seguido adelante! ¡Podría entizar esta como otra experiencia! ¡Al menos el sexo era bueno! Y entonces las estúpidas lágrimas derramaban de mis estúpidos ojos, y yo las mandaba a volar, diciéndome a mí misma que eso me pasaba por haber dejado a alguien acercarse tanto.





A la depresión, según aprendimos en el grupo, le gusta el vacío. Era mucho mejor estar haciendo algo, o planeándolo. A veces la ilusión de felicidad podía crearla por inadvertencia. Cansada de llegar a casa y encontrar a Lily postrada en el sofá cada noche, e igual de cansada de disimular que eso no me irritaba, el viernes por la noche le dije que iríamos a ver a la señora Traynor al día siguiente.

— Pero dijiste que ella no respondió a tu carta.

— Quizá no la recibió. Como sea. En algún momento el señor Traynor le hablará a su familia sobre ti así que bien podemos ir a verla antes de que eso suceda.

Ella no dijo nada. Tomé eso como un tácito signo de concordancia y la dejé a solas.

Aquella noche me encontré a mí misma revisando la ropa que Lily había sacado de la maleta, la ropa que había ignorado después de haber dejado Inglaterra para ir a Paris dos años atrás. No había motivo para usarlas. No me había sentido como esa persona desde que Will había fallecido.

Ahora, sin embargo, se sentía importante vestir algo que no fueran vaqueros o trajes verdes de bailarina irlandesa. Encontré un vestido corto de color azul marino que alguna vez había amado y que ahora lucía lo suficientemente sobrio para una visita medianamente formal, lo planché y colgué a un lado. Le dije a Lily que saldríamos a las nueve a la mañana siguiente y me fui a la cama, maravillándome de lo exhaustivo que era vivir en una casa con una persona que creía que cualquier habla más allá de un gruñido era da un paso súper humano demasiado lejos.

Diez minutos después de cerrar mi puerta, una nota fue empujada debajo de ella.

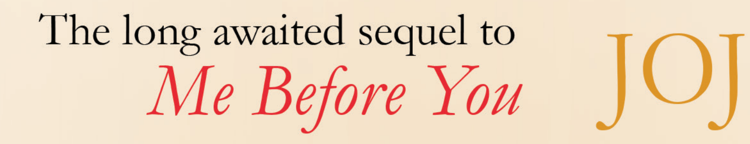
Querida Louisa

Perdón por tomar prestada tu ropa. Y gracias por todo. Sé que soy un fastidio a veces.

Disculpa.

Lily xxx





PD. Aunque en realidad deberías usar esas ropas. Son mucho mejores que las cosas que usas.

Abrí la puerta y Lily estaba ahí de pie, su expresión era seria. Camino hacia mí y me dio un breve y empático abrazo, tan apretado que me lastimó las costillas. Entonces se volteó y, sin decir palabra, desapareció de nuevo en la sala de estar.

***

El día amaneció más brillante, nuestro humor se levantó un poco con eso. Manejamos varias horas a un diminuto pueblo en Oxfordshire, un lugar de jardines amurallados y paredes bronceadas teñidas de un color mostaza. Parloteé durante el viaje, más que nada para ocultar mis nervios por ver de nuevo a la señora Traynor. Lo más difícil de hablar con un adolescente, según lo que yo había descubierto, era que lo que sea que dijeras inevitablemente te hacía sonar como la tía vieja de alguien en una boda.

— ¿Y qué cosas te gusta hacer? ¿Mientras no estás en la escuela?

Ella se encogió de hombros.

— ¿Qué crees que te gustaría hacer después de que te vayas?

Ella me dio esa mirada.

— Debes haber tenido pasatiempos cuando eras más pequeña.

Ella se tambaleó en una lista vertiginosa: concursos hípicos, lacrosse, hockey, piano (en quinto grado), atletismo a campo traviesa, tennis a nivel de condado.

— ¿Todo eso? ¿Y no quisiste seguir con ninguno de esos?

Ella inspiró y se encogió de hombros al mismo tiempo, después puso sus pies en el tablero, como si diera por cerrada la conversación.

— A tu padre le fascinaba viajar — comenté después de unas cuantas millas.

— Sí me dijiste.





— Una vez me dijo que había estado en todos lados excepto en Corea del Norte. Y Disneyland. Él podía contar historias de lugares de los que yo jamás había siquiera oído.

— La gente de mi edad no va en busca de aventuras. Ya no queda nada para descubrir. Y la gente que se va de mochilas en sus años sabáticos es increíblemente tediosa. Se la pasan parloteando de algún bar que descubrieron en Ko Phan Yan, o de cómo consumieron drogas increíbles en la selva burma.

— No te tienes que ir de mochilas.

— Sí, pero una vez que ves el interior del Mandarin Oriental, los has visto todos. — bostezó.

— Una vez vine a la escuela cerca de aquí —, observó después, mirando por la ventana. — Fue la única escuela que realmente me gustó. — Pausó. — Tenía una amiga llamada Holly.

— ¿Qué sucedió?

— Mamá se obsesionó con la idea de que no era la escuela *adecuada.* Dijo que no estaban al nivel de las tablas de la liga o algo así. Sólo era un pequeño internado. No era académico. Así que me cambiaron. Después de eso no me molesté por hacer amigos. ¿Cuál es el punto si te van a cambiar de nuevo de todas maneras?

— ¿Seguiste en contacto con Holly?

— La verdad no. No tiene caso cuando ni siquiera podemos vernos.

Tuve la vaga memoria de las relaciones femeninas adolescentes; eran más una pasión que una amistad normal.

— ¿Qué piensas hacer? Digo, si en realidad no planeas regresar a la escuela.

— No me gusta anticiparme.

— Pero tienes que pensar en algo, Lily.

Cerró los ojos por un minuto, después bajó los pies del tablero y se arrancó algo de barniz púrpura de las uñas.




— No lo sé, Louisa. Tal vez sólo seguiré tu increíble ejemplo y haré todas las cosas emocionantes que tú haces.

Respiré profundamente tres veces, sólo para evitar parar el auto en la autopista. Nervios, me dije a mí misma. Sólo eran los nervios. Entonces, sólo para molestarla, encendí la Radio 2 muy fuerte y lo mantuve así durante el resto del viaje.

***

Encontramos el Four Acres Lane con la ayuda del paseador de perros local y nos estacionamos afuera del Fox—s Cottage, un modesto edificio blanco con un techo de paja. Afuera, rosas escarlata caían alrededor de un arco de hierro al principio del jardín, y botones delicadamente coloreados peleaban por espacio en muy ordenados lechos. Un pequeño Hatchback estaba asentado en la puerta.

— Se ha ido hacia abajo en el mundo — dijo Lily, mirando hacia afuera.

— Es bonita.

— Es una caja de zapatos.

Me quedé sentada, escuchando el motor apagarse.

— Escucha, Lily. Antes de que entremos. Sólo no esperes demasiado — dije. — La señora Traynor es algo formal. Se refugia en sus modales. Ella probablemente se dirija a ti como si fuera una profesora. Quiero decir, no creo que te abrace como lo hizo el señor Traynor.

— Mi abuelo en un hipócrita —. Esnifó Lily. — Él actúa como si fueras la cosa más grandiosa en la historia, pero en realidad sólo es un marica.

— Y por favor no uses el término “marica”.

— No hay razón para pretender que soy algo que no soy —, dijo Lily, malhumorada.

Nos quedamos sentadas ahí por un rato. Me di cuenta de que ninguna de las dos quería ser la que caminara hacia esa puerta.

— ¿Debería intentar llamarla una vez más? — dije, sosteniendo mi teléfono. Ya había intentado en dos ocasiones por la mañana pero había ido directo al buzón de voz.





— No se lo digas inmediatamente — ella dijo de repente. — Quien soy, quiero decir. Yo sólo... Yo sólo quiero ver cómo es ella primero. Antes de que le digamos.

— Claro — dije, suavizándome. Y antes de que pudiera decir algo más, Lily ya estaba fuera del auto y caminado hacia la entrada principal, sus manos en puños, como las de un boxeador a punto de entrar al ring.

***

La señora Traynor se había dejado crecer las canas. Su cabello, que había estado teñido de marrón oscuro, ahora era blanco y corto, haciéndola ver mucho mayor de lo que realmente era, o como alguien que estaba en un periodo de convalecencia después de una grave enfermedad. Probablemente se sentía mucho más ligera que la última vez en que la vi, y había vacíos de color purpúreo bajo sus ojos. Miró a Lily con una confusión que me decía que no esperaba visitas en ningún momento. Entonces ella me vio y sus ojos se agrandaron.

— ¿Louisa?

— Hola, señora Traynor —. Di un paso hacia adelante y extendí la mano. — Pasábamos por el vecindario. No sé si recibió mi carta. Sólo pensé en pasar y saludarla...

Mi voz —falsa y de una forzada alegría- fue disminuyendo. La última vez que nos habíamos visto fue cuando le ayudé a limpiar la habitación de su hijo fallecido; la que había sido suya antes de su último aliento. La vi revivir ambos hechos en ese momento.

— Sólo estábamos admirando su jardín.

— Rosas David Austin —, dijo Lily.

La señora Traynor la miró como si la notara por primera vez. Su sonrisa fue leve y temblorosa.

— Sí. Sí, lo son. Qué inteligente. Es... Mil disculpas. No acostumbro recibir visitas. ¿Cuál dijiste que era tu nombre?

— Ella es Lily — dije, y miré como Lily tomó sacudió la mano de la señora Traynor, estudiándola con atención.





Nos quedamos de pie ahí en la entrada principal y finalmente, como si pensara que no tenía otra alternativa, la señora Traynor se volteó y empujó la puerta.

— Supongo que será mejor que entren.

***

La casita de campo era diminuta; sus techos tan bajos que incluso yo tuve que agacharme para pasar del recibidor a la cocina. Esperé a que la señora Traynor preparará el té, viendo a Lily caminar sin descanso alrededor de la pequeña sala de estar, navegando entre los muebles antiguos que yo recordaba de Granta House, tomando cosas y volviéndolas a colocar en su lugar.

— ¿Y cómo has estado?

La voz de la señora Traynor era monótona, como si no hubiera pregunta alguna para la cual en realidad estuviera buscando una respuesta.

— Oh, muy bien. Gracias.

Largo silencio.

— Es un pueblito muy hermoso.

— Sí. Bueno, en realidad no podía quedarme en Stortfold... — sirvió agua hirviente en la tetera y no pude evitar acordarme de Della, moviéndose con pesadez por la vieja cocina del señor Traynor.

— ¿Conoce a mucha gente en el área?

— No —. Dijo, como si esa hubiera sido la única razón por la cual se había mudado ahí. — ¿Te molestaría llevar la jarra de leche? No puedo acomodar todo en esta bandeja.

De ahí siguió una dolorosamente elaborada trabajosa conversación de una media hora. La señora Traynor, una mujer infundida con la habilidad instintiva de la clase media alta de estar enterada de todo acontecimiento social, había perdido su habilidad para comunicarse. Parecía sólo estar la mitad de ella cuando hablaba con nosotras. Preguntaba algo para después preguntarlo diez minutos después, como si no hubiera registrado la respuesta. Me pregunté sobre el uso de los antidepresivos. Lily la observaba




discretamente, sus pensamientos maquinando a través de su rostro, y me senté entre ellas, un nudo se fue haciendo más y más grande en mi estómago, a la espera de que algo sucediera.

Platiqué con el silencio, hablando de mi terrible trabajo, de cosas que había hecho en Francia, el hecho de que mis padres estuvieren bien, gracias — cualquier cosa para terminar esa insufrible, opresiva calma que trepaba por toda la pequeña habitación cuando fuera que yo me detuviera. Pero el dolor de la señora Traynor estaba por toda la casa, como una niebla. Si el señor Traynor se veía exhausto debido a la tristeza, la señora Traynor parecía haber sido devorada por ella. Ya casi no quedaba nada de la enérgica y orgullosa mujer que yo había conocido.

— ¿Qué las trae por esta área? — dijo, finalmente.

— Am... Sólo estamos visitando a unos amigos —, dije.

— ¿Cómo se conocen ustedes dos?

— Yo... conocí al padre de Lily.

— Qué bueno —, dijo la señora Traynor, y sonrió incómodamente. Miré a Lily, esperando que ella dijera algo, pero se había congelado, como si ella también estuviera abrumada, enfrentando la realidad del dolor de esta mujer.

Nos bebimos una segunda taza de té, e hice un comentario sobre su hermoso jardín por tercera o quizá cuarta vez, y batallé con la sensación de que nuestra presencia estaba requiriendo un poder sobrehumano por parte de ella. Ella no nos quería ahí. Era demasiado educada para decirlo, pero era obvio que sólo quería estar sola. Estaba en cada gesto, en cada sonrisa forzada, en cada intento por mantenerse por arriba en la conversación. Sospeché en el momento en que nos fuéramos ella sólo se quedaría sentada ahí o subiría a su habitación y se acurrucaría en su cama.

Y entonces la noté: la completa ausencia de fotografías. Donde Granta House había estado llena de portarretratos de marcos de plata con fotos de sus hijos, de su familia, de ponies, vacaciones de esquí, abuelos distantes, esta cabaña estaba vacía. Un pequeño tallado de un caballo, una acuarela de algunos Jacintos, pero no había gente. Me encontré a mí misma moviéndome con inquietud en mi asiento, preguntándome si no los había notado, reunidos en alguna mesa ocasional o en el alfeizar de alguna





ventana. Pero no: la casita era brutalmente impersonal. Pensé en mi propio apartamento, mi completo fracaso para personalizarlo o para permitirme a mí misma convertirlo en alguna especie de hogar. Y de repente me sentí plomiza y desesperadamente triste.

¿Qué nos has hecho, Will?

— Probablemente es tiempo de que nos vayamos, Louisa —, dijo Lily, mirando intencionadamente el reloj. — Sí mencionaste que no querías que nos cogiera el tráfico.

La miré.

— Pero...

— Tú dijiste que no debíamos quedarnos mucho rato. — Su voz era alta y clara.

— Ah, sí. El tráfico puede ser muy tedioso. — La señora Traynor comenzó a levantarse de su silla.

Miré ferozmente a Lily, a punto de protestar de nuevo, cuando el teléfono sonó. La señora Traynor se encogió, como si el sonido fuera poco familiar. Nos miró a cada una, preguntándose si debía contestar, y entonces, quizá dándose cuenta de que no podría ignorarlo mientras estuviéramos ahí, se excusó y caminó hacia otra habitación, donde la oímos contestar.

— ¿Qué estás haciendo?

— Todo esto no se siente correcto —, dijo Lily, miserablemente.

— Pero no podemos irnos sin decirle.

— Pero simplemente no puedo hacerlo hoy. Todo esto es...

— Sé que estás asustada. Pero mírala, Lily. En verdad creo que le ayudaría si le dijeras. ¿No crees?

Los ojos de Lily se agrandaron.

— ¿Decirme qué?

Mi cabeza giró. La señora Traynor estaba de pie muy quieta junto a la puerta que daba hacia el pequeño pasillo.





— ¿Qué es lo que necesitan decirme?

Lily me miró, y después a la señora Traynor. Sentí el tiempo moverse con más lentitud a nuestro alrededor. Ella tragó, alzó su barbilla un poco.

— Que soy su nieta.

Hubo un breve silencio.

— Mi... ¿Qué?

— Soy hija de Will Traynor.

Sus palabras hicieron eco en la pequeña habitación. La mirada de la señora Traynor se deslizó hacia la mía, como para comprobar si esto en verdad era una broma de muy mal gusto.

— Pero... no puedes serlo.

Lily rebufó.

— Señora Traynor, sé que esto debe ser una gran impresión... — comencé a decir.

Ella no me oyó. Estaba mirando con fiereza a Lily.

— ¿Cómo pudo mi hijo tener una hija de la que yo no sabía nada?

— Porque mi madre no le dijo a nadie. — La voz de Lily emergió como un susurro.

— ¿Todo este tiempo? ¿Cómo pudiste haber sido un secreto todo este tiempo? — La señora Traynor me miró. — ¿Tú sabías sobre esto?

Tragué.

— Es por esto que le escribí la carta. Lily vino a buscarme. Ella quería saber sobre su familia. Señora Traynor, no queríamos causarle más dolor. Es sólo que Lily quería conocer a sus abuelos y no le fue particularmente bien con el señor Traynor y...

— Pero Will hubiera dicho algo. — Sacudió su cabeza. — Yo sé que lo hubiera hecho. Él era *mi hijo.*

— Me haré una prueba de ADN si en realidad no me cree — dijo Lily, con sus brazos cruzados sobre su pecho. — Pero no estoy en busca de nada




suyo. No necesito venir a vivir con usted o algo por el estilo. Tengo mi propio *dinero,* si eso es lo que piensa.

— No estoy muy segura de lo que yo... — comenzó a decir la señora Traynor.

— No tiene que verse horrorizada. No soy una enfermedad contagiosa que acaba de heredar. Sólo soy una, ya sabe, *nieta*. Jesús.

La señora Traynor se hundió en una silla lentamente. Después de un momento, una mano temblorosa fue hasta su cabeza.

— ¿Se encuentra bien, señora Traynor?

— No creo que yo... — La señora Traynor cerró los ojos. Parecía haberse retraído a algún lugar lejano dentro de sí misma.

— Lily, creo que debemos irnos. Señora Traynor, le escribiré mi número. Regresaremos cuando haya podido superar la noticia.

— ¿Según quién? Yo no planeo regresar aquí. Piensa que soy una mentirosa. Jesús. Esta *familia.*

Lily nos miró a ambas con incredulidad, después se empujó a sí misma hacia afuera, tirando en el camino una pequeña mesa de nogal. Me detuve y la recogí, acomodando de nuevo las pequeñas cajas de plata que estaban en su superficie.

La señora Traynor estaba desvaída con la impresión.

— Lo siento, señora Traynor —, dije. — En realidad intenté ponerme en contacto con usted antes de venir.

Oí la puerta del auto azotarse. La señora Traynor respiró profundamente.

— No leo las cosas si no sé de donde vienen. He recibido cartas. Cartas viles. Diciéndome que yo... Ya no contestó casi nada ahora... Nunca es nada que quiera oír. — lucía desconcertada y vieja y frágil.

— Lo siento. Realmente lo siento.

Tomé mi bolso y escapé.




— No digas nada — dijo Lily, en cuanto subí al auto. — Sólo no lo hagas. ¿De acuerdo?

— ¿Por qué hiciste eso? — me senté en el asiento del conductor con las llaves en la mano. — ¿Por qué saboteaste todo?

— Pude ver como se sentía sobre mí desde el momento en que me vio.

— Es una madre, evidentemente aun de luto por su hijo. Le acabamos de dar una impresión enorme. Y tú te le fuiste encima como un cohete. ¿No pudiste quedarte callada y dejarla digerir todo? ¿Por qué tienes que alejar a todos de ti?

— Oh, ¿qué diablos podrías saber tú de mí?

— Pareces determinada a destruir tu relación con toda persona que pueda acercarse a ti.

— Oh, Dios. ¿Es esto sobre esas estúpidas medias de nuevo? ¿Qué sabes tú de nada? Te pasas la vida sola en un apartamento de mierda donde nadie te visita. Tus padres evidentemente piensan que eres una perdedora. No tienes las agallas para salirte del trabajo más patético del mundo.

— Tú no tienes idea de lo difícil que es conseguir cualquier trabajo, estos días, así que no vengas decirme...

— Eres una *perdedora.* Peor que eso, eres una perdedora que piensa que puede decirle a la demás gente lo que debe hacer. ¿Y quién te da el derecho? Te sentaste en el lecho de muerte de mi padre y lo miraste morir, y no hiciste nada al respecto. ¡Nada! Así que no pienso que seas una gran jueza respecto a cómo hay que comportarse.

El silencio en el auto era tan duro y frágil como el vidrio. Me quedé viendo fijamente el volante. Esperé hasta que estuve segura de que podía respirar normalmente.

Después encendí el auto y manejamos las 120 millas a casa en silencio.





CAPÍTULO 15

Apenas vi a Lily los próximos días, y eso me vino muy bien. Cuando llegaba a casa del trabajo un rastro de migas o tazas vacías confirmaban que había estado allí. Un par de veces caminaba y el aire se sentía extrañamente perturbado, como si algo le hubiera ocurrido que no podía identificar. Pero no faltaba nada y nada evidentemente alterada, lo atribuí a la rareza de compartir un piso con alguien que no conocía. Por primera vez me permití admitir que extrañaba estar sola.

Llamé a mi hermana, y ella tuvo la delicadeza de no decir: "Te lo dije." Bueno, tal vez sólo una vez. “Eso es lo peor de ser padre ", dijo, como si yo fuera uno también. “Estás destinado a ser esta persona serena, que todo lo sabe, graciosa que puede manejar todas las situaciones. Y a veces, cuando Thom es grosero, o estoy cansada, sólo quiero cerrar la puerta a él o meter mi lengua y decirle que es un asno”.

Lo cual era más o menos lo que yo sentía.

El trabajo había llegado a un punto de la miseria en que tenía que hacerme cantar melodías en mi coche para manejar al aeropuerto.

Y luego estaba Sam.

En el cual no pensaba.

No pensaba en él por la mañana, cuando veía mi cuerpo desnudo en el espejo del baño. No recordaba la forma en que sus dedos habían trazado mi piel e hicieron mis cicatrices rojas no tan invisibles como parte de una historia o de nuevo como una breve noche, me había sentido imprudente y con vida compartida. No pensaba en él cuando veía a las parejas, con las cabezas inclinadas juntas mientras examinaban sus tarjetas de embarque, frente a compartir aventuras románticas - o sólo sexo mono caliente - en destinos muy lejos de allí. No pensaba en él en el camino al trabajo y viceversa, siempre que una ambulancia pasaba gritando. Que parecía suceder un número excesivo de veces. Y definitivamente no pensaba en él en la noche, cuando me sentaba sola en casa en el sofá, mirando un





programa de televisión cuyo argumento no podría haber dicho, y mirando, yo imaginaba como el más solitario duendecillo porno inflamable en el planeta.

Nathan llamó y dejó un mensaje, me pedía que le llamara. No estaba segura de que podría soportar oír el último episodio de su emocionante nueva vida en Nueva York, y lo puse en mi mental lista de tareas pendientes de lo que en realidad nunca haría. Tanya me envió un mensaje para decir los Houghton-Miller habían venido a casa tres días antes, algo que ver con el trabajo de Francis. Richard llamó, diciéndome que estaba en el turno de tarde de lunes a viernes. *Y por favor, no llegues tarde, Louisa. Me gustaría recordarte una vez más que te encuentras en tu última advertencia.*

Hice lo único que podía pensar: me fui a casa, conduciendo a Stortfold con la música a todo volumen por lo que resultó que no tenía que estar a solas con mis pensamientos. Me sentí agradecida con mis padres. Sentí un tirón casi umbilical hacia casa, el confort ofrecido por una familia tradicional y el almuerzo del domingo en la mesa.

— ¿Almuerzo?—, Dijo papá, con los brazos cruzados sobre su estómago, su mandíbula se encontraba en indignación. —Oh no. No hacemos el almuerzo del domingo más. El almuerzo es un signo de la opresión patriarcal.

El abuelo asintió con tristeza desde la esquina.

—No, no, no podemos almorzar. Hacemos bocadillos en un domingo ahora. O sopa. La sopa es aparentemente agradable al feminismo.

Treena, estudiando en la mesa del comedor, puso los ojos en blanco.

—Mamá está en clase de poesía de mujeres los domingos por la mañana en el centro de educación de adultos. Casi se convirtió en Andrea Dworkin.

— ¿Lo ves, Lou? Ahora espero saber todo sobre el feminismo y este tío Andrew Dorkin ha robado mi puñetero almuerzo del domingo.

—Estás siendo dramático, papá.

— ¿Cómo es esto dramático? Domingos es el tiempo en *familia*. Debemos tener el almuerzo familiar en domingo.

—Toda la vida de mamá ha pasado el tiempo en familia. ¿Por qué no puedes dejarla tener en algún momento para sí misma?

***

Papá señaló con el periódico doblado a Treena.

—Tú hiciste esto. Tu mamá y yo estábamos perfectamente felices antes de que empezaras a decirle que no lo era.

El abuelo asintió con la cabeza.

—Todo está desaparecido por aquí en forma de pera. No puedo ver la televisión sin su murmullo, "sexista", en los anuncios de yogur. Esta es sexista. Eso es sexista. Cuando traje a casa la copia de Ade Palmer del —Sol— sólo por un poco de lectura, quemó las páginas de deportes por la página tres. Nunca sé dónde está, de un día para otro.

—Una clase de dos horas —, dijo Treena, suavemente, sin levantar la vista de sus libros. — En un domingo.

—No me estoy divirtiendo, papá —, le dije — ¿pero esas cosas en el extremo de tus brazos?

— ¿Qué? — Papá miró hacia abajo. — ¿Qué?

—Tus manos—, le dije. —No están pintadas.

Él frunció el ceño.

—Así que supongo que podrías hacer el almuerzo. ¿Darle mamá una sorpresa cuando regrese de su clase de la poesía?

Los ojos de papá se agrandaron.

— ¿Yo haciendo el almuerzo del domingo? ¿Yo? Hemos estado casados casi treinta años, Louisa. Yo no hago el puñetero almuerzo. Hago la ganancia, y su madre lo hace el almuerzo. ¡Ese es el trato! ¡Eso es lo que firmé! ¿Cuál es el mundo que viene a si estoy allí con un delantal puesto, pelando patatas, en un domingo? ¿Cómo es eso justo?

—Se llama vida moderna, papá.

—Vida moderna. No ayudas— Papá dijo, y carraspeó. —Te apuesto señor Traynor tiene su almuerzo del domingo. Esa chica no debe ser una feminista.

—Ah. Entonces necesitas un castillo, papá. Los castillos triunfan con feminismo cada vez.

Treena y yo empezamos a reír.

— ¿Sabes qué? Hay una razón por la que ustedes dos no han conseguido novios.

—Ooh. ¡Tarjeta Roja!— Las dos levantamos la mano derecha. Empujó su periódico en el aire y fue pisoteando al jardín.

Treena me sonrió.

—Yo iba a sugerir que cocinar el almuerzo, pero... ¿ahora?

—No lo sé. No me gustaría perpetuar la opresión patriarcal. ¿Pub?

—Excelente. Mandaré un mensaje a mamá.

Mi madre, surgió, tenía, la edad de cincuenta y seis años y comenzó a salir de su caparazón, primero tentativamente como un cangrejo ermitaño, pero ahora, al parecer, cada vez con mayor entusiasmo. Durante años no había salido de casa sin compañía, estuvo satisfecha con el pequeño dominio de nuestros tres y medio dormitorios en casa. Pero pasar semanas en Londres después de que tuve mi accidente la había forzado a salir de su rutina normal y provocó cierta curiosidad sobre la vida más allá de Stortfold. Ella había comenzado a hojear algunos de los textos feministas que Treena le había dado del grupo de la conciencia Gender Quake en la universidad, y estos dos acontecimientos alquímicos había sido la causa de que mi madre despertara. Ella había trazado su camino a través de *El segundo sexo* y *Miedo a volar*, siguió con *La mujer eunuco*, y después leyó *El cuarto de la Mujer* que había sido tan sorprendente lo que vio, los paralelismos con su propia vida que se había negado a cocinar durante tres días, hasta que había descubierto al abuelo acaparado con cuatro paquetes de rosquillas rancias.

—No dejo de pensar en lo que dijo tu hombre Will, — ella comentó, cuando nos sentamos alrededor de la mesa en el jardín del pub, viendo a Thom periódicamente topando la cabeza con los otros niños en el flácido



castillo inflable. —Sólo tienes una vida, ¿no es eso lo que te dijo? — Llevaba su camisa de manga corta azul de costumbre, pero se había atado el pelo hacia atrás de una manera que no había visto antes y parecía extrañamente juvenil. —Así que sólo quiero hacer la mayor parte de las cosas. Aprender un poco. Tomar las riendas de vez en cuando.

—Papá está bastante cabreado— le dije.

—Idioma.

—Es un sándwich—, dijo mi hermana. —Él no ha estado en curso por cuarenta días a través del desierto de Gobi para la comida.

—Y es un curso de diez semanas. Vivirá —, dijo mi madre, con firmeza, y luego se sentó y nos contempló. —Bueno, ahora, ¿no es esto agradable? No estoy segura desde hace cuando no salíamos juntas las tres... bueno, desde que eran adolescentes e íbamos de compras a la ciudad los sábados.

—Y Treena se quejaba de que todas las tiendas estaban aburridas.

—Sí, pero eso es porque a Lou le gustaban las tiendas de caridad que olían a axilas de las personas.

—Es bueno verte con algunas de tus cosas favoritas de nuevo. — Mamá asintió hacia mí con adoración. Me había puesto una brillante camiseta amarilla con la esperanza de que iba a hacerme parecer más feliz de lo que me sentía.

Me preguntaron sobre Lily, y me dijeron que estaba de vuelta con su madre, y había sido rara con ellos, se miraron, como que era más o menos lo que habían esperado que dijera. No les dije acerca de la señora Traynor.

—Toda esa cosa de Lily, era una situación muy extraña. No se me ocurre cómo esa madre acaba de entregarte a su hija.

—Mamá quiere decir que está muy bien, de todas formas— dijo Treena.

—Pero ese trabajo tuyo, Lou, amor. No me gusta la idea de que te pavonees detrás de una barra en tu próximo-o-nada. Suena como ese lugar... ¿Qué es?

—Hooters —dijo Treena.



—No es como Hooters. Es un aeropuerto. Mis tetas son totalmente adecuadas

—Nadie le silba a esas sirenas— dijo Treena.

—Pero estás usando un traje sexista para servir bebidas. Si eso es lo que quieres hacer, puedes hacerlo en... no sé, Disneyland París. Si fueras Minnie, o Winnie the Pooh, ni siquiera tendrías que mostrar las piernas.

—Tendrás treinta pronto—, dijo mi hermana. —Minnie, Winnie o Nell Gwynnie. La decisión es tuya.

—Bueno—, dije, cuando la camarera trajo nuestro pollo y patatas fritas, —He estado pensando, y, sí, tienen razón. A partir de ahora voy a seguir adelante. Me concentraré en mi carrera.

— ¿Puedes decir eso otra vez?— Mi hermana pasó algunas de sus papas al plato de Thom. El jardín de pub se había hecho más ruidoso.

—Me concentraré en mi carrera—, les dije, más fuerte.

—No. Esa parte donde decía que yo tenía razón. No estoy segura de que lo hayas dicho desde 1997. Thom, no vayas de nuevo en el castillo inflable, cariño. Te enfermarás.

Nos sentamos allí por una buena parte de la tarde, evitando los mensajes cada vez más transversales de papá exigiendo saber lo que estábamos haciendo. Nunca me había sentado con mi madre y mi hermana, como la gente normal, los adultos, tener conversaciones que no involucran a poner nada a distancia o alguien siendo muy molesto. Nos encontramos sorprendentemente interesadas en la vida y las opiniones de las otras, como si nos hubiéramos dado cuenta de repente que cada una de nosotras puede tener un papel más allá que el de *la inteligente, la caótica,* y *la que hace todo el trabajo de casa.*

Era una sensación extraña, tener que ver a mi familia como seres humanos.

—Mamá, — dije, poco después de que Thom había terminado su pollo y salía corriendo para jugar, y unos cinco minutos antes de que perdiera su almuerzo en el castillo inflable y lo puso fuera de acción por el resto de la tarde, —¿alguna vez te importó no haber tenido una carrera?

—No. Me encantaba ser madre. Realmente me gusta. Pero es extraño... Todo lo que ha pasado en los últimos dos años, te hace pensar.

Esperé.

—He estado leyendo acerca de todas estas mujeres: estas almas valientes que hicieron una diferencia en el mundo de la forma de pensar y hacer las cosas. Y miro a lo que he hecho y me pregunto si, bueno, si alguien se daría cuenta si yo no estuviera aquí.

Lo dijo muy uniformemente por lo que no podía decir si estaba en realidad mucho más molesta por eso a que estaba dispuesta a dejarlo.

—Nos daríamos cuenta, mamá— le dije.

—Pero no es como que he hecho un gran impacto, ¿verdad? No lo sé. Siempre he sido contenida. Pero me he pasado treinta años haciendo una cosa y ahora todo lo que he leído, la televisión, los periódicos, es como si todo el mundo me está diciendo que no valía nada.

Mi hermana y yo nos miramos la una a la otra.

—No fue nada, mamá.

—Son chicas dulces.

—Quiero decir, tu…— Pensé de pronto en Tanya Houghton-Miller —...nos haces sentir seguras. Y amadas. Me gusta que estás ahí todos los días cuando volvemos a casa.

Mamá puso su mano sobre la mía.

—Estoy bien. Estoy tan orgullosa de ustedes dos, haciendo su propio camino en el mundo. De verdad. Pero sólo necesito averiguar algunas cosas por mí misma. Y es un viaje interesante, realmente lo es. Soy amante de la lectura. La señora Decanos en la biblioteca me está llamando en todo tipo de cosas que piensa que podría estar interesada. Me voy a pasar a las feministas de América New Wave después. Son muy interesantes, todas sus teorías. — Cruzó su servilleta de papel cuidadosamente. —Me hubiera gustado que todos dejaran de discutir entre sí, sin embargo. Yo quiero algo para golpear sus cabezas juntas.

—Y... ¿Realmente aún no se afeita las piernas?

Había ido demasiado lejos, la cara de mamá estaba cerrada, y me dio una mirada sospechosa.

—A veces, te tomaba un tiempo levantar una verdadera señal de opresión. Le he dicho a tu padre, y les diré chicas, que el día que él vaya al salón para tener sus piernas cubiertas con cerca caliente, y que está después sea arrancada por una brusca chica de veintiún años, es el día que comenzaré a hacerlo yo también.

***

El son cayó sobre Stortfold, como una mantequilla derretida. Me quedé más tarde de lo que pensaba, dije adiós a mi familia, me subí a mi auto y manejé de regreso a casa. Me sentía estancada, atada. Después de la turbulencia emocional de la semana pasada era bueno estar rodeada por un poco de normalidad.

Y mi hermana, quien nunca mostraba signos de debilidad, había confesado que pensó que se quedaría soltera para siempre, apartando la insistencia de Mamá de que era una chica hermosa.

—Pero soy madre soltera, —dijo. —Y aún peor, no sé coquetear. No sabría cómo coquetear con nadie incluso si Louisa se para detrás con pancartas. Y los únicos hombres que he conocido en dos años han sido o asustados por Tom o por alguna otra cosa.

—Oh, no… —comenzó mi madre. —Consejo gratis.

De pronto, mirándola desde fuera sentí simpatía. Tenía razón. Me había entregado, contra todo pronóstico, todas las ventajas… una casa para mí, un futuro libre de responsabilidades… y la única cosa que me detenía de tomarlas era yo misma. El hecho de que ella no se estuviera consumiendo con amargura por nuestras respetivas suertes era impresionante. La abracé antes de irme. Estaba un poco impresionada, después momentáneamente sospechosa, le dio golpecitos a su espalda buscando por papeles que dijeran PATÉAME, y finalmente me regresó el abrazo.

—Ven y quédate, —dije— de verdad. Ven a quedarte. Te llevaré a los clubes de baile que conozco. Mamá puede cuidar a Thom.




Mi hermana rio, y cerró la puerta del carro mientras la miraba. —Sí ¿Tú bailando? Cómo *si eso* fuera a pasar. —Ella se seguía riendo mientras me alejaba manejando.

Seis días más tarde regresé a casa después de un turno tardío en un club nocturno por mí misma. Mientras subía las escaleras de mi edificio, en lugar del usual silencio, podía escuchar el sonido distante de risas, el irregular ritmo de la música. Dude por un momento fuera de mi puerta principal, pensando que en mi estado exhausto pude haberme equivocado, entonces abrí.

El aroma a marihuana me golpeó primero, tan fuerte que casi contenía mi respiración como reflejo en lugar de inhalar. Caminé lentamente hasta la sala principal, abrí la puerta y me detuve ahí, sin ser capaz de creer al principio la escena que estaba frente a mí. En ligeramente iluminada habitación, Lily estaba recostada a lo largo de mi sofá, su corta falta alzada en alguna parte justo de su ombligo, un mal enrollado porro haciendo la mitad de camino a su boca. Dos hombres jóvenes estaban recostados contra el sofá, islas en el medio de un mar de envases de alcohol, paquetes vacíos de papás y cajas de comida para llevar de unicel. También sentadas en el suelo había dos chicas de la edad de Lily; una tenía su cabello echado hacia atrás fuertemente en una coleta, me miró con las cejas alzadas, como si fuera a preguntar qué estaba haciendo ahí. La música rebotaba desde el sistema de sonido. El número de latas de cervezas y ceniceros llenándolo todo decían que había sido una noche larga.

—Oh, —dijo Lily exageradamente— H-ho-la.

— ¿Qué están haciendo?

—Sí. Estábamos fuera, y como que perdimos el último autobús, así que pensé si estaría bien si nos quedábamos aquí. No te importa ¿verdad?

Estaba tan sorprendida que apenas podía hablar. —Sí, —dije tensamente. —De hecho, me importa.

—Uh-oh— comenzó a cacarear.

Dejé caer mi mochila con un ruido sordo a mis pies. Miré a mi alrededor ante el vertedero de basura municipal que una vez había sido mi sala de estar. —La fiesta se terminó. Les daré cinco minutos para limpiar su desastre y marcharse.





—Oh dios, lo sabía. Vas a ser aburrida sobre esto ¿Verdad? Ugh. Lo *sabía*. —se dejó caer melodramáticamente en el sofá. Su voz era confusa, sus acciones tensas con… ¿Qué? ¿Drogas? Esperé. Por un breve, tenso momento, los dos hombres me miraron directamente y pude ver que estaban pensando entre levantarse o simplemente quedarse ahí sentados. Una de las dos chicas aspiró audiblemente.

—Cuatro minutos, —dije lentamente. —Los estoy contando.

Tal vez mi ira contenida me dio algo de autoridad. Tal vez realmente eran menos valientes de lo que aparentaban. Uno por uno se puso de pie y se arrastraron a mi lado hacia la puerta principal. Mientras el último de los chicos se iba, ostentosamente alzó su mano y dejó caer una lata en el piso del corredor así la cerveza se derramó por la pared y sobre la alfombra. Azoté la puerta detrás de ellos y la levanté. Para el momento en que fui con Lily, estaba temblando de furia. — ¿A qué *demonios* crees que estás jugando?

—Jesús. Solo eran unos cuantos amigos ¿vale?

—Este no es tu departamento Lily. No es tu lugar para que traigas personas con las que crees encajar… —Un repentino recuerdo: la extraña sensación de desorientación cuando había regresado a casa hace una semana. —Oh mi dios, has hecho esto antes. ¿Verdad? La semana pasada. Has tenido personas en casa y se han ido antes de que yo llegue.

Lily se puso inestablemente de pie. Se bajó su falda y pasó una mano por su cabello, atorándose en los nudos. Su delineador estaba embarrado, y tenía lo que podía ser un moretón, o tal vez un chupetón en su cuello.

—Dios, ¿Por qué siempre *exageras* todo? Sólo eran personas ¿está bien?

—En *mi casa*.

—Bueno, difícilmente es una casa ¿no? No tiene muebles, y nada personal. No has puesto fotos en las paredes. Es como… un garaje. Un garaje sin carro. De hecho he visto estaciones de gas más hogareñas.

—Lo que yo haga con mi casa no es de tu incumbencia.





Dejó salir un pequeño eructo y abanicó el aire frente a su boca. —Ugh. Aliento a Kebab[35]. —se dirigió a la cocina donde abrió tres alacenas hasta que encontró un vaso. Lo llenó y se tomó de un golpe el agua. —Ni siquiera tienes una buena televisión. No conocía a personas que aun tuvieran televisiones de dieciocho pulgadas.

Comencé a levantar las latas, lanzándolas en bolsas de plástico. —Entonces ¿Quiénes eran ellos?

—No lo sé. Solo algunas personas.

— ¿No lo *sabes*?

—Amigos. —sonaba irritada. —Personas que conozco de los clubs.

— ¿Los conociste en un club?

—Sí. En ellos. Bla, blablá. Es como si fueras deliberadamente cerrada. Sí. Solo algunos amigos que conocí en un club. Es lo que las personas normales hacen, ¿sabes? Tienen amigos y salen con ellos.

Soltó el vaso en al lavadero, lo escuché romperse, y salió resentidamente fuera de la cocina. La miré, mi corazón de pronto se hundió. Corrí a la siguiente puerta a mi habitación, y abrí mi cajón superior. Busqué a través de mis calcetines, buscando por la caja de joyería que contenía la cadena de mi abuela y su anillo de bodas. Me detuve y tomé una profunda inhalación, diciéndome que no la veía porque estaba en pánico. Debía estar ahí. Por supuesto que sí. Comencé a sacar el contenido del cajón, cuidadosamente buscando a través de ellos y dejándolos caer en la cama.

— ¿Ellos entraron aquí? —grité.

Lily apareció en la puerta.

— ¿Ellos qué?

—Tus amigos. ¿Entraron en mi habitación? ¿Dónde está mi joyero?

Lily pareció despertarse un poco.

— ¿Joyero?

[35] Es una amplia variedad de comidas en pinchos originarias del Medio Oriente



—Oh, no. Oh no. —abrí todos mis cajones, comencé a botar el contenido en el piso. — ¿Dónde está? ¿Y dónde está mi dinero de emergencia? —Me giré hacia ella— ¿Quiénes son? ¿Cuáles son sus nombres?

Lily se había quedado callada.

— ¡Lily!

—Yo… yo no lo sé.

— ¿Qué quieres decir con que no lo sabes? Dijiste que eran tus amigos.

—Solo… amigos del club. Mitch. Y… Lise y… no puedo recordar.

Corrí por la puerta, volando a lo largo del corredor y me apresuré a bajar de cuatro en cuatro las escaleras. Pero para el momento en que alcancé la puerta frontal, la calle estaba vacía, por el último autobús a Waterloo que había partido, eliminando el medio de la oscura acera.

Me quedé de pie en la puerta, jadeando. Entonces cerré mis ojos, luchando contra las lágrimas, dejando caer mis manos en mis rodillas mientras me daba cuenta lo que había perdido: el anillo de mi abuela, la delgada cadena de oro, con el pequeño pendiente que ella había usado cuando era una niña. Sabía que nunca los vería de nuevo. Eran solo unas cuantas cosas que habían pasado por mi familia, y ahora se habían ido.

Subí lentamente las escaleras.

Lily estaba de pie en el pasillo cuando abrí la puerta frontal. —Realmente lo siento, —dijo bajo. —No sabía que robarían tus cosas.

—Vete Lily— dije.

—Ellos de verdad se veían agradables. Debí… debía haber pensado…

—He estado en el trabajo por trece horas. Necesito darme cuenta de lo que he perdido y después quiero ir a dormir. Tu madre ya regresó de sus vacaciones. Por favor solo vete a casa.

—Pero yo…

—No. Ya no más. —Me cuadré de hombros lentamente, tomándome un momento para contener la respiración. — ¿Sabes cuál es la verdadera




diferencia entre tú y tu padre? Él incluso cuando estaba en su peor momento no habría tratado a nadie de esta forma.

Ella se veía como si la hubiera abofeteado. No me importó.

—Ya no puedo hacer esto Lily. —Saqué un billete de veinte libras de mi bolso y se lo di. —Aquí tienes. Para tu taxi.

Ella lo miró, y después a mí y tragó. Entonces pasó una mano por su cabello y caminó lentamente de regreso a la sala de estar. Me quité mi chaqueta, y miré mi reflejo en el pequeño espejo sobre mi buró con cajones. Me veía pálida, cansada, derrotada. —Y deja tus llaves, —dije.

Hubo un pequeño silencio. Escuché el tintineo mientras caían en el mostrador de la cocina, y entonces, con un clic, la puerta principal fue cerrara y ella se había ido.



CAPÍTULO 16

Eché a perder todo, Will.

Agarre mis rodillas hasta mi pecho. Traté de imaginar lo que él me habría dicho si pudiera verme entonces, pero ya no podía oír su voz en mi cabeza y ese pequeño hecho me hizo aún más triste .

¿Qué hago ahora?

Comprendí que no podía quedarme en el apartamento que la herencia de Will me había comprado. Se sentía como si estuviera llena de mis fracasos, un premio de bonificación que no había dejado de ganar. ¿Cómo puedes crear un hogar en un lugar que llego a ti por todas las razones equivocadas? Me gustaría venderlo e invertir el dinero en alguna parte. Pero, ¿dónde puedo ir en su lugar?

Pensé en mi trabajo, en medio del camino reflexivo mi estómago se cerro cuando escuche Celtic PanPipes, incluso en la televisión; el camino Richard me hizo sentir inútil, sin valor.

Pensé en Lily, señalando el peso peculiar del silencio que se produce cuando sabes, sin dudar de que nadie más que tu estará en tu casa. Me pregunté dónde estaba, y deseche el pensamiento.

***

La lluvia aflojó, disminuyendo y censado casi como disculpándose, como si el clima admitiera que no tiene ni idea en que se metió. Tiré algo de ropa, la aspiradora de piso, y los saque en bolsas llenas de basura. Caminé hasta el mercado de las flores, sobre todo para darme algo que hacer. — Siempre es mejor salir de casa, — dijo Marc. Yo podría sentirme mejor por estar en el meollo de Columbia Road, con sus llamativas exhibiciones de flores y la lentitud de los compradores al transitar. Arregle mi cara con una sonrisa, ante un asustado Samir cuándo me compre por mí misma una manzana (¿Estás en las drogas, hombre?) y me dirigí afuera en un mar de flores.




Me compré una café en una pequeña tienda de café y observé el mercado a través de una ventana empeñada, ignorando por completo que yo era la única persona allí por mi cuenta. Camine la longitud del mercado empapada, aspirando los olores húmedos y embriagadores de los Lirios, admirando los secretos cruzados de las Peonías y las Rosas, el rocío de la lluvia aun salpicaban la superficie, y me compré un ramo de Dalia y todo el tiempo me sentí como si estuviera actuando, en la figura de un anuncio: *Chica soltera viviendo el sueño Londinense.*

Caminé a casa, acunando mis Dalias en un brazo, haciendo mi mejor esfuerzo para no ser débil, todo el tiempo tratando de detener las palabras *"Oh, ¿a quién crees que estás engañando?* que iban apareciendo repetidamente en mi cabeza.

***

La tarde se alargó y se hundió, como lo hacen las noches solitarias. Terminé de limpiar el piso, saque de la taza del baño las colillas de cigarrillo, vi un poco de televisión y lave mi uniforme. Preparé un baño lleno de burbujas y salí de ella al cabo de cinco minutos, por el miedo de quedarme a solas con mis pensamientos. No podía llamar a mi madre o a mi hermana: Sabía que no sería capaz de pretender "mi felicidad" en frente de ellos.

Por último, metí la mano en mi mesita de noche, y saqué la carta, la que Will había dispuesto para mí recibir en Paris, cuando yo estaba llena de esperanza. Desdoblé los pliegues desgastados con cuidado. Hubo momentos, ese primer año, cuando la podía leerla todas las noches, tratando de traerlo a la vida junto a mí. Esos días racionaba conmigo misma: diciéndome que no necesitaba verlo, (tenía miedo de que perdiera su poder carismático, las palabras carecen de sentido). Bueno, las necesito ahora.

El texto de computadora, tan querido para mí como si hubiera sido capaz de escribirla a mano; algún rastro residual de su energía todavía estaba en esas palabras impresas a láser.

"Te vas a sentir incómoda en tu nuevo mundo durante un tiempo. Siempre es extraño vernos fuera del lugar donde estábamos cómodos… hay anhelo en ti, Clark. Audacia. Solo la habías enterrado, como casi todo el mundo.





Vive bien, Vive."

Leí las palabras de un hombre que una vez creyó en mí, puse mi cabeza sobre mis rodillas y, por último, solloce.

El teléfono sonó, demasiado alto, demasiado cerca de mi cabeza, me envía tambaleándome en posición vertical. Garabateando, teniendo en cuenta el tiempo. Dos de la mañana. El temor reflexivamente familia. —¿Lily?

— ¿Qué? ¿Lou? — El profundo acento de Nathan atravesó la línea telefónica

—Son las dos de la mañana, Nathan

—Aw diablos, Siempre la cago con la diferencia horaria. Lo siento. ¿Quieres que cuelgue?

Me pongo en posición vertical, frotando mi cara — No. No... Es bueno saber de ti— Encendí la luz de la mesita de noche — ¿Cómo estás?

— ¡Bien! Ya estoy otra vez en Nueva York

—Excelente.

—Sí. Fue genial ver a los niños y todo, pero después de un par de semanas me moría de ganas de volver aquí. Esta ciudad es épica.

Forcé una sonrisa, en el caso de que pudiera oírlo. —Eso está muy bien, Nathan. Me alegro por tí.

— ¿Todavía feliz en ese pub tuyo?

—Está bien.

— ¿No... Quieres hacer algo más?

—Bueno, ya sabes, cuando las cosas están mal, y te dices cosas como, "Oh, podría ser peor. ¿Yo podría ser la persona que limpia la caca de los contenedores para la caca de los perros? — Bueno, en este momento prefiero ser la persona que recoge la caca de los contenedores para la caca de los perros.





—Entonces tengo una proposición para ti

—Ya tengo muchos clientes, Nathan. Y la respuesta es siempre no

—Ja. Bueno. Hay una oferta de trabajo aquí, trabajando con la familia con que vivo. Y en la primera personas que pensé fue en ti.

La esposa del Sr. Gopnik — explicó — no era una esposa Wall Street. Ella no hizo todo el asunto de "compras y comida", ella era una inmigrante Polaca, con tendencia a la depresión leve. Ella estaba sola, y la ayuda, una mujer de Guatemala, no podía cruzar ni dos palabras con ella.

Lo que el Sr. Gopnik quería era una persona en quien pudiera confiar para ser compañía de su esposa y ayuda para los niños, tener unas manos extras de ayuda cuando viajaban. — Él quiere una empleada en la familia. Alguien alegre y digno de confianza. Y alguien en quien no vaya a tener su vida privada en boca de todos.

—Sabe él...

—Le hablé de Will en nuestra primera reunión, pero él ya había hecho de fondo. Él no la quiso posponer. Lejos de ahí. Él dijo que estaba impresionado en que habíamos seguido los deseos de Will y nunca hubiéramos vendido nuestras historias — Nathan hace una pausa — Lo he resuelto. En este nivel, Lou, la gente valora la confianza y discreción cobre cualquier otra cosa. Quiero decir, no se puede ser un idiota, y tener que hacer tu trabajo bien, pero, si, eso es básicamente lo que importa.

Mi mente daba vueltas, como un baile de vals fuera de control en una feria. Sostuve el teléfono delante de mí y puse de nuevo en mi oído. “Este es un... ¿Estoy en realidad todavía dormida?” —No es un camino fácil. Son muchas horas y demasiado trabajo. Pero te voy a decir, viejo, estoy en mi mejor momento- — Pase la mano por mi cabello. Pensé en el bar, con sus empresarios jadeando y mirada fija de Richard en la gimlet. Pensé en el piso, las paredes acercándose a mí cada noche

—No lo sé. Esto es... quiero decir todo parece…—




—Es tu tarjeta de salida, Lou — La voz de Nathan disminuyo — Es tu alojamiento y tu manutención. Es Nueva York. Escucha. Se trata de un hombre que obtiene las cosas hechas. Trabaja duro, y el cuidará de ti. Es inteligente, y es justo. Sal de ahí, muéstrale lo que tú vales, y podrás terminar con las oportunidades en las que nunca has creído. En serio. No pienses que es un trabajo de niñera. Piensa que es una puerta de enlace.

—No sé…

— ¿Algún tipo que no quieres dejar?

Dudé.

— No. Pero han pasada tantas... No he estado... — Parecía un montón de cosas por explicar a las dos de la mañana.

—Sé que estuviste mal por lo que pasó. Todos lo estuvimos. Pero tienes que seguir adelante.

—No me digas que eso es lo que él hubiera querido.

—Ok — dijo. Los dos escuchábamos, mientras él lo decía silenciosamente

Trate de ordenar mis pensamientos

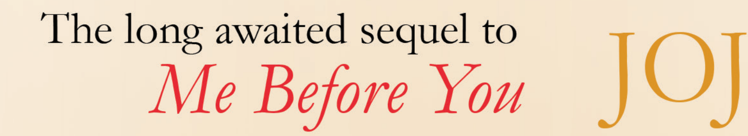
— ¿Tendría que ir a Nueva York para un entrevista?

—Están en los Hamptons para el verano, así que él está buscando a alguien para comenzar en septiembre. Básicamente, en seis semanas. Si dices que te interesa, te entrevistara a través de Skype, resolverá el papeleo pertinente, y luego nosotros iremos para allá. Habrá otros candidatos. Es muy bueno el trabajo. Pero el señor G confía en mí, Lou. Si digo que alguien es una buena apuesta, ellos me harán caso. ¿Así que voy a lanzar su sombrero en el anillo? ¿Sí? Es un sí, ¿verdad?

Hable casi antes de poder pensar

— Uh... Si. Si





— ¡Excelente! Envíame un correo si tienes alguna pregunta. Te voy a enviar algunas fotos.

— ¿Nathan?

—Me tengo que ir, Lou. El viejo acaba de llamarme

—Gracias. Gracias por pensar en mí

Hubo un breve pausa antes de responderme — No prefiero trabajar con nadie más, nena.

***

No podía dormir después de que él colgó, preguntándome si había imaginado toda la conversación, mi mente tarareando con la enormidad de lo que podía estar en frente de mí, si no lo hubiera hecho. A las cuatros, me senté e envié un email a Nathan con un montón de preguntas, y las respuestas fueron inmediatas.

La familia está bien. Los ricos nunca van a ser normales (!) pero son buenas personas. Drama al mínimo.

Tú tendrás tu propia habitación y tu propio baño. Tenemos que compartir la cocina con las ama de llaves. Ella está bien. Un poco mayor. Mantiene todo para ella misma.

Horas regulares. Ocho, en el peor diez, por día. Tienes tiempo libre en lugar. ¡Es posible que desees aprender un poco de polaco!

Finalmente me dormí a medida de que iba amaneciendo, mi mente está llena de apartamentos dúplex en Manhattan y calles bulliciosas. Y cuando me desperté, un email me estaba esperando.

Estimada Sra Clark,

Nathan me dice que podría estar interesada en venir a trabajar en nuestra casa. ¿Estaría disponible para una entrevista por Skype el martes por la noche a las 5 p.m. GMT (mediodía EST)?





Sinceramente tuyo,

Leonard M. Gopnik.

Me quedé mirando por un total de veinte minutos, la prueba de que no había soñado todo. Y entonces me levanté y me duché, me hice una fuerte taza de café y escribí mi respuesta. No estaría de más tener la entrevista, me dije. Podría no conseguir el trabajo, si hay un montón de profesionales altamente candidatos en Nueva York. Pero fue una buena práctica, si no otra cosa. Y me haría sentir como si estuviera haciendo algo finalmente, seguir adelante.

Antes de salir para el trabajo, tomé la carta de Will cuidadosamente de la mesilla de noche. La apreté contra mis labios, la doblé cuidadosamente y lo puso de nuevo en el cajón.

Gracias, le dije en silencio.

***

Era una versión ligeramente delgada del Círculo de Superación esa semana. Natasha estaba de vacaciones, al igual que Jake, para el que yo estaba mayormente aliviada y un fuera de lugar de manera que no podía conciliar. El tema de la noche fue "Si pudiera volver el tiempo atrás", lo que significaba que William y Sunil zumbaban o silbaron la canción Cher inconscientemente a intervalos durante toda la hora y media.

He escuchado a Fred deseando haber pasado menos tiempo en el trabajo, a continuación, Sunil deseando haber llegó a conocer a su hermano mayor — Sólo piensa que siempre van a estar ahí, ¿sabes? Y entonces un día ya no—, y se preguntó si realmente había valido la pena venir.

Hubo un par de momentos en los que había pensado que el grupo en realidad podría estar ayudando. Pero muchas veces, sentada allí con toda esa gente, me daba cuenta que no tenía nada en común con ellos, monotonía en las pocas horas que tenían compañía. Me sentí de mal humor y cansada, mi cadera me dolía por culpa de la silla de plástico duro, y pensé que podría haber conseguido más iluminación acerca de mi estado mental si hubiera estado viendo *EastEnders*. Además las galletas eran basura.





Leanne, una madre soltera, estaba hablando de cómo ella y su hermana mayor había discutido acerca de un par de pantalones de chándal dos días antes de que su hermana muriera. — Yo le acuse de tomarlos, porque ella siempre cogía mis cosas. Ella dijo que no lo había hecho, pero ella siempre decía lo mismo, que ella no lo había hecho.

Marc esperó. Me pregunté si tenía algunos analgésicos en mi bolso.

—Y luego, ya sabes, fue atropellada por el autobús y la próxima vez que llegué a verla estaba en la morgue. Y cuando yo estaba buscando ropa oscura para llevar a su funeral, ¿sabes lo que estaba en mi armario?

—Los pantalones de chándal — dijo Fred.

—Es difícil cuando las cosas están sin resolver — dijo Marc — A veces para nuestra propia cordura sólo tenemos que mirar el cuadro más grande.

—Puedes amar a alguien y también llamarle imbécil por robar unos pantalones de chándal — dijo William.

Ese día no quería hablar. Solo estaba allí porque no podía afrontar el silencio en mi piso. Empecé a tener la sospecha que de repente me iba a convertir en una de esas personas que tanto anhelan el contacto humano que hablan de manera inapropiada a otros pasajeros en los trenes o pasan diez minutos recogiendo cosas en una tienda para que puedan charlar con el asistente. Estaba tan ocupada preguntándome si es sintomático que acababa debatiendo sobre mi nuevo vendaje de apoyo fisio con Samir en el mini-centro comercial que sintonicé de Daphne deseando que volviera del trabajo una hora más temprano ese día en particular, pero luego descubrí que se estaba disolviendo, en silencio, y llorando.

— ¿Daphne?

—Lo siento, a todos. Pero he pasado tanto tiempo pensando "Si tan solo”. Si tan solo yo no hubiera parado para charlar con la señora de la parada de las flores. Si tan solo hubiera dejado el libro contable y me hubiera devuelto a casa desde el trabajo más temprano. Si tan sólo me acabo de volver en el tiempo... tal vez podría haberlo persuadido de no hacer lo que hizo. Tal vez yo podría haber hecho lo que le convencería de que la vida valía la pena vivir".





Marc se inclinó hacia adelante con la caja de pañuelos y la colocó suavemente en el regazo de Daphne

— ¿Alan trató de acabar con su vida antes, Daphne?

Ella asintió con la cabeza y se sonó la nariz — Oh sí. Varias veces. Lo utilizó para obtener lo que llamamos "el blues" de muy corta edad. Y no me gustaba dejarlo cuando ellos vinieron porque era como... era como si no se pudiera oírte. No importaba lo que digieras. Así que muy a menudo llamaba a los enfermos sólo para quedarme con él y alegrarme junto a él, ¿sabes? Hacia sus sanduches favoritos. Me sentaba con él en el sofá. Cualquier cosa, en realidad, sólo para hacerle saber que estaba allí. Siempre pensé que por eso es que nunca tuve un ascenso en el trabajo como otras chicas si lo tuvieron. Tuve que seguir tomando tiempo libre, lo ves.

—La depresión puede ser muy dura. Y no sólo en la víctima.

— ¿Estaba con medicación?

—Oh no. Pero, entonces, no fue... ya sabes... química.

— ¿Estás segura? Me refiero a la depresión fue nuevamente infradiagnosticada.

Daphne levantó la cabeza — Él era un homosexual — dijo la palabra con sus cinco sílabas, claramente definiendo cada sílaba, y nos miró directamente, un poco sonrojada, si nosotros nos atreviésemos a decir algo al respecto. — Nunca le había dicho a nadie. Pero él era homosexual, y creo que él estaba triste porque era un homosexual. Y él fue alguna vez un hombre tan bueno y él no hubiera querido hacerme daño, por lo que no tendría que... ya sabes... ido y hecho cosas. Se habría sentido, yo estaba avergonzada.

— ¿Qué te hace pensar que era gay, Daphne?

—Encontré cosas cuando estaba buscando una de sus corbatas. Esas revistas. Hombres haciendo cosas a otros hombres. En su cajón. Supongo que no tendría esas revistas si no lo fueras.

Fred se puso rígido ligeramente — Por supuesto que no — dijo.

—Yo nunca les mencioné — dijo Daphne. — Yo sólo las metí de nuevo donde las encontré. Pero todo empezó a hacer clic en su lugar. Nunca estuvo muy interesado en ese lado de las cosas. Pero pensé que tuve suerte, ya ves, porque no estaba bien. Las monjas. Nos hicieron sentir sucio para casi todo. Así que cuando me casé con un hombre agradable que no estaba saltando encima de mí, cada cinco minutos, pensé que era la mujer más afortunada en la tierra. Quiero decir, podría tener hijos que me gustarán. Eso habría sido agradable. Pero... — ella suspiró —...en realidad nunca hablaba de esas cosas. Tú no lo hiciste en esos días. Ahora me gustaría que las tuviéramos. Mirando hacia atrás, sigo pensando, ¡Qué desperdicio!

— ¿Crees que si hubieras hablado con honestidad, podría haber hecho una diferencia?

—Bueno, los tiempos son diferentes ahora, ¿no? Está bien ser homosexual. Mi tintorero es y habla de su novio a cada Tom, Dick y Harry que entra. Podría estar triste por perder a mi esposo, pero si no estaba contento porque estaba atrapado, entonces yo tendría que haberlo dejado ir. Lo habría hecho. Nunca quise atrapar a alguien. Yo sólo quería que él fuera un poco más feliz — Su rostro se arrugó, y puse mi brazo alrededor de ella. Su pelo olía a barniz y caldereta de cordero.

—No, no, niña — dijo Fred, y se levantó para darle una palmadita en el hombro un poco torpe —Estoy seguro de que sabía que sólo querías lo mejor para él.

— ¿Crees que es así, Fred? — su voz era temblorosa.

Fred asintió con firmeza —Oh sí. Y tienes razón. Las cosas eran diferentes en aquel entonces. Tú no tienes la culpa

—Has sido muy valiente al compartir esa historia, Daphne. Gracias. — Marc sonrió con simpatía.





—Y tengo gran admiración por ti al concentrarte en ti y seguir adelante. A veces, el simple hecho de levantase cada día requiere una fuerza casi sobrehumano.

Cuando miré hacia abajo, Daphne estaba sosteniendo mi mano. Sentí sus dedos regordetes entrelazándose con los míos. Apreté los suyos. Y antes de que pudiera pensar, empecé a hablar.

—He hecho algo que me gustaría poder cambiar.

Media docena de rostros se volvieron hacia mí.

—Conocí a la hija de Will. Ella aterrizó en mi vida de la nada y pensé que iba a ser mi forma de sentirse mejor acerca de su muerte, pero en cambio me siento como…

Ellos estaban mirándome. Fred estaba mirando raro.

— ¿Qué?

— ¿Quién es Will? — Dijo Fred.

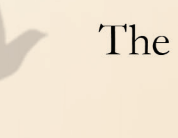
—Dijiste que su nombre era Bill.

Me dejé caer un poco en mi silla — Will es Bill. Me sentía rara usando el nombre real de él antes— Todos exhalaron a la vez.

Daphne dio unas palmaditas en mí mano — No te preocupes, querida. Es sólo un nombre. En nuestro último grupo, tuvimos a una mujer que inventaba todo. Dijo que tenía un niño que murió de leucemia. Resultó que ella ni siquiera tenía un pez dorado.

—Está bien, Louisa. Puedes hablar con nosotros — Marc me dio su mirada empática especial. Le di una pequeña sonrisa de vuelta, sólo para mostrarle que había recibido y comprendido. Y eso no era un pez de colores.

¿Qué demonios? Pensé. Mi vida no se mezclara más tanto como la de alguno de ellos.

Así que les hable sobre Lily apareciendo y cómo yo había pensado que podía arreglar las cosas con ella y lograr una reunión que haría felices a todos, y cómo ahora me sentía estúpida por mi ingenuidad — Me siento como que he dejado Will - todos - de nuevo — dije — Y ahora ella se ha ido y sigo preguntándome lo que pude haber hecho de manera diferente, pero la verdad es que no puedo hacer frente. Yo no era lo suficientemente fuerte como para hacerme cargo de todo y hacerlo mejor.

— ¡Pero tus cosas! ¡Tus preciosas cosas fueron robadas! — La otra mano regordeta de Daphne, se acercó a mí ya húmeda mano — ¡Tenías todo el derecho de estar enojada!

—El hecho de que ella no tenga un padre no le da excusa para comportarse como un palo de golf —dijo Sunil.

—Creo que fuiste muy agradable como para dejarla quedarse desde el primer instante. NO estoy segura si yo podría — dijo Daphne.

— ¿Qué crees que su padre lo habría hecho de otra manera, Louisa? — Marc se sirvió otra taza de café.

Me hubiera gustado, de repente, que tuviéramos algo más fuerte — No sé — le dije — Pero tenía esta forma de hacerse cargo. Incluso cuando no podía mover los brazos y las piernas, y tenías la sensación de que era capaz. Él la habría detenido de hacer cosas estúpidas. Él habría conseguido enderezar su vida de alguna manera. "

— ¿Estás segura de que no lo estás idealizando? Hacemos idealización en la semana ocho — dijo Fred — Sigo girando en torno a que Jilly en una santa, ¿no, Marc? Me olvido de que ella solía dejar sus colgantes en la barra de la ducha y eso me llevaba al inodoro absolutamente.

—Su padre no podría haber sido capaz de hacer nada para ayudarla en absoluto. No tienes ni idea. Podrían haberse odiado entre sí.

—Suena como una mujer joven y complicada — dijo Marc — Y es posible que le hayas dado tantas oportunidades como podías. Pero... a veces, Louisa, nos tenemos que mover de la mejor manera para protegernos a nosotros mismos. Y tal vez debes entender que, en el fondo.




Si Lily simplemente trajo el caos y la negatividad en tu vida, entonces por ahora, es posible que hayas hecho lo único que podías hacer.

—Oh, sí — Hubo asentimientos alrededor del círculo — Se amable contigo misma. Sólo eres humana— Eran tan dulces, sonriéndome, esperando que me sintiera mejor conmigo misma.

Casi les creí.

***

El martes me pregunté si Vera me podría dar diez minutos (murmuré cosas vagas sobre los Trastornos de la Mujer y ella asintió, como si dijera: La vida de las Mujeres eran nada más que Problemas, y murmuré que ella me diría más tarde acerca de sus fibromas). Corrí al baño de damas -el único lugar que podía estar segura de que Richard no me iba a ver- con mi ordenador portátil en mi bolsa. Tiré una camisa sobre la parte superior de mi uniforme, equilibrando el portátil cerca y conectándome a los treinta minutos gratis de Wi-Fi del aeropuerto, posicionándome a mí misma con cuidado en frente de la pantalla. Llamada de Skype del Sr. Gopnik entraba sin muerte a las cinco en punto, así como yo quitaba mis rizos irlandesa-bailarines de peluca.

Incluso si había visto nada más de Leonard Gopnik la cara pixelada, podría haber dicho que era rico. Tenía un bonito corte sal-pimienta de pelo, y miró fuera de la pequeña pantalla con autoridad natural, y habló sin desperdiciar ni una palabra. Bueno, fue eso y el viejo marco dorado en la pared detrás de él.

Él no preguntó nada acerca de mis records en la escuela, mis calificaciones, mi historial o por qué me estaba llevando a cabo una entrevista junto a un secador de mano. Bajó la mirada hacia unos papeles y luego preguntó acerca de mi relación con los Traynors

— ¡Bien! Quiero decir, estoy segura de que proporcionarían una referencia. Los he visto recientemente, por una razón u otra. Nos llevamos bien, a pesar de las - las circunstancias de…




—Las circunstancias de la finalización de su empleo — Su voz era baja, decisivo — Sí, Nathan ha me explicado mucho sobre la situación. Bastantes cosas en las que involucrarse.

—Sí. Lo era — le dije, después de un corto e incómodo silencio — Pero me sentí privilegiada. Por ser parte de la vida de Will

Registró esto

— ¿Qué ha estado haciendo desde entonces?

—Um, bueno, he viajado un poco, sobre todo en Europa, que era... interesante. Es bueno para viajar. Y obtener una perspectiva. Obviamente — Traté de sonreír — Y ahora estoy trabajando en un aeropuerto, pero en realidad no es — Mientras hablaba, se abrió la puerta detrás de mí y una mujer entró, tirando de un maleta con ruedas. Cambié mi equipo, esperando que no podía escuchar el sonido de su entrar en el cubículo — En realidad no es lo que yo quiero estar haciendo a largo plazo — *Por favor, no hagas pis ruidosamente* — le rogué en silencio.

Él me hizo algunas preguntas sobre mis responsabilidades actuales y nivel salarial. Traté de ignorar el sonido de sofoco, y mantuve la mirada al frente, haciendo caso omiso de la mujer que surgió.

—¿Y qué quiere — como el Sr. Gopnik comenzó a hablar, ella llegó junto a mí y puso en marcha el secador de mano, que dejó escapar un rugido ensordecedor a mi lado. Frunció el ceño.

—Me puede esperar un momento, por favor, Sr. Gopnik. — Puse mi pulgar sobre lo que esperaba fuera el micrófono — Lo siento — le grité a la mujer — No se puede usar eso. Está roto.

Se volvió hacia mí, frotando los dedos perfectamente cuidados, luego de vuelta a la máquina — No, no lo está. ¿Dónde está el signo de fuera de servicio, entonces?

—Quemado. De repente. Cosa peligrosa horrible




Ella me miró, luego miró el secador de manos, con una mirada sospechosa, se quitó las manos de debajo de ella, la tomó su maleta y se fue. Yo introduje la silla contra la puerta para detener cualquier persona que entrara, cambiando mi portátil nuevo para que el Sr. Gopnik pudiera verme — Lo siento mucho. Tengo que hacer esto en el trabajo y es un poco...

—Estaba estudiando sus papeles. Nathan me dice que tuvo un accidente recientemente

Tragué saliva — Si señor. Pero estoy mucho mejor. Estoy completamente bien. Bien, muy bien, excepto que camino con una leve cojera.

—Le sucede a lo mejor de nosotros — dijo, con una pequeña sonrisa. Le devolví la sonrisa. Alguien intentó abrir la puerta. Me moví para que mi peso fuera en contra de ella.

—Entonces, ¿qué fue lo más difícil? — Dijo el Sr. Gopnik.

— ¿Lo siento?

—Trabajando para William Traynor. Suena como un gran reto.

Dudé. La habitación era de repente muy tranquila — Dejarlo ir — le dije. Y me encontré inesperadamente reprimiendo las lágrimas.

Leonard Gopnik me miró a varios miles de millas de distancia. Luché contra la urgencia de limpiar mis ojos — Mi secretaria se pondrá en contacto, señorita Clark. Gracias por su tiempo — Y luego, con un movimiento de cabeza, su rostro se quedó quieto y la pantalla quedó en blanco y me quedé mirándola, contemplando el hecho de que yo lo había echado a perder, una vez más.

***

Esa noche, de camino a casa, decidí no pensar en la entrevista. En vez repetí las palabras de Marc en mi cabeza, como un mantra. Corrí a través de las cosas que Lily había hecho, los huéspedes no invitados, el robo, las drogas, las interminables horas de la noche, el endeudamiento de mis





cosas, y las corrí a través del prisma de mi grupo de abogados. Lily era un caos, desorden, una chica que toma y no da nada a cambio. Era joven, y biológicamente relacionada con Will, pero eso no significaba que tenía que asumir la responsabilidad total de ella o ponerme al día con la crisis que dejó en su despertar.

Me sentí un poco mejor. Si lo hice. Me recordé a mí misma de algo más que Marc había dicho: que ningún viaje fuera del dolor era sencillo. Habría días buenos y días malos. Hoy fue sólo un mal día, una torcedura en el camino, para ser atravesada y sobrevivir.

Entré en el piso, y dejé caer mi bolso, de repente agradecida por el pequeño placer de una casa que era justo lo que había dejado. Me gustaría permitir pasar un tiempo, me dije, y luego le envíe un texto, y me aseguraría de nuestras futuras visitas fueran estructuradas. Me gustaría centrar mis energías en conseguir un nuevo trabajo. Me gustaría pensar en mí misma, para variar. Me gustaría dejarme sanar. Tuve que parar en ese punto porque ya estaba un poco preocupada de que estaba empezando a sonar como Tanya Houghton-Miller.

Eché un vistazo a la escalera de incendios. El primer paso sería conseguir una copia de seguridad en ese estúpido techo. Me gustaría subir allí por mí sin tener un ataque de pánico y sentarme allí durante una media hora completa, respirar el aire y permitir que una parte de mi propia casa tenga un ridículo agarre en mi imaginación.

Me quité el uniforme y me puse pantalones cortos y, sólo por la confianza, el ligero de Will de cachemira, que había sacado de su casa después de su muerte, confortándome con el tacto suave de ella contra mi piel. Caminé por el pasillo y abrí la ventana de par en par. Fue sólo dos cortos tramos de escaleras de hierro. Y luego me gustaría estar allí arriba.

—No pasará nada — dije en voz alta, y respiré hondo. Mis piernas se sentían curiosamente huecas mientras subía hacia fuera sobre la escalera de incendios, pero me dije firmemente que era sólo un sentimiento, el eco de una vieja ansiedad. Puedo superarlo, igual que supero todo lo demás. Oí la voz de Will en mi oído.




Vamos, Clark. Un paso a la vez.

Agarré los rieles firmemente con ambas manos, y comencé a hacer mi camino hacia arriba. No miré hacia abajo. No me permití a mí misma pensar a cuantos pisos estaba del suelo, o cómo la débil brisa recordó un momento anterior que salió mal, o el dolor recurrente en mi cadera que nunca parecía desaparecer. Pensé en Sam, y la furia que invocó me hizo seguir adelante. Yo no tenía que ser la víctima, la persona a quien las cosas solo pasaban.

Me dije estas cosas y subí el segundo tramo de escaleras como mis piernas comenzaron a temblar. Subí de una manera poco elegante por encima del muro bajo, con el miedo de que iban a dar paso debajo de mí, y me dejé caer sobre el techo sobre mis manos y rodillas. Me sentía débil y pegajosa. Me quedé en cuatro patas, con los ojos cerrados, mientras me dejaba absorber por el hecho de que yo estaba en el techo. Lo había hecho. Estaba en control de mi destino. Me quedaría allí durante el tiempo que se tarde uno en sentirse normal.

Me senté sobre los talones, tratando de alcanzar la solidez del muro a mí alrededor, y me recosté, tomando un largo y profundo suspiro. Se sentía bien. Nada se movía. Lo había hecho. Y entonces abrí mis ojos y mi respiración se detuvo en mi pecho.

La azotea era un derroche de floración. Las macetas muertas que había descuidado durante meses se llenaron de color escarlata y púrpuras flores, derramando sobre los bordes, como pequeñas fuentes de color. Dos nuevas plantas se multiplicaron como nubes de diminutos pétalos azules, y un arce japonés estaba sentado en una olla ornamental junto a uno de los bancos, sus hojas temblando con delicadeza en la brisa.

En el rincón soleado por la pared sur, dos sacos de cultivo se sentaron por el tanque de agua, con pequeños tomates cherry rojos que colgaban de sus tallos, y otro laico en el asfalto con pequeñas hojas volantes verdes emergentes del centro. Comencé a caminar lentamente hacia ellos, aspirando el aroma de jazmín, me detuve y me senté, mi mano agarrando el banco de hierro. Me hundí en un cojín que reconocí de mi sala de estar.





Me quedé mirando con incredulidad en el pequeño oasis de calma y belleza que había sido creado en mi azotea estéril. Recordé a Lily chasqueando la rama muerta de una olla y me informaba con toda seriedad que se trataba de un crimen para que tus plantas murieran, y su observación casual en el jardín de la señora Traynor — David Austin rosas — Y entonces me acordé de algo inexplicable, trozos de suelo en mi pasillo.

Y hundí mi cabeza en mis manos.





CAPÍTULO 17

Le envié un mensaje a Lily dos veces. La primera vez fue para darle las gracias por lo que había hecho en mi azotea. *Es tan hermosa. Me gustaría que me lo hubieras dicho.* Un día más tarde, le envíe un mensaje para decirle que lo sentía por que las cosas hubieran llegado a ser tan complicado entre nosotras, y que si alguna vez quería hablar más sobre Will, yo haría todo lo posible por responder a cualquier pregunta. Añadí que yo esperaba que ella fuera a ver al señor Traynor y el nuevo bebé, ya que sabía, así como la mayoría, de que era importante mantenerse en contacto con su familia.

Ella no contestó. No estaba completamente sorprendida la verdad.

Durante los siguientes dos días, me encontré volviendo a la azotea, como cuando alguien se preocupaba por perder un diente. Regué las plantas, sintiendo un rastrero, culpa residual. Caminé alrededor de las flores brillantes, imaginando sus horas robadas allí arriba, cómo ella cargaba bolsas de abono y terracota subiéndolas por la escalera de incendios en las horas que estuve en el trabajo. Pero cada vez que pensaba volver a la forma en que habíamos estado juntos, yo todavía andaba en círculos. ¿Qué podría haber hecho? Yo no podía hacer que los Traynors la aceptasen en la forma en que ella necesitaba que la aceptaran. No podía hacerla más feliz. Y la única persona que podía hacerlo había desapareció.

***

Había una moto estacionada fuera de mi bloque. Cerré el coche y cojee a través del camino para conseguir un cartón de leche después de mi turno, exhaustivo. Fue escupir, y puse mi cabeza contra la lluvia. Cuando levanté la vista, vi un uniforme familiar al pie de la entrada de mi bloque, y el corazón me dio un vuelco.





Caminé de regreso a través del camino recto por delante de él, buscando a tientas en mi bolsa por mis llaves. ¿Por qué los dedos siempre se convierten en salchichas de cóctel en momentos de estrés?

—Louisa.

Las llaves se negaron a aparecer. Revisó mi bolsa por segunda vez, dejando caer un peine, trozos de tejido, monedas sueltas, y maldición. Me toque los bolsillos, tratando de averiguar dónde podrían estar.

—Louisa.

Luego, con una caída repugnante de mi estómago, me acordé de dónde estaban: en el bolsillo de los pantalones vaqueros que me había cambiado justo antes de salir del trabajo. *Oh grandioso.*

— ¿De Verdad? ¿Soló me vas a ignorar? ¿Está es la forma en que estamos haciendo esto?

Tomé una respiración profunda, y me volví hacia él, enderezando los hombros un poco —Sam.

Parecía cansado también, la barbilla en gris con rastrojo. Probablemente justo al lado de un cambio. Fue imprudente a notar estas cosas. Me he centrado en un punto un poco a la izquierda de su hombro.

— ¿Podemos hablar?

—No estoy segura de tenga sentido

— ¿No tiene sentido?

—Entendí el mensaje, ¿de acuerdo? Ni siquiera estoy segura de por qué estás aquí.

—Estoy aquí porque acabo de terminar dieciséis horas en un turno de mierda y se me cayó Donna fuera de la carretera y pensé que también podría tratar de verte y trabajar en lo que pasó con nosotros. Porque te aseguro que no tengo ni idea.

— ¿De Verdad?

—De Verdad.

Nos miramos el uno al otro. ¿Por qué no había visto antes lo desabrido que era? Que desagradable. No entendía cómo había estado tan cegada por la lujuria de este hombre cuando cada parte de mí ahora quería alejarse de él. Hice una última búsqueda inútil de mis llaves y luché con las ganas de patear la puerta.

—Entonces, ¿al menos me vas a dar una pista? Estoy cansado, Louisa, y no me gustan los juegos.

— ¿No *te* gusta jugar? — Las palabras salieron con una pequeña risa amarga.

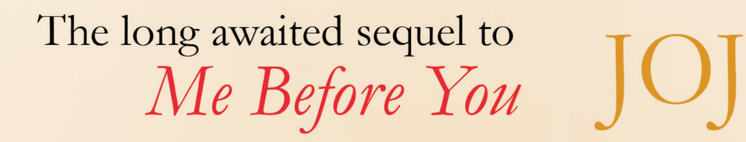
Respiró — Bueno. Una cosa. Una cosa y me voy. Sólo quiero saber por qué no devuelves ninguna de mis llamadas

Lo miré con incredulidad. — Porque soy muchas cosas, pero no una completa idiota. Quiero decir que debe haber sido - vi las señales de advertencia, y las ignoré por completo- pero, básicamente, no he regresado tus llamadas porque eres un, completo, completo idiota. ¿Ok?

Me agaché a recoger las cosas que se me habían caído, sintiendo como el calor se apoderaba de mi cuerpo con mucha rapidez, como si mi termostato interno se hubiera vuelto loco de un momento a otro — Oh, eres tan bueno, ¿sabes? Malditamente bueno. Si no fueras tan enfermo y patético, la verdad estaría realmente muy impresionada de ti — Me enderecé, cerré mi bolsa — *Mira Sam, el buen padre. Tan cuidadoso, tan intuitivo.* Y sin embargo, ¿qué es lo que realmente está pasando? Estás tan ocupado follando en tú camino con medio Londres, que ni siquiera notas que tu propio hijo es infeliz.

—Mi hijo.





— ¡Sí! Porque en realidad si lo escuchamos, ves. Quiero decir, no estamos hechos para decirles a los demás lo que sucede en el grupo. Y él no te dirá nada porque es un adolescente. Pero es lamentable, no sólo por la pérdida de su madre, sino porque estás muy ocupado follando con tu propio luto teniendo un ejército completo de mujeres vagando dentro y fuera de tu cama.

En ese momento ya estaba gritando, mis palabras salían una tras otra, manoteándolas. Pude ver a Samir y a su primo mirándome desde la ventana de la ventana de la tienda. La verdad no me importaba. Esta podría ser la última vez que tenía para decir todo mi monologó interno.

—Y, sí, sí, lo sé, fui una estúpida por ser una de esas mujeres. Así que para él, y para mí, eres un idiota. Y es por eso que no quiero hablar contigo ahora. O nunca, en realidad.

Se frotó el pelo
— ¿Seguimos hablando de Jake?

—Por supuesto que estoy hablando de Jake. ¿Cuántos otros hijos tienes?

—Jake no es mi hijo.

Me quedé mirándolo.

—Jake es el hijo de mi hermana. Era, — se corrigió — Él es mi sobrino.

Estas palabras tuvieron duros segundos para que se filtrasen en mí de una forma que pudiera entenderlas. Sam me miraba fijamente, con el ceño fruncido, como si también él estuviera tratando de mantener el ritmo.

—Pero… pero usted lo recogiste. Él vive contigo

—Yo lo recojo los lunes porque su padre trabaja por turnos. Y él se queda conmigo a veces, sí. Él no vive conmigo.

— ¿Jake... no es tu hijo?

—Yo no tengo hijos. Que yo sepa. Aunque todo el asunto de Lily hizo que lo pensaras.

Le imaginé abrazando a Jake, mentalmente rebobiné media docena de conversaciones. —Pero lo vi cuando nos conocimos. Y cuando tú y yo hablábamos y él rodó sus ojos, como...

Sam bajó la cabeza.

—Oh, Dios, — le dije. Mi mano fue a mi boca — Esas mujeres…

—No es mío.

Nos quedamos allí en el medio de la calle. Samir ahora estaba en la puerta, observando. Había estado acompañado por otro de sus primos. A nuestra izquierda todo el mundo de la parada de autobús se dio la vuelta cuando se dieron cuenta que sabíamos que nos habían estado observando. Sam señaló con la cabeza la puerta detrás de mí.

— ¿Crees que podemos hablar de esto adentro?

—Sí. Sí. Oh. No, no puedo — le dije — Creo que acabo de quedarme por fuera.

— ¿Llave de reserva?

—En el piso.

Se pasó una mano por la cara, y luego miró su reloj. Estaba claramente agotado, cansado hasta los huesos. Di un paso hacia atrás en la puerta. —Mira… ve a tú a casa, descansa un poco. Hablaremos mañana. Lo siento.

La lluvia de repente aumento, un vertedero de verano, creando torrentes en las canaletas e inundaciones en la calle. Al otro lado de la carretera Samir y sus primos se entraron para eludirla.




Sam suspiró. Levantó la vista hacia el cielo y luego directamente hacia mí — esperar.

***

Sam tomó un destornillador grande que él había tomado de Samir y me siguió hasta la escalera de incendios. Dos veces me resbalé en el metal mojado y su mano se acercó a mí para no perder el equilibrio. Cuando lo hizo, algo cálido e inesperadamente raro me atravesó. Cuando llegamos a mi piso, empujó el destornillador profundamente en el marco de la ventana del pasillo y comenzó a hacer palanca hacia arriba. Dio resultado gratificantemente rápido.

—Ahí — Tiró de la ventana hacia arriba, soportándola con una mano, y se volvió hacia mí, mostrándome su gesto de desaprobación débilmente — Eso fue demasiado fácil para una sola chica que vive en esta área."

—Ves nada más que una chica soltera que vive en esta área.

—Lo digo en serio.

—Estoy bien, Sam.

—Tú no ves lo que yo veo. Quiero que estés a salvo.

Traté de sonreír, pero mis rodillas temblaban, mis palmas resbalaban en la barandilla de hierro. Pase delante de él y se tambaleó ligeramente.

— ¿Estás bien?

Asentí. Me tomó del brazo y me medio levantado, me medio ayudó a subir torpemente en mi piso. Me dejé caer en la alfombra junto a la ventana, esperando a sentirme normal de nuevo. No había dormido bien durante días y me sentía medio muerta, como si la furia y la adrenalina que me habían estado sosteniendo se hubieran filtrado muy lejos de aquí.

Sam se subió y cerró la ventana detrás de él, mirando la cerradura rota en la parte superior de la hoja. El pasillo estaba oscuro, el zumbido de la




lluvia amortiguado en el techo. Mientras miraba, él rebuscó en el bolsillo hasta que, entre otros desechos, él escogió un pequeño clavo. Tomó el destornillador y uso el mango para golpear el clavo en un ángulo para detener que cualquier persona pudiera abrir desde fuera. Luego caminó pesadamente hacia donde yo estaba sentada, y me tendió una mano.

—Beneficios de ser un obrero a tiempo parcial. Siempre hay un clavo en alguna parte. Vamos — dijo — Si te sientas ahí nunca te levantaras.

Tenía el pelo aplastado por la lluvia, su piel brillaba por la luz del pasillo, como dejé que me recostara en mis pies. Hice una mueca, y lo vi.

— ¿Cadera?

Asentí.

Él suspiro — Me gustaría que me hablaras — La piel debajo de sus ojos era malva con agotamiento. Había dos largos rasguños en la parte posterior de su mano izquierda. Me preguntaba lo que había sucedido la noche anterior. Desapareció en la cocina y oí agua corriendo. Cuando regresó estaba sosteniendo dos pastillas y un vaso. — No debería estar dándote a tomar esto. Pero te darán una noche sin dolor.

Los tomé con gratitud. Él me miraba mientras yo me las tragaba.

— ¿Alguna vez sigue las reglas?

—Cuando pienso que son sensibles — Tomó el vaso — ¿Así que estamos bien, Luisa Clark?

Asentí.

Dejó escapar un largo suspiro — Mañana te llamo.

Después, no estoy segura que me llevo a hacerlo. Mi mano se acercó y tomó la suya. Sentí como sus dedos se cerraban lentamente alrededor de los míos — No te vayas. Es tarde. Y las motos son peligrosas.





Tomé el destornillador de su otra mano, y lo dejé caer sobre la alfombra. Me miró durante mucho tiempo, y luego deslizó una mano por mi cara — Creo que no soy bueno para mucho en este momento.

—Entonces prometo no utilizarte para una gratificación sexual — Mantuve mis ojos en los suyos — Esta vez.

Su sonrisa llego lentamente, pero cuando lo hizo, todo desapareció de mí, como si estuviera transportando mucho peso que no sabía que tenía.

Nunca sabes lo que va a pasar cuando caes desde una gran altura.

Pisó el destornillador, y lo llevé silenciosamente hacia mi dormitorio.

Me quedé en la oscuridad en mi pequeño apartamento, mi pierna colgaba sobre el grueso de un hombre dormido, su brazo estaba inmovilizándome placenteramente debajo de ella, y le miré a la cara.

—Fatal arresto cardiaco, accidente de moto, adolescente suicida y un apuñalamiento relacionada con pandillas en el Estado de Peabody. Algunos cambios son sólo un poco...

—Sssh. Está bien. Duerme.

Apenas había escasamente logrado quitarse el uniforme. Se quitado la camiseta y sus pantalones cortos, me besó, luego cerró sus ojos y cayó en un sueño profundo. Me pregunté si debía cocinarle algo, o poner orden de manera que cuando se levantara me viera como alguien que tiene si vida controlada. Pero en cambio me desnudé hasta mi ropa interior y me deslicé en su lado. En ese momento sólo quería estar a su lado, mi piel desnuda contra su camiseta, mi respiración se mezclaba con la de él. Me quedé escuchando su respiración, maravillándome de cómo alguien podía estar tan quieto. Estudié la ligera protuberancia en el puente de su nariz, la variación en la sombra de los bellos que ensombrecían su barbilla, la ligera curvatura en el extremo de sus oscuras, oscuras pestañas. Repasé toda la conversación que habíamos tenido, poniéndolos a través de un filtro nuevo, una que lo lanzó como un hombre soltero, un tío cariñoso, y me entraron ganas de reír sobre la idiotez de todo, y avergonzarme con mi error.

Le toqué la cara dos veces, a la ligera, aspirando el aroma de su piel, el débil olor del jabón antibacterial, la insinuación sexual primordial de sudor masculino, y la segunda vez que lo hice sentí como su mano apretaba reflexivamente mi cintura. Me acomodé sobre mi espalda y miré hacia fuera a las farolas, sintiendo, por una vez, que no era un alíen en esta ciudad. Y finalmente, me encontré a la deriva...

Sus ojos se abren en mí. Un momento después se da cuenta de dónde está.

—Hola.

Una sacudida para despertar. El estado de ensueño peculiar que impregna la madrugada. *Él está en mi cama. Su pierna contra la mía.* Una sonrisa, arrastrándose a través de mi cara. —Hola tú.

— ¿Qué hora es?

Me giro para mirar el reloj digital de mi alarma — Un cuarto para las cinco — El tiempo se acomoda, el mundo, de mala gana, en algo que tenga sentido. Afuera, el sodio ilumina la calle. Los taxis y autobuses nocturnos pasan retumbando. Y aquí arriba es sólo él y yo en la noche y la cama caliente y el sonido de su respiración.

—No puedo recordar como llegue aquí — Mira a un lado, con el rostro ligeramente iluminado por las farolas, con el ceño fruncido. Veo los recuerdos de la noche anterior delicadamente, con un silencio mental *Oh, Ok.*

Gira su cabeza. Su boca, a pulgadas de la mía. Su aliento, cálido y dulce.

— Te extrañé, Luisa Clark.

Quiero decírselo también. Quiero decirle que no sé lo que siento. Lo quiero, pero tengo miedo quererlo. No quiero que mi felicidad sea totalmente dependiente de otra persona, para ser un rehén cuya fortuna no puedo controlar.



Sus ojos están en mi cara, me está leyendo — Deja de pensar — dice.

Tiró de mí hacia él, y me relaje. Este hombre pasa cada día allá afuera, en el puente entre la vida y la muerte. Él lo entiende. — Piensas demasiado.

Su mano se desliza por un lado de mi cara. Me vuelvo hacia él, un reflejo involuntario, y puse mis labios contra su palma.
— ¿Sólo vivo? — le susurré.

Él asiente con la cabeza, y luego me besa, largo y lento y dulce, hasta que mi cuerpo se arquea y yo soy sólo necesito y quiero y anhelo.

Su voz es baja en mi oído. Mi nombre, tirando de mí. Él hace que suene como algo precioso.

***

Los siguientes tres días fueron una masa borrosa de noches robadas y reuniones breves. Me perdí la Semana de Idealización en el Círculo de Superación porque se presentó en el piso justo cuando me iba y de alguna manera terminamos con un lío urgente de brazos y piernas, esperando que mi temporizador se apagará para que así él se vistiera y corriera a recoger a Jake a tiempo. Dos veces me estaba esperando cuando regresé de mi turno, y con sus labios en mi cuello, sus grandes manos sobre mis caderas, las indignidades del Trébol y trébol fueron, si no olvidadas, barridas a un lado junto con botellas vacías de la noche anterior.

Quería resistirme a él, pero no pude. Estaba mareada, desviada, sin dormir. Tuve cistitis y ni me importaba. Tarareaba de camino al trabajo, coqueteé con los empresarios, y sonreí alegremente a las quejas de Richard. Mi felicidad estaba ofendido a un hombre de negocios: Lo pude ver masticando su mejilla, en la forma en que buscó siempre errores menores para regañarme.

Nada de eso me importaba. Cantaba en la ducha, estaba soñando despierta. Me puse mis viejos vestidos, mis chaquetas de punto de colores



brillantes y las bombas de satén, y me dejé encerrada en una burbuja de felicidad, consciente de que las burbujas sólo existieron hace tiempo antes de que estallarán.

—Le dije a Jake — dijo. Tenía descanso de media hora y él y Donna había parado fuera de mi apartamento con el almuerzo antes de que me fuera para mi turno de la tarde. Me senté a su lado en el asiento delantero de la ambulancia.

— ¿Le dijiste qué? — Había hecho sándwiches de mozzarella, tomate cherry y albahaca. Los tomates, cultivados en su jardín, irrumpieron en pequeñas explosiones de sabor en mi boca. Estaba horrorizado por cómo me comí cuando estaba sola.

—Que habías pensado que yo era su padre. Se rió más de lo que he visto reír durante meses.

—No le dijiste que te dije que su padre lloró después del sexo, ¿verdad?

—Conocí a un hombre que hizo eso una vez — dijo Donna — Pero él realmente sollozó. Fue realmente vergonzoso. La primera vez pensé que había roto su pene.

Me volví hacia ella, con la boca abierta.

—Es una cosa. De Verdad. Hemos tenido un par en la plataforma, ¿no?

—Las tenemos. Te sorprenderían las lesiones coitales que vemos — Él asintió con la cabeza en mi sandwich, que aún estaba en mi regazo —Te lo voy a decir cuando tu boca este vacía.

—Lesiones coitales. Excelente. Debido a que no hay suficientes cosas en la vida de qué preocuparse.

Su mirada se deslizó hacia un lado mientras mordió su sándwich, de modo que me sonrojé. —Confía en mí. Me gustaría saber.





—Solo estamos siendo sinceras, mi viejo compañero — dijo Donna, ofreciendo una de sus siempre presentes bebidas energéticas — Totalmente no voy a ser la primera en responder eso.

Me gustó estar en la cabina. Sam y Donna tenían el sin sentido de manera irónica de los que habían visto prácticamente cada condición humana, y lo trataron, también. Ellos eran divertidos y oscuros, y me sentí extraña en casa entre ellos, como si mi vida, con toda su extrañeza, fuera bastante normal.

Estas fueron las cosas que aprendí en el espacio de varias horas de almuerzo arrebatado:

— Casi no hay hombres o mujeres mayores de setenta años que se quejen del dolor o del tratamiento, incluso si una extremidad les está colgando.

— Esos mismos hombres o mujeres de edad avanzada casi siempre piden disculpas por —hacer ruido.

— El termino Paciente PFO no era una terminología científica pero "Paciente Enojado se Cayó”.

— Las mujeres embarazadas rara vez daban a luz en la parte posterior de las ambulancias. (Estaba bastante decepcionada por eso.)

— Que ya nadie usa el término "conductor de la ambulancia”. Sobre todo, no los conductores de ambulancia.

— Siempre habría un puñado de hombres que, cuando se le preguntaba que entre uno a diez cuanta es la intensidad del dolor, ellos respondían, "once".

Pero lo que vino tuvo mucho más, cuando Sam regresaba después de un largo turno, era la desolación: pensionistas solitarios; hombres obesos pegados a una pantalla de televisión, demasiado grandes incluso para tratar de llegar por sí mismos de arriba a abajo por sus propias escaleras; las madres jóvenes que no hablaban Inglés, confinados en sus pisos con un



millón de pequeños niños, sin saber cómo pedir ayuda cuando era necesario; y la depresión, los enfermos crónicos, los no amados.

Algunos días, dijo, se sentía como un virus: había que fregar la melancolía de su piel junto con el olor a antiséptico. Y luego estaban los suicidios, las vidas que terminaron bajo los trenes o en los baños en silencio, sus cuerpos a menudo desapercibidos durante semanas o meses hasta que alguien comentaba sobre el olor, o se preguntaban por qué el post de esto y por lo que ahora se derraman fuera de su casillero.

— ¿Alguna vez te asusta?

Se quedó, de gran tamaño, en mi pequeño baño. El agua se había vuelto ligeramente de color rosa con la sangre de la herida de bala de un paciente que se había filtrado por todo su cuerpo. Yo estaba un poco sorprendida por lo rápido que había acostumbrado a tener a un hombre desnudo por los alrededores. Especialmente uno que podía moverse por sí mismo.

—No puedes hacer este trabajo si estás asustada — dijo simplemente.

Había estado en el ejército antes de que se uniera como paramédico; no era un arco carrera inusual — Nos gusta porque no nos asustamos fácil, y hemos visto todo. Eso sí, algunos de esos chicos borrachos me asusta mucho más que los talibanes nunca lo hicieron.

Me senté en el asiento del retrete junto a él y me quedé mirando su cuerpo en el agua turbia. A pesar de su tamaño y fuerza, me estremecí.

—Hey — dijo, al ver algo que paso por mi rostro, y extendió una mano hacia mí — Está bien, de verdad. Tengo un muy buen olfato para los problemas — Cerró los dedos alrededor de los míos — Aunque no es un gran trabajo para las relaciones. Mi última novia no podía hacer frente a ella. Las horas. Noches. El desorden.

—El agua del baño de color rosa.

—Sí. Lo siento por eso. Las duchas no funcionaban en la estación. Realmente debería haber ido a casa desde un comienzo — Él me miró de



una manera que me mostro que no había ocurrido lo que ir a casa desde un comienzo. Sacó el tapón para que una parte del agua drenara, entonces abrió los grifos para más.

—Entonces, ¿quién era ella, tú última novia? — Yo mantuve mi nivel de voz. No iba a ser una de esas mujeres, aun si él hubiera salido de no ser uno de esos hombres.

—Iona. Agente de viajes. Dulce niña

—Pero no estabas enamorado de ella.

— ¿Por qué dices eso?

—Nadie dice "chica dulce" a la persona que amo. Es como todo el asunto "seguiremos siendo amigos". Eso significa que ya no sientes nada.

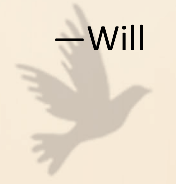
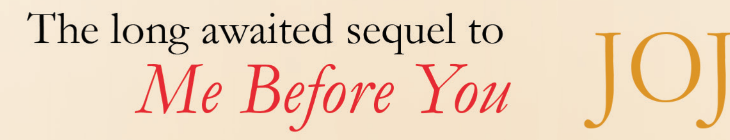
Le divertía brevemente — Entonces, ¿qué tendría que haber dicho si hubiera estado enamorado de ella?

—Podrías haber dicho seriamente "Karen. Completa pesadilla", o apague y se han ido todos "no quieren hablar de ello”

—Probablemente tienes razón — Él pensó un poco — Si te digo la verdad yo realmente no quiero sentir mucho después de que mi hermana murió. Estar con Ellen en los últimos meses, ayudando a cuidar de ella, me dejo como noqueado. — Él me miró. — El cáncer puede ser una manera bastante brutal para ir. El padre de Jake se vino abajo. Algunas personas lo hacen. Así que pensé que me necesitaban allí. Si te digo la verdad, yo probablemente sólo sostuve junto a mí mismo porque no podíamos ir todos en pedazos. — Nos sentamos en silencio por un momento. No podría decir si sus ojos se habían ido un poco rojo por pena o por jabón.

—De todos modos. Entonces sí. Probablemente no mucho de un novio en ese entonces. Entonces, ¿quién era el tuyo? — dijo, cuando por fin se volvió hacia mí.

—Will

—Claro. ¿Nadie desde entonces?

—Nadie de quien quiera hablar —Me estremecí.

—Todos tenemos permitido nuestro camino de regreso, Louisa. No te rindas al respecto.

Su piel estaba caliente y húmeda, por lo que me era difícil agarrarme de sus dedos. Se los solté, y comenzó a lavarse el pelo. Me senté y lo observé, dejando que elevará el estado de ánimo, disfrutando de los músculos agrupados en sus hombros, el brillo de su piel húmeda. Me gustó la forma en que se lavaba el pelo: con fuerza, con una especie de cuestión de naturalidad, sacudir el exceso de agua como un perro.

—Oh. Tuve una entrevista de trabajo — le dije, cuando terminó — Para una cosa en Nueva York.

—Nueva York — Él levantó una ceja.

—No lo conseguiré.

—Vergüenza. Siempre he querido tener alguna excusa para ir a Nueva York — Se deslizó lentamente bajo el agua para que sólo su boca se notará. Se rompió en una sonrisa lenta — Pero tú conseguirás mantener el traje duendecillo, ¿no?

Sentí el cambio de estado de ánimo. Y, por ninguna razón en absoluto distinta de la que no esperaba, me subí totalmente vestida en la bañera y le di un beso mientras él se ría y escupía. De repente me sentí contenta de su solidez en un mundo donde era tan fácil caer.

***

Finalmente hice un esfuerzo para organizar el piso. En mi día libre me había comprado un sillón y una mesa de café, y una pequeña impresión enmarcada, que me dejé cerca de la televisión, y esas cosas de alguna





manera conspiraron para sugerir que alguien en realidad podría vivir allí. Compré ropa de cama nueva y dos cojines y colgué toda mi ropa vintage en el armario para que al abrirlo revelara un derroche de color y patrón, en lugar de varios pares de pantalones vaqueros baratos y un vestido demasiado corto Lurex. Me esforcé para convertir mi pisito de anonimato en algo que se sentía, si no es como una casa, en algo vagamente acogedor.

Por alguna benevolencia de los dioses del cambio de agenda, Sam y yo tuvimos un día libre. Dieciocho horas ininterrumpidas en la que no tenía que escuchar una sirena, y yo no tenía que escuchar el sonido de la flauta de pan o quejas acerca de los cacahuetes tostados. En el tiempo que pasé con Sam, observé, que parecía ir dos veces más rápido que las horas que pasaba sola. Había meditado sobre un millón de cosas que podríamos hacer juntos, pero luego las deseche porque eran demasiado pare-ja. Me preguntaba si el tiempo que gastábamos estando juntos era sensato.

Envié otro mensaje a Lily una vez más. *Lily, por favor ponte en contacto. Sé que estás enojada conmigo, pero sólo llama. Tu jardín está hermoso! Necesito que me enseñes cómo cuidar de él, y qué hacer con las plantas de tomate, están demasiado altas (¿es normal?). ¿Tal vez después podríamos ir a bailar? Beso.* Presioné enviar y me quedé mirando la pequeña pantalla justo cuando el timbre sonó.

—Hey — Llenó mi puerta, la celebración de una caja de herramientas en una mano y una bolsa de comestibles en el otro.

—Oh, Dios mío —dije — Eres como la última fantasía femenina.

—Estantes — dijo, sin ninguna expresión — Es necesario estantes.

—Oh, bebé. Sigue hablando.

—Y comida hecha en casa.

—Eso es. Acabo de llegar.

Él se rió y dejó caer las herramientas en el pasillo y me dio un beso, y cuando finalmente nos separamos, caminó hasta la cocina — Pensé que





podríamos ir al cine. ¿Sabes que uno de las mayores beneficios de trabajar por turnos son los matinés vacíos, cierto?

Revisé mi teléfono.

—Pero nada de sangre en ella. Me estoy cansando un poco de la sangre.

Cuando levanté la vista estaba mirándome.

— ¿Qué? ¿No te gusta? ¿O es que va a sellar con todos tus planes para *Quince zombies adictos a la carne*?… ¿Qué?

Fruncí el ceño, y dejé caer mi mano a mi lado — *No puedo acercarme a Lily*.

— ¿Pensé que habías dicho que se había ido a casa?

—Lo hizo. Pero no quiere contestar ninguna de mis llamadas. Creo que está muy molesta conmigo.

—Sus amigos robaron tus cosas. Tú debes ser la única persona que tiene permitido estar molesta.

Empezó a sacar las cosas de la bolsa, lechugas, tomates, aguacates, huevos, hierbas, y las apiló ordenadamente en mi nevera casi vacía. Él me miró mientras le enviaba un nuevo mensaje — Vamos. Ella podría haber dejado caer su teléfono, haberlo dejado en algún club, o quedarse sin crédito. Sabes cómo son los adolescentes. O ella acaba de lanzar un estorbo masivo. A veces es necesario dejarlos trabajar fuera de su sistema.

Tomé su mano y cerré la puerta de la nevera — Tengo que enseñarte algo — Sus ojos se iluminaron brevemente.

—No eso, no, hombre malo. Eso tendrá que esperar hasta más tarde.





***

Sam estaba de pie en la azotea y miró a su alrededor en las flores

— ¿Y no tienes ninguna idea?

—Ninguno en absoluto.

Se sentó pesadamente en el banco. Me senté a su lado y ambos nos quedamos mirando el pequeño jardín.

—Me siento muy mal — le dije — Yo, básicamente, la acusé de destruir todo lo que estaba cerca de ella. Y todo el tiempo estaba creando esto.

Se agachó para sentir las hojas de una planta de tomate, luego se enderezó, moviendo la cabeza — Bueno. Así que vamos a ir a hablar con ella.

— ¿De Verdad?

—Sí. Almorzamos primero. Luego el cine. Entonces vamos a aparecer frente a su puerta. De esa manera en que será imposible que ella te evite — Me tomó de la mano y se la llevó a los labios — Oye. No estés preocupada. El jardín es una buena noticia. Esto demuestra que ella no tan mala después de todo.

Soltó mi mano y me miró fijamente

— ¿Cómo es que siempre haces que todo sea mejor?

—Simplemente no me gusta verte triste.

No le podía decir que no estaba triste cuando yo estaba con él. No podía decirle que me hacía tan feliz que tenía miedo de ello. Pensé en cómo me gustaría tener su comida en mi nevera, como mi la pasaría mirando mi teléfono veinte veces al día a la espera de sus mensajes, como me conjuraba su cuerpo desnudo en mi imaginación en las tranquilos minutos



del trabajo y luego como tenía que pensar sobre cera para pisos o recibos de caja sólo para detenerme de brillar.

Reduzca la velocidad, dijo una voz de advertencia. *No se acerque demasiado*.

Sus ojos se suavizaron — Tienes una sonrisa muy dulce, Louisa Clark. Es uno de los varios cientos de cosas que me gustan de ti.

Deje mi mirada de vuelta a él. *Este hombre*, pensé. Y entonces me di una fuerte bofetada en mis rodillas — Vamos — le dije rápidamente — Vamos a ver una película.

***

El cine estaba casi vacío. Nos sentamos al lado del otro en la parte trasera en un asiento donde alguien había eliminado el reposabrazos, y Sam me alimento de palomitas de un cubo de cartón del tamaño de un cubo de basura, y traté de no pensar en el peso de su mano apoyada en mi desnuda pierna, porque cuando lo hacía me perdía frecuentemente de lo que estaba pasando en la trama.

La película era una comedia estadounidense sobre una pareja dispareja de policías que se encontraban confundiéndolos con criminales. No fue muy divertido, pero me reía de todos modos. Los dedos de Sam aparecieron frente a mí, llenos de sal de las palomitas de maíz las tomé, y otra vez, a continuación, como una ocurrencia de últimamente, mantuve sus dedos entre mis dientes. Él me miró y negó con la cabeza, lentamente.

Terminé las palomitas y tragué
— Nadie va a ver — le susurré.

Levantó una ceja

— Soy demasiado viejo para esto —, murmuró. Pero cuando me di la vuelta su cara estaba frente a la mía en el aire oscuro caliente, y comencé a




besarlo, dejó caer las palomitas de maíz y su mano se deslizó lentamente por mi espalda.

Y entonces sonó mi teléfono. Hubo un silbido de desaprobación por parte de las dos personas en la parte delantera — Los siente, ¡Lo siento! (Dado que sólo habíamos cuatro de nosotros en el cine). Me zafé del regazo de Sam y conteste. Un número que no reconocí.

— ¿Louisa? — Me tomó un segundo para registrar su voz.

—Sólo dame un minuto — Le hice caras a Sam, y salí fuera de la sala.

—Lo siento, señora Traynor. Sólo tenía que, ¿Sigues ahí? ¿Hola?

El vestíbulo estaba vacío, las áreas de cola acordonadas desiertas, la máquina de bebidas congeladas batiendo su hielo coloreado con indiferencia detrás del mostrador.

—Oh, gracias a Dios. ¿Louisa? Me preguntaba si podía hablar con Lily.

Me puse de pie, con el teléfono pegado a la oreja.

—He estado pensando en lo que pasó la otra semana y lo siento mucho. Debo haber parecido... — Ella vaciló — Mira, me preguntaba si pensabas que ella estaría de acuerdo en verme.

—La Señora Traynor…

—Me gustaría explicarle. Durante el último año o así he estado… bueno, no he estado siendo yo. He estado con estas pastillas y me dejan medio tonta. Y yo estaba tan sorprendida de encontrarte en mi puerta, y luego simplemente no podía creer lo que ustedes me estaban diciendo. Todo parecía tan improbable. Pero yo... bueno, he hablado con Steven y me confirmó todo y he estado sentada aquí por días y digiriendo todo y sólo piense... Will tenía una hija. *Tengo una nieta*. Sigo diciendo las palabras. A veces pienso que me soñé todo.




Escuché el aluvión inusual de sus palabras — Lo sé — dije — Me sentí igual, también.

—No puedo dejar de pensar en ella. Quiero conocerla correctamente. ¿Crees que ella estaría de acuerdo en verme otra vez?

—Señora Traynor, ella no se está quedando conmigo más. Pero sí. — Me pasé los dedos por el pelo — Sí, por supuesto que le preguntaré.

***

No pude concentrarme en el resto de la película. Al final, quizá porque se dio simplemente estaba mirando la pantalla, Sam sugirió que nos fuéramos. Nos paramos frente donde estaba aparcada la moto y le dije lo que me había dicho.

—Eso, ¿ves? — Dijo, como si hubiera hecho algo para estar orgulloso — Vámonos.

***

Esperó en la moto a través del camino mientras yo llamaba a la puerta. Levanté mi barbilla, decidida a que esta vez no le dejaría que Tanya Houghton-Miller me intimidará. Miré hacia atrás, y Sam asintió alentadoramente.

La puerta se abrió. Tanya estaba vestida con un vestido de lino chocolate y sandalias griegas. Ella me miró de arriba abajo como lo había hecho cuando nos habíamos conocido en primer lugar, como si mi propio armario hubiera fallado en algo invisible. (Esto fue un poco molesto, ya que llevaba puesto mí ya comprobado vestido de algodón favorito.) Su sonrisa apareció en sus labios por sólo un nanosegundo, luego cayó lejos

— Louisa.

—Siento haber venido sin avisar, Señora Houghton-Miller.





— ¿Ha pasado algo?

Parpadeé — Bueno, sí, en realidad — Quite el cabello de mí cara. — He tenido una llamada de la señora Traynor, la madre de Will. Lamento molestarla con esto, pero realmente me gustaría ponerme en contacto con Lily, y como ella no contesta su teléfono, me pregunté ¿si le importaría pedirle que me llame?

Tanya me miró desde debajo de las cejas perfectamente depiladas.

Mantuve mi rostro neutro.

— O tal vez podríamos tener una breve charla con ella.

Se produjo un breve silencio.

— ¿Por qué crees que *yo* le preguntaría eso?

Respiré, escogiendo mis palabras cuidadosamente. — Sé que usted tiene fuertes sentimientos acerca de la familia Traynor, pero creo que sería del interés de Lily. No sé si ella le dijo, pero tuvieron un comienzo difícil en la primera reunión la otra semana y la Señora Traynor quiere realmente tener la oportunidad de empezar de nuevo.

—Ella puede hacer lo que quiera, Louisa. Pero yo no sé por qué estás esperando que yo me involucre.

Traté de mantener tono amable — Um... ¿porque eres su madre?

— ¿A quién no se ha molestado en ponerse en contacto con ella en más de una semana."

Me quedé muy quieta. Algo frío y duro se asentó en mi estómago

— ¿Qué acabas de decir?



—Lily. No se ha molestado en ponerse en contacto conmigo. Pensé que al menos ella podría venir a saludar después de regresar de vacaciones, pero no, eso es claramente va más allá de ella. Ajustarse a sí misma, como de costumbre. — Ella extendió una mano para examinar sus uñas.

—Señora Houghton-Miller, ella pensaba estar con usted.

— ¿Qué?

—Lily. Se mudó con usted de nuevo. Cuando usted llego de sus vacaciones. Dejó mi piso... hace diez días.



CAPÍTULO 18

Nos encontrábamos en la inmaculada cocina de Tanya Houghton-Miller, yo miraba fijamente su cafetera brillante con 108 mandos, que probablemente había costado más que mi coche, y pensaba en los eventos de la semana anterior por enésima vez.

—Eran casi las doce. Le di veinte libras para un taxi y le pedí que dejara su llave. Simplemente asumí que iría a casa —Me sentí enferma. Caminé alrededor de la barra de desayuno y de regreso, mi cerebro estaba a máxima velocidad—. Debí haber revisado. Pero ella tendía a ir y venir a su antojo. Y nosotras... bueno, tuvimos una pequeña pelea.

Sam se puso de pie junto a la puerta, frotándose la frente.

—Y ninguno de ustedes ha oído nada de ella desde entonces.

—Le he enviado mensajes unas cuatro o cinco veces —dije—. Simplemente asumí que todavía estaba enojada conmigo.

Tanya no nos había ofrecido café. Se acercó a la escalera, miró el piso de arriba, y luego a su reloj, como si estuviera esperando a que nos fuéramos. No se veía como una madre que acababa de descubrir que su hija había desaparecido. Periódicamente escuché el sordo rugido de una aspiradora.

—Señora Houghton-Miller, ¿nadie por aquí ha escuchado algo de ella en absoluto? ¿Puede saber desde su teléfono si ella incluso lee sus textos?

—Te lo dije —habló. Su voz era extrañamente tranquila—. Te dije como era. Pero tú no quisiste escuchar.

—Creo que nosotros…

Ella levantó una mano, parando a Sam.





—Esta no es la primera vez. Oh no. Ella desapareció durante días antes, cuando estaba en el internado. Yo los culpo, por supuesto. Se suponía que sabían exactamente donde estaba en todo momento. Sólo nos llamaron cuando ya había estado fuera cuarenta y ocho horas y luego tuvimos que involucrar a la policía. Al parecer, una de las chicas de su dormitorio había mentido por ella. Por qué no sabían quién estaba y quién no estaba allí, está completamente más allá de mí, especialmente teniendo en cuenta los honorarios ridículos que pagamos. Francis tenía todo para demandarlos. Lo sacaron de su reunión anual para tratar eso con él. Fue muy vergonzoso.

Arriba hubo un accidente y alguien empezó a llorar.

Tanya se acercó a la puerta de la cocina.

— ¡Lena! ¡Sácalos al parque, por amor de Dios! —Ella volvió a la cocina—. Sabes que ella se emborracha. Toma drogas. Robó mis aretes de diamantes Mappin & Webb. No lo admitió, pero lo hizo. Valían miles. No tengo idea de lo que hizo con ellos. También tomó una cámara digital.

Pensé en mis joyas desaparecidas y algo en mí se apretó incómodamente.

—Entonces sí. Todo esto es bastante predecible. Te lo dije. Y ahora, si me disculpan, me tengo que ir y ordenar a los muchachos. Están teniendo un día difícil.

—Pero vas a llamar a la policía, ¿no? Ella tiene dieciséis años de edad y han pasado casi diez días.

—No van a estar interesados. No una vez que sepan quién es— Tanya levantó un dedo delgado—. Expulsada de dos escuelas por absentismo. Amonestada por posesión de una droga de clase A. Borracha y desordenada. Robos. ¿Cuál es la frase? *Mi hija tiene forma*[36]. Para ser franca, incluso si la policía la encuentra y trae de vuelta aquí, ella simplemente se levantaría e iría de nuevo cuando le sea conveniente.

[36] Mi hija tiene forma hace referencia a que ella tiene antecedentes penales o tiene antecedentes policiales.





Una cuerda había apretado mi pecho, impidiendo mi respiración. ¿Dónde había ido? ¿Estaba ese chico, el que se pasaba alrededor de mi piso, involucrado? ¿Estuvo bebiendo en los clubes nocturnos con Lily? ¿Cómo fui tan descuidada?

—Vamos a llamarlos independientemente. Ella es todavía muy joven.

—No. No quiero a los policías involucrados. Francis está teniendo un momento muy difícil en el trabajo ahora. Está luchando por conservar su puesto. Si ellos se enteran de que está involucrado con la policía entonces lo perderá.

La mandíbula de Sam apretó. Se tomó un momento antes de hablar.

—Señora Houghton-Miller, su hija está vulnerable. Realmente creo que es hora de que alguien más se involucre.

—Si los llaman, simplemente voy a explicarles lo que acabo de decirles.

—Señora Houghton-Miller…

— ¿Cuánto tiempo la conoció, señor Fielding? —Se apoyó en la cocina—. La conoce mejor que yo, ¿verdad? ¿Se ha mantenido despierto por las noches a la espera de que vuelva a casa? ¿Ha dejado de dormir? ¿Tuvo que explicar su comportamiento a los maestros y oficiales de policía? ¿Pedir disculpas a asistentes por cosas que ella había robado? ¿Rescatar su tarjeta de crédito?

—Algunos de los niños más caóticos son los que corren más riesgo.

—Mi hija es una manipuladora talentosa. Va a estar con una de sus amigas. Así como ha sido antes. Voy a garantizar que en los próximos uno o dos días, Lily volverá aquí, borracha y chillando en el medio de la noche, o llamando a la puerta de Louisa, o pidiendo dinero, y es probable que desees que no lo haga. Alguien la dejará y ella va a estar arrepentida y terriblemente triste, y luego un par de días más tarde, va a traer un montón de amigos a casa o robara algo. Y todo el ciclo girará de nuevo.





Se apartó su cabello dorado de la cara.

Ella y Sam se miraron.

—He tenido que someterme a consejería para hacer frente al caos que mi hija ha traído a mi vida, Señor Fielding. Es lo suficientemente difícil con sus hermanos y sus... problemas de conducta. Pero una de las cosas que aprendí en terapia es que llega un momento en que tienes que cuidar de ti mismo. Lily tiene la edad suficiente para tomar sus propias decisiones.

—Es una niña —le dije.

—Oh, sí. Eso es correcto. Una niña que has corrido de tu apartamento cerca de la medianoche —Tanya Houghton-Miller sostuvo mi mirada con la complacencia de alguien que acababa de dársele la razón—. No todo es blanco y negro. Por mucho que nos gustaría que fuera.

—Ni siquiera estás preocupada, ¿verdad? —dije.

Sostuvo mi mirada.

—No, francamente. He estado aquí muchas veces antes—quise hablar de nuevo, pero ella estaba delante de mí—. Tienes complejo de salvador, ¿cierto, Louisa? Bueno, mi hija no necesita salvarse. Y si lo hizo, no estaría enormemente convencida por tu historial hasta el momento.

El brazo de Sam estaba a mí alrededor, incluso antes de que yo fuera capaz de tomar un respiro. Mi réplica se volvió, tóxica, en mi boca, pero ella ya había dado la vuelta.

—Vamos —dijo Sam, impulsándome hacia el pasillo—. Vámonos.

***

Condujimos alrededor del West End durante varias horas, desacelerando para mirar a los grupos que silbaban a chicas tambaleantes, y, más sobrias, a los que dormían en la calle, entonces nos estacionamos y



caminamos al lado del otro a lo largo de los arcos oscuros debajo de los puentes. Nos asomábamos en las puertas de las discotecas, preguntando si alguien había visto a la chica de las fotografías de mi teléfono móvil. Fuimos al club donde me llevó a bailar, y a un par más que Sam dijo eran guaridas notorias para los bebedores menores de edad.

Pasamos paradas de autobuses y restaurantes de comida rápida, y cuanto más lejos fuimos más pensé en lo ridículo que era tratar de encontrarla entre los miles pululando por las calles zumbando del centro de Londres. Ella podía estar en cualquier parte. Parecía estar en todas partes. Le envié un mensaje otra vez, dos veces, para decirle que estábamos buscándola con urgencia, y cuando llegamos a mi apartamento Sam llamó a varios hospitales sólo para asegurarse de que no había sido admitida.

Finalmente nos sentamos en mi sofá y comimos unas tostadas, me hizo una taza de té y nos sentamos en silencio por un momento.

—Me siento como la peor mamá del mundo. Y yo ni siquiera soy una mamá.

Sam se inclinó hacia delante, con los codos sobre sus rodillas.

—No te puedes culpar a ti misma.

—Si puedo. ¿Qué clase de persona echa a una chica de dieciséis años de edad, fuera de su apartamento en la madrugada sin comprobar adónde va realmente? —Cerré los ojos—. Quiero decir, sólo porque ha desaparecido antes no significa que va a estar bien ahora, ¿verdad? Va a ser como uno de esos adolescentes fugitivos que desaparecen y nadie oye de ellos otra vez hasta que un perro caminando desentierra sus huesos en el bosque.

—Louisa.

—Debí haber sido más fuerte. Debí haberla comprendido mejor. Debí haber pensado más en cuán joven es. Era. Oh, Dios, si algo le ha pasado nunca voy a perdonarme a mí misma. Y afuera justo ahora algún inocente paseador de perros no tiene ni idea de que su vida está a punto de ser arruinada…





—Louisa —Sam puso su mano en mi pierna—. Detente. Estás dando vueltas en círculos. Irritante como ella es, es posible que Tanya Houghton-Miller tenga razón y Lily regresará o tocara a tu timbre en tres horas y todos se sentirán como tontos y se olvidarán de lo que ha pasado hasta que todo comience de nuevo.

—Pero ¿Por qué no responde su teléfono? Debe saber que estoy preocupada.

—Tal vez es porque te está ignorando —Me dio una mirada irónica—. Ella puede estar disfrutando haciéndote sudar un poco. Mira, no hay mucho más que podamos hacer esta noche. Y yo me tengo que ir. Tengo un turno temprano.

Levantó los platos y los puso en el fregadero, apoyándose contra los gabinetes de la cocina.

—Lo siento —dije—. No es exactamente la manera más divertida de comenzar una relación.

Bajó la barbilla.

— ¿Esta es una relación ahora?

Me ruboricé.

—Bueno, no quise decir…

—Estoy bromeando —Extendió una mano y me atrajo hacia él—. Estoy disfrutando tus intentos determinados para convencerme de que estás básicamente usándome solo por sexo.

Olía bien. Incluso cuando él olía ligeramente a anestesia, olía bien.

Besó la parte superior de mi cabeza.

—La encontraremos —dijo al salir.





***

Después de que se fue, subí a la azotea. Me senté en la oscuridad, inhalando el aroma de los jazmines que ella había llenado hasta el borde del depósito de agua, y pasé la mano suavemente sobre las diminutas cabezas púrpuras de la Aubretia que cayeron sobre los plantadores de terracota. Miré por encima del parapeto, recorrí las calles de la ciudad y mis piernas ni siquiera temblaron. Le envié un mensaje de nuevo, a continuación, me preparé para ir a la cama, sintiendo el silencio del estrecho piso a mí alrededor.

Revisé mi teléfono por millonésima vez, y mi correo electrónico, por si acaso. Nada. Pero había uno de Nathan:

¡Felicidades! ¡El anciano Gopnikme dijo esta mañana que te va a ofrecer el trabajo! ¡Nos vemos en NY, compañera!



CAPÍTULO 19

Lily

Peter estuvo esperando de nuevo. Afuera de la ventana, ella lo ve apoyado sobre su auto. Él la ve y gesticula —Tú me debes.

Lily abrió la ventana, miro a través del camino donde Samir estuvo poniendo las cajas de naranja. —Déjame en paz, Peter.

—Tú sabes lo que pasara…

—Te he dado lo suficiente, solo déjame en paz, ¿Si?

—Mal movimiento, Lily—. Él levanto una ceja, mientras espera el tiempo suficiente para que ella se sintiera incomoda.

Lou llegara a casa dentro de media hora. Él se pasea alrededor tan a menudo, que es bastante seguro que lo supiera.

Pasado el tiempo, se subió de nuevo en su auto y salió a la avenida principal sin mirar atrás. Mientras el conduce, sostiene su teléfono fuera de la ventana del conductor. Un mensaje: *Mal movimiento, Lily.*

***

Gira la botella. Parecía un juego inocente. Habían sido ella y cuatro chicas más de su escuela, habían llegado de Londres. Ellas habían robado labiales de Boots y comprado faldas demasiado cortas en Top Shop y se metieron en discotecas porque eran jóvenes y lindas y el guardia no les hizo demasiadas preguntas si había cinco chicas hermosas, y dentro de la discoteca, sobre ron y coca-cola, ellas conocieron a Peter y a sus amigos.

Habían terminado arriba del Fiat de alguien en Marylebone a las 2 de la mañana. No podía recordar del todo como habían terminado ahí. Todos estaban sentados formando un círculo, fumando y bebiendo. Ella había





dicho que si a todo lo que le ofrecían. Rihanna estaba en el equipo de música. Una bolsa de frijoles azules que huele a Febreze. Nicole había estado enferma en el baño, la idiota. El tiempo se ha deslizado, dos y media, tres y diecisiete, cuatro… Ella perdió el rastro. Entonces alguien sugirió Verdad o Reto.

La botella giraba, se detuvo en un cenicero, tirando colillas y cenizas sobre la alfombra. La verdad de alguien, la chica que no conocía: las vacaciones del año pasado que había mantenido relaciones sexuales con su ex novio por teléfono mientras su abuela dormía en la cama junto a su gemelo. Los otros se asustaron falsamente. Lily se había reído.

—Colóquenla[37]—dijo alguien.

Peter la estuvo observando todo el tiempo. Ella al principio se había sentido alagada: Él era el chico más guapo que había en kilómetros. Un hombre, incluso. Cuando él la miró, ella se negó a bajar los ojos. Ella no iba a ser como las otras chicas.

— ¡Gira!

Ella se encogió de hombros cuando se refirieron a ella. —Reto—había dicho—Siempre reto.

—Lily nunca dice que no a nada—dijo Jemima. Ahora ella se preguntaba si había algo en la forma en que ha mirado a Peter cuando lo dijo.

—Bueno. Sabes qué significa eso.

— ¿En serio?

— ¡No puedes hacer eso!—Pippa estaba sosteniendo su rostro con las manos cuando ella estaba siendo dramática.

—Verdad, entonces.

—Nah. No me gusta la verdad—. ¿Y qué? Ella sabía que estos chicos serían unas gallinas. Se puso de pie, con indiferencia.

— ¿Aquí fue?

---

[37]Duda con respecto a esta palabra, ya que en el texto original es —Niche—.





—Oh, Dios mío, Lily.

—Hagan girar la botella—dijo uno de los chicos.

No se le había ocurrido para estar nerviosa. Ella estaba un poco mareada y, de todos modos, le gusto bastante estar parada ahí, sin ser tocada, mientras que las otras chicas aplaudieron, gritaron y actuaron como idiotas. Eran muy falsas. Las mismas chicas que no golpeaban a nadie más que en el campo de hockey y hablaban de política y que carreras iban a seguir, para luego convertirse en estúpidas y risueñas en presencia de los chicos, agitando sus cabellos y pintando sus labios, como si tuvieran que mostrar algo más que interesarse por ellas mismas.

—*Peter…*

—Oh, Dios mío. Pete, amigo. Sos vos.

Los chicos, todos maullando y cacareando para ocultar su decepción, o tal vez de alivio, que no eran ellos. Peter, subido a sus pies, sus ojos como gatos satisfechos. A diferencia de los demás: su acento habló de alguna parte más dura.

— ¿Aquí?

Ella se encogió de hombros. —No me importa.

—A lado—Hizo un gesto hacia el dormitorio.

Ella dio un paso cuidadosamente sobre las piernas de las chicas mientras caminaban a través de la habitación de al lado. Una de las chicas se agarró a su tobillo, diciéndole que no, y ella se la quitó de encima. Caminaba con una arrogancia leve, sintiendo sus ojos en ella mientras salía. *Reto. Siempre reto.*

Peter cerró la puerta detrás de él y miró a su alrededor. La cama estaba arrugada, un edredón estampado horrible que se podía decir de cinco yardas no había sido lavado en años, y dejó un rastro leve de humedad en la atmósfera. Había un montón de ropa sucia en la esquina, un cenicero lleno junto a la cama. La sala quedó en silencio, las voces en el exterior se detuvieron temporalmente.

Ella levantó la barbilla. Apartó el pelo de la cara.



— ¿De verdad quieres hacer esto?—Dijo.

Él sonrió, una sonrisa burlona lenta. —Sabía que te ibas a echar hacia atrás.

— ¿Quién dice que me estoy echando hacia atrás?

Pero ella no quería hacerlo. No vio sus hermosos rasgos más, sólo el brillo frío en sus ojos, el giro desagradable en la boca. Puso sus manos sobre su cremallera.

Permanecieron allí durante un minuto.

—Está bien si no quieres hacerlo. Vamos a ir fuera y decir que eres una gallina.

—Nunca dije que no lo haría.

— ¿Entonces *qué* estás diciendo?

Ella no puede pensar. Un bajo zumbido se ha puesto en marcha en la parte posterior de la cabeza. Ella desea no haber venido aquí.

Él ahoga un bostezo teatral. —Me aburro, Lily.

Una frenética llamando a la puerta. La voz de Jemima.

—Lily —Tú no tienes que hacerlo. Vamos. Podemos ir a casa ahora.

—Tú no *tienes* que hacerlo, Lily—. Su voz es una imitación, burlándose.

Un cálculo. ¿Qué es lo peor que puede pasar -dos minutos, en el peor de los casos? Dos minutos de su vida. Ella no va a ser una gallina. Ella le mostrará. Ella les mostrará a todos.

Él está sosteniendo una botella de Jack Daniels vagamente en una mano. Ella lo toma de él, lo abre y toma un trago de ella dos veces, con los ojos clavados en los suyos. Luego se lo devuelve y llega a su cinturón.

Imágenes o no sucedió.




Ella escucha a los chicos maullar a través de los golpes en los oídos, a través del dolor en el cuero cabelludo mientras se agarra el pelo demasiado apretado. Es demasiado tarde, entonces. Demasiado tarde.

Ella escucha clic de la cámara justo cuando mira hacia arriba.

***

Un par de aretes. Cincuenta libras en efectivo. Cien. Semanas más tarde y las demandas siguen llegando.

Él envía sus textos: *¿Me pregunto qué pasaría si pongo esto en Facebook?*

Ella quiere llorar cuando ve la imagen. Él envía a ella una y otra vez: su rostro, sus ojos inyectados en sangre, manchado con rímel. Esa cosa en la boca. Cuando Louisa llega a casa tiene que tirar el teléfono bajo los cojines del sofá. Se ha convertido en radioactivo, algo tóxico que tiene que mantenerse cerca.

Me pregunto lo que tus amigos pensarían.

Las otras chicas no hablan con ella después. Ellas saben lo que hizo porque Peter mostró la imagen a todo el mundo tan pronto como volvió a entrar en el partido, ostentosamente ajustándose la cremallera, mucho después de que tenía que hacerlo. Ella tenía que fingir que no le importaba. Las chicas la miraron y luego desvió la mirada y ella había conocido tan pronto como sus ojos se encontraron con los de ella que sus cuentos de BJs y sexo con novios invisibles habían sido ficción. Ellos eran falsificaciones. Habían mentido acerca de todo.

Nadie pensó que era valiente. Nadie la admiraba por no ser gallina. Era Lily, la escoria, una chica con una polla en su boca. Hizo que su estómago tuviera nudos siquiera pensado en ello. Ella había bebió más Jack Daniels y les dijo a todos que se fueran al infierno.

Nos vemos en McDonald—s Tottenham Court Road.




Para entonces, su madre había cambiado las cerraduras de su casa. No podía tomar el dinero de su bolso más. Ellos habían bloqueado su acceso a su cuenta de ahorros.

No tengo nada más.

¿Crees que soy una taza[38]*, Pequeña Niña Rica?*

Su madre nunca le había gustado los pendientes Mappin y Webb. Lily tenía la esperanza de que ni siquiera se diera cuenta de que se habían ido. Ella había hecho caras en Fuckface Francis cuando él se los dio a ella, pero ella había murmurado después que ella realmente no entendía por qué había comprado sus diamantes en forma de corazón cuando todo el mundo sabía que eran comunes, y una forma de colgante era mucho mejor en contra de su estructura ósea.

Peter había mirado a los pendientes que brillan como si ella le había entregado un pequeño cambio, y luego los metió en el bolsillo. Él había estado comiendo un Big Mac y había mayonesa en la esquina de su boca.

Sintió náuseas cada vez que lo veía.

— ¿Quieres venir y conocer a mis compañeros?

—No.

— ¿Quieres un trago?

Ella negó con la cabeza. —Eso es. Esa es la última cosa. Estos pendientes son un valor de miles.

Él había puesto una cara. —Quiero cobrar la próxima vez. Dinero en efectivo. Sé dónde vives, Lily. Sé que tienes.

Ella sentía como si nunca estaría libre de él. Él le envió un mensaje a horas intempestivas, despertándola, manteniéndola por el sueño. Esa imagen, una y otra vez. Ella lo vio en negativo, grabado en sus retinas. Ella dejó de ir a la escuela. Ella se emborrachó con extraños, salía a discotecas mucho después de que realmente quería. Todo para que no esté sola con sus pensamientos y el ping implacable de su teléfono. Ella se había

[38]Duda, ya que el original dice —Mug—.





trasladado a donde no podía encontrarla y la había encontrado, aparcar su coche durante horas, un mensaje silencioso de Louisa. Incluso se pensó, un par de veces, sobre qué diría Louisa. Pero, ¿qué podía hacer Louisa? La mitad del tiempo ella era como una zona de desastre de una misma mujer. Así que la boca de Lily se abriría y nada saldría, a continuación, Louisa comenzaría a hablar sobre seguir el cumplimiento de su abuela o si había comido algo y ella se había dado cuenta de que estaba sola.

A veces Lily permanecía despierta y pensaba en lo que hubiera sido si su padre había estado allí.

Ella lo imaginaba en su cabeza. Habría caminado fuera, agarrado a Peter por el cuello y le diría que nunca se acercará a su niña de nuevo. Él habría puesto sus brazos alrededor de ella y le dijo que todo estaba bien, que estaba a salvo.

Excepto que no lo haría. Debido a que no era más que un tetrapléjico enojado que ni siquiera había querido seguir vivo.

Y él habría visto las fotos y se habría disgustado.

Ella no podía culparlo.

La última vez, cuando ella no tenía nada para traerle, le había gritado en un pavimento detrás de la calle Carnaby, llamándola sin valor, una prostituta, un poco estúpido. Él se había detenido en su coche y ella había bebido dos whiskies dobles porque tenía miedo de mirarlo. Cuando había empezó a gritarle y a decirle que estaba mintiendo, ella empezó a llorar.

—Louisa me echo. Mi madre me echo. Yo no tengo nada.

Gente más allá apresurada, sus ojos apartados. Nadie se detuvo. Nadie dijo nada, porque un hombre gritando a una chica borracha en el Soho en un viernes por la noche no era nada fuera de lo normal. Peter juró, y giró sobre sus talones, como si él se fuera, excepto que ella sabía que no lo haría. Y luego el gran coche negro se había detenido en medio de la calle y revertido, sus luces blancas brillantes. La ventana eléctrica tarareó su camino hacia abajo.

— ¿Lily?

Tardó unos segundos en reconocerlo. Sr. Garside de los negocios de su padrastro. ¿Su jefe? ¿Un socio? Él la miró, y luego a Peter.

— ¿Estás bien?

Ella miró a Peter, y luego asintió.

Él no le creía. Ella lo sabía. Se había puesto a un lado de la carretera, delante del coche de Peter, y cruzó lentamente en su traje oscuro. Tenía un aire de autoridad, como si nada fuera a perturbarlo. Recordó, al azar, a su madre hablando de él con un helicóptero. — ¿Necesitas un viaje a casa, Lily?

Peter levantó la mano con el teléfono en el mismo, sólo una pulgada. Sólo para que lo supiera. Y ella abrió la boca y hablo. —Él tiene una mala imagen de mí en su teléfono y que está amenazando con mostrar a todo el mundo y quiere dinero y no tengo ninguno. Le he dado lo que puedo y yo no tengo nada más. Por favor, ayúdame.

Los ojos de Peter se abrieron. No había esperado eso. Pero ella no le importaba lo que pasara. Ella se sentía desesperada y cansada, y ella no quería llevar todo esto sola más.

El señor Garside considero a Peter por un momento. Peter tenso los hombros y se enderezó, como si estuviera considerando la posibilidad de enfrentarse al hombre.

— ¿Es esto cierto? —dijo el señor Garside.

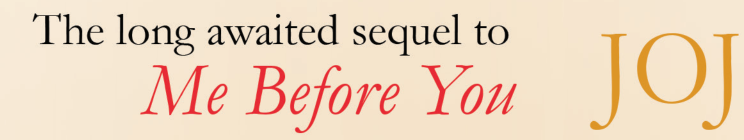
—No es un crimen tener fotos de chicas en su teléfono—Peter sonrió, un acto de valentía.

—Soy muy consciente de ello. Es, sin embargo, un crimen usarlos para obtener dinero. La voz del señor Garside fue baja y tranquila, como si fuera perfectamente razonable para estar discutiendo de alguien desnudo fotos en el medio de la calle. Movió la mano en el bolsillo interior. —Entonces, ¿qué se necesita para hacer que te vayas?

— ¿Qué?

—Tu teléfono. ¿Cuánto quieres por él?





El aliento de Lily se detuvo en su garganta. Ella miró de un hombre a otro. Peter lo miraba con incredulidad.

—Te estoy ofreciendo dinero en efectivo para el teléfono. Sobre la base de que esta es la única copia de esa fotografía.

—No estoy vendiendo mi teléfono.

—Entonces tengo que aconsejarte, joven, que voy a contactar a la policía y la identificación a través de la patente del coche. Y tengo un montón de amigos en la policía. Bastantes amigos—Él sonrió con una sonrisa que no era realmente una sonrisa amigable.

Al otro lado de la calle un montón de gente se juntaba fuera de un restaurante, riendo. Peter la miró y le dio la espalda al señor Garside. Levantó la barbilla.

—Cinco grandes.

El señor Garside metió la mano en el bolsillo interior. Sacudió la cabeza. —Yo no lo creo—. Él sacó su cartera y contó un fajo de billetes. —Creo que esto va a hacer suficiente. Suena como si tú ya hallas sido recompensado con creces. El teléfono, ¿por favor?

Era como si Peter estuviera hipnotizado. Dudó por un momento, luego le entregó al señor Garside su teléfono. Sólo de esa manera. El señor Garside comprobó que la tarjeta SIM estaba en ella, lo metió en el bolsillo interior, y abrió la puerta del coche para Lily. —Creo que es hora de que te vayas, Lily.

Ella subió, como una niña obediente, al oír el golpe seco de la puerta del coche, ya que se cerró tras ella. Y luego estaban apagadas, deslizándose suavemente por la calle estrecha, dejando conmocionado a Peter- ella lo pudo ver en el espejo de ala - como si él también no pudiera cree lo que acababa de suceder.

— ¿Estás bien? —El señor Garside no la miraba mientras hablaba.

— ¿Es... es eso?

Miró de reojo, luego de nuevo a la carretera. —Pienso que sí.





Ella no lo podía creer. No podía creer lo que había colgado sobre ella por semana podría ser fijado así como así. Ella se volvió hacia él, de repente ansiosa. —Por favor, no le digas a mi madre y a Francis.

Frunció el ceño ligeramente. —Si es lo que quieres.

Ella dejó escapar un suspiro largo y silencioso. —Gracias—dijo en voz baja.

Él le acarició la rodilla. —Muchacho desagradable. Tienes que ser cuidadosa con tus amigos, Lily—. Él movió su mano de nuevo en la palanca de cambios automática antes de que ella hubiera registrado su presencia.

***

No había realizado un párpado cuando ella le había dicho que no tenía dónde quedarse. Él la había llevado a un hotel en Bayswater y hablado en voz baja a la recepcionista, quien le había entregado una llave de la habitación. Se sintió aliviada que no hubiera sugerido llevarla a su casa, que no quería dar explicaciones a nadie.

—Yo te recogeré mañana cuando estés sobria—dijo, metiendo su billetera en el bolsillo de la chaqueta. Había caminado mucho a la habitación 311, acostada en la cama con la ropa puesta y se durmió durante catorce horas.

***

Él la llamó para decirle que iba a reunirse con ella para el desayuno. Se duchó, se llevó algo de ropa de su mochila y corrió una plancha sobre ellos con la esperanza de que ella parecía un poco más presentable. Ella no era buena con plancha - Lena había hecho ese tipo de cosas.

Cuando bajo hacia el restaurante, él ya estaba allí sentado, leyendo un papel, una taza de café a medio tomar frente a él. Era mayor que lo ella recordaba, su corte de cabello en la parte superior, una barba en la piel de su cuello; la última vez que lo había visto había sido en un evento de la compañía en las carreras en las que Francis había bebido demasiado y en la que su madre había siseó furiosamente cuando nadie más estaba a punto, y



el señor Garside, la captura de él, había levantado las cejas hacia Lily, como diciendo, —Los padres, ¿eh?

Ella se sentó en la silla frente a él, y él bajó su periódico. —Ajá. ¿Cómo estás hoy?

Ella se sentía avergonzada, como si la noche anterior hubiera sido demasiado histriónica. Como si todo hubiera sido un escándalo por nada. —Mucho mejor, gracias.

— ¿Dormiste bien?

—Muy bien gracias.

Él la estudiaba a ella durante un minuto por encima de sus gafas. —Muy formal.

Ella sonrió. Ella no sabía qué más hacer. Era demasiado extraño, estar allí como compañera de trabajo de su padrastro. La camarera le ofreció café y se lo bebió. Ella miró el buffet de desayuno, preguntándose si esperaba que pague. Parecía sentir su malestar. —Come algo. No te preocupes. He pagado. —Él volvió a su papel.

Ella se preguntó si iba a decírselo a sus padres. Se preguntó qué había hecho con el teléfono de Peter. Ella esperaba que él hubiera desacelerado su gran coche negro en el terraplén de Thames, bajado la ventana y arrojado a las corrientes arremolinadas abajo. Ella quería no volver a ver esa foto de nuevo. Se levantó y fue a buscar un croissant con un poco de fruta en el buffet. Ella se estaba muriendo de hambre.

Él se sentó a leer mientras ella comía. Se preguntó cómo se veían desde fuera - como cualquier padre e hija, probablemente. Se preguntó si tenía hijos.

— ¿No tienes que estar en el trabajo?

Él sonrió, aceptó más café de la camarera. —Yo les dije que tenía una reunión importante. —Dobló el periódico de forma clara y lo dejó.

Ella se movió incómoda en su asiento. —Tengo que conseguir un trabajo. —Un trabajo. —Se sentó de nuevo. —Bien. ¿Qué tipo de trabajo?



—No lo sé. Yo como que metí la pata en mis exámenes.

— ¿Y qué piensan tus padres?

—Ellos no... No puedo... No están muy contentos conmigo ahora mismo. Me he estado alojando con amigos.

—¿No podes volver allí?

—No ahora. Mi amigo no es muy feliz conmigo tampoco.

—Oh, Lily, —dijo, y suspiró. Miró por la ventana, considerando algo por un minuto, luego miró su reloj caro. Pensó por un momento, y luego llamó a su oficina y le dijo a alguien que iba a llegar tarde después de su reunión.

Ella esperó a oír lo que tenía que decir a continuación.

— ¿Has terminado?—. Él puso su periódico en su maletín, y se levantó. —Vamos a hacer un plan.

Ella no había estado esperando que venga a la habitación y estaba avergonzada por el estado de la misma: las toallas húmedas dejadas en el suelo, la televisión a todo volumen con programas diurnos de mala calidad. Dejó caer la peor parte en el baño y empujó lo que quedaba de sus pertenencias a toda prisa en su mochila. Él fingió no darse cuenta, simplemente miró por la ventana, y luego se volvió cuando ella se sentó en la silla, como si sólo acababa de ver la habitación.

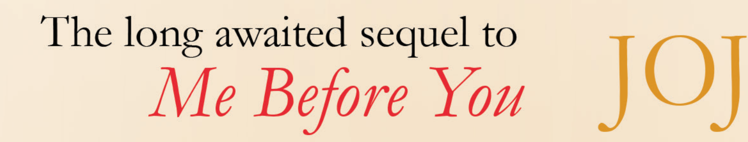
—No es un hotel malo, esto—dijo—Yo solía alojarse aquí cuando yo no podía hacer frente a la unidad de Winchester.

— ¿Es ahí donde usted vive?

—Es el lugar donde mi esposa vive, sí. Mis hijos crecieron en mucho tiempo. —Él puso su maletín en el suelo y se sentó en el borde de la cama. Ella se levantó y fue a buscar la libreta de cortesía de la mesita de noche, en caso de que necesitaba para tomar notas. Su teléfono dejó escapar un timbre y ella miró hacia abajo. *Lily me acaba de llamar. Louisa x*

Ella guardó en su bolsillo trasero y se sentó, el bloc de notas en su regazo.





— ¿Entonces, qué piensas?

—Que estás en una posición difícil, Lily. Eres un poco joven para estar recibiendo un trabajo, para ser franco. No estoy seguro de quien te pudiera contratar.

—Soy buena en esas cosas, sin embargo. Soy una trabajadora dura. Puedo con el jardín.

— ¡Jardín! Bueno, tal vez podrías conseguir trabajo en una jardinería. Al menos va a traer suficiente para que puedas sobrevivir por vos misma, ese es otro tema. ¿Tienes alguna referencia? ¿Cualquier trabajo de verano?

—No. Mis padres siempre me dieron un subsidio.

—Mm—. Golpeó las manos en las rodillas. —Has tenido una relación difícil con tu padre, ¿no?

—Francis no es mi verdadero padre.

—Sí. Estoy al tanto. Yo sé que te fuiste a casa hace unas semanas. Todo parece una situación muy triste. Muy triste. Te debes sentir bastante aislada.

Ella sintió el nudo en la garganta y pensó por un momento que iba a sacar un pañuelo, pero fue entonces cuando se dio la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un teléfono. El teléfono de Peter. Él golpeo, una vez, dos veces, y ella vio un destello de su propia imagen. Su respiración se detuvo en su pecho.

Él hace clic en él, por lo que se hace más grande. Sus mejillas se inundaron de color. Se quedó mirando la fotografía de lo que parecía varios años. —Realmente ha sido una chica mala, ¿verdad?

Los dedos de Lily se cerraron en un puño alrededor de la colcha del hotel. Ella alzó la vista hacia el señor Garside, sus mejillas ardiendo. Sus ojos no dejaron la imagen.

—Una chica muy mala—. Finalmente la miró, su mirada, incluso, su voz suave. —Supongo que lo primero que tenemos que hacer es averiguar cómo vas a pagarme por el teléfono y la habitación del hotel.





—Pero—comenzó—usted no dijo

—Oh, vamos, Lily. ¿A acaso vivo como vos? Vos debes saber que nada es gratis—. Bajó la mirada a la imagen. —Vos debes haber trabajado hace un tiempo... Obviamente eres buena en eso—.

El desayuno de Lily subió a la garganta.

—Ya ves, yo podría ser muy útil para vos. Darle un lugar donde quedarse hasta que esté de vuelta en sus pies, un poco de ventaja en la carrera. Vos no necesitas hacer mucho a cambio. *Quid pro quo* - ¿usted sabe esa frase? Hiciste latín en su escuela, ¿no?

Ella se puso de pie bruscamente y tomó su mochila. Su mano salió disparada y se apoderó de su brazo. Con la mano libre le metió el teléfono lentamente en el bolsillo. —No seamos apresurados sobre esto, Lily. No nos gustaría que yo tenga que mostrar esta pequeña imagen a tus padres, ¿verdad? Sólo Dios sabe lo que iban a pensar en lo que has estado haciendo.

Sus palabras atascados en la garganta.

Acarició la colcha a su lado. —Me gustaría pensar muy cuidadosamente acerca de su próximo movimiento. Ahora. ¿Por qué no lo hacemos…?

El brazo de Lily voló de regreso, sacudiéndolo. Y luego abrió rápidamente la puerta de la habitación se había ido, corriendo por el pasillo del hotel, su bolsa volando detrás de ella.

***

Londres estaba llena de vida hasta la madrugada. Caminó mientras que los coches daban codazos a los autobuses nocturnos impaciente por carreteras principales, minivans tejieron dentro y fuera del tráfico, hombres de traje hicieron su camino a casa o se sentaron en una oficina de cubículos brillantes a medio camino del cielo, haciendo caso omiso de los productos de limpieza que trabajaron en silencio a su alrededor. Caminaba con la cabeza baja y la mochila en su hombro, y cuando comía en tarde-noche los restaurantes de hamburguesas, se aseguraba la capucha tenía un periódico




gratuito para fingir para que diga: siempre había alguien que se sentaría abajo en su mesa y trataría de conseguir que hables. *Vamos, cariño, yo sólo estoy siendo amable.*

Durante todo el tiempo ella repite eventos de esa mañana en su cabeza. ¿Qué había hecho? ¿Qué señal había enviado ella? ¿Había algo en ella que quería decir todo el mundo asumió que era una puta? Las palabras que había utilizado hacían que quisiera llorar. Ella sintió que se le encoge la capucha, odiándolo. Odiándose a sí misma.

Ella utilizó su tarjeta de estudiante y cabalgó en los trenes subterráneos hasta que la atmósfera se embriagó. Entonces se sentía más seguro permanecer en la superficie. El resto del tiempo se acercó - a través de las brillantes luces de neón de Piccadilly, a lo largo de plomo espolvoreada de Marylebone Road, alrededor de las pulsantes bares nocturnos de Camden, su zancada larga, fingiendo que tenía un lugar para ser, solamente desacelerando cuando sus pies comenzaron a dolerle del pavimento implacable.

Cuando llegó demasiado cansada rogando favores. Pasó una noche con su amiga Nina, pero Nina hacia demasiadas preguntas y el sonido de su charla en la planta baja con sus padres, mientras que Lily estaba empapando la suciedad del baño con su pelo, la hizo sentir como la persona más solitaria en la tierra. Se fue después del desayuno, a pesar de que la madre de Nina dijo que era bienvenida a quedarse otra noche, mirándola con ojos maternos interesadas. Ella pasó dos noches en el sofá de una chica que había conocido mientras andaba en discotecas, pero había tres hombres que compartían el piso, y ella no se sentía lo suficientemente tranquila para dormir y se sentó completamente vestida, abrazando sus rodillas, mirando la televisión con el sonido hasta el amanecer. Pasó una noche en un albergue del Ejército de Salvación, escuchando a dos niñas argumentan en el cubículo de al lado, agarró su bolso contra su pecho debajo de la manta. Dijeron que podía tener una ducha, pero no le gustaría dejar su bolso en las taquillas, mientras ella se mojaba. Ella bebió la sopa gratis y se fue. Pero sobre todo caminar, pasar el último de su dinero en efectivo en el café barato y Huevo McMuffins y estando más y más cansada y con hambre hasta que le era difícil pensar con claridad, con fuerza para





reaccionar rápidamente cuando los hombres en las puertas le dijeron cosas desagradables o el personal de la cafetería le dijo que había hecho que una taza de té pasara el tiempo suficiente, señorita, y era hora de seguir adelante.

Y mientras tanto, se preguntó lo que sus padres estaban diciendo en ese momento, y lo que el Sr. Garside diría sobre ella cuando les mostrara las fotos. Podía ver la cara de sorpresa de su madre, el lento movimiento de cabeza de Francis, como si esta nueva Lily no fuera ninguna sorpresa para él.

Ella había sido tan estúpida.

Ella debería haber robado el teléfono.

Ella debería haber estampado en él.

Ella debería haberle estampado a él. No debería haber caído a la estupidez de ese muchacho y se comportó como una imbécil y roto su propia vida estúpida, y eso era por lo general el punto en el que iba a comenzar a llorar de nuevo y tiro de la capucha más arriba alrededor de su cara y…



CAPÍTULO 20

— ¿Ella es quién?

En el silencio de la señora Traynor oí incredulidad, y tal vez (tal vez yo estaba siendo hipersensible) un débil eco de la última cosa de ella que había fallado en mantener a salvo.

— ¿Y has tratado de llamar?

—Ella no está recogiendo.

— ¿Y ella no ha estado en contacto con sus padres?

Cerré los ojos. Yo había estado temiendo esta conversación.

—Ella ha hecho esto antes, al parecer. La Sra. Houghton-Miller está convencida de Lily se convertirá en cualquier minuto.

La Sra. Traynor digiere esto. —Pero no lo son.

—Algo no está bien, señora Traynor. Yo sé que no soy un padre, pero yo solo... —. Mis palabras seguían distantes—De todos modos. Preferiría estar haciendo algo que nada, así que me voy a caminar por las calles para encontrarla. Yo sólo quería que sepas la verdad sobre lo que estaba pasando.

La Sra. Traynor se quedó en silencio por un momento. Y entonces ella dijo, midiendo su voz, pero determinando curiosamente, —Louisa, antes de ir, ¿te importaría darme el número de teléfono de la señora Houghton-Miller?

***

Llamé a los enfermos, y señalando fugazmente el frío —Ya veo, — de Richard Percival, era en realidad más siniestra que sus protestas fanfarrones anteriores. Imprimí fotografías - una de perfil de Facebook de Lily, y una de



los selfies que había tomado de nosotros dos. Pasé la mañana en coche por el centro de Londres. Aparqué en bordillos, dejando las luces de emergencia intermitente, como yo picotazo en pubs, restaurantes de comida rápida, centros nocturnos, donde los productos de limpieza, que trabajan en el aire viciado, tenue, miraban hacia mí con ojos sospechosos.

— *¿Has visto a esta chica?*

— *¿Quién quiere saber?*

— *¿Has visto a esta chica?*

— *¿Eres la policía? No quiero ningún problema.*

Algunas personas pensaron que evidentemente divertido burlarse de mí a lo largo de un poco

— *¡Oh, esa chica! ¿Pelo castaño? Sí, ¿cómo se llamaba? ... Nah. Nunca la había visto antes*. Nadie parecía haberla visto. Y cuanto más he viajado, más desesperación sentía ¿Qué mejor lugar para desaparecer de Londres? Una metrópolis repleta donde se puede deslizar en un millón de entradas, se mezcla con las multitudes que nunca se terminaron. Me gustaría contemplar las torres y se preguntarían si incluso ahora que estaba mintiendo en el sofá de alguien en su pijama. Lily recogido las personas con facilidad, y no tenía miedo de pedir nada - ella podría estar con nadie.

Y todavía.

No estaba del todo seguro de lo que me impulsó a seguir adelante. Tal vez fue mi furia fría en la crianza adosada de Tanya Houghton-Miller; tal vez fue mi culpa por haber dejado de hacer lo que estaba criticando a Tanya para no hacerlo. Tal vez era sólo que yo sabía muy bien lo vulnerable que podría ser una niña.

Mayormente, sin embargo, era Will. Me acerqué y me fui y pregunté y me acerqué y le sostuve conversaciones internas interminables con él cuando mi cadera comenzó a doler, y me detuve en mi coche, masticando bocadillos rancios y chocolate y asfixia por analgésicos para mantenerme en marcha.




¿Dónde iba a ir, Will?

¿Qué harías?

Y - una vez más - lo siento. Te he decepcionado.

¿Hay noticias? Yo envié un mensaje a Sam Se sentía extraño hablar con él mientras que tenía conversaciones simultáneas con Will en mi cabeza, una infidelidad extraña. Yo no estaba muy seguro de que me estaba siendo infiel.

Nope. He llamado a todos los departamentos de ER en Londres. ¿Qué tal tú?

Poco cansado.

¿Hip?

Nada masticar algunos Nurofen no solucionará.

¿Quieres hacer una parada después de mi turno?

Creo que sólo tengo que seguir buscando.

No voy a ninguna parte que no iría x

Xxx Muy gracioso

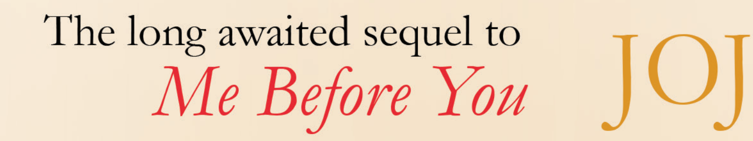
— ¿Probaste en los hospitales?—. Mi hermana llamó desde la universidad, en su descanso de quince minutos entre HMRC: el rostro cambiante de Recaudación de Ingresos, y el IVA: una perspectiva europea.

—Sam dice que no hay nadie con su nombre ha sido admitido en cualquiera de los hospitales de enseñanza. Él tiene la gente de todo el mundo mirando hacia fuera para ella—. Miré detrás de mí mientras yo hablaba, como si hasta entonces casi esperaba ver a Lily saliendo de la multitud hacia mí.

— ¿Cuánto tiempo ha estado buscando?

—Unos pocos días—. Yo no le dije que apenas había dormido. —Yo - e - tomé el tiempo fuera del trabajo.





— ¡Lo sabía! Yo sabía que iba a haber problemas. ¿A tu jefe le importa que tomaras tiempo libre? ¿Qué pasó en eso otro trabajo, por cierto? ¿El que está en Nueva York? ¿Hiciste la entrevista? Por favor no digas que olvidaste.

Me tomó un minuto para trabajar en lo que se refería. —Oh. Ese. Si, lo tengo.

— ¿Tu *qué*?

—Nathan dijo que van a ofrecer a mí.

Westminster se llenaba de turistas, demorándose en los puestos llamativos de Union Jack, sus móviles y cámaras caras en alto para capturar las Casas del Parlamento se avecina. Vi un guardia de tráfico caminando hacia mí y me preguntaba si alguna legislación antiterrorista me impide estacionarme donde me detuve. Levanté una mano, indicando que estaba a punto de irme.

Hubo un breve silencio en el otro extremo del teléfono.

—Espera - no estás diciendo que —

—No puedo ni siquiera pensar en ello ahora mismo, Treen. Lily está desaparecida. Tengo que encontrarla.

— ¿Louisa? *Vos* escúchame un minuto. Vos tenes que tomar este trabajo.

— ¿Qué?

—Esta es la oportunidad de tu vida. Si vos tuvieras la menor idea de lo que le daría una oportunidad de mudarse a Nueva York... ¿con el empleo garantizado? ¿Un lugar para vivir? ¿Y qué… no se puede pensar en eso ahora…?

—No es tan simple como eso.

El guardia de tráfico estaba definitivamente caminando hacia mí.




—Oh Dios mío. Esto es. Esto es lo que estaba tratando de hablar con vos acerca. Cada vez que tienes la oportunidad de avanzar, termina de secuestrar a su propio futuro. Es como - es como que en realidad no quiere.

—Lily *falta*, Treen.

—Una chica de dieciséis años de edad, que apenas conoces, con dos padres y al menos dos abuelos, ha largado por unos días como si estuviera hecho antes. Al igual que los adolescentes a veces lo hacen. ¿Y vas a usar esto para tirar la oportunidad más grande que alguna vez probable se dé? Por Dios. Ni siquiera realmente quieres ir, ¿verdad?

— ¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Mucho más fácil para que vos sólo te adhieras con ese trabajito deprimente y con quejas al respecto. Mucho más fácil para que vos te sientas apretado y no tomar un riesgo y hacer que todo lo que te sucede a vos es algo que no puede ayudar.

—No puedo simplemente levantarme y salir, mientras que esto está sucediendo.

—Tú eres responsable de tu propia vida, Lou. Y sin embargo, vos actúas como si estuviera permanentemente sacudida por eventos fuera de tu control. ¿Qué es esto… la culpa? ¿Es que sientes que le debes a Will algo? ¿Es algún tipo de penitencia? ¿Renunciar a tu vida por no poder salvar esto?

— No entiendes.

—No. Entiendo perfectamente. Yo te entiendo mejor que tú entiendes a ti mismo. Su hija no es su responsabilidad. ¿Me escuchas? Nada de esto es su responsabilidad. Y si usted no va a Nueva York - una oportunidad que ni siquiera puedo hablar porque me dan ganas de matarte realmente - Nunca voy a hablar con usted de nuevo. Nunca.

El guardia de tráfico estaba en mi ventana. Terminé hacia abajo, tirando de las caras universales que haces cuando tu hermana va apagada en uno del otro extremo de su teléfono y usted es realmente lo siento pero no





puedo cortar su corto. Golpeó su reloj y asintió con la cabeza, de modo tranquilizador.

—Eso es todo, Lou. Piensa en ello. Lily no es tu hija.

Me quedé mirando a mi teléfono. Le agradecí a los guarda del tráfico, entonces terminé mi ventana. Y una frase me vino a la cabeza: *yo no soy su hija*.

Conduje dando vueltas por la esquina, me detuve junto a una gasolinera y revolví el viejo maltrecho A-Z que vivía en el espacio para los pies de mi coche, tratando de recordar el nombre de la carretera que Lily había mencionado. Pyemore, Pyecrust, *Pyecroft*. Seguí la distancia a la madera de San Juan con el dedo - ¿habría que tomar quince minutos de caminata? Tenía que ser el mismo lugar.

He utilizado mi teléfono y miré su apellido junto con el nombre de la calle, y allí estaba. Número cincuenta y seis. Mi instinto apretado por la emoción. Empecé el encendido, arranqué el coche en marcha y me dirigí a la carretera de nuevo.

***

Aunque separados por menos de una milla, la diferencia entre la casa de la madre de Lily y su ex padrastro no podría haber sido más pronunciada. Dónde la calle Houghton-Miller —era de estuco blanco o rojo-ladrillo casas uniformemente grandes, puntuadas y grandes coches que al parecer nunca llegaron sucio, el camino de Martin Steele apareció resueltamente, una esquina de dos pisos de Londres, donde los precios de las casas-un aburguesado fueron espiral pero los exteriores resueltamente negaron reflejarla.

Conduje lentamente, coches pasados en tiendas y un caballito-bin volcado, y finalmente encontré una plaza de aparcamiento cerca de una pequeña casa adosada victoriana como el que existía en líneas identikit todo Londres. Observé que, observando la pintura descascarada en la puerta principal, regadera del niño en el escalón de la entrada. Por favor, que sea ella aquí, oré. Caja de seguridad dentro de esas paredes.





Salí del coche, cerré con llave, y caminé hasta el escalón de la entrada. Dentro pude escuchar un piano, un acorde fracturado se repite una y otra vez, voces apagadas. Dudé, un momento, y luego apreté el timbre de la puerta, escuchando como la música se detenía.

Pasos en el pasillo, y luego la puerta se abrió. Un hombre de cuarenta y tantos años, camisa de leñador, pantalones vaqueros y de un día rastrojo, se quedaron allí.

— ¿Sí?

—Me preguntaba... ¿esta Lily aquí, por favor?

— ¿Lily?

Sonreí, le tendí la mano. —Tú eres Martin Steele, ¿no?

Me estudió brevemente antes de responder. —Podría Ser. ¿Y quién eres?

—Soy amiga de Lily. Yo - He estado tratando de ponerme en contacto con ella y entiendo que ella puede ser que se quedará aquí. O que tal vez usted podría saber dónde está.

Frunció el ceño.

— ¿Lily? ¿Lily Miller?

—Bien. Sí—. Se frotó la mano contra su mandíbula, y miró hacia atrás hacia el pasillo. — ¿Podría esperar allí un momento, por favor?—. Caminó por el pasillo, y le oí emitir instrucciones a quien estuviera en el piano. Al llegar de nuevo a mí, la escala comenzó a tocar, vacilante y luego con más énfasis. Martin Steele medio cerró la puerta detrás de él. Él bajó la cabeza por un momento, como si estuviera tratando de dar sentido a lo que yo le había pedido —Lo siento. Estoy un poco en una pérdida aquí. ¿Usted es un amigo de Lily Miller? ¿Y usted ha venido aquí por qué?

—Porque Lily dijo que vino aquí para verte. ¿Usted está - eras - su padrastro?

—Técnicamente no, pero sí. Hace mucho tiempo.



— ¿Y tú eres un músico? ¿Usted solía llevarla a la guardería? Pero usted todavía está en contacto. Ella me dijo lo cerca que todavía estabas. ¿Cuánto se irritaba su madre?

Martin miró hacia mí. —Señorita

—Clark. Louisa Clark.

—Señorita Clark. Louisa. No he visto a Lily Miller desde que tenía cinco años de edad. Tanya pensó que sería mejor para todos nosotros cuando nos separamos si rompimos todo contacto.

Me quedé mirándolo.

— ¿Así que usted está diciendo que ella no ha estado aquí?

Él pensó por un momento. —Ella vino una vez, hace unos años, pero no fue un gran momento. Nosotros habíamos tenido un bebé y yo estaba tratando de enseñar y, bueno, para ser sincero, no pude averiguar lo que realmente quería de mí.

— ¿Así que usted no ha visto o hablado con ella desde entonces?

—Aparte de una muy breve ocasión, no. ¿Ella está bien? ¿Está en algún tipo de problema?

En el interior, el piano siguió jugando - *doh re mi fah soh lah ti. Doh ti lah soh fah mi re doh*. Arriba y abajo.

Agité una mano, ya retrocediendo por las escaleras. —No. Está bien. Mi error. Siento haberte molestado.

***

Pasé otra noche conduciendo por Londres, haciendo caso omiso de las llamadas de mi hermana y el correo electrónico de Richard Percival que estaba marcado URGENTE y PERSONAL. Conduje hasta que mis ojos estaban enrojecidos por el resplandor de las luces y me di cuenta ahora que iba a lugares que ya había ido y me quedé sin dinero para la gasolina.





Volví a casa justo después de la medianoche, con la promesa a mí mismo me gustaría recoger mi tarjeta bancaria, beber una taza de té, descansar mis ojos durante media hora, y luego salir a la carretera de nuevo. Me quité los zapatos y me hice unas tostadas que no podía comer. En cambio me tragué otros dos analgésicos y me recostó en el sofá, mi mente en las carreras. ¿Qué estaba perdiendo? Tiene que haber alguna pista. Mi cerebro zumbaba por el cansancio, mi estómago ahora anudado de forma permanente con la ansiedad. ¿Qué calles me hubiera perdido? ¿Había una posibilidad de que ella se había ido a algún lugar que no sea Londres?

No había otra opción, me decidí. Tuvimos que dejar que la policía sabe. Era mejor que pensar estúpido y demasiado dramático que arriesgar algo pudo haberle sucedido realmente a ella. Me recosté y cerré los ojos durante cinco minutos.

***

Me desperté tres horas más tarde por el timbre del teléfono. Me tambaleé en posición vertical, de manera temporal sin saber dónde estaba. Entonces me quedé mirando la pantalla parpadeante junto a mí, y perdió el balón en manos de mi oído.

— ¿Hola?

—Nosotros la tenemos.

— ¿Qué?

—Es Sam. Tenemos a Lily. ¿Puedes venir?

En la aglomeración de la noche que siguió a Inglaterra perder un partido de fútbol, el mal humor y las lesiones relacionadas con el alcohol asociadas, nadie había notado la figura menuda dormida a través de dos sillas en la esquina, su hoodie levantado por encima de su cara. Fue sólo cuando la enfermera había ido persona a persona para asegurarse de que estaban cumpliendo los objetivos de esperar, cuando alguien sacudió la chica despierta y ella confesó a regañadientes que ella estaba allí porque era cálido y seco y seguro.

La enfermera le estaba cuestionando cuando Sam, con lo que en una anciana con problemas respiratorios, la vio en el mostrador. Había dado instrucciones en voz baja a las enfermeras en el mostrador de no dejarla salir, y se apresuró a llamarme antes de que pudiera verlo. Él me dijo todo esto como nos apresuramos en A y E. La zona de espera, finalmente había comenzado a diluirse, a los niños la fiebre montado con seguridad en cubículos con sus padres, los borrachos enviados a casa a dormir la mona. Solamente los acuerdos comerciales regionales y las víctimas puñaladas, en este momento de la noche.

—Ellos le han dado un poco de té. Ella se ve agotada. Creo que ella es feliz con sólo estar tranquila.

Debía parecer ansioso en este punto porque, añadió, —Está bien. No van a dejarla ir.

Yo caminé media, media corrió por el pasillo franja iluminada, Sam caminaba a mi lado. Y allí estaba ella, en busca de alguna manera menor que ella había hecho, con el pelo recogido en una trenza sucia, un vaso de plástico sostenido entre sus manos delgadas. Una enfermera se sentó junto a ella, a través de una pila de carpetas, y cuando me vio y registró a Sam, ella sonrió cálidamente, y se levantó para irse. Clavos de Lily, me di cuenta, era negro de mugre.

— ¿Lily?—Dije. Sus ojos oscuros y sombríos encontraron con los míos. — ¿Qué paso?

Ella me miró, y luego a Sam, sus ojos enormes y un poco de miedo.

—Hemos estado buscando por todas partes. Estábamos... Dios mío, Lily. ¿Dónde estabas?

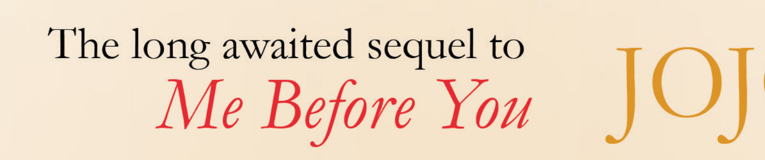
—Lo siento, —susurró.

Negué con la cabeza, tratando de decirle que no importaba. Que nada podría importar, que lo único importante era que ella estaba a salvo y ella estaba aquí. Extendí mis brazos. Ella miró a los ojos, dio un paso adelante, y suavemente se posó en mi contra. Y cerré los brazos apretados alrededor de ella, sintiendo su silencio, sacudiendo sollozos se convierten en mi




propia. Lo único que pude hacer fue gracias a un Dios desconocido y ofrecer estas palabras silenciosas: *Will. Will - la encontramos.*





CAPÍTULO 21

Esa primera noche en casa coloque a Lily en mi cama y durmió durante dieciocho horas, despertándose en la noche por un poco de sopa y un baño, luego volviéndose a dormir durante otras ocho horas. Yo dormí en el sofá, con la puerta cerrada, con miedo a salir o siquiera a moverme en caso de que ella desapareciera de nuevo. Sam vino en dos ocasiones, antes y después de su turno, para traer leche y para comprobar cómo había estado, y hablamos en susurros en la sala, como si estuviéramos hablando de un inválido.

Llamé Tanya Houghton—Miller para decirle que su hija había aparecido y estaba segura.

—Te lo dije. No me escuchaste— dijo triunfante, y colgué el teléfono antes de que pudiera decir nada más. O yo lo hiciera.

Llamé a la señora Traynor, quien dejó escapar un largo y sacudido suspiro de alivio y no hablo durante algún tiempo.

—Gracias, — dijo, finalmente, y sonaba como si viniera de algún lugar profundo de sus entrañas. — ¿Cuándo puedo ir a verla?

Finalmente abrí el correo electrónico de Richard Percival, que me informó que— *Como se le ha dado el requisito de tres advertencias, se considera que, dado su pobre récord de asistencia y el fracaso para llevar a cabo sus requisitos contractuales, su empleo en el Shamrock y Clover (Aeropuerto) ha sido terminado con efecto inmediato*. Pidió que regrese el uniforme (incluyendo la peluca) en mi brevedad posible o *se le cobrará el valor del uniforme a precio de venta al público.*

Abrí un correo electrónico de Nathan donde preguntaba, *¿Dónde diablos estás? ¿Has visto mi último correo electrónico?* Pensé acerca de la oferta del Sr. Gopnik y, con un suspiro, cerré mi equipo.




***

Al tercer día me desperté en el sofá para encontrar que Lily había desaparecido. Mi corazón dio un vuelco por reflejo hasta que vi la ventana del pasillo abierta. Subí a la escalera de incendios y la encontré sentada en la azotea, viendo hacia toda la ciudad. Ella llevaba sus pantalones de pijama, que le había lavado, y un suéter demasiado grande, de Will.

—Hey — dije, caminando por el techo hacia ella.

— Tienes comida en la nevera—, observó.

— Ambulancia de Sam.

—Y has regado todo.

—Eso debe a él también.

Ella asintió con la cabeza, como si eso fuera probablemente de esperar. Me tomé mi lugar en el banco y nos sentamos en silencio durante un rato, respirando el aroma de la lavanda, cuyas cabezas púrpura habían estallado fuera de sus apretados brotes verdes. Todo en el pequeño jardín de la azotea ya había estallado en la vida llamativa; los pétalos y las hojas susurrantes trayendo color y movimiento y la fragancia a la extensión gris del asfalto.

—Lo siento por acaparar tu cama. — dice.

—Tu necesidad era mayor.

—Has colgado toda la ropa. Ella curvó sus piernas perfectamente debajo de ella, metiendo su cabello detrás de la oreja.

Todavía estaba pálida. —La buena—.

—Bueno, supongo que me hiciste pensar que no debería ocultarla más en cajas.

Ella me lanzó una mirada de reojo y una pequeña y triste sonrisa que de alguna manera me hizo sentir más triste que si ella no hubiera sonreído en absoluto. El aire celebró la promesa de un día abrasador, la calle suena apagada, como si fuera por el calor del sol. Se podía sentir que se filtraba por las ventanas, blanqueando el aire. Debajo de nosotros un camión





contenedor cayó y rugió su recorrido lentamente por la acera con un acompañamiento timpánico de sonidos y voces de hombres.

—Lily—, dije, en voz baja, cuando finalmente había retrocedido en la distancia, — ¿qué está pasando? Traté de no sonar demasiado interrogativa. —Yo sé que no se supone que haga preguntas, no soy tu familia real o algo, pero todo lo que puedo ver es que algo ha ido mal aquí y me siento...me siento como si... bueno, siento que estamos conectadas y sólo quiero que confíes en mí. Quiero que sientas que puedes hablar conmigo.

Mantuvo la mirada fija en sus manos.

—No te voy a juzgar. No voy a contar todo lo que me digas a nadie. Es que...Bueno, sabes que si le dices a alguien la verdad, puede ayudar. Lo prometo. Esto hará que las cosas mejoren.

— ¿Quién dice? respondió.

—Yo. No hay nada que no me puedes decir, Lily. De Verdad.

Ella me miró, luego miró hacia otro lado. —No lo vas a entender — dijo suavemente.

Y entonces lo supe. Lo sabía.

Debajo de nosotros se había vuelto extrañamente tranquilo, o tal vez ya no podía oír nada más allá de los pocos centímetros que nos separaban. —Voy a contarte una historia— le dije. —Sólo una persona en todo el mundo conoce esta historia porque era algo que yo no sentía que podría compartir por años y años. Y contándosela a él cambió la manera en que me sentía respecto a ella, y cómo me sentía acerca de mí misma. Así que esta es la historia, no tienes que decirme algo, pero yo voy a confiar en ti lo suficiente como para contar mi historia de todos modos, en caso de que pudiera ayudar.

Esperé un momento, pero Lily no protesto, o puso los ojos en blanco, o dijo que iba a ser aburrido. Ella envolvió sus brazos alrededor de sus rodillas, y escuchó. Ella escuchó mientras le hablé de la adolescente que, en una noche de verano glorioso, había celebrado un poco demasiado duro en un lugar en el que se considera seguro, cómo había estado rodeada por sus amigas y algunos chicos buenos que parecían como si vinieran de buenas





familias y sabía las reglas, y lo divertido que había sido, lo divertido y loco y salvaje, hasta que algunas bebidas después se dio cuenta de casi todas las otras chicas habían alejado y las risas se habían vuelto duras y las bromas, resultó, había sido sobre ella. Y yo le dije, sin entrar en demasiados detalles, cómo había terminado la noche: con una hermana en silencio ayudándola a llegar a casa, sus zapatos perdidos, hematomas en lugares secretos y un gran agujero negro en su recuerdo de lo que esas horas deberían haber sido, y los recuerdos, fugaces y oscuros, que ahora se ciernen sobre su cabeza para recordarle cada día que había sido estúpida, irresponsable y había traído todo eso en sí misma. ¿Y cómo, por años, ella había dejado que ese pensamiento opacara lo que hizo, lo que fue y lo que ella pensaba que era capaz de hacer? Y cómo a veces sólo se necesitaba que alguien diga algo tan simple como —*No. No fue culpa tuya. En realidad no fue culpa tuya.*

Terminé y Lily todavía me estaba viendo. Su expresión no dio ninguna pista sobre su reacción.

No sé lo que era (o es) lo que te pasa.

—Lily— le dije con cuidado. —Puede ser que sea totalmente ajeno a lo que acabo de decirte. Sólo quiero que sepas que no hay nada tan malo que no me puedes decir. Y no hay nada que puedas hacer que me haga cerrar la puerta de nuevo—.

Aun así ella no hablaba. Miré a lo largo de la terraza de la azotea, deliberadamente sin mirarla.

—Sabes, tu padre me dijo algo que nunca he olvidado: —No tienes que dejar que una cosa sea lo que te defina.

—Mi padre—. Ella levantó la barbilla.

Asentí. —Sea lo que sea lo que ha pasado, incluso si no quieres decirme, es necesario que comprendas que él tenía razón. Estas últimas semanas y meses, no tienen que ser lo que te defina. Incluso desde lo poco que sé de ti, reconozco que eres brillante, divertida, amable e inteligente, y que si puedes conseguir más allá de lo que sea que es esto, tienes un futuro brillante por delante.

— ¿Cómo puedes saber eso?





—Porque eres como él. Incluso estas usando uno de sus suéteres— añadí en voz baja.

Ella trajo su brazo lentamente a su rostro, colocando la lana suave en la mejilla, pensando.

Me senté de nuevo en el banco. Me preguntaba si la había empujado demasiado lejos, hablando de Will.

Pero entonces Lily tomó un respiro y, en voz baja, inusualmente plana, me dijo la verdad sobre dónde había estado. Ella me dijo sobre el chico, y sobre el hombre, y una imagen de un teléfono celular que la perseguía, y los días que había pasado como una sombra en las calles con luces de neón de la ciudad. Mientras hablaba, se puso a llorar, encogiéndose en sí misma, con el rostro arrugado como el de un niño de cinco años de edad, por lo que me moví a través del asiento y la atraje cerca de mí, acariciando su cabello mientras ella seguía hablando, sus palabras ahora confusas, demasiado rápido, demasiadas palabras, rotas por los sollozos y el hipo. En el momento en que llegó al último día, ella estaba acurrucada en mí, siendo absorbida por el suéter, siendo absorbida por su propio miedo y la culpa y la tristeza.

—Lo siento— dijo sollozando. —Lo siento mucho.

—No tienes nada—, le dije con fiereza, mientras la sostenía, —nada que lamentar.

***

Esa noche llegó Sam. Era alegre, dulce y casual en su trato con Lily, nos preparó pasta con crema, tocino y champiñones, cuando dijo que no quería salir, vimos una película de comedia sobre una familia que se perdió en la jungla, siendo una extraña copia de nuestra familia. Sonreí y me reí e hice el té, pero por dentro cociéndose a fuego lento la ira que no me atreví a mostrar.

Tan pronto como Lily fue a la cama le hice señas a Sam hacia la escalera de incendios. Subimos a la azotea donde podía estar segura de que no sería oída, y cuando se sentó en el pequeño banco de hierro forjado le dije lo que me había dicho en ese lugar, sólo unas horas antes. —Ella piensa que va a estar atada a ello para siempre. Él todavía tiene el teléfono, Sam.




No estaba segura de que alguna vez hubiera estado tan furiosa. Durante toda la noche, mientras la televisión burbujeaba en frente de mí, había visto las últimas semanas en una nueva luz: Pensé en las veces que el niño había paseado alrededor de la planta baja, la forma en que Lily había escondido su teléfono bajo los cojines del sofá cuando ella pensó que yo podría verlo, como se había estremecido en ocasiones cuando un nuevo mensaje llegaba a su celular. Pensé en sus palabras dichas con tartamudez — de la forma en que describí su alivio cuando pensaba que había sido rescatada — y luego el horror de lo que iba a venir después. Pensé en la arrogancia de un hombre que había visto a una joven en peligro y lo había visto como una oportunidad.

Sam me hizo señas para que me sentara, pero no podía estar quieta. Caminé hacia atrás y hacia delante a través de la azotea, mis puños apretados, mi cuello rígido. Quería tirar cosas desde arriba. Quería encontrar al Sr. Garside. Él vino y se puso detrás de mí y frotó los nudos en mis hombros. Yo sospechaba que era su manera de hacer que me quedara quieta.

Yo realmente quiero matarlo.

—Se puede arreglar.

Miré a mí alrededor a Sam para ver si estaba bromeando, y estaba un poquito decepcionada cuando vi que así era.

Había incrementado el frío allá arriba en la noche con una fuerte brisa y deseé haberme traído una chaqueta. —Tal vez deberíamos ir a la policía. Es chantaje, ¿no?

—Él va a negarlo. Hay un millón de lugares donde podría ocultar un teléfono. Y si su madre estaba diciendo la verdad nadie le creerá Lily sobre un supuesto pilar de la comunidad. Así es como estas personas se salen con la suya.

—Pero ¿cómo hacemos para quitarle el teléfono? Ella no será capaz de seguir adelante mientras sepa que él está ahí fuera, mientras que la imagen aún está allí. Estaba temblando. Sam se quitó la chaqueta y la colgó alrededor de mis hombros. Se llevó el calor residual de él y traté de no parecer tan agradecida como me sentía.





—No podemos dar vuelta hacia su oficina o sus padres a averiguar. ¿Podríamos enviar un correo electrónico? Diciéndole que tiene que devolverlo, o se las verá con nosotros—

— Está difícil que él vaya a creer eso así de fácil. Ni siquiera es posible que responda el correo electrónico eso podría ser utilizado como evidencia—.

—Oh, no hay esperanza. Dejé escapar un largo gemido. —Tal vez ella sólo va a tener que aprender a vivir con ello.

—Tal vez podamos convencerla de que es tanto en los intereses de él de olvidar lo que pasó, así como es en los de ella. Porque así es, ¿no? Tal vez sólo va a deshacerse del teléfono él mismo.

—¿Crees que va a creer eso?

—No. Me froté los ojos. —No puedo soportarlo. No puedo soportar que él vaya a salirse con la suya. Ese espeluznante, desagradable, manipulador, cabrón conductor de limusina... Me pongo de pie y miró hacia fuera en la ciudad por debajo de mí, sintiéndome brevemente desesperada. Podía ver el futuro: Lily, siendo defensiva y salvaje, mientras trataba de escapar de la sombra de su pasado. Ese teléfono era la clave de su comportamiento, de su futuro.

Piensa, me dije. Piensa en lo que Will haría. Él no habría permitido que este hombre ganara. Tuve que hacer estrategias como él lo haría. Vi el tráfico arrastrándose lentamente junto a la puerta principal de mi cuadra. Pensé en el gran coche negro del señor Garside, paseando por las calles de Soho. Pensé sobre un hombre que se movía en silencio y fácilmente a través de la vida, seguro de que siempre se saldría con la suya.

— ¿Sam? — Le dije. — ¿Hay un medicamento que me puedas dar que detenga el corazón de alguien?

Dejó que colgara en el aire por un momento. —Por favor, dime que me estás tomando el pelo.

—No. Escucha, tengo una idea.





***

Ella no dijo nada al principio.

—Tú estarás a salvo—, le dije. —Y así nadie tiene que saber nada. Lo que me movía más era que ella no me hizo la pregunta que me había estado riñando la cabeza desde que le dije mi plan a Sam. *¿Cómo sabes que esto va a funcionar?*

—Ya tengo todo arreglado, cariño—, dijo Sam.

—Pero nadie más lo sabe...

—Nada. Sólo que te está molestando.

— ¿No te meterás en problemas?

—No te preocupes por mí.

Ella tiró de la manga, y luego murmuró: —Y no me vas a dejar con él. En absoluto.

—Ni por un minuto.

Ella se mordió el labio. Luego miró a Sam, y después a mí. Y algo parecía asentarse en su interior. —Bueno. Vamos a hacerlo.

Compré un teléfono barato de tipo prepago, llamé al lugar de trabajo del padrastro de Lily y obtuve el número del celular del Sr. Garside de su secretaria fingiendo que habíamos quedado en encontrarnos para tomar una copa. Esa noche, mientras esperaba a que llegara Sam, envié un mensaje de texto al número de Garside.

—Sr. Garside. Siento haberlo golpeado. Me asusté. Quiero resolverlo. L—

Dejó que media hora pasara antes de responder, probablemente para hacerla sudar.

—¿Por qué debo hablar contigo, Lily? Fuiste muy grosera después de toda la ayuda que te di.

—Cerdo —murmuró Sam.

—Lo sé. Lo siento. Pero necesito tu ayuda.

—Esta no es una calle de sentido único, Lily.



—Lo sé. Sólo dame una oportunidad. Necesitaba tiempo para pensar. Vamos a reunirnos. Voy a darte lo que quieres, pero tienes que darme el teléfono primero.

—No creo que estés en posición de imponer condiciones, Lily.

Sam me miró. Miré de nuevo a él, entonces empecé a escribir.

—Ni siquiera... ¿si soy una mala chica?

Una pausa.

—Ahora tienes mi interés.

Sam y yo intercambiamos una mirada. —Acabo de vomitar un poco en mi boca—, le dije.

—Mañana por la noche entonces, escribí. *Te enviaré la dirección cuando compruebe que mi amigo estará fuera.*

Cuando estábamos seguros de que no iba a responder, Sam puso el teléfono en su bolsillo, donde Lily no podía verlo, y me sostuvo durante mucho tiempo.

***

Yo estaba casi enferma de los nervios al día siguiente, y Lily estaba peor. Elegimos nuestro desayuno, y deje que Lily fumara en el piso, y estaba casi tentada a pedir un cigarrillo para mí. Vimos una película e hicimos algunas tareas mal, ya para las siete y media de la noche, cuando Sam llegó, mi cabeza estaba a tope tanto que apenas podía hablar.

— ¿Enviaste la dirección?, Le pregunté.

—Sip. Respondió.

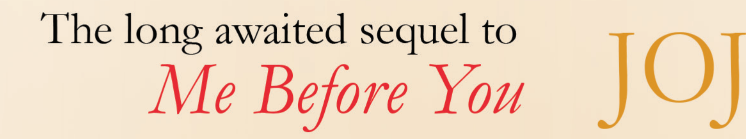
—Muéstrame.

El mensaje de texto fue simplemente la dirección de mi casa y firmó *L.*

Él respondió: *Tengo una reunión en la ciudad y voy a estar allí poco después de las ocho*.

— ¿Estás bien? — Dijo.





Mi estómago se tensó. Me sentí como si casi no pudiera respirar. —No quiero meterte en problemas. Quiero decir, ¿qué tal si alguien se entera? Vas a perder tu trabajo.

Sam negó con la cabeza. —No va a suceder.

—No debí haberte arrastrado en este lío. Has sido tan brillante y siento como que te estoy pagando poniéndote en riesgo.

—Todos vamos a estar bien. Mantente respirando. Él sonrió tranquilizadoramente hacia mí, pero pensé que podía detectar un leve temblor alrededor de sus ojos.

Miró por encima de mi hombro y me volví. Lily llevaba una camiseta negra, pantalones cortos de mezclilla y medias negras, y se había hecho su maquillaje para verse a la vez muy bella y muy joven.

— ¿Estás bien, cariño?

Ella asintió. Su piel, normalmente de color ligeramente oliva como la que tenía Will, estaba inusualmente pálida. Sus ojos eran enormes en su cara.

—Todo va a estar bien, me sorprendería si se tarda más de cinco minutos. Lou ha pasado todo contigo, ¿no? La voz de Sam estaba en calma, tranquila.

Habíamos ensayado una docena de veces. Quería que llegara a un punto en el que no se congelara, donde pudiera repetir sus líneas sin pensar.

—Sé lo que estoy haciendo.

—Bien—dijo, y dio una palmada. —Ocho menos cuarto. Vamos a estar listos.

***

Él era puntual, tuve que darle eso. A las ocho y un minuto mi timbre sonó. Lily tomó una respiración audible, le apreté la mano, y entonces ella contestó el portero automático. *¿Sí? Sí, se ha ido. Sube*. No parecía que a él se le ocurriera que ella no podría ser lo que él pensaba.

Lily le dejó entrar. Sólo yo, mirando por la rendija de la puerta de mi habitación, podía ver la forma en que su mano temblaba mientras cogía la





cerradura. Garside se pasó la mano por el pelo, miró brevemente alrededor del pasillo. Llevaba un buen traje gris, y metió las llaves del coche en el bolsillo interior. No podía dejar de mirarlo, su camisa cara, su parecido a un oropel, ojos codiciosos, que escaneaban el apartamento.

Mi mandíbula se tensó. ¿Qué clase de hombre se sentía con derecho a imponerse sobre una niña cuarenta años más joven que él? ¿Para chantajear a la hija de su propio colega?

Parecía incómodo, lejos de relajado. —He aparcado mi coche en la parte trasera. ¿Será seguro?

—Yo creo que sí. —Lily tragó.

— ¿Eso crees? Dio un paso atrás hacia la puerta. El tipo de hombre que ve su coche como una extensión de una parte minúscula de sí mismo.

— ¿Y qué hay de tu amiga? La que posee este lugar. ¿No va a volver?

Contuve la respiración. Detrás de mí, sentí la mano firme de Sam en la parte baja de mi espalda.

—Oh. No, va a estar bien. Ella sonrió, de repente tranquilizadora. —Ella no va a estar de vuelta dentro de un buen tiempo. Por favor entra. ¿Quisiera un trago, Sr. Garside?

Él la miró como si la estuviera viendo por primera vez.

—Que formal. — Dio un paso adelante y, finalmente, cerró la puerta tras de sí. — ¿Tienes whisky?

—Revisaré. Pasa, adelante.

Ella comenzó a caminar a la cocina, él siguiéndola, quitándose la chaqueta del traje. Cuando entraron en la sala de estar, Sam pasó por delante de mí fuera de la habitación, cruzó el pasillo en sus pesadas botas y cerró la puerta interior del apartamento, colocando las llaves, tintineando, en el bolsillo.

Garside, sobresaltado, se volvió y lo vio, Donna se unió a ellos. Se quedaron uniformes, contra la puerta. Los miró, luego a Lily, y vaciló, tratando de averiguar lo que estaba pasando.





—Hola, Sr. Garside, —le dije, saliendo de detrás de la puerta. —Creo que tiene algo que devolver aquí a mí amiga.

En realidad estalló en un sudor espontáneo. Hasta entonces, no sabía que eso era físicamente posible.

Sus ojos se movían alrededor de Lily, pero como había salido al pasillo ella se había movido de modo que estaba medio detrás de mí.

Sam dio un paso adelante. La cabeza del señor Garside llegó justo por encima de su hombro. —El teléfono, por favor.

—Usted no me puede amenazar.

—No estamos amenazando, — dije, mi corazón golpeando. —Simplemente queremos el teléfono.

—Me estás amenazando simplemente bloqueando mi salida.

—Oh no, señor— dijo Sam. —En realidad amenazarlo implicaría mencionar el hecho de que, si mi colega y yo elegimos, podríamos precisar tumbarlo aquí y ahora e inyectarlo con dihypranol, lo que en última instancia, reduciría la velocidad y le detendría el corazón. Eso sí que sería una amenaza, sobre todo porque nadie pondría en duda la palabra del grupo de paramédicos que al parecer habían tratado de salvarlo. Y como el dihypranol es uno de los pocos medicamentos que no deja rastro en la sangre.

Donna, con sus brazos cruzados sobre el pecho, sacudió la cabeza con tristeza. —Es una pena, la forma en que estos hombres de negocios de mediana edad apenas caen como moscas.

—Todo tipo de problemas de salud. Beben demasiado, comen demasiado bien, no hacen suficiente ejercicio.

—Estoy segura de que este señor aquí no es así.

—Esperaríamos que no. ¿Pero quién sabe?

El Sr. Garside parecía haberse reducido varias pulgadas.

—Y ni siquiera piense en amenazar a Lily. Sabemos dónde vive, Sr. Garside. Todos los paramédicos tienen esa información a mano, siempre y

cuando la necesitan. Es increíble lo que puede suceder si hace enojar a un paramédico.

—Esto es indignante. — Vociferaba ahora, su rostro palideció.

—Sip. Realmente lo es. — Le tendí la mano. —El teléfono, por favor.

Garside miró a su alrededor otra vez, y finalmente buscó en su bolsillo lo saco y entrego, a mí.

Lo lance a Lily.

—Revísalo, Lily.

Aparté la vista, cuidado sus sentimientos, mientras lo hacía.

—Elimínalo—, le dije. —Sólo elimínalo. Cuando miré hacia atrás, tenía el teléfono, la pantalla en blanco, en la mano. Ella hizo un gesto débil. Sam hizo un gesto a ella para que lo lanzara hacia él. Él lo dejó caer al suelo y lo estampo hacia abajo con el pie derecho, de manera que el plástico se astilló. Lo aplastó con tal violencia que el suelo tembló. Me encontré inmuta ante eso, junto con el Sr. Garside, cada vez que la pesada bota de Sam bajaba.

Finalmente, Sam se agachó y recogió con cuidado la tarjeta SIM pequeña, que se había deslizado bajo el radiador. Lo examinó, y lo levantó frente al hombre mayor.

— ¿Era esa la única copia?

Garside asintió. La humedad empapaba su cuello.

—Por supuesto que es la única copia—, dijo Donna. —Un miembro responsable de la comunidad no quiere correr el riesgo de que algo como eso aparezca en cualquier parte, ¿verdad? Imagínese lo que la familia del Sr. Garside diría si su pequeño secreto desagradable sale a la luz.

La boca de Garside se había comprimido en una delgada línea.

—Tienes lo que querías. Ahora déjame ir.

—No. Me gustaría decir algo. Mi voz, observé de lejos, sacudida un poco con el esfuerzo de contener mi ira. —Usted es un hombre sórdido, patético, y si yo...




La boca del señor Garside se enganchó hacia arriba en una mueca de desprecio. El tipo de hombre que no se había sentido ni una sola vez se amenazado por una mujer. —Oh, mantente callado, pequeño ridículo...

Algo duro brillaba en los ojos de Sam y él saltó hacia adelante. Mi brazo salió disparado para detenerlo. No me acuerdo de mi otro puño tirando hacia atrás. Sí recuerdo el dolor que sentí a través de mis nudillos, mientras hacían contacto con el lado de la cara de Garside. Él se tambaleó hacia atrás, su parte superior del cuerpo golpeando la puerta y me tambaleé, sin esperar la fuerza del impacto. Cuando se enderezó, me sorprendió ver la sangre goteando de su nariz.

—Déjame salir —, dijo entre dientes, a través de sus dedos. —En este momento.

Sam parpadeó hacia mí, y luego abrió la puerta. Donna se apartó, solo para permitirle pasar.

Ella se inclinó hacia él.

— ¿Estás seguro de que no quieres un apósito para eso antes de irse?

Garside mantuvo su ritmo medido mientras se iba, mientras la puerta se cerró detrás de él, se oyó el sonido de sus zapatos caros corriendo por el pasillo. Nos quedamos en silencio hasta que no podíamos oírlos más. Y entonces, el sonido de varias personas exhalando a la vez.

—Bonito puñetazo, Cassius—dijo Sam, después de un minuto. —¿Quieres que le eche un vistazo a tu mano?

No podía hablar. Me incliné hasta doblarme, jurando en silencio en mi pecho.

—Siempre duele más de lo que crees que lo hará, ¿no? — Dijo Donna, acariciando mi espalda. —No te estreses, cariño— le dijo a Lily. —Lo que sea que te haya dicho el anciano no es nada. Desapareció—.

—Él no regresará— dijo Sam.

Donna se rió.

—Él casi se cagó en sí mismo. Creo que va a estar corriendo una milla lejos de ti a partir de ahora. Olvídalo, cariño. Ella abrazó a Lily con energía, como se hace con alguien que ha sido derribado de una bicicleta, y luego





me entregó las piezas del teléfono roto para tirarlas. —Correcto. Le prometí a mi papá ir a visitarlo antes de nuestro turno. Nos vemos más tarde. Y luego, con un gesto, ella se había ido, sus botas caminando alegremente por el pasillo.

Sam comenzó a hurgar en su mochila médica para encontrar un apósito para mi mano. Lily y yo entramos a la sala, donde se dejó caer en el sofá. —Lo hiciste maravillosamente— le dije.

—Tú también te viste muy mala.

Examiné mis nudillos ensangrentados. Cuando levanté la vista, la sonrisa más pequeña estaba jugando alrededor de sus labios.

—Él totalmente no esperaba eso.

—Tampoco yo. Nunca había golpeado a nadie antes. Enderecé mi cara. —No es que, ya sabes, me consideras cualquier tipo de ejemplo moral.

—Nunca te he considerado cualquier tipo de ejemplo, Lou. Ella sonrió, casi a regañadientes, mientras Sam entraba, trayendo consigo algunos vendajes estériles y un par de tijeras.

— ¿Estás bien, Lily? Él levantó las cejas.

Ella asintió.

—Bien. Vamos a pasar a algo más interesante. ¿A quién se le antoja spaghetti carbonara?

Cuando salió de la habitación, el dejó escapar un largo suspiro, y luego miró al techo por un momento, como si se estuviera tranquilizando a él mismo.

— ¿Qué? dije.

—Gracias a Dios que lo golpeaste primero. Tenía miedo de que lo fuera a matar.

***

Algún tiempo más tarde, después de que Lily se había ido a la cama, me uní a Sam en la cocina. Por primera vez en semanas algún tipo de paz había descendido sobre mi casa. —Ella es más feliz ya. Quiero decir, ella aún se





queja de la nueva pasta de dientes y dejó sus toallas en el suelo, pero en términos de Lily, ella está definitivamente mejor.

Él asintió con la cabeza a esto, y vació el fregadero. Se sentía bien tenerlo en mi cocina. Lo observé durante un minuto y me pregunte cómo se sentiría ir hacia él y colocar mis brazos alrededor de su cintura. —Gracias — le dije en su lugar. —Por todo.

Se dio la vuelta, limpiándose las manos en el paño de cocina. —Tú fuiste muy inteligente, con fuerza. Él extendió una mano y me atrajo hacia él. Nos besamos. Había algo tan delicioso en sus besos; la suavidad de ellos en comparación con la fuerza bruta del resto de él. Me perdí en él por un momento.

—Pero…

— ¿Qué? — Dijo, moviéndose hacia atrás. — ¿Que está mal?

—Vas a pensar que es raro. — dije.

—Uh, ¿más raro que esta noche?

—Sigo pensando en el dihypranol. ¿Cuánto tomaría en matar realmente a una persona? ¿Es esto algo que todos llevan habitualmente? Simplemente... suena... muy poco fiable.

—Tú no tienes de que preocuparte, — dijo.

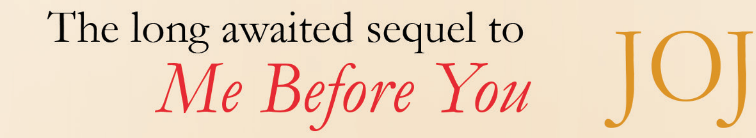
—Dices eso. Pero ¿qué tal si alguien realmente te odia? ¿Podrían ponerlo en tu comida? ¿Podrían los terroristas apoderarse de él? Quiero decir, ¿cuánto realmente se necesita?

—Lou. No hay tal droga.

— ¿Qué?

—Lo invente. No hay tal cosa como el dihypranol. Totalmente inventado. Él sonrió ante mi cara sorprendida. —Curiosamente, no creo que haya tenido una droga que funcionara mejor.





CAPÍTULO 22

Fui la última en llegar a la reunión de Circulo de Superación. Mi coche no arrancaba de nuevo y tuve que esperar el autobús. Cuando llegué allí la caja de galletas estaba cerrando, una señal de que el verdadero negocio de la noche estaba a punto de comenzar.

—Hoy vamos a hablar acerca de la fé en el futuro, — dijo Marc. Murmuré mis disculpas y me senté. —Ah, y sólo tenemos una hora hoy a causa de una reunión de Scouts de emergencia. Lo siento, chicos.

Marc fija en cada uno de nosotros con su mirada de empatía especial. Estaba muy interesado en su mirada de empatía especial. A veces me miraba a mí durante tanto tiempo me preguntaba si algo asomaba fuera de mi nariz. Miró hacia abajo, como si estuviera recopilando sus pensamientos — o tal vez le gustaba leer sus primeras líneas de un guion previamente elaborado.

—Cuando alguien a quien amamos es arrebatado de nosotros, a menudo sentimos difícil el hacer planes. A veces las personas sienten que han perdido la fe en el futuro, o se convierten en supersticiosas.

—Pensé que iba a morir, — dijo Natasha.

—Lo harás—, dijo William.

—No estás ayudando, William, —dijo Marc.

—No, honestamente, durante los primeros dieciocho meses después de Olaf murió, pensé que tenía cáncer. Creo que fui al médico cerca de una docena de veces convencida de que estaba padeciendo de cáncer. Tumores cerebrales, cáncer de páncreas, cáncer de útero, incluso cáncer en el dedo meñique.

—No hay tal cosa como el cáncer en el dedo meñique, —dijo William.

—Oh, ¿cómo lo sabes? —Espetó Natasha. —Tienes una respuesta inteligente para todo, William, pero a veces sólo deberías mantener la boca

cerrada, ¿de acuerdo? Se vuelve muy tedioso tener que soportarte haciendo un comentario sarcástico sobre todo lo que alguien dice en este grupo. Pensé que tenía cáncer en el dedo meñique. Mi médico de cabecera me envió a hacer pruebas y resultó que no tenía nada. Podría haber sido un miedo irracional, sí, pero no tienes que desechar todo lo que digo, porque, lo que sea que piensas, no lo sabes todo, ¿de acuerdo?

Hubo un breve silencio.

—En Realidad— dijo William, —Trabajo en una sala de oncología.

—Sigue en pie— dijo, después de un microsegundo. —Eres insufrible. Un agitador deliberado. Un dolor en la parte trasera.

—Eso es verdad— dijo William.

Natasha miró al suelo. O tal vez todos lo hicimos. Era difícil de decir, ya que yo estaba estudiando el suelo.

Ella puso su cara en sus manos por un momento, luego levantó la vista hacia él. —Tú no lo eres realmente, William. Lo siento. Creo que sólo estoy teniendo uno de esos días. No quise responderte de esa manera.

—Aun así no puedes tener cáncer en el dedo meñique, — dijo William.

—Así que..., dijo Marc, ya que intentamos ignorar a Natasha maldecir repetidamente en voz baja —... Me pregunto si alguno de ustedes ha llegado a un punto en el que se puede considerar la posibilidad de la vida a cinco años después. ¿Dónde se ven a sí mismos? ¿Qué se ven haciendo? ¿Se sienten bien para imaginar el futuro ahora?

—Voy a ser feliz si mi viejo corazón todavía hace tic-tac—, dijo Fred.

— ¿Todo ese sexo por internet fue para ponerlo bajo presión?, Dijo Sunil.

—Eso! Fred exclamó. —Esa fue una pérdida de dinero. El primer sitio, pasé dos semanas enviando correos electrónicos a esta mujer de Lisboa (una adicta total) y cuando finalmente le sugerí que nos reuniéramos su—padre, trató de venderme un condominio en Florida. Y entonces un hombre llamado Buffed Adonis me envió un mensaje privado para avisarme que en realidad era un chico de Puerto Rico con una sola pierna llamado Ramírez.





— ¿Y qué hay de los otros sitios, Fred?

—La única mujer que me dijo que se me reuniría conmigo se parecía a mi tía abuela Elsie, que guardaba las llaves en sus bragas. Quiero decir, ella era muy dulce y todo, pero la niña era tan antigua que estaba casi tentado a comprobarlo.

—No te rindas, Fred, — dijo Marc. —Puede ser que sea que estés buscando en los lugares equivocados.

—Para, mis llaves? Oh no. Cuelgo esas cerca de la puerta—.

Daphne decidió que le gustaría retirarse al extranjero en los próximos años —Es frío aquí. Se cuela en mis articulaciones.

Leanne dijo que esperaba terminar su maestría en filosofía. Nos dimos la clase de mirada en blanco de forma deliberada que haces cuando nadie quiere admitir que habían asumido en realidad trabajaba en un supermercado. O tal vez un matadero. William dijo: —Bueno, tu puedes.

Nadie se rió, y cuando se dio cuenta nadie iba a hacerlo, él se recostó en su silla, y podría haber sido sólo yo quien escuchó Natasha murmurando, — Ja Ja, — como Nelson de Los Simpson.

Al principio, Sunil no quería hablar. Luego dijo que había pensado en ello y había decidido que, en un plazo de cinco años le gustaría casarse. —Siento que me he exiliado a mí mismo durante los últimos dos años. Como si yo no dejaría que nadie se acerque a mí, porque de lo que sucedió. Quiero decir, ¿cuál es el punto de acercarse a alguien si sólo vas a perderlos? Pero el otro día me puse a pensar en lo que realmente quiero de la vida y me di cuenta que era alguien a quien amar. Porque tienes que seguir adelante, ¿no? Tienes que ver algún tipo de futuro.

Fue lo más que he escuchado a Sunil hablar en cualquier reunión desde que había comenzado a venir.

—Eso es muy positivo, Sunil— dijo Marc. —Gracias por compartir.

Escuche a Jake hablar de ir a la universidad, y cómo él quería entrenar como animador, y se preguntó distraídamente donde su padre estaría. ¿Sin dejar de llorar sobre su esposa muerta? ¿O felizmente acomodado con alguna versión más reciente? Sospeché este último. Entonces pensé en Sam y me pregunté si mi referencia improvisa a una relación había sido acertada.





Entonces me pregunté dónde estábamos si eso no era una relación. Porque había relaciones y las relaciones. Y así como reflexioné sobre esto me di cuenta de que, si el preguntaba, no estaba segura de en qué categoría encajábamos. No podía dejar de preguntarme si a intensidad de la búsqueda de Lily había actuado como una especie de pegamento barato, que nos unió con demasiada rapidez. ¿Qué siquiera tenemos en común, aparte de una caída de un edificio?

Dos días antes, yo había ido a la estación de la ambulancia a esperar a Sam, y Donna había permanecido en su coche charlando conmigo durante unos minutos mientras él recogía sus pertenencias.

—No le hagas perder el tiempo.

Me volví, no estaba segura si había escuchado correctamente.

Había visto como una ambulancia descargaba a través de las persianas y, a continuación, se frotó la nariz. —Él está bien. Para ser un gran tipo. Y realmente le gustas.

Yo no sabía qué decir.

—Él lo hace. Él ha estado hablando de ti. Y él no habla de nadie. No le digas que dije nada. Yo sólo... él está bien. Sólo quiero que sepas. Ella había levantado las cejas hacia mí entonces, y asintió con la cabeza, como si acabase de confirmar algo para sí misma.

—Acabo de darme cuenta, Que no estás en tu vestimenta de bailarina—, dijo Daphne.

Hubo un murmullo de reconocimiento.

— ¿Recibiste un ascenso?

Me arrastré en mis pensamientos.

—Oh. No. Me despidieron.

— ¿Dónde estás trabajando ahora?

—En ninguna parte; Aún. Respondí.

—Pero tú uniforme... —

Yo llevaba mi pequeño vestido negro con el cuello blanco.



—Oh. Este. Es sólo un vestido.

—Pensé que estabas trabajando en un bar temático de las secretarias. O tal vez criadas francesas.

— ¿Nunca te detienes, Fred?

—No lo entiendes. A mi edad, la frase —Úsalo o piérdelo— adquiere una cierta urgencia. Podría sólo tener unos veintes —duras— en mí.

—Algunos de nosotros nunca hemos tenido veinte —duras— en nosotros en primer lugar.

Hicimos una pausa para dar Fred y Daphne un momento para dejar de reír.

— ¿Y tu futuro? Suena como que todo cambio para ti—, dijo Marc—.

—Bueno... en realidad me ofrecieron otro trabajo.

— ¿En serio? Hubo un tipo ronda de aplausos, lo que me hizo sonrojar.

—Oh, yo tal vez no lo tome, pero está bien. Siento que he avanzado, sólo por haberme ofrecido un trabajo.

William dijo: —Entonces, ¿cuál era el trabajo?

—Sólo algo en Nueva York.

Todos ellos me miraron.

— ¿Tienes una oferta de trabajo en Nueva York?

—Sí—.

— ¿Un trabajo pagado?

—Con alojamiento, — dije en voz baja.

— ¿Y no tendrías que usar el horrible vestido verde brillante?

—No creo que mi uniforme era una razón suficiente para emigrar. Me reí. Nadie más lo hizo. —Oh, vamos, — les dije.

Todos estaban quietos y me miraban. La boca de Leanne en realidad podría haber estado colgando abierta un poco.

— ¿*Nueva York*, Nueva York?



—No sabes toda la historia. No puedo ir ahora. Tengo que resolver lo de Lily—

—La hija de tu ex empleador. Jake tenía el ceño fruncido a mí.

—Bueno, él era más que mi empleador. Pero sí.

— ¿Acaso no tienen familia propia, Louisa? Daphne se inclinó hacia delante.

—Es complicado.

Todos se miraron unos a otros.

Marc puso su cuaderno en su regazo.

— ¿Cuánto sientes realmente que has aprendido de estas sesiones, Louisa?

***

Yo había recibido el paquete de Nueva York: un conjunto de documentos, con las formas de inmigración y el Seguro de Salud, todo junto con un grueso pedazo papel color crema con una carta en la que el Sr. Leonard M. Gopnik me envió una oferta formal para trabajar para su familia. Yo había encerrado en el cuarto de baño para leerla, luego leerla por segunda vez, convertido el sueldo a libras, suspire un poco, y me prometí a mí misma no buscar en Google la dirección.

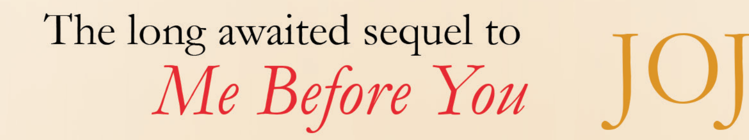
Después que busque en Google la dirección resistí el breve impulso de tumbarme en el suelo en posición fetal. Luego me dieron un apretón, me puse de pie y tire de la cadena del retrete (en caso de que Lily se preguntara qué estaba haciendo allí), me lave las manos (por costumbre), y me lleve todo a mi habitación donde lo metí en el cajón debajo de mi cama y me dije que nunca lo vería de nuevo.

Esa noche ella había llamado a la puerta de mi habitación poco antes de la medianoche.

— ¿Puedo quedarme aquí? Realmente no quiero volver con mi mamá.

—Puedes quedarte tanto tiempo como desees.





Ella se había acostado en el otro lado de mi cama y se acurrucó en una pequeña bola. Observé cuando dormía, entonces puse el edredón sobre ella.

La hija de Will me necesitaba. Era tan simple como eso. Y, sin importar lo que dijera mi hermana, se lo debía a él. Aquí había una manera de sentir que no estaba siendo completamente inútil. Todavía podía hacer algo por él.

Y ese sobre demostraba que era alguien que podía conseguir una oferta de trabajo decente. Ese fue un progreso. Tenía amigos, una especie de novio, incluso. Esto, también, era progreso.

No hice caso de las llamadas perdidas de Nathan y borre sus mensajes de voz. Le explicare todo a él en un día o dos. Se sentía, si no como un plan, entonces, sería lo más cercano que podría obtener en este momento.

***

Sam trabajó poco después de que regresé el martes. Me envió un mensaje a las siete para decir que iba a llegar tarde. Envió otro a las ocho y cuarto, diciendo que no estaba seguro a qué hora saldría. Todo el día me sentí como plana, luchando con el estancamiento que te da el no tener un trabajo al cual ir, preocupaciones sobre cómo iba a pagar mis cuentas, y estar atrapado en un apartamento con otra persona que igualmente no tenía adónde ir y que no estaba dispuesta a dejar sola. A las nueve y media el timbre sonó. Sam estaba en la puerta, todavía con su uniforme. Lo dejé entrar y salí al pasillo, cerrando la puerta detrás de mí. Él salió de la escalera y se dirigió hacia mí, con la cabeza hacia abajo. Era gris con agotamiento y despedía una extraña energía perturbada.

—Pensé que no ibas a venir. ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

—estoy siendo arrastrado hacia el comité de Disciplina.

— ¿Qué?

—Otra tripulación vio mi equipo afuera la noche que conocimos a Garside. Le dijeron a Control. Y no les puedo dar una buena respuesta a por qué íbamos a atender algo que no estaba en el sistema.

— ¿Entonces qué paso?





—Lo esquive, dije que alguien había venido corriendo y nos pidió ayuda. Y que había resultado ser una broma. Donna me apoyo, gracias a Dios. Pero no están felices.

—No es tan malo, ¿verdad?

—Y una de las enfermeras A y E le preguntó Lily cómo ella me conocía. Y ella le dijo que le había dado un aventón a su casa desde un club nocturno.

Mi mano fue a mi boca.

— ¿Qué significa eso?

—El sindicato está discutiendo mi caso. Pero si encuentran algo en mi contra voy a ser suspendido. O peor. Un nuevo, profundo surco había grabado su camino entre las cejas.

—Por culpa de nosotros. Sam, lo siento mucho.

Sacudió la cabeza. —Ella no debería de saber eso.

Iba a dar un paso adelante y sostenerlo, poner mis brazos alrededor de él, descansar mi cara contra la suya. Pero algo me retuvo: de repente, la imagen de forma espontánea de Will, volteando la cara lejos de mí, inalcanzable en su infelicidad. Vacilé, luego un segundo demasiado tarde, extendí una mano en su lugar y le toqué el brazo de Sam. Él miró abajo hacia ella, frunciendo el ceño, y tuve la pequeña sensación desconcertante de que él sabía algo de lo que acababa de pasar por mi cabeza.

—Siempre puedes renunciar a eso y criar a tus pollos. Construir tu casa. Oía mi voz, tratando demasiado duro. —Tienes opciones! Un hombre como tú. Puedes hacer cualquier cosa!

Él dio una media sonrisa que no alcanzó sus ojos. Siguió mirando a mi mano.

Nos quedamos allí por un momento incómodo. —Mejor me voy. Oh, — dijo, sosteniendo un paquete.

—Alguien dejó esta junto a la puerta. No creo que duraría mucho tiempo en el vestíbulo.

—Entra, por favor—. Lo tome de él, sintiendo que lo había defraudarlo. —Déjame que te cocino algo muy malo. Vamos—





—Será mejor que vuelva a casa.

Caminó por el pasillo antes de que pudiera decir nada más.

***

Desde la ventana, lo vi salir, caminando con rigidez de nuevo a su moto, y sentí pasar una nube momentánea sobre mí de nuevo. —*No se apegue demasiado*—. Y entonces recordé el consejo de Marc al final de la última sesión: —*Entendemos que tienes aflicción, el cerebro ansioso simplemente responde a los picos de cortisol. Es perfectamente natural tener miedo de acercarse a alguien*. Algunos días siento como si tuviera dos asesores de dibujos animados constantemente discutiendo a cada lado de mi cabeza.

En la sala, Lily se apartó de la televisión.

— ¿Era esa la Ambulancia de Sam?

—Sip.

Ella regresó a ver la televisión. Entonces el paquete tomo su atención. —¿Qué es eso?

—Oh. Estaba en el vestíbulo. Está dirigido a ti—.

Ella lo miró con recelo, como si estuviera siendo demasiado consciente de la posibilidad de sorpresas desagradables. Luego le quitó las capas de envoltura para revelar un álbum de fotos con cubiertas de cuero, su portada en relieve con —Para Lily (Traynor) —.

Lo abrió lentamente, y allí, en la primera página, cubierto de papel, estaba la fotografía en blanco y negro de un bebé. Debajo había una nota escrita a mano.

Tu padre pesó 9 libras 2 oz. Yo estaba absolutamente furiosa con él por ser tan grande, como me habían dicho que tendría un pequeño bonito!

Él era un bebé muy inquieto y me mantuvo corriendo desigual durante meses. Pero cuando sonreía... ¡Oh! Ancianas podrían cruzar la calle para hacerle cosquillas a sus mejillas (él odiaba esto, por supuesto).

Me senté a su lado. Lily movió hacia adelante dos páginas y ahí estaba Will, en un uniforme de pre escolar azul rey y una gorra, con el ceño fruncido a la cámara. La nota debajo decía:





Will odiaba esa gorra de escuela tanto que la escondió en la cesta del perro. La segunda, que —perdió— fue en un estanque. La tercera vez su padre amenazó con no darle ya más dinero, pero él simplemente negocio tarjetas de fútbol hasta que obtuvo dinero de nuevo. Incluso la escuela no podía hace que se la pusiera. Creo que tenía una detención semanalmente hasta que tuvo trece años.

Lily le tocó la cara.

—Me parezco a él cuando yo era pequeña.

—Bueno—, le dije, —él es tu padre.

Se permitió una pequeña sonrisa, luego se volvió a la página siguiente. —Mira. Mira a esta.

En la siguiente fotografía él sonrió directamente a la cámara — la misma imagen en esquí de vacaciones que había estado en su habitación cuando nos habíamos visto por primera vez. Contemplé su hermoso rostro y la ola familiar de tristeza pasó por encima de mí. Y entonces, inesperadamente, Lily se echó a reír.

— ¡Mira! ¡Mira ésta! — Will, con el rostro cubierto de lodo después de un partido de rugby, otra donde estaba vestido como un diablo, tomando un salto corriendo en un pajar. Una página de tonterías; Will siendo bromista, riendo, humano. Pensé en la hoja mecanografiada que Marc me había dado después de que me había perdido la Semana de idealización: *Es importante no convertir a los muertos en santos. Nadie puede caminar a la sombra de un santo.*

Quería que vieras a tu padre antes de su accidente. Él era ferozmente ambiciosa y profesional, sí, pero también me recuerda los tiempos en que se deslizó de la silla riendo, o bailando con el perro, o llegó a casa cubierto de moretones a causa de algún ridículo reto. Una vez empujó la cara de su hermana en un recipiente con un poco de jerez (foto a la derecha), porque ella le había dicho que no lo haría, y yo quería estar enojada con él, ya que me había tomado simplemente años hacer, pero realmente nunca podría estar enojada con Will por mucho tiempo.

No, nunca podías. Lily pasó a través de las otras imágenes, todas ellas con pequeñas notas al lado de ellas. Este Will, levantándose de las páginas, no era una pieza de dos líneas en un periódico, un obituario cuidado, una fotografía solemne que ilustra una triste historia en un debate jurídico de larga duración; se trataba de un hombre — vivo, tridimensional.





Miré a cada imagen, lejanamente consciente de cada nudo en la garganta, que se levantó y fue vencido.

Una tarjeta se había deslizado hacia el piso. Lo recogí y escanee el mensaje de dos líneas. —Ella quiere venir a verte.

Lily apenas podía apartar los ojos del álbum.

— ¿Qué piensas, Lily? ¿Estás lista para eso?

Le tomó un momento escucharme. —No lo creo. Quiero decir, es bueno, pero... —

El estado de ánimo cambió. Cerró la cubierta de cuero, lo puso cuidadosamente a un lado del sofá y se volvió a la televisión. Unos minutos más tarde, sin decir una palabra, se trasladó hasta el sofá a mi lado y dejó caer la cabeza sobre mi hombro.

***

Esa noche, después de que Lily se había ido a la cama, le envié un correo Nathan.

Lo siento. No puedo tomarlo. Es una larga historia, pero tengo la hija de Will viviendo conmigo y mucho ha estado pasando y no puedo y dejarla. Tengo que hacer lo que es correcto. Trato de explicar en pocas palabras...

Terminé,

Gracias por pensar en mí.

Envié un correo electrónico al Sr. Gopnik, dándole las gracias por su oferta y afirmando que debido a un cambio en las circunstancias me daba mucha pena, pero que no sería capaz de aceptar el trabajo. Quería escribir más, pero el gran nudo en mi estómago parecía haber agotado toda la energía de mis dedos.

Esperé una hora, pero ninguno de ellos respondió. Cuando entré de nuevo en la sala de estar vacía para apagar las luces el álbum de fotografías ya no estaba.




CAPÍTULO 23

—Bueno, bueno… pero si no es el empleado del año.

Coloqué la bolsa que contenía mi uniforme y peluca sobre el mostrador. Las mesas del *Shamrock and Clover* ya estaban llenas a la hora del desayuno; un hombre de negocios rechoncho de unos cuarenta años me miró fijamente, acunando su vaso entre las manos gordas, su aire cabizbajo indicaba que había tenido que iniciar su día muy temprano. Vera se encontraba al fondo del local, furiosamente esquivando mesas y pies de personas para poder así barrer debajo de ella como si persiguiera ratones.

Yo estaba utilizando una camisa azul de hombre- había decidido que es más fácil sentirse segura si usas ropa de hombre- y observado distraídamente que era casi del mismo tono de la de Richard. —Richard— quería hablarte sobre lo que sucedió la semana pasada.

A nuestro alrededor el aeropuerto estaba principalmente lleno de pasajeros que viajaban por el feriado, había menos hombres de traje, y un pequeño círculo de niños pequeños que lloriqueaba. Detrás del mostrador había un nuevo anuncio que ofrecía la oportunidad de ¡Darle el mejor comienzo a tu viaje! Café y croissants. Richard se movía enérgicamente por la barra, colocando nuevas tazas repletas de café, y barras de cereal envueltas en plástico sobre la charola, frunció el ceño en concentración

—No te molestes. ¿Está limpio tu uniforme?

Tomó la bolsa y sacó mi vestido verde. Él lo observó cuidadosamente bajo las luces e hizo una media mueca como si estuviera decidido a encontrarle marcas indeseadas. Incluso llegué a creer por un momento que lo iba a olfatear.

—Claro que está limpio.

—Necesita estar en perfectas condiciones para que un nuevo empleado pueda utilizarlo.

—Se lavó ayer — le espeté.





De repente noté que había una nueva versión de las *Gaítas Célticas*, menos cuerdas de arpa, mucho más de la flauta.

—Seguro. Tenemos unos documentos en la parte trasera que necesitas firmar. Iré por ellos y puedes firmarlos aquí. Y eso sería todo.

— ¿Tal vez podríamos hacer esto en algún otro lugar un poco más… privado?

Richard Percival no me miró.

—Me temo que estoy muy ocupado. Tengo cientos de cosas que hacer y me falta un empleado el día de hoy. Y comenzó a contar en voz alta la cantidad restante de —Papas Fritas Scampi— que colgaban del aparador. Seis, siete… Vera ¿podrías atender a aquel caballero, por favor?

—De eso es justamente de lo que quería hablarte. Me preguntaba si había alguna forma de que tú...

—Ocho… nueve… La peluca.

— ¿Que?

— ¿Dónde está la peluca?

—Ah. Aquí. La saqué de mi bolsa. La había cepillado antes de ponerla en su propia bolsa. La peluca se quedó ahí, como si fuera una pieza rubia de pelaje, esperando darle comezón a otra persona.

— ¿La lavaste?

— ¿Lavar la peluca?

—Sí, es antihigiénico para alguien más ponérsela sin que la hayas lavado primero.

—Está hecha de fibras sintéticas más baratas que las de una Barbie en rebaja. Asumí que automáticamente se derretiría en una lavadora.

—Si no está en perfectas condiciones para que un futuro empleado la utilice, tendré que cobrarte la peluca para poder reponerla.

Lo miré fijamente.

—¿Me cobrarás por la peluca?





El la sostuvo, después la metió dentro de la bolsa—Veintiocho libras con cuarenta centavos. Te daré, claro está un recibo.

—Dios mío. Realmente vas a cobrarme la peluca.

Reí. Me quedé parada en medio del aeropuerto lleno de gente, mientras los aviones despegaban, y me puse a pensar sobre lo que se había convertido mi vida mientras trabajaba para este hombre. Saqué mi monedero de la bolsa.

—Bien—dije.

— ¿Veintiocho libras con cuarenta centavos, dices? Sabes que, te lo redondearé a treinta, tú sabes, para incluir gastos administrativos.

—No es necesario.

Conté los billetes y los azoté en la barra frente a él.

— ¿Sabes algo, Richard? Me gusta trabajar. Si hubieras visto más allá de tus malditos objetivos de venta por cinco minutos hubieras notado que yo era alguien que de hecho quería obrar correctamente. Me esforcé. Utilicé tu horrible uniforme, incluso cuando hacía que mi cabello tuviera estática y los niños pequeños se burlaran de mí a mis espaldas. Hice todo lo que me pediste, incluso limpié los baños de hombres, y estoy muy segura de que eso no estaba en mi contrato, y estoy segura de que según la Ley del Trabajo, requería de un traje especial para poder hacerlo. Me quedé por turnos extras mientras tu buscabas nuevos baristas por que habías alienado a cada uno de los trabajadores que alguna vez había entrado por esa puerta, y vendí todos y cada uno de tus miserables y secas nueces tostadas aunque olieran asqueroso.

»Pero no soy un robot. Soy una humana y tengo una vida, y solo por un corto tiempo tuve responsabilidades que no me permitieron ser la empleada que tú- o yo- hubiera querido. Vine aquí hoy para pedir mi trabajo de vuelta- de hecho, para rogar por tener mi trabajo de vuelta, ya que aún tengo responsabilidades y aún quiero mi trabajo. *Necesito* un trabajo. Pero me acabo de dar cuenta de que no quiero este empleo. Preferiría trabajar gratis que pasar otro día en este miserable bar de gaítas de pan destruye-almas. Preferiría limpiar baños gratis antes que trabajar otro día para ti.




»Así que gracias, Richard. Has logrado que tome la primera decisión correcta que he tenido desde que puedo recordar—Metí el monedero en la bolsa, empujé la peluca, e hice ademán de irme.Puedes meterte este trabajo por el mismo lugar donde puedes meterte estas nueces—Di media vuelta—Ah, ¿y eso que haces con tu cabeza? ¿Todo ese gel que te pones y esa forma en la que te moldeas la punta? Es horrible. Hace que te parezcas a Action Man.

El hombre de negocios aplaudió desde su lugar en la barra. Richard automáticamente se pasó una mano por la cabeza.

Miré al hombre y después a Richard.

—De hecho, olvida la última parte. Eso fue grosero — y me fui.

Iba dando zancadas, mi corazón aun latiendo a mil por hora, cuando lo escuché.

— ¡Louisa! Louisa!

Richard iba medio caminando, medio corriendo detrás de mí. Consideré ignorarlo, pero finalmente me alcanzó cerca del puesto de perfumes

— ¿Qué?—dije—¿Olvidé una migaja de nuez?

Se detuvo, resoplando ligeramente. Observó la ventana de la tienda por algunos segundos como si estuviera pensando. Después me encaró.

—Tienes razón, ¿está bien? Tienes razón.

Me quede mirándolo.

—El Shamrock y Clover es un lugar terrible. Y sé que no he sido el mejor para el que podrías trabajar, pero todo lo que te puedo decir es que por cada orden miserable que te doy, mis bolas son aplastadas diez veces más por la oficina central. Mi mujer me odia porque nunca estoy en casa. Los proveedores me odian porque tengo que recortarles sus ganancias cada semana a causa de la presión de los accionistas. Mi director regional dice que esta unidad esta debajo de la meta y si no logro subir me enviarán al área del Ferry del Norte de Gales. Y para ese punto estoy seguro que mi esposa me dejará, y no la culparé.

»Odio dirigir personas, tengo las habilidades sociales de un poste de luz, es por eso que no puedo aferrarme a nadie. Vera no renuncia porque tiene





la piel de un rinoceronte y porque sinceramente creo que tiene secretamente la esperanza de quedarse con mi trabajo. Así que, lo siento. Me hubiera gustado regresarte tu trabajo porque, a pesar de lo que dije antes, eras bastante buena. Les caías bien a los clientes.

El suspiró, y vio a la multitud que nos rodeaba

— ¿Pero sabes qué Louisa? Deberías de irte mientras puedas. Eres bonita, eres inteligente, trabajadora. Podrías obtener algo mucho mejor que esto. Si yo no estuviera estancado a causa de una hipoteca que apenas puedo costear, un bebé en camino y pagos pendientes de un Honda Civic que me hace sentirme 120 años mayor, créeme que saldría corriendo de aquí más rápido de lo que despegan esos aviones. — El me tendió una boleta de pago —El pago de tus vacaciones. Ahora vete. En serio Louisa. Vete.

Bajé la mirada y vi el sobre marrón en mi mano. A nuestro alrededor los pasajeros se desplazaban lentamente, deteniéndose en las ventanas de las tiendas, verificando pasaportes desaparecidos, indiferentes a lo que estaba pasando a su alrededor. Y yo supe, inevitablemente agotada, que es lo que iba a suceder.

— ¿Richard? Te agradezco por esto, pero… ¿Podría mantener mi trabajo? ¿Aunque sea por un poco? Realmente lo necesito.

Richard me miró como si no pudiera creer lo que había dicho. Después suspiró

—Si pudieras quedarte por un par de meses sería un gran alivio. Estoy cerca del desastre. De hecho, si pudieras comenzar de inmediato podría hacer que los mayoristas recogieran las esteras de la cerveza.

Intercambiamos lugares; un pequeño vals de mutua decepción.

—Llamaré a casa—le dije.

—Ah, toma. — Dijo—nos quedamos mirando el uno al otro por un momento, y después me devolvió la bolsa de plástico que contenía mi uniforme—Supongo que lo necesitaras.

***

Richard y yo nos envolvimos en una clase de rutina. El me trató con un poco más de consideración, sólo pidiéndome que limpiara el baño de caballeros en los días en los que Noah, el nuevo intendente faltaba al trabajo, no hacía ningún comentario cuando me tardaba un poco hablando con los clientes (aunque parecía que le costaba trabajo contenerse). A cambio yo era alegre y puntual y trataba de vender lo más que pudiera. Me sentía rara hacia sus nueces.

Un día me llevó aparte y me dijo que, aunque fuera un poco prematuro, la Oficina Central le había mencionado que querían ascender a algún empleado del equipo, para que fuera asistente ejecutivo, y si las cosas salían según lo esperado, él realmente se inclinaría por mencionar mi nombre. (No me puedo arriesgar a promover a Vera, ella sería capaz de ponerle limpiador de pisos a mi té para obtener mi trabajo). Le agradecí y traté de parecer más complacida de lo que realmente me sentía.

Mientras tanto, Lily le pidió a Samir trabajo, y él le dijo que le haría una prueba de medio día si lo hacía gratis. Yo le preparé una taza de café a las siete y media, y me aseguré de que saliera del departamento vestida y lista a tiempo para su hora de entrada a las ocho. Cuando regresé a casa esa tarde, ella había obtenido el trabajo, en el que ganaría un estimado de 2.73 libras por hora, que era la tarifa más baja que él podía pagarle legalmente. Ella había pasado el día entero llevando cajas a la bodega y poniéndole precios a las latas con una antigua pistola etiquetadora. Mientras Samir y su primo miraban un partido de fútbol en su iPad. Ella estaba sucia y exhausta, pero sorpresivamente feliz. Si duro un mes, él dijo que consideraría ponerme en el mostrador.

Cambié mi turno, así que el jueves por la tarde conduje hasta casa de los papás de Lily en St. John—s Wood, y esperé en el carro mientras Lily entraba a su casa y empacaba más ropa y la imagen enmarcada de una pintura de Kandinsky que me había prometido que luciría bien en mi departamento. Ella salió veinte minutos después, con la cara furiosa y la mirada tensa. Tanya salió al porche, de brazos cruzados, observando silenciosamente mientras Lily abría la cajuela y metía una caja llena de cosas y, con más cuidado, la imagen. Después se subió al asiento de frente, mirando directamente a la calle vacía. Mientras Tanya cerraba la puerta tras





ella, había una pequeña posibilidad de que estuviera secándose las lágrimas.

Metí mi llave en el switch.

—Cuando crezca—dijo Lily, y tal vez solo yo pude haber detectado ese ligero temblor en su voz, —no seré para nada como mi mamá.

Esperé un momento y después encendí el carro y conduje en silencio de regreso al departamento.

¿Qué tal ir al cine esta noche? Podría lograrlo si hago un poco de escapismo.

No creo que deba dejar a Lily.

¿La traes?

Será mejor que no. Lo siento, Sam.

Esa tarde encontré a Lily fuera en la salida de emergencia. Ella volteó a verme con el sonido de la ventana y me saludó con el cigarrillo. Creí que sería grosero fumar dentro ya que tú no fumas. Debajo de nosotros el estacionamiento se mantenía bajo el calor de agosto, el olor del asfaltado se evaporaba en el aire caliente. Un carro pasaba con el sonido del bajo proveniente de su sistema de sonido. El metal de los escalones retenía el calor del mes de tardes soleadas y me recargué, cerrando mis ojos.

—Creí que todo funcionaría—dijo Lily. Abrí los ojos. —Creí que si pudiera lograr que Peter se fuera todos mis problemas se solucionarían. Creí que si pudiera encontrar a mi padre sentiría que perteneciera a algún lugar. Pero ahora que Peter ya se fue, y Gardside también, y ya sé de mi padre y te tengo a ti, pero nada se siente como yo había esperado.

Estaba a punto de decirle que no fuera tonta, iba a señalar que ella había recorrido un largo camino en un corto tiempo, que ella había obtenido su primer trabajo, perspectivas, un futuro brillante-el tipo de responsabilidades adultas. Pero sonaba trillado y protector.

Al final de la calle un puñado de trabajadores de oficina estaban congregados alrededor de una mesa de metal cercana a la puerta del pub. Más tarde esta noche estaría llena de hipsters y foráneos provenientes de la





ciudad, derramando sus bebidas sobre el pavimento, con sus voces estridentes colándose por mi ventana abierta.

—Sé a qué te refieres, —dije—He esperado sentirme normal de nuevo desde que tu padre murió. Me siento básicamente como si pasara a través de cada movimiento. Todavía sigo en este horrible trabajo. Todavía vivo en este departamento, en el cual creo que nunca me sentiré como en casa. Tuve una experiencia cercana a la muerte, pero no puedo decir que me dio sabiduría o gratitud por la vida o algo parecido. Asisto a un grupo de ayuda lleno de personas que están estancadas como yo. Pero realmente no he hecho nada.

Lily pensó sobre esto

—Tú me ayudaste.

—Eso es básicamente a lo que me he aferrado en estos días.

—Y tienes un novio.

—Él no es mi novio.

—Claro que sí, Louisa.

Miramos el tráfico bajo la ciudad. Lily le dio una última fumada a su cigarrillo, y lo aplastó contra el escalón de metal.

—Eso es lo que haría a continuación— dije.

Ella tuvo la gracia de parecer ligeramente culpable—Lo sé, dejaré de hacerlo. Lo prometo.

A través de los tejados el sol comenzaba a bajar, su brillo naranja se desvanecía entre el aire gris de la tarde en la ciudad.

—Sabes Lily, tal vez algunas cosas toman más tiempo que otras. Creo que llegaré hasta ahí.

Ella puso su brazo alrededor del mío y posó su cabeza sobre mi hombro.

Observamos la agradable puesta de sol y las sombras que se expandían cada vez más, y pensé en el horizonte de Nueva York y en que nadie era realmente libre. Tal vez la libertad-física y personal-solo se obtiene a costa de alguien o algo más.




El sol se desvaneció, y el cielo naranja comenzó a volverse azul-petróleo. Cuando nos levantamos, Lily se alisó la falda, después viendo el paquete que tenía en su mano. Ella tiró de los cigarrillos que quedaban en la cajetilla abruptamente y los partió por la mitad, para después aventarlos en el aire, en un confeti de tabaco y papel blanco.Listo. Soy oficialmente una zona libre de nicotina.

—Así como así.

— ¿Por qué no? Tú dijiste que probablemente llevaría más tiempo del que creíamos. Bueno, ese fue el primer paso. ¿Cuál es el tuyo?

—Oh, Dios. Tal vez pueda persuadir a Richard para que deje de hacerme utilizar esa horrorosa peluca de nylon.

—Ese sería un excelente primer paso. Sería bueno no tener un choque eléctrico cada que toco una manija aquí en el departamento.

Su sonrisa era contagiosa. Tomé el empaque vacío de los cigarrillos antes de que se le ocurriera arrojarlo también al estacionamiento, y di un paso atrás para que ella pudiera trepar por la ventana. Ella se detuvo y me miró, como si de repente hubiera pensado en algo.Sabes, enamorarte de alguien más no significa que hayas amado a mi papá menos. No tienes por qué estar triste solo para sentirte conectada hacia él.

La miré.

—Es solo un pensamiento. Se encogió de hombros y trepó por la ventana.

***

Cuando desperté al día siguiente Lily ya se había ido al trabajo. Ella había dejado una nota diciendo que pasaría a comprar pan casero para el almuerzo por que se nos había terminado. Había tomado un poco de café, desayuné y me calcé con unos tenis para realizar una caminata (Marc: El ejercicio es tan bueno para tu espíritu como para tu cuerpo) cuando mi celular sonó- de un número que no reconocí.

— ¡Hola!

Me tomó un minuto reconocer la voz.





— ¿Mamá?

— ¡Mira afuera de tu ventana!

Caminé a través de la sala de estar y me asomé. Mi mamá estaba en la calle y me saludaba animadamente.

— ¿Qué… qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está papá?

—Él está en casa.

— ¿Está bien el abuelo?

—El abuelo está bien.

—Pero tú nunca vienes a Londres sola, ni siquiera vas a la gasolinera sin que papá te acompañe.

—Bueno, ya era hora de hacer un cambio, ¿no es así? ¿Puedo subir? No quiero gastarme todos los minutos de mi nuevo número.

Le indiqué que entrara, y fui a la sala intentando recoger lo peor de los trastes de anoche, y para cuando ella estaba ya en el departamento yo estaba ahí parada, de brazos abiertos, lista para saludarla.

Ella estaba usando su saco, el bueno, la bolsa de correa colgada del hombro (difícil para los ladrones robarla) y su cabello peinado en ondas suaves alrededor del cuello. Ella estaba radiante, sus labios pintados de labial color rosa-coral.

—No puedo creer que hayas venido tu sola.

— ¿No es maravilloso? De hecho me siento mareada. Le dije a un hombre joven en el metro que era la primera vez que lo utilizaba en treinta años sin que alguien me agarrara de la mano, y él se cambió a cuatro asientos en el vagón. Me puse un poco histérica y no podía contener la risa. ¿Podrías poner la tetera? —Ella se detuvo para poder quitarse su abrigo, y miró a las paredes alrededor de ella. Bueno pues, el verde es… interesante.

—Lily lo eligió—Me pregunté fugazmente si su visita no sería una gran broma y mi papá aparecería de pronto en la entrada, riéndose de lo ingenua que había sido al creer que Josie iría a algún lado por sí misma. Puse una taza frente a ella—No entiendo. ¿Por qué apareciste sin papá?

Ella tomó un sorbo de té





—Oh, eso es genial. Siempre has hecho el mejor té—Colocó la taza en la mesa, cuidadosamente poniendo primero un libro debajo. —Bueno, desperté esta mañana y pensé en todas las cosa que tenía que hacer — lavar la ropa, limpiar las ventanas traseras, cambiar las sábanas del abuelo, comprar dentífrico — y de repente pensé, ¡No!. No puedo hacerlo, no pienso gastar un glorioso sábado haciendo lo mismo que he hecho por treinta años. Voy a tener una aventura.

—Una aventura.

—Así que creí que podríamos ir a ver un show.

—Un show.

—Sí, un show. Louisa ¿te has convertido en un perico? La Sra. Cousins del seguro dice que hay un puesto en Leicester Square donde puedes comprar boletos baratos en el día para ver shows que no están llenos—Me preguntaba si querías venir conmigo.

— ¿Qué hay de Treena?

Mamá movió una mano.Bueno, ella estaba ocupada. Así que ¿qué dices? ¿Podríamos ir y ver si conseguimos algunos boletos?

—Tendré que decirle a Lily.

—Entonces ve y dile. Terminaré mi té, y mientras tanto puedes hacer algo con tu cabello y entonces iremos. Tengo una tarjeta de viaje-por un día, ¡ya sabes!, podría simplemente bajar y subir del metro todo el día.

Obtuvimos boletos a mitad de precio para *Billy Elliot.* Era eso o una tragedia rusa, y mi mamá dijo que se sentiría rara con los rusos desde que alguien le había dado sopa fría de betabel, e intentaron pretender que los rusos la comían así.

Ella se sentó completamente extasiada a mi lado durante toda la actuación, dándome codazos y murmullando entre intermedios.

—Recuerdo la verdadera huelga de los mineros Louisa, fue muy difícil para esas pobres familias. ¡Margaret Thatcher! ¿La recuerdas? Oh, ella era una mujer horrible, aunque siempre tenía un buen bolso de mano.

Cuando el joven Billy voló por el aire, aparentemente alimentado por sus ambiciones, ella lloró despacito a mi lado, presionando un limpio



pañuelo blanco en su nariz. Miré a la maestra de danza del chico, La Sra. Wilkinson, una mujer cuyas ambiciones nunca la habían llevado más allá de los confines de su ciudad, y traté de no relacionar nada de eso con mi propia vida. Yo era una mujer con un empleo y un tipo-novio, sentada en un teatro de West End en una tarde de sábado. Amontoné esas pequeñas victorias contra un enemigo que no pude exactamente identificar.

Salimos a la luz de la tarde completamente deslumbradas y desgastadas emocionalmente. Bueno, dijo mamá. Apretando su bolso bajo el brazo (algunos hábitos nunca mueren)

—Té en un hotel. Vamos. Tendremos un buen día.

No pudimos ir a ninguno de los grandes hoteles, pero encontramos un hotel agradable cerca de Haymarket con una selección de té que mamá aprobó. Ella pidió una mesa en medio del salón y se sentó ahí observando a cada persona que entraba, criticando como iban vestidos, o si se veían como si fueran —extranjeros—, la falta de sentido común por haber traído niños pequeños, o pequeños perros que parecían ratas.

—Bueno, ¡míranos!, exclamaba de vez en cuando, y cuando estaba más quieta. — ¿No es esto genial?—Ordenamos English Breakfast Tea (Mamá: esa es la versión elegante del té común, ¿no es así?¿Nada de esos sabores extraños?) y el —Afternoon Tea Fancy Plate—, comimos pequeños emparedados sin corteza, pequeños bizcochos que no estaban ni la mitad de buenos que los que mamá hacía, y pasteles envueltos en aluminio dorado. Mi mamá habló durante media hora de Billy Elliot y como ella pensaba que debería de hacer esto al menos una vez al mes, y pensaba que a mi papá le encantaría si pudiéramos traerlo hasta acá.

— ¿Cómo está papá?

—Oh, Él está bien. Ya sabes cómo es él.

Quería preguntar, pero tenía miedo. Cuando la miré, ella estaba viéndome titubeando

—Y no, Louisa, no estoy depilándome las piernas. Y no, él no es feliz. Pero hay cosas más importantes en la vida.

— ¿Qué fue lo que dijo sobre venir aquí?

Ella resopló, y lo disfrazó con un poco de tos. Él no creyó que iba a hacerlo. Le hablé sobre esto cuando le subí su té esta mañana, y comenzó a reír, y si puedo ser honesta contigo me molestó tanto que me vestí y simplemente me fui.

Cerré un poco mis ojos.

— ¿No le dijiste?

—Y le había yo comentado. Me ha estado dejando mensajes en este celular todo el día, el muy ingenuo. Observó el teléfono, y después lo volvió a meter en su bolsa.

Me quedé observándola un poco más mientras tomaba otro pequeño bizcocho delicadamente de su tenedor. Cerró sus ojos de placer mientras le daba un mordisco.

—Esto es maravilloso.

Pasé saliva.

—Mamá, ¿No van a divorciarse, o sí?

Sus ojos se abrieron.

— ¿Divorciarse? Soy una buena chica católica, Louisa. Nosotras no nos divorciamos. ¡Simplemente hacemos sufrir a nuestros hombres durante toda la eternidad!

Pagué la cuenta, y nos dirigimos al sanitario, un cuarto oscuro de mármol color avellana y flores caras, custodiadas por una empleada silenciosa que se encontraba cerca de los retretes. Mamá se lavó las manos dos veces, y después olfateó todas las cremas de manos que se encontraban alineadas en el lavabo, haciendo muecas en el espejo si le gustaban o no.No debería de decirlo, dada mi opinión sobre el patriarcado y todo eso, pero desearía que alguna de ustedes encontrara un buen hombre.

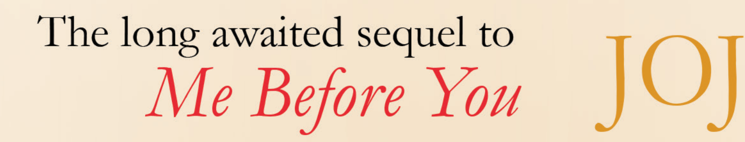
—Conocí a alguien— le dije, antes de reparar que lo había hecho.

Volteó a verme con una botella de crema en las manos.

—¡No es verdad!

—Es un paramédico.





—Bueno, eso es sorprendente. ¡Un paramédico! Es casi tan útil como tener un plomero. ¿Cuándo podremos conocerlo?

Titubeé

— ¿Conocerlo? No estoy segura, es…

— ¿Es que?

—Bueno es muy pronto. No estoy segura de que sea ese tipo de…

Mi mamá comenzó a destapar su labial y miró al espejo—Es solo por sexo, ¿es eso a lo que te refieres?

— ¡Mamá!, —miré a la empleada.

—Bueno, ¿entonces a que te refieres?

—No creo que esté lista para una relación seria aún.

— ¿Por qué no? ¿Qué otra cosa has estado haciendo? Esos ovarios no irán al congelador, sabes.

— ¿Por qué no vino Treena?—dije, rápidamente cambiando de tema.

—No pudo encontrar una niñera para Thom.

—Dijiste que estaba ocupada.

Los ojos de mi madre se movieron ante mi reflexión. Juntó sus labios y metió el labial de nuevo en su bolso.

—Parece ser que ahora ella está un poco molesta contigo, Louisa. Activó su visión maternal de Rayos-X.¿Ustedes dos discutieron?

—No entiendo porque ella tiene que tener una opinión sobre todo lo que hago—escuché mi propia voz, sonaba como si tuviera doce años.

Ella me miró.

Así que le dije. Me paré cerca del lavabo de mármol, y mamá se sentó en la silla, le dije sobre la oferta de trabajo y porque posiblemente no podría aceptarla, como habíamos perdido a Lily y luego la habíamos encontrado otra vez, y como ella comenzaba a salir del otro lado. Ya he arreglado todo para que ella pueda ver a la Señora Traynor de nuevo. Así que estamos avanzando. Pero Treena no entiende, pero si Thom hubiera pasado por lo





menos la mitad de lo que ella ha vivido ella sería la primera persona en decir que no podría alejarme de él.

Me sentí aliviada por haberle dicho a mi madre. Ella, entre todas las personas entendería las ataduras de la responsabilidad. Así que por eso no me habla.

Mi madre me miraba fijamente.

—Jesús, Maria y José, ¿Has perdido la cabeza?

— ¿Qué?

—Un trabajo en Nueva York con todas las prestaciones y ¿lo dejas para trabajar en ese desagradable lugar en el aeropuerto? ¿Ha escuchado eso? —Volteó a ver a la empleada. No puedo creer que ella sea propia mi hija. Para ser honesta, no sé qué le haya pasado al cerebro con el que nació.

La empleada negó con la cabeza lentamente.

—No es bueno—ella dijo.

— ¡Mamá! Estoy haciendo lo correcto.

— ¿Para quién?

— ¡Para Lily!

— ¿Piensas que ninguna otra persona que no seas tú pudo haber ayudado a esa chica a poner los pies en la tierra? En fin ¿le llamaste a esta persona en Nueva York para preguntarle si podía retrasar la oferta por unas cuantas semanas?

—No es ese tipo de trabajo.

— ¿Cómo podrías saberlo? Si no preguntas no lo puedes saber.

La empleada volvió a negar lentamente.

—Oh Dios, cuando pienso en eso…

La empleada le dio a mi madre una toalla de papel y mi madre se abanicó con ella en el cuello vigorosamente.

—Escúchame bien, Louisa. Tengo en casa una hija brillante con una responsabilidad enorme causada por una mala decisión — y no lo digo porque no ame a Thom con todo mi corazón, pero te diré, me dan ganas de





arrancarme el corazón cuando pienso en lo que Treena pudo haber logrado si ese niño hubiera llegado un poco después. Estoy estancada en casa cuidando a tu padre y a tu abuelo, y eso está bien. Estoy buscando mi camino. Pero esto no debería de ser solamente lo que quieres para tu vida, ¿me entiendes? No un montón de boletos a mitad de precio y un té elegante de vez en cuando. ¡Deberías estar allá fuera! Eres el único miembro de la familia que tiene una oportunidad de verdad. ¡Y escuchar que has tirado todo por la borda por el bien de una chica a la que apenas conoces!

—Hice lo correcto, mamá.

—Tal vez lo hiciste. O tal vez no era una de esas situaciones en la que puedas saberlo.

—Si no preguntas, no lo puedes saber. —dijo la empleada.

—Eso es, esta dama sabe lo que dice. Necesitas regresar y preguntarle al caballero americano si hay alguna posibilidad de que puedas ir un poco después… No me mires así, Louisa. He sido muy suave contigo. No te he presionado cuando debí de haberlo hecho. Necesitas dejar ese trabajo roba-vidas y comenzar a vivir.

—Ya no está la oferta de trabajo mamá.

— ¿Siquiera les has preguntado?

Sacudí la cabeza.

Mi madre resopló y se acomodó bien la bufanda alrededor del cuello. Sacó unas monedas de dos libras y las presionó contra la mano de la empleada.

—Bueno, ¡tengo que aceptar que has hecho un buen trabajo! Podrías comer la cena en este piso. Y huele simplemente delicioso.

La empleada le sonrió amigablemente, y después como si lo hubiera pensado repentinamente, señalo con un dedo. Ella salió por la puerta, caminó hasta su almacén, abriendo la cerradura con una de sus llaves. Ella regresó y le entregó a mi madre en las manos una barra de jabón con aroma floral.




Mi madre lo olió y la miró—Bueno, pues es el cielo. Un pedacito de cielo.

—Para usted.

— ¿Para mí?

La mujer cerró las manos de mi mamá alrededor de la barra.

—Eres muy amable, ¿Cuál es tu nombre?

—María.

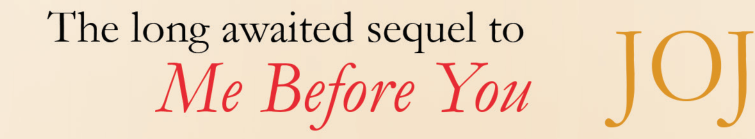
—María, soy Josie. Voy a asegurarme de regresar a Londres y utilizar tu baño en mi siguiente visita. ¿Has visto eso Louisa? ¿Quién sabe lo que pasa cuando sales de la rutina un poquito? ¿No ha sido una aventura? ¡Y obtuve la barra de jabón más adorable de mi nueva amiga Maria! —Ellas se apretaron de manos con el mismo fervor que unas antiguas conocidas a punto de separarse, y nos fuimos del hotel.

No pude decirle. No pude decirle que ese trabajo me había perseguido desde el momento que me desperté hasta que me dormí. A pesar de cualquier cosa que le decía a los demás, sabía que siempre me arrepentiría hasta los huesos de haber perdido la oportunidad de haber vivido y trabajado en Nueva York. Que no importaba cuantas veces me dijera a mí misma que habría otras oportunidades, otros lugares, esta sería una oportunidad perdida con la que cargaría, como un bolso barato que me hubiera arrepentido de comprar, fuera donde fuera.

Después de haber despedido en el tren a mi madre, que se encontraría sin lugar a dudas con un perplejo y enojado padre, y mucho después de haberle preparado una ensalada a Lily con sobras que Sam había dejado en el refrigerador, cuando verifiqué mi correo esa noche había un mensaje de Nathan.

No puedo decir que concuerdo, pero entiendo lo que estás haciendo. Supongo que Will estaría orgulloso de ti. Eres una buena persona, Clark.





CAPÍTULO 24

Estas son las cosas que aprendí sobre ser un padre, mientras de hecho no se es un padre. Que no importa lo que hagas probablemente estarías mal. Si eres cruel o desdeñoso o negligente, dejarías cicatrices bajo tu responsabilidad. Si das tu apoyo, eres amoroso, motivador y los alabaras aunque sea por el más pequeño de sus logros — salir de la cama a tiempo, tratar de no fumar por el día entero — los arruinaría en diferentes maneras. Aprendí que si era un padre *de facto* todas esas cosas aplicarían, pero no se tiene nada de la autoridad natural que podrías esperar razonablemente cuando alimentas y cuidas a otra persona.

Con todo eso en mente, hice que Lily subiera al carro en mi día libre y anuncié que iríamos a almorzar. Probablemente podría salir terriblemente mal, me dije a mí misma, pero al menos habría dos de nosotros para respaldarlo.

Como Lily estaba muy ocupada en su celular, con los audífonos puestos, pasaron unos buenos 40 minutos antes de que mirara por la ventana del carro. Ella frunció el ceño mientras nos acercábamos a un anuncio de señalización. —Este no es el rumbo a la casa de tu mamá y papá.

—Lo sé.

—Entonces ¿a dónde vamos?

—Ya te dije. A almorzar.

Cuando ella ya me había mirado lo suficiente para aceptar que no iba a cambiar de parecer, entrecerró los ojos y miró por la ventana un rato. —Dios, eres molesta algunas veces.

Media hora después nos estacionamos fuera del *Crown and Garter*, un hotel de ladrillo rojo que se extendía en dos acres del terreno, a veinte minutos al sur de Oxford. Territorio neutral, había decidido, que seguiría adelante con el plan. Lily salió del auto y cerró la puerta con suficiente




énfasis como para enviarme un mensaje diciendo que esto era *de hecho todavía demasiado molesto.*

La ignoré, me puse una capa de labial y caminé hacia el restaurante, dejando que Lily me siguiera.

La Sra. Traynor ya estaba en la mesa. Cuando Lily la vio, ella dejó salir un pequeño quejido.

— ¿Por qué estamos haciendo esto de nuevo?

—Porque las cosas cambian—, le dije y la empuje hacia el frente.

—Lily. — La Sra. Traynor se veía impecable de pies a cabeza. Evidentemente ella había ido al salón de belleza, y su cabello estaba una vez más cortado y peinado de una bella forma. Ella llevaba un poco de maquillaje, también, y esas dos cosas conspiraron para hacerla volverse a ver como la antigua Sra. Traynor: alguien que entendía que las apariencias eran, si no todo, al menos la base de algo.

—Hola, Sra. Traynor.

—Hola—mascculló Lily. Ella no estiró una mano, pero se posicionó en el asiento a mi lado.

La Sra. Traynor se dio cuenta de eso, pero mostró una pequeña sonrisa, se sentó y llamó al mesero. —Este restaurante era uno de los favoritos de tu papá—, dijo ella mientras colocaba su servilleta en su regazo. —En las raras ocasiones en las que pude persuadirlo de que saliera de Londres, aquí era donde nos encontrábamos. Hay buena comida, y cuenta con estrellas Michelin.

Miré el menú — *albóndigas de rodaballo con frangipane de mejillones, pato ahumado con cavalo nero y cous cous israelí*. —Y rogué de verdad que como la Sra. Traynor había sugerido este restaurante pagara la cuenta.

—Se ve un poco quisquilloso—, dijo Lily, sin alzar la vista del menú.

Mire a la Sra. Traynor.

—Eso fue también lo que dijo Will. Pero es muy bueno. Creo que yo ordenaré la codorniz.

—Yo pediré la Lubina— dijo Lily, y cerró el menú encuadernado de piel.





Miré la lista que tenía frente a mí. No había nada aquí que reconociera. ¿Qué era *rutabaga*? ¿Qué era *ravioli de tuétano e hinojo marino*? Pensé en preguntar si podía ordenar un sándwich.

— ¿Están listas para ordenar? —El mesero apareció a mi lado. Yo esperé mientras ellas le decían sus elecciones. Y luego detecté una palabra que reconocía de mi época en Paris.

— ¿Me podría traer los *joues de boeuf confites*?

— ¿Con el gnocchi de papa y los espárragos? Claro, Madame.

Res, pensé. Puedo comer res.

Hablamos de cualquier cosa mientras esperábamos nuestras entradas. Le dije a la Sra. Traynor que estaba todavía trabajando en el aeropuerto pero que estaba siendo considerada para ser promovida y traté de hacerlo sonar una elección positiva de carrera en lugar de un grito desesperado por ayuda. Le comenté que Lily había encontrado trabajo, y cuando se enteró de lo que Lily estaba haciendo no se estremeció, como secretamente había temido que lo haría, pero asintió.

—Eso suena eminentemente sensible. No mata el ensuciarte las manos cuando recién estas empezando.

—No hay muchas opciones, —dijo Lily firmemente, —A menos que tomes en cuenta el poder ascender a trabajar en el mostrador.

—Tu padre hizo eso por dos años antes de abandonar la escuela. Te infunde una ética de trabajo.

—Y las personas siempre necesitan salchichas, —observé.

— ¿En verdad? —dijo la Sra. Traynor, pareciendo ligeramente horrorizada.

Observamos como en otra mesa localizada a lado de nosotros, una mujer de edad avanzada se sentaba con mucho escándalo y exclamación en una mesa con dos parientes hombres.

—Recibimos tu álbum de fotografías, —le dije.

— ¡Ah, qué bueno! Me preguntaba, ¿les… les gustó?

Los ojos de Lily parpadearon. —Fue lindo, gracias. —ella dijo.





La Sra. Traynor tomó un sorbo de agua. —Quería mostrarte otro lado de Will. Algunas veces siento como si su vida se la hubieran cambiado por lo que le pasó cuando murió. Solo quería mostrarte que él era más que una silla de ruedas. Más que la manera en que murió.

Hubo un breve silencio.

—Fue lindo, gracias. —Repitió Lily.

Nuestra comida llegó, y Lily volvió a estar callada otra vez. Los meseros rondaban la mesa con empeño, llenando vasos de agua cuando sus niveles bajaban un centímetro. Una barra de pan fue ofrecida, removida y re-ofrecida minutos más tarde. El restaurante se llenó de gente parecida a la Sra. Traynor: bien vestidos, bien hablados, personas para las que las *albóndigas de rodaballo* eran una comida normal y no un campo minado conversacional. La Sra. Traynor preguntó por mi familia, y se expresó agradablemente de mi padre.

—Hizo un excelente trabajo en el castillo.

—Debió haber sido extraño, no volver. —dije, después me contraje en una mueca de dolor internamente, preguntándome si no había cruzado una línea invisible.

Pero la Sra. Traynor simplemente se quedó viendo el mantel que estaba frente a ella.

—Lo es— ella concordó, y asintió con la sonrisa un poco tensa, y bebió un poco de agua.

La conversación se mantuvo así durante las entradas (salmón ahumado para Lily, ensalada para la Sra. Traynor y para mí), estancándonos y avanzando como si estuviéramos aprendiendo a conducir. Con gran alivio vi al mesero aproximarse a nosotros con nuestros platillos principales. Mi sonrisa desapareció cuando colocó el platillo frente a mí. No parecía carne de res. Se veía como discos empapados en una aguada salsa café.

—Lo siento, —le dije al mesero — ¿Ordené la res?

El me miró un momento y dijo —Esta es la res, Madame.

Ambos miramos mi plato.

— ¿*Joues de boeuf*? — Dijo él— ¿Cachetes de res?

— ¿Cachetes de res?

Ambos miramos mi platillo y mi estómago dio un brinco.

—Ah claro— dije —Yo-sí. Cachetes de res. Gracias.

Cachetes de res. Estaba demasiado asustada para preguntar a qué término venían. No estaba segura de que podía ser peor. Le sonreí a la Sra. Traynor y mordisqueé los gnocchis.

Comimos casi en silencio. Estábamos quedándonos sin tema de conversación. Lily hablaba poco, y cuando lo hacía era algo puntiagudo, como si quisiera probar a su abuela. Ella jugaba con su comida, una adolescente arrastrada a un almuerzo muy elegante con los adultos. Yo comía en pequeños bocados, tratando de no escuchar a la pequeña voz que me decía: *¡Estás comiendo cachetes! ¡Cachetes de verdad!*

Eventualmente pedimos café. Cuando el mesero se fue, la Sra. Traynor removió la servilleta de su regazo y la puso en la mesa.

—No puedo hacerlo más.

Lily alzó la cabeza. Ella me miró y luego a la Sra. Traynor.

—La comida es realmente buena y es agradable escuchar sobre sus trabajos y todo, pero esto realmente ¿no nos llevara a ningún lado verdad?

Me pregunté si ella iba a irse, o si Lily la había llevado a los extremos. Vi la sorpresa en la cara de Lily y me di cuenta que ella también estaba pensándolo. Pero en lugar de eso, la Sra. Traynor empujó su taza de café y la salsera, y se inclinó sobre la mesa.

—Lily no vine a impresionarte con una comida elegante. Vine a pedirte perdón. Es difícil explicar cómo estaba cuando apareciste aquel día, pero esa reunión desafortunada no fue tu culpa, y quiero disculparme porque esa introducción a este lado de tu familia haya sido tan… inadecuada.

El mesero se aproximó con el café, y la Sra. Traynor levantó su mano. — ¿Podría dejarnos por dos minutos por favor?

Él se dio la vuelta rápidamente con la charola. Me quedé muy quieta. La Sra. Traynor con cara tensa y voz de urgencia, tomó un respiro.




—Lily, perdí a mi hijo — tu padre — y la verdad es que probablemente lo perdí un poco antes de que muriera. Su muerte me quitó todo en lo que estaba basada mi vida: mi rol como mamá, mi familia, mi carrera e incluso mi fe. He sentido, francamente como si descendiera en un hoyo oscuro. Pero descubrir que él tuvo una hija — que tengo una nieta- me ha hecho pensar que no todo puede estar perdido.

Ella pasó saliva.

—No voy a decirte que me has regresado parte de él, porque eso no sería justo para ti. Tú eres, como ya he notado, muy a tu manera. Tú me has dado otra persona de que preocuparme. Espero que me des una segunda oportunidad, Lily. Porque me gustaría mucho- no, maldita sea- Me encantaría que pasáramos algún tiempo juntas. Louisa me dice que tienes un carácter fuerte. Bueno, pues deberías de saber que corre por tus venas. Así que probablemente a veces seremos cabezas duras, justo como lo era con tu padre. Pero esencialmente, si no sacamos nada más de hoy, deberías de saber eso.

Tomó la mano de Lily y la apretó. —Estoy muy contenta de conocerte. Has cambiado mucho simplemente por existir. Mi hija, tu tía Georgina, vendrá el siguiente mes a conocerte y ha estado preguntando si las dos podríamos ir en algún punto a Sydney y quedarnos con ella. Tengo una carta suya en mi bolso.

Su voz decayó.

—Sé que nunca podremos cambiar el hecho de que tu padre no esté aquí, y sé que no soy, bueno, aún estoy tratando de salir adelante — pero… crees que… tal vez… ¿podrías hacerle un espacio para una abuela difícil?

Lily la observó.

— ¿Podrías al menos… darme una oportunidad?

La voz de la Sra. Traynor se quebró en la última oración. Hubo un silencio largo. Podía escuchar el latido de mi corazón en mis oídos. Lily me miró y por lo que pareció una eternidad, ella miró a la Sra. Traynor.

— ¿Quisieras… quisieras que fuera y quedarme contigo?

—Si tú quieres. Sí, eso me gustaría bastante.

— ¿Cuándo?

— ¿Cuándo podrías venir?

Nunca había visto a la Sra. Traynor tan serena, pero en ese momento su cara se arrugó. Su otra mano se deslizó sobre la mesa. Después de dudar un segundo, Lily la tomó, y ellos se apretaron los dedos a través del mantel, como sobrevivientes de un naufragio, mientras el mesero cargaba su charola, inseguro de cuándo podría proseguir con el servicio.

—La traeré de vuelta mañana por la tarde.

Me quedé parada en el estacionamiento mientras Lily se colocaba tras el carro de la Sra. Traynor. Ella había comido dos pudines — su molten de chocolate y el mío (ya había perdido completamente el apetito para ese entonces) y estaba casualmente examinando la cinturilla de sus jeans.

— ¿Estás segura? — No estaba segura de la cual de ella estaba dirigido. Era consciente de que tan frágil era esta nueva *entente cordiale*, que tan fácil sería estallar y que fuera mal.

—Estaremos bien.

—No tengo trabajo mañana, Louisa— dijo Lily. —El primo de Samir trabaja los domingos.

Sentí raro dejarla ahí, incluso si Lily estaba de acuerdo. Quería decirle —no fumes— y —no maldigas— y tal vez hasta decir — ¿Qué tal si repetimos esto alguna vez? pero Lily se despidió y se subió al asiento del pasajero del Golf de la Sra. Traynor sin siquiera mirarme.

Está hecho. Fuera de mis manos.

La Sra. Traynor se volteó para unirse a ella.

— ¿Sra. Traynor? ¿Puedo preguntarle algo?

Ella se detuvo. —Camilla, ¿creo que estamos más allá de cualquier formalidad, no es así?

—Camilla. ¿Alguna vez hablaste con la mamá de Lily?

—Ah. Si. Lo hice. — Ella se encorvó para arrancar una pequeña semilla de una orilla. —Le dije que esperaba pasar mucho tiempo con Lily en el futuro. Y que estaba muy consciente de que a sus ojos no era ningún tipo de





modelo maternal, pero que francamente, ninguna de nosotras parecemos ser ideales en ese rol, y que le correspondía pensar cuidadosamente, por una vez, poner la felicidad de sus hijos antes de la de uno mismo.

Mi mandíbula probablemente cayó un poco. — “Corresponder” es una palabra excelente. —dije finalmente, cuando pude hablar.

—Lo es, ¿no es así?—resolvió. El signo más débil de travesura pasó por sus ojos. La Tanya Houghton-Millers de este mundo no puede esconderme ningún temor. Creo que nos llevaremos simplemente bien, Lily y yo.

Hice como que me regresaba a mi carro, pero esta vez la Sra. Traynor me detuvo. —Gracias, Louisa.

Posó su mano en mi brazo. —Yo no hice n…

—Si lo hiciste. Estoy al tanto que tengo terriblemente tanto por lo que agradecerte. En algún punto espero poder hacer algo por ti.

—No es necesario. Estoy bien.

Sus ojos buscaron los míos, y me dirigió una pequeña sonrisa. Su labial, según noté, era perfecto. —Bueno, te llamaré mañana para avisarte cuando vaya a dejar a Lily a casa.

La Sra. Traynor colocó su bolsa bajo el brazo y caminó hacia el carro, donde Lily estaba esperando.

Vi el Golf desaparecer y luego llamé a Sam.

***

Un zopilote voló perezosamente en el cielo azul celeste sobre el campo, sus alas enormes estaban suspendidas en el azul brillante. Me había ofrecido a ayudarle a terminar de poner una capa de ladrillos, pero habíamos hecho una línea (yo le iba pasando los ladrillos). El calor bochornoso era tal que él había sugerido que tomáramos una cerveza fría durante nuestro descanso, y de alguna forma mientras nos recostábamos en el pasto por un rato, era imposible levantarse de nuevo. Le conté la historia de los cachetes de res, y él rió por un minuto entero, tratando de calmarse cuando protesté diciéndole que *si tan solo los hubieran llamado de otra forma* y *me refiero, es como si te dijeran que estás comiendo rabadilla de pollo o algo así.* Ahora me encontraba estirada a lado de él, escuchando



a los pájaros y el suave susurro del pasto, viendo el color durazno del cielo que se deslizaba sobre el horizonte., y entonces, cuando estaba tratando de no preocuparme todavía por el hecho de que Lily hubiera usado la palabra —coño-batido—, esa vida no era del todo mala.

—Algunas veces cuando está así creo que no debería de preocuparme en construir la casa, —dijo Sam— Simplemente me quedaría aquí hasta que envejeciera.

—Buen plan, —Estaba masticando un tallo de pasto. —A excepción de la regadera de lluvia que será menos atractiva en enero.

Sentí su risa retumbar.

Había venido directamente a verlo después del restaurante, inexplicablemente desequilibrada por la inesperada ausencia de Lily. No quería estar sola en el departamento. Cuando llegué a la entrada del campo de Sam, esperé hasta que el motor de mi carro se apagara y lo observé, contento con su propia compañía, raspando cada ladrillo para presionarlo contra el otro. Quitándose el sudor de la ceja en su playera vieja, y sentí algo en mí relajarse. El no dijo nada sobre la ligera incomodidad de nuestras últimas conversaciones y me sentí agradecida.

Una nube solitaria cruzó el cielo azul. Sam colocó su pierna más cercana a la mía. Sus pies eran el doble de grandes que los míos.

—Me preguntó si la Sra. T habrá sacado de nuevo sus fotografías de nuevo. Ya sabes, por Lily.

— ¿Fotografías?

—Imágenes enmarcadas. Te lo dije. Ella no tenía ni una sola de Will esa vez que Lily y yo fuimos a su casa. Estaba bastante sorprendida cuando envió el álbum porque una pequeña parte de mí había creído que ella las había destruido todas.

Él estaba silencioso, pensando.

—Es raro, pero cuando pienso en eso, tampoco tengo ninguna foto de Will colgada. Tal vez solo toma un poco de tiempo ser… ser capaz de tenerlos mirándote otra vez. ¿Cuánto tiempo tardaste en volver a tener a tu hermana mayor cerca de tu cama otra vez?

—Nunca la quité. Me gusta tenerla ahí, especialmente luciendo como… como ella solía lucir. —El alzó su mano sobre la cabeza —Ella solía ser muy directa conmigo. La típica hermana mayor. Cuando creo que he hecho algo mal, veo la foto y escucho su voz. Sam, grandísimo idiota, solo aplícate. —El volteó a verme —Y tú sabes, es bueno para Jake verla por ahí. Él tiene que saber que está bien hablar sobre ella.

—Tal vez ponga una. Sería agradable para Lily tener fotografías de su papá en el departamento.

Las gallinas estaban sueltas y a un par de metros dos de ellas se sumieron en un parche de suciedad, alborotando sus plumas y meneándose, levantando pequeñas nubes de polvo. Los pollos, al parecer, tenían personalidades. Ahí estaba el mandón, el afectivo con la carda que piaba, el pequeño consentido que era el que de los tres tenía que ser desplumado cada tarde y colocado en la cama en el gallinero.

— ¿Crees que debería mandarle un mensaje? ¿Para ver cómo va todo?

— ¿A quién?

—Lily

—Déjalas. Ellas estarán bien.

—Sé que tienes razón. Es raro. Estaba viéndola en el restaurante y ella es como él, más de lo que me había dado cuenta. Creo que la Sra. Traynor — Camilla, también se dio cuenta. Ella se le quedaba viendo a los gestos de Lily, como si de repente se acordara el tipo de cosas que Will hacía. Hubo una vez en la que Lily alzó una ceja, y ninguna de nosotros podía dejarla de ver. Ella lo hizo justo como el solía hacerlo.

—Así que ¿Qué quieres hacer esta noche?

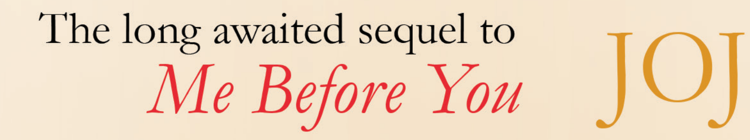
—Ah… realmente me da igual. Tú elige. —Me estiré, sintiendo como el pasto cosquilleaba mi cuello. —Debería simplemente recostarme aquí. Si cayeras encima de mí suavemente en algún punto, eso estaría bien.

Esperé a que riera, pero no lo hizo.

—Así que… ¿deberíamos… hablar sobre nosotros?

— ¿Nosotros?





Él se sacó una hoja de pasto de los dientes.

—Si. Simplemente pensé… bueno, me imaginé que pensabas que estaba pasando aquí.

—Tú nos haces sonar como problemas de matemáticas

—Solo estoy tratando de asegurarme que aquí no hay ningún malentendido, Lou.

Lo vi tirar la hoja de pasto y elegir una nueva. —Creo que estamos bien— dije— Bueno, No voy a acusarte esta vez de tener un hijo abandonado. O un montón de novias imaginarias.

—Pero aún estás frenando.

Lo dijo suavemente, pero se sintió como un golpe.

Me empujé a mí misma sobre un codo, así que estaba viendo hacia abajo.

— ¿Estoy aquí, no es así? Eres la primera persona a la que le llamó al final del día. Nos vemos cuando podemos. No le llamaría yo a eso frenar.

—Así es. Nos vemos, tenemos sexo, tenemos comidas agradables.

—Creí que ese era básicamente el tipo de relación soñada de cada hombre.

—Yo no soy cada hombre, Lou.

Nos miramos uno al otro en silencio durante un minuto. Ya no me sentía relajada. Me sentía mal parada, defensiva.

El sostuvo.

— No lo veas así. No me quiero casar ni nada. Solo estoy diciendo… Nunca he conocido a una mujer que quiera hablar menos sobre lo que debería estar pasando. —Él se hizo sombra con las manos, entrecerrando ligeramente los ojos en el sol. —Está bien, si no quieres que esto sea a largo plazo. Bueno, está bien, no lo es, pero solo quiero que me des una idea sobre lo que estás pensando. Creo que, desde que Ellen murió, me he dado cuenta de que la vida es corta. No quiero…

— ¿Qué es lo que no quieres?



—Desperdiciar tiempo en algo que no va a ningún lugar.

— ¿*Desperdiciar tiempo*?

—Mala elección de las palabras. No soy bueno en esto. —se irguió.

— ¿Por qué tiene que ser algo? Nos divertimos juntos. ¿Por qué no podemos simplemente dejarlo fluir, y no lo sé, ver qué pasa?

—Porque soy humano. ¿De acuerdo? Y es bastante duro estar con alguien que sigue enamorado de un fantasma, sin mencionar que actúas como si estuvieras usándome para tener sexo— El levantó su mano, cubriéndose los ojos. —Jesucristo, no puedo creer que dije eso en voz alta.

Mi voz cuando emergió se quebró un poco.

—No esto enamorada de un fantasma.

Esta vez él no me miró. El hizo el esfuerzo por sentarse y se frotó la cara. —Entonces déjalo ir, Lou.

Se levantó bruscamente y caminó fuera del campo, dejándome detrás de él.

***

Lily regresó la semana siguiente, ligeramente bronceada. Entró en el departamento y pasó a través de la cocineta, donde estaba descargando una carga del lavavajillas, preguntándome por quinceava vez si debía llamar a Sam, y se sentó en el sofá. Mientras me paraba en el recibidor y la observaba, ella subió las piernas a la mesa de centro, tomó el control remoto y prendió la televisión.

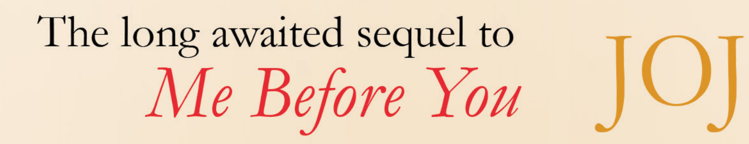
— ¿Cómo fue? —le dije, después de un momento.

—Bien.

Esperé a que agregara algo más, esperando a que arrojara el control remoto. Esperando oírla murmullar Esa familia es imposible. Pero ella simplemente cambió de canal.

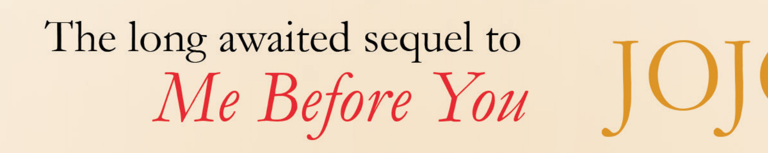
— ¿Qué hiciste?





—No mucho. Hablamos un poco. De hecho, hicimos un poco de jardinería. —Ella volteó y descansó su barbilla en sus manos en el respaldo del sofá

—Oye Lou, ¿queda un poco del cereal con nueces? Estoy hambrienta.

CAPÍTULO 25

¿Estamos hablando?

Por supuesto. ¿Qué quieres decir?

Algunas veces miro en la vida de otras personas a mí alrededor y me pregunto si no estamos todos destinados a dejar una estela de daños. No es sólo tu mamá y papá quienes te joden, Sr. Larkin. Miré a mí alrededor, como si alguien de repente me diera vidrios claros, y vi que casi todo el mundo llevaba la impronta brutal de amor, perdidos, abatidos lejos de ellos o simplemente dentro de una tumba. Will nos hizo esto a todos nosotros, ahora lo veo. Él no había querido, pero incluso lo hizo simplemente al negarse a vivir.

Amé al hombre que me enseñó otro mundo pero que no me amó lo suficiente como para permanecer en él. Y ahora tenía mucho miedo de amar a un hombre que me puede amar en caso… ¿En caso de qué? Di vueltas en mi cabeza después de que Lily había retirado las brillantes distracciones digitales de su habitación.

Sam no llamó. No podía culparlo. ¿Qué podría haber dicho de todas formas? La verdad era que no quería hablar de lo que fuimos porque no lo sabía. No es que no me encantara estar con él. Sospeché que me convertí en una ridícula al estar a su lado: mi absurda risa, mis bromas tontas e infantiles, mi pasión feroz y sorprendente incluso para mí. Me sentía mejor cuando él estaba aquí, más a la persona que quería ser. Más que todo. Y con todo.

Y con todo.

Comprometerse con Sam era comprometerse con una mayor probabilidad de pérdida. Estadísticamente la mayoría de las relaciones terminan mal y dado mi estado mental en los últimos dos años, mis posibilidades de vencer las estadísticas eran bastante bajas.




Podríamos hablar a su alrededor, podríamos perdernos en breves momentos, pero el amor significa en última instancia, más dolor. Más daño a mí o, peor aún, a él. ¿Quién era lo suficientemente fuerte para eso?

No volví a dormir bien. Así que dormí con mi alarma y a pesar de que apresuré mi camino hasta la autopista, llegamos tarde para el cumpleaños del abuelo. En celebración de sus ochenta años, papá había sacado el gazebo plegable que habíamos utilizado para el bautizo de Thomas, que aleteó un poco apático en el extremo del jardín a través de la puerta abierta que conducía al callejón una sucesión de vecinos traían un pastel con buenos deseos. El abuelo se sentó en medio de todos en una silla de plástico del jardín, asintiendo con la cabeza a la gente que no reconocía, ocasionalmente mirando con nostalgia hacia su copia plegada de la Racing Post.

—Así que es esta promoción — Treena fue por el té, vertiéndolo en una olla grande y entregándolo en copas— ¿qué significa exactamente esto?

— Bien, tengo un título. Corto la caja al final de cada turno y me pongo un juego de llaves.

—*Esta es una gran responsabilidad, Louisa*— Richard Percival había dicho, otorgando la mayor cantidad de seriedad y pomposidad como si me estuviera entregando el Santo Grial. *Úsalos sabiamente.* Él llegó a decir esas palabras. *Úsalos sabiamente*. Quería decir, ¿Qué otra cosa voy a hacer con un juego de llaves de un bar? ¿Arar un campo?

— ¿El dinero? —Ella me dio una taza y me tomé un sorbo.

—Una libra la hora extra.

—Mm —Ella no se dejó impresionar.

—Y yo no tengo que llevar el uniforme más.




Ella estudió minuciosamente la vestimenta de Los Ángeles de Charlie que yo me había puesto esa mañana en honor de la ocasión.

—¿Bien, adivinen qué?— Ella señaló al señor Laslow hacia los sándwiches. ¿Qué más podía decir? Era un trabajo. El progreso de las clases. Nunca le dije acerca de los días cuando me sentí con una peculiar forma de tortura en un lugar en el que estaba forzada a mirar cada plano en la pista de aterrizaje, recogiendo su energía como un gran pájaro, después lanzarse hacía el cielo. Yo no le dije cómo ponerse esa camisa polo verde cada día, me hizo sentir de alguna manera como si hubiera perdido algo.

—Mamá dice que tienes novio.

—Él no es realmente mi novio.

—Dice que sí. ¿Entonces qué es? ¿Qué es, entonces? ¿Tú sólo te encuentras con monstros de vez en cuándo?

—No. Somos buenos amigos.

— O sea que es un cerdo.

— No lo es. Él es asombroso.

— Pero un asco en la cama.

—Es increíble. Eso es algo que no te incumbe. E inteligente, antes de…

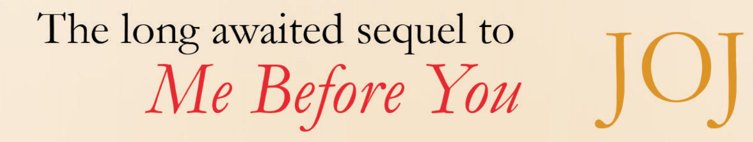
— Entonces él está casado.

—Él no está casado. Cielos, Treen. ¿Podrías dejarme explicarte? Me gusta, pero no estoy segura de poder involucrarme por el momento.

— ¿Debido a la larga fila de chicos guapos, sexys y solteros empleados esperando por ti?

La miré fijamente.





— Sólo digo. Caballos de regalo y todo eso.

— ¿Cuándo te entregan los resultados de tu examen?

— No cambies el tema —Ella suspiró y abrió un nuevo cartón de leche—. Un par de semanas.

— ¿Qué está mal? Sabes que vas obtener la máxima puntuación. Lo harás.

— Pero ¿cuál es la diferencia? Estoy atascada.

Fruncí el ceño.

— No hay trabajo en Stortfold. Pero no puedo pagar el alquiler en Londres, ni a una niñera para Thom. Y nadie consigue el mejor precio cuando están empezando, incluso con la máxima puntuación.

Se sirvió otra taza de té. Quise protestar, decir que no era así, pero sabía muy bien lo duro que era la competencia en el mercado.

— ¿Entonces qué vas a hacer?

— Quedarme aquí por ahora, supongo. Entrada por salida, tal vez. Espero que la metamorfosis feminista de mamá no se oponga a seguir recogiendo a Thom de la escuela. —Ella formó una pequeña sonrisa que no era una sonrisa por completo.

Yo nunca había visto a mi hermana decaída. Incluso si ella se sentía así, ella salía adelante, en automático, lograba vencer cualquier obstáculo. Yo estaba tratando de averiguar qué decir cuando se produjo una conmoción repentina en la mesa. Miramos hacia arriba para ver a mamá y papá discutir por un pastel de chocolate. Estaban hablando bajo, voces sibilantes de personas que no querían que los demás sepan que estaban discutiendo, pero no lo suficiente como para dejar de discutir.

—Mamá, papá. ¿Todo bien? —Caminé hacía ellos.

Papá señaló a la mesa.





—No es un pastel hecho en casa.

— ¿Qué?

—El pastel no está hecho en casa. Míralo.

Lo miré: un gran pastel de chocolate helado decorado con botones de chocolate entre las velas.

Mamá negó con la cabeza con exasperación.

—Tenía un ensayo por escribir.

—Un ensayo. ¡Tú no estás en la escuela! Siempre haces un pastel hecho en casa para el abuelo.

—Es un buen pastel. Es de Waitrose. A papá no le importa que no sea hecho en casa.

—Si lo hará. Es tu padre. ¿Verdad que te importa, abuelo?

El abuelo miró a uno por uno y sacudió la cabeza. A nuestro alrededor, la conversación frenó. Nuestros vecinos nos miraban un poco nerviosos. Bernard and Josie Clark jamás habían discutido.

Acaba de decir que porque no quería herir sus sentimientos. Papá continuó.

—Si no dañé sus sentimientos, Bernard, ¿por qué los tuyos si? Es un pastel de chocolate. No significa que haya olvidado su cumpleaños.

—Yo solo quiero dar prioridad a tu familia. ¿Es mucho pedir un pastel hecho en casa?

— ¡Estoy aquí! ¡Hay un pastel con velas! ¡Aquí están los sándwiches! ¡No estoy asoleándome en las Bahamas!




Mi madre puso su pila de platos fuertemente en el lavavajillas y dobla sus brazos.

Papá quiso hablar de nuevo, pero ella le detuvo.

—Bernard, dedicado hombre de familia, exactamente qué parte de este pequeño montón pusiste, ¿eh?

—Uh, oh... —Treena dio un paso más cerca de mí.

— ¿Compraste el nuevo pijama de papá? ¿Lo hiciste? ¿La envolviste? No. Ni siquiera sabes que talla es. Ni siquiera sabes tú talla de jeans porque YO LOS COMPRO POR TI. ¿Te levantas a las siete de la mañana a buscar el pan para los sándwiches porque algún idiota regresó del bar la noche anterior y decidió que tenía que comer dos rondas de tostadas y dejó el resto de la barra de pan a vacía? No. Te sientas a leer las páginas de deportes. Te quejas de mí a lo largo de semanas porque me he atrevido a reivindicar el veinte por ciento de mi vida para mí, para tratar de averiguar si hay algo más que pueda hacer antes de que me liberamos de nuestra envoltura mortal, y mientras estoy lavando, mirando al abuelo y lavando los platos, insistes con el tema de que compré un pastel falso. Bueno, Bernard, puedes tomar el pastel falso de que al parecer es un signo de abandono y de falta de respeto y que puedes hacer con él —le arrancó un estruendo — tú… bueno… ahí está la cocina, ahí está mi tazón, puedes hacer un pastel tú mismo.

Con eso, mi madre volteó el pastel, de modo que aterrizó hacia mi papá, se limpió las manos en el delantal y lo pisoteó por el jardín de la casa.

Se paró cuando llegó al patio, se arrancó el delantal y lo tiró al suelo.

— ¡Oh, sí! ¿Treena? Será mejor que le muestres a tu papá dónde está la receta. Él sólo vivió aquí veinte y ocho años. Él no puede esperar a conocerse a sí mismo.

Después de eso, la fiesta del abuelo no duró mucho. Los vecinos se fueron, casi a hurtadillas, y nos agradecieron efusivamente por la encantadora fiesta, sus ojos parpadearon hasta la cocina. Pude ver que lo hicieron como yo.




—Lo he estado preparando durante semanas— Treena murmuró, mientras limpiábamos la mesa —Él se siente abandonado. Ella no entender por qué no puede dejarla crecer un poco.

Miré hacia donde estaba Papá recogiendo pañales y latas de cerveza vacías del jardín. Se veía totalmente miserable. Pensé en mi madre en el hotel de Londres, brillando en su nueva vida.

— ¡Pero son viejos! Quienes se supone que deben tener una relación increíble.

Mi hermana alzó sus cejas.

— ¿No crees que...?

—Por supuesto que no —dijo Treena. Pero ella no sonaba tan segura como ella hubiera querido.

Ayudé a Treena a poner en orden la cocina, y jugué diez minutos Súper Mario con Thom. Mamá se quedó en su habitación, al parecer trabaja en su ensayo, y el abuelo se retiró con un poco de alivio a mirar el canal cuatro. Me preguntaba si papá se había ido de nuevo a un bar, pero cuando iba a la puerta para salir, allí estaba él, sentado en el asiento del conductor de su camioneta de trabajo.

Llamé a la ventana y saltó. Abrí la puerta y se deslizó. Pensé que tal vez estaba escuchando resultados deportivos, pero la radio estaba apagada.

Dejó escapar un largo suspiro.

— Apuesto a que piensas que soy un viejo tonto.

— No eres un viejo tonto, papá —Y le di un codazo—.Bueno, No eres viejo.

Nos sentamos en silencio, mirando a los chicos, los chicos de Ellis ruedan hacia arriba y abajo de la carretera en sus bicicletas, haciendo





una mueca al unísono cuando el más pequeño se dio un resbalón demasiado rápido y se deslizó al otro lado del camino.

—Quiero que las cosas permanezcan igual. ¿Es mucho pedir?

— Nada es como antes papá.

—Yo sólo... yo sólo extraño a mi esposa. Sonaba tan sombrío.

—Tú sabes, podría simplemente disfrutar el hecho de que estás casado con una persona que aún tiene un poco de vida en ella. Mamá está emocionada. Se siente como que está viendo el mundo con ojos nuevos. Sólo tienes que dejarla tener su espacio.

Su boca se encuentra en una línea sombría.

—Ella sigue siendo tu esposa, papá. Ella te ama.

Finalmente giró hacia mí.

— ¿Y si ella decide que soy yo el que no tiene vida? ¿Y si todo esto hace que ella de otro paso y…? — Él dijo tristemente— ¿Y si ella me deja detrás?

Apreté su mano. Entonces pensé mejor, me incliné y le di un abrazo.

— No permitirás que eso suceda.

La débil sonrisa que me dio se quedó conmigo todo el camino a casa.

Lily entró justo cuando me movía en círculos. Ella había estado con Camilla de nuevo, y de llegar a casa, como solía hacer ahora, con las uñas negras de jardinería. Habían creado un conjunto nuevo para un vecino, dijo alegremente, y la mujer había estado tan contenta que le había dado a Lily treinta libras.

—En realidad, nos dio una botella de vino también, pero yo digo que la abuela debe guardarla— Y señaló a la abuelita inconsciente.





—Ah, y hablé con Georgina en Skype anoche. Bueno era de día allá, porque es Australia, pero fue muy agradable. Ella me va a enviar por correo electrónico una carga completa de fotos de cuando ella y mi Papá eran pequeños. Me dijo que yo realmente me parezco a él. Ella es bastante bonita. Tiene un perro llamado Jakob y se escuchan sus aullidos cuando ella toca el piano.

Puse un plato de ensalada y un poco de pan y queso en la mesa para Lily mientras charlábamos. Me preguntaba si era correcto decirle que Steven Traynor había llamado de nuevo, por cuarta vez en dos semanas con la esperanza de convencerla para ir a ver al nuevo bebé.

—Todos somos familia. Y Della se siente mucho más relajada acerca de las cosas, ahora que el bebé está seguro aquí. Tal vez eso era una conversación para otro momento. Busqué mis llaves.

—Oh — dijo ella—. Antes de que te vayas. Voy a volver a la escuela.

—¿Qué?

—Voy a volver a la escuela cerca de la casa de la abuela. ¿Recuerdas? De la que te hablé.

—¿La que me gustaba? Visita semanal. Sólo para sexto curso. Y voy a vivir con la abuela durante los fines de semana.

Me había perdido una hoja con las ensaladas.

—Oh.

— Lo siento, quería decirte. Pero todo sucedió muy rápido. Yo estaba hablando de ella, de la remota posibilidad, la abuela llamó a la escuela y me dijeron que sería bienvenida, y a que no adivinas… ¡Mi amiga Holly sigue ahí! Hablé con ella en Facebook y me dijo que no puede esperar a que llegue. Quiero decir, yo no le dije todo lo que ha pasado, y probablemente no le diré nada de eso, pero fue realmente




agradable. Ella me conocía antes de que todo saliera mal. Ella es sólo... ¿Tú sabes?

La he escuchado hablar animadamente y tuve la sensación de que había sido derramada, como una piel.

— ¿Cuándo sucederá todo esto?

—Bueno, tengo que estar allí para el inicio del semestre en septiembre. Granny pensó que probablemente sería mejor si iba pronto. ¿Quizás la próxima semana?

— ¿La siguiente semana? —Me sentía sin aliento— ¿Qué...qué dice tu madre?

—Ella está muy contenta de que voy a volver a la escuela, sobre todo porque la abuela va a pagar, Tenía que decirle a la escuela un poco acerca de mi última institución y el hecho de que no tomé mis exámenes, y te puedo decir que ella no lo hace como Granny, pero ella dijo que iba a estar bien.

—Espero que no vayas a tratar a tu abuela de la misma forma en que tratas a todos los demás.

Ella se rio de su propia impresión de Tanya.

—Me llamó la atención la abuela cuando ella dijo eso, y su ceja se hizo más pequeña, pero se podía ver totalmente lo que ella pensaba. ¿Te dije que se ha teñido el pelo? Una especie de castaño. Ella se ve muy bien ahora. No como un paciente con cáncer.

—Lily.

—Está todo bien. Ella se rio cuando le dije eso. —Ella sonrió para sus adentros —. Era el tipo de cosas que papá habría dicho.

—Bueno —murmuré, cuando me quedé sin aliento— suena como que lo tienes todo planeado.




Ella me lanzó una mirada.

— No lo digas así. Lo siento. Es sólo que... Te echaré de menos. Ella sonrió, una abrupta y brillante sonrisa—. No me vas a perder, tonta, porque yo todavía estaré de vuelta en las fiestas y esas cosas.

— No puedo pasar todo mi tiempo en Oxfordshire con ancianos o voy a enloquecer. Pero está bien. Ella simplemente... se siente como mi familia. No se siente raro. Pensé que lo haría, pero no es así. Oye, Lou... —Ella me abrazó, exuberante—. Tú seguirás siendo mi amiga. Tú eres básicamente la hermana que nunca tuve.

Le regresé el abrazo y traté de mantener la sonrisa en mi cara.

—De cualquier forma. Necesitas privacidad. Ella se desenredó ella y sacó un pedazo de goma de mascar de su boca, doblándolo con cuidado en un trozo de papel roto. Tener que escucharte a ti y al ardiente hombre de la ambulancia follar al otro lado del pasillo en realidad era bastante asqueroso.

Lily se va.
¿A dónde?
A vivir con su abuela. Me siento extraña. Ella es tan feliz por eso. Lo siento. Es decir no quiero relacionar todas las cosas con Will, todo él, pero en realidad no puedo hablar con nadie más.

Lily toma su bolso, alegremente desaloja mi segundo dormitorio y retira cada cosa de la que estaba aquí, aparte del poster de Kandinsky y la cama plegable, una pila de revistas de moda y un vacío bote de desodorante. La dejé en la estación, escuchando su parloteo sin parar y tratando de no parecer tan desequilibrada como me sentía. Camilla Traynor estaría esperando en el otro extremo.

—Debes venir. Tengo una habitación muy bonita. Hay un caballo al lado y el granjero dice que lo puedo montar. Ah, y hay un agradable bar.




Ella miró el tablero de salidas, y rebotó en sus dedos de los pies, de repente vio que era hora.

—Mi maldito mi tren. Correcto. ¿Dónde está la plataforma once?

Ella comenzó a correr rápidamente a través de la multitud, su bolso colgado sobre su hombro, sus largas piernas con medias negras. Me quedé helada, viéndola marcharse. Su zancada había crecido más.

De pronto se volvió esperándome en la entrada, saludó con la mano, su amplia sonrisa, con el pelo volando alrededor de su cara.

—Hey, Lou! —gritó. Que te vayas no significa que quieras menos a papá, lo sabes. Estoy segura de que te lo dijo.

Y entonces ella se había ido, tragada por la multitud.

Su sonrisa era como la de él.

Ella nunca fue tuya, Lou.

Lo sé. Se Suponía que era lo que sentía que me estaba dando un propósito.

Sólo una persona puede darte un propósito.

Absorbo estas palabras durante un minuto.

¿Podemos encontrarnos? ¿Por favor?

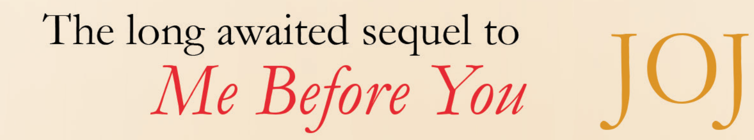
Estoy en el turno de noche.

Tal vez más adelante. Te llamaré.

Fue el —tal vez— que lo hizo. Había algo definitivo en eso, el lento cierre de una puerta. Me quedé mirando mi teléfono mientras los pasajeros caminaban alrededor de mí y algo en mí cambió también. O yo podría ir casa y llorar por otra cosa que había perdido, o podría abrazar una libertad inesperada. Era como si una luz se hubiera apagado: la única manera de evitar quedarse atrás era comenzar de nuevo.

Me fui a casa, preparé café y me quedé mirando la pared verde. Entonces saqué mi portátil.





Querido Sr. Gopnik.

Mi nombre es Luisa Clark y el mes pasado tuvieron la amabilidad de ofrecerme empleo, el cual tuve que rechazar. Soy consciente de que habrá llenado esa vacante, pero si no lo digo lo lamentaré para siempre.

Realmente quería ese empleo. Si el hijo de mi antiguo jefe no se hubiera metido en problemas, yo lo habría tomado. Yo no quiero echarle la culpa por mi decisión, ya que era un privilegio ayudar a ordenar las cosas para ella. Pero yo sólo quería decir que si alguna vez necesita a alguien nuevo realmente espero que usted considerara la posibilidad de ponerse en contacto conmigo.

Sé que usted es un hombre muy ocupado, así que no voy a seguir, sólo quería que lo supiera.

Con los mejores deseos.

Louisa Clark

No estaba segura de lo que estaba haciendo, pero al menos estaba haciendo algo. Presioné envío, y con esa pequeña acción, de repente tengo un propósito. Salí al baño y corrí a la ducha, me despojé de mi ropa tropezando con los pantalones en mi prisa por salir de ellos y hundirme en el agua caliente.

Comencé a enjabonarme el cabello, planificando mi futuro. Yo iba a ir a la estación de ambulancias, iba a encontrarme con Sam y yo estaba…

El timbre sonó. Maldecí y agarré una toalla.

—Lo tengo —dijo mi madre.

Me tomó un momento darme cuenta que estaba allí de pie, sosteniendo una bolsa de viaje. Yo enredé la toalla, mi pelo goteaba sobre la alfombra. ¿Tenía qué?

Ella entró, cerrando la puerta detrás de ella.

—Tu padre. Refunfuña sin cesar acerca todo lo que hago. Actuando como si yo fuera una especie de prostituta simplemente por querer un poco de tiempo para mí. Así que le dije que vendría aquí por un tiempo.





—¿Tomarte un poco de tiempo?

— Louisa, no tienes ni idea. No puedo quedarme sentada en una piedra, ¿sabes?

— Todo el mundo llega a cambiar. ¿Por qué yo no puedo?

Era como si hubiera llegado hasta la mitad en una conversación que había estado ocurriendo durante una hora. Posiblemente en un bar. Después de horas.

—Cuando empecé a ese curso conciencia feminista, pensé que fue algo exagerado. ¿Hombre de control patriarcal de la mujer? Bueno, sólo tenían la mitad de ella. Tu padre simplemente no puede verme como una persona más allá de lo que he puesto en la mesa o poner en la cama.

—Uh…

—Oh. ¿Demasiado?

—Posiblemente.

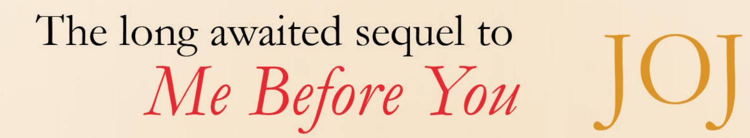
—Vamos a discutir esto con un poco de té —Mi madre pasó por delante de mí hacía la cocina—. Bueno, esto parece un poco mejor. Todavía no estoy segura de eso, y me pregunta. ¿Dónde están tus bolsas de té?

Mi madre estaba sentada en el sofá y, como su té se enfrió, escuchaba a su letanía de frustración y traté de no pensar en el tiempo. Sam estaría llegando a su turno dentro de media hora. Y me tomaría veinte minutos para llegar a la estación de ambulancias. Y, a continuación, la voz de mi madre incrementó y sus manos se situaron en torno a sus orejas y sabía que no iría a ninguna parte.

— ¿Sabes que tan asfixiante es que alguien te diga que nunca vas a ser capaz de cambiar? ¿Por el resto de tu vida? ¿Porque nadie más que tú quiere? ¿Sabes lo terrible que es sentirse atrapado?

Asentí con la cabeza vigorosamente. Yo sí. Realmente lo hice.





—Estoy segura de que papá no quiere decir eso, pero escucha… —Incluso le sugerí que tomara un curso en la escuela nocturna. Algo que le gustara… tú sabes, reparando antigüedades, dibujando o algo así. ¡No me importa que mire chicas desnudas! Pensé que podríamos crecer juntos. ! Ese es el tipo de mujer que estoy tratando de ser, de esas que ni siquiera le importa si su marido mira a desnudistas, si es en nombre de la cultura... Pero él es todo: — ¿Qué puedo hacer para lograr eso? Es como si tuviera la menopausia. ¡O la molestia por no afeitarme las piernas! Oh, mis días. Es tan hipócrita. ¿Sabes que tan largo tiene el vello de su nariz, Louisa?

— N-no.

—¡Te lo diré! Él podría limpiar su plato con ellos. Durante los últimos quince años, he tratado de que el barbero le diera un ajuste ahí arriba, ¿sabes? Como si fuera una especie de niño. ¿Me importa? ¡No! Porque esa es la forma como es. ¡Él es un ser humano! ¡Con pelo en la nariz! Pero no sé si puedo ser tan suave como el trasero de un bebé rubio que actúa como si no pasara nada al ver cómo se convierte en Chewbacca!

Faltaban diez minutos para las seis. Sam llegó hace media hora. Suspiré, y puse mi toalla a mí alrededor.

—Así que... um... ¿Cuánto tiempo crees que estarás aquí?

—Bueno, no lo sé—Mamá tomó un sorbo de su té—. Traigo conmigo todo lo que necesito. El abuelo puede preparase su almuerzo ahora, así que no es como que tengo que estar allí todo el tiempo. Yo podría quedarme unos pocos días. Nos lo pasamos muy bien la última vez que estuve aquí, ¿no? Podríamos ir a ver a María mañana. ¿No sería agradable?

—Encantador.

—Perfecto. Bueno, voy a hacer mi cama. ¿Dónde está la cama de repuesto?





En cuanto se levantó cuando el timbre sonó de nuevo. Abrí la puerta, esperando una pizza, pero allí estaba Treena y Thom y, detrás de ellos, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón como un tímido adolescente, mi padre.

Ni siquiera me miró. Ella acaba de pasar por delante de mí.

—Mamá. Esto es ridículo. No puedes seguir huyendo de papá. ¿Cuántos años tienes? ¿Catorce?

—No estoy huyendo, Treena. Sólo me estoy dando un espacio para respirar.

—Bueno, vamos a esperar aquí hasta que ustedes dos hayan terminado con ésta ridícula cosa. ¿Sabías que él ha estado durmiendo en su camioneta, Lou?

— ¿Qué? No me que dijiste eso. —Miré a mamá.

Ella levantó la barbilla.

— No me das oportunidad, con todo tu parloteo.

Mamá y papá estaban allí sin mirarse el uno al otro.

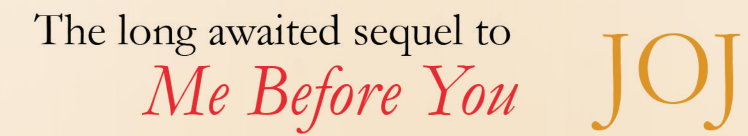
—No tengo nada que decirle a tu padre en este momento— dijo mamá.

—Siéntate —dijo Treena— Los dos —se sentaron en el sofá, lanzando miradas mudas de resentimiento el uno al otro. Se volvió hacia mí—. Bueno. Vamos a preparar té. Y luego resolveremos esto como una familia.

—¡Gran idea! —Dije sintiendo mi oportunidad—. Hay leche en la nevera. El té está al lado. Ayúdense ustedes solos. Tengo que salir durante media hora.

Y antes de que nadie pudiera detenerme me había metido en un par de pantalones vaqueros y una camiseta para tomar las llaves del coche.





Lo vi en cuanto llegué a la estación de ambulancias. Él fue a grandes zancadas hacia la ambulancia, su mochila al hombro, y algo dentro de mí se tambaleó. Yo conocía la deliciosa solidez de ese cuerpo, los ángulos suaves de ese rostro. Se dio la vuelta y su paso vaciló, como si hubiera sido lo último que esperaba ver. Luego se volvió de nuevo a la ambulancia, abriendo las puertas traseras.

Caminé hacia él por la pista.

—¿Podemos hablar?

Levantó un tanque de oxígeno como si fuera una lata de spray para el cabello, asegurándolo en su soporte.

—Por supuesto. Pero tendrá para ser en otro momento. Estoy a punto de salir.

—No puedo esperar.

Su expresión no cambió. Se agachó para recoger un paquete de gasas.

—Mira. Sólo quería explicarte... lo que estábamos hablando. Sí me gustas. Realmente me gustas. Yo solo estoy asustada.

—Todos estamos asustados, Lou.

—Tú no tienes miedo de nada.

—Sí. Lo estoy. Simplemente que no te das cuenta.

Se quedó mirando sus botas. Y entonces vio a Donna corriendo hacia él.

—Ah, diablos. Tengo que irme.

Salté a la parte trasera de la ambulancia.





—Iré contigo. Buscaré un taxi a casa cuando lleguemos al lugar al que te diriges.

—No.

—Ah, vamos. Por favor.

— ¿Así que esto no entra en los problemas con la disciplina?

—Rojo Dos, informes de un apuñalamiento, varón joven.

Donna arrojó su mochila en la parte posterior de la ambulancia.

—Tenemos que irnos, Louisa.

Lo estaba perdiendo. Podía sentirlo, en el tono de su voz, la forma en que él no me miraba directamente. Salía de la parte de atrás, maldiciendo mi tardanza. Pero Donna me tomó por el codo y me condujo hacia la parte delantera.

—Por el amor de Dios —protestó Sam—. Has sido como un oso con un dolor de cabeza durante toda la semana. Arreglemos esto. Vamos a dejarla antes de ir al lugar.

Sam caminó enérgicamente en torno a la puerta del pasajero y la abrió, echando una mirada a la controladora.

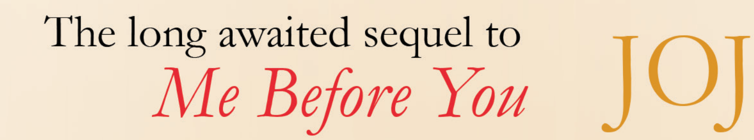
—Sería una gran consejera matrimonial. Su voz se endureció. Si estuviéramos, ya sabes, en una relación.

No necesité decirlo dos veces. Sam se subió al asiento del conductor y me miró como si fuera a decir algo, pero cambió de idea. Donna comenzó la clasificación de los equipos. Comenzó el encendido y puso la luz azul.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Nos dirigimos a la finca. Alrededor de siete minutos con los azules y dos. Usted se dirige a la calle principal, a dos minutos de Kingsbury.



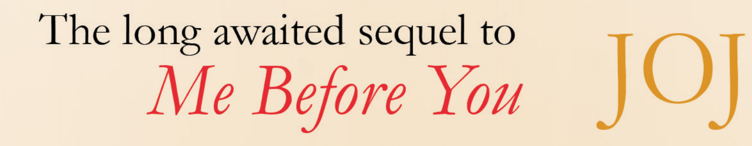


— ¿Así que tengo cinco minutos?

—Y un largo camino de regreso.

—Bueno —le dije. Y se dio cuenta, ya que aceleró, que realmente no tenía idea de qué decir a continuación.





CAPÍTULO 26

—Bien, así está la cosa —le dije. Sam indicó y se volvió a la carretera. Tuve que gritar tan fuerte como la sirena sonaba.

Su atención estaba en el camino. Echó un vistazo a la lectura de la computadora en el salpicadero.

— ¿Qué hemos conseguido, Don?

—Posible apuñalamiento. Dos informes. Varón joven que se derrumbó en la escalera.

— ¿Es esto realmente un buen momento para hablar? —le dije.

—Depende de lo que quieras decir.

—No es que no quiera una relación —le dije—. Sólo me siento un poco confundida.

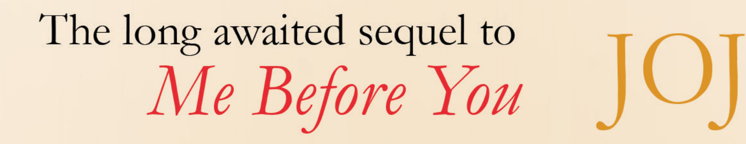
—Todo el mundo está confundido —dijo Donna—. Cada chico con el que salgo con comienza nuestra cita con la forma tan peculiar de que tiene problemas de confianza —miró a Sam—. Oh. Lo siento. No me importa.

Sam mantuvo la mirada al frente.

—Un minuto me estas llamando idiota porque has decidido que durmiera con otras mujeres. Me tienes atado de manos porque aún sigues atada a alguien más. Es demasiado…

—Will se ha ido. Lo sé. Pero no puedo salir adelante así como tú lo haces, Sam. siento como si en vez de avanzar estuviera retrocediendo... No lo sé... era un desastre.





—Yo sabía que eras un desastre. Escogí ese desastre.

—En todo caso, me gustas demasiado. Me gustas tanto que si esto salía mal lo seguiría intentando de nuevo. Y no estoy segura de que sea lo suficientemente fuerte.

— ¿Qué es lo que va a pasar?

—Puedes alejarte de mí. Puedes cambiar de opinión. Eres un chico guapo. Cualquier otra mujer podría aparecer ti y te podría gustar. No puedes seguir así. Tú podrías conseguir a la chica que quieras.

—ETA dos minutos —dijo Donna, mirando a la navegación vía satélite—. No estoy escuchando, honestamente.

—C—ualquiera podría decir eso. ¿Y qué? Así que nos sentamos allí y no hacemos nada todos los días en caso de ¿Tener un accidente? ¿Es esa la forma en qué tenemos que vivir?

Él desvió a la izquierda de modo que tuve que agarrarme de mi asiento.

—Sigo siendo una imbécil, ¿de acuerdo? —le dije—. Quiero ser diferente. Realmente lo quiero. Pero sigo siendo una imbécil.

— ¡Cielos, Lou! Todos somos unos idiotas. ¿Crees que no sufriré ver a mi hermana como es devorada por el cáncer y saber que mi corazón se va a romper, no sólo por ella sino también por su hijo, todos los días de mi vida?

— ¿Tú crees que no sé cómo se siente? Sólo hay una respuesta, y te puedo decir esto porque yo lo veo cada día. Tú vives. Y te tiras en todo y tratas de no pensar en las heridas.

—Oh, eso es precioso —dijo Donna, asintiendo.

Estoy tratando, Sam. No tienes ni idea de lo lejos que he llegado.





Y al fin llegamos. El signo de Kingsbury se alzaba frente a nosotros. Fuimos en coche a través de un gran arco, más allá de un aparcamiento y en un patio a oscuras, donde Sam se detuvo y juró en voz baja.

—Maldita sea. Iba a llevarte a casa.

—No me gusta interrumpir —dijo Donna.

—Voy a esperarte aquí hasta que vuelvas.

Me crucé de brazos.

—No tiene sentido —Sam saltó de la puerta del conductor y agarró su mochila—. No voy tratar de convencerte de estar conmigo. Oh mierda. Los signos están ausentes. Él podría estar en cualquier lugar.

Miré hacía los edificios marrón de ladrillo. Había probablemente veinte escaleras en esos bloques y ninguna posibilidad de querer caminar sin la compañía de un gran guardaespaldas.

Donna se encogió de hombros para ponerse su chaqueta. La última vez que vino aquí (ataque al corazón) tomó más de cuatro intentos encontrar el bloque de la derecha, y esa puerta estaba cerrada con llave.

Teníamos que encontrar a un vigilante para abrir antes de traer la unidad móvil. En ese momento me di cuenta de que el paciente estaba muerto.

—Dos tiroteos de pandillas aquí el mes pasado.

— ¿Quieres que llame a la policía? —dijo Donna.

—No. No hay tiempo.

Era extrañamente tranquilo, a pesar de que apenas eran las 8 pm. Estas eran fincas en una parte de la ciudad donde hace sólo algunos años los niños podrían haber estado jugando en bicicleta, escondiendo cigarrillos hasta bien entrada la noche. Ahora los residentes ponen doble cerradura a sus puertas mucho antes de que oscurezca, y las ventanas




están reforzadas con barras de metal decorativos. La mitad de las luces de sodio se habían disparado, y el impar restante parpadeaba intermitentemente, como si no supiera si era seguro para brillar. Sam y Donna, ahora fuera de la cabina, hablaban, sus voces bajaron. Donna abrió la puerta del copiloto, metió la mano y me dio una chaqueta de alta visibilidad.

—Bueno. Ponte esto y ven con nosotros. Él no se siente seguro dejándote aquí.

— ¿Por qué no podría él...?

—Oh, ¡ustedes dos! ¡Por el amor de Dios! Mira, voy a hacerlo de ésta manera, síguelo. ¿Okay?

La miré fijamente.

—Arréglenlo después.

Ella se alejó, su walkie-talkie sonó.

He seguido de cerca de Sam mientras íbamos a lo largo de un largo pasillo, y luego a otro.

—Casa Savernake —murmuró—. ¿Cómo diablos se supone que debemos saber cuál es Savernake?

La radio sonó.

—Control, ¿podemos tener alguna orientación? No hay señales en estos edificios, y ni idea en donde este paciente.

—Lo siento —dijo la voz en tono de disculpa— Nuestro mapa no muestra nombres de los bloques individuales.

— ¿Me gustaría que fuera de esa manera? —dije, señalando al frente de nosotros. Entonces nos encontraremos con tres pasillos cubiertos. —Tengo mi teléfono conmigo.



Nos detuvimos en una escalera que apestaba a orina y la grasa rancia de antiguas cajas de comida para llevar. En los pasillos lograban apreciarse sombras y el sonido de un televisor detrás de una ventana sugiriendo vida dentro de cada departamento.

Yo esperaba una conmoción distante, alguna vibración en el aire que nos llevara al lesionado. Pero esto era extrañamente quieto.

—No. Quédate cerca, ¿de acuerdo?

Vi que al tenerme ahí, lo ponía nervioso. Me pregunté si debía dejarlo, pero yo no quería encontrar el camino por mí misma.

Sam se detuvo al final del pasillo. Se volteó, sacudiendo la cabeza, con la boca comprimida.

La voz de Donna crujió a través de la radio:

—Nada por aquí.

Y entonces se escuchó un grito.

—Por allá —dije, siguiendo el sonido. Al otro lado de la calle, en la penumbra, vimos una agazapada figura, un cuerpo en el suelo bajo las luces de sodio.

—Allá vamos—dijo Sam, y comenzamos a correr.

La velocidad lo era todo en su trabajo, él me lo había dicho una vez. Era una de las primeras cosas que los paramédicos aprenden, aprovechar unos pocos segundos podrían hacer la diferencia de que alguien sobreviva. Si el paciente estaba sangrando, había tenido un accidente cerebrovascular o un ataque al corazón, podrían ser esos segundos críticos que los para mantenerlos vivos. Estamos atrapados en el pasillo, el cual apestaba, ya que las escaleras estaban sucias, hasta que llegamos por el césped desgastado hacia la figura postrada.

Donna ya estaba al lado de ella.





—Una chica.

Sam dejó caer su mochila.

—Estoy seguro de que me dijeron que era un hombre.

Mientras Donna checa sus heridas, él llama a Control.

—Sip. Una chica adolescente, de apariencia afrocaribeña. Control respondió.

Sam apagó su radio.

—Deben haber oído mal. Se escuchan como susurros chinos sangrientos.

Tenía unos dieciséis años, con el pelo ligeramente trenzado, sus extremidades se extendían como si hubiera caído recientemente. Ella estaba extrañamente tranquila. Me pregunté, fugazmente, si eso era lo que yo había visto cuando él me había encontrado.

— ¿Puedes oírme, cariño?

Ella no se movió. Checó sus pupilas, su pulso, sus vías respiratorias. Ella estaba respirando, y no había ninguna señal evidente de lesión. Sin embargo, ella parecía completamente ida. Él observó alrededor de ella mirando fijamente a su equipo.

— ¿Está viva?

Los ojos de Sam se reunieron con los de Donna. Se enderezó y miró a su alrededor, pensando. Miró hacia las ventanas de la finca. Miraban hacia nosotros como, si tuvieran los ojos en blanco. Entonces él nos hizo una seña y habló en voz baja.

—Algo no está bien. Tengo que hacerle una prueba de caída a mano y cuando lo haga quiero que vayas y arranques el motor. Si es lo que creo que es que tenemos que salir de aquí.



— ¿Rayos, una emboscada? —murmuró Donna, su mirada se deslizó detrás de mí.

—Puede ser. Deberíamos haber tenido la ubicación. Estoy seguro de que aquí es el lugar donde Andy Gibson disparó.

Traté de mantener mi voz calmada. ¿Qué es la prueba de caída a mano?

—Voy a levantar la mano y dejarla caer hacía su cara. Si ella está actuando, ella moverá su mano en lugar de dejar que golpeé su cara. Siempre lo hacen. Es como un acto reflejo. Pero si hay alguien que está mirando, no quiero que salga y sepa que hemos estado trabajando. Louisa, vas a fingir que vas por el resto del equipo, ¿de acuerdo? Me mandarás un mensaje para decir que encontraste el equipo de perforación. Si alguien está cerca de ella, detente. Sólo da la vuelta y ven directamente hacía mí. Donna, recoge el paquete y vámonos. Tú ve atrás ella. Si ven a dos de nosotros salir juntos podrían sospechar.

Me entregó las llaves. Cogí una bolsa, como si fuera la mía, y me puse a caminar rápidamente hacia la ambulancia. De repente estaba consciente de las personas que nos miraban desde las sombras; y mi corazón se aceleró. Traté de hacer mi cara inexpresiva, con movimientos intencionales.

El camino se hizo demasiado largo. Cuando llegué a la ambulancia, dejé escapar un suspiro de alivio. Tomé las llaves, abrí la puerta, y cuando me acerqué, una voz llamó desde las sombras.

—Señorita —Miré hacia atrás. Nada—. Señorita.

Un joven apareció detrás de un pilar, otro detrás de él, con una sudadera con capucha para ocultar su rostro. Di un paso atrás hacia la plataforma, mi corazón se aceleraba.

—Tengo copia de seguridad en el camino —dije, tratando de mantener la voz firme—. No hay nada de drogas aquí. Ambos necesitan marcharse de aquí. ¿Okay?





—Señorita, es por los contenedores. Ellos no quieren que usted llegue a él. Está sangrando, señorita. Es por eso que el primo de Emeka está fingiendo. Para distraerla. Es mejor que se vaya.

— ¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Es por los contenedores. Tiene que ayudarlo, señorita.

— ¿Qué? ¿Dónde están los contenedores?

Pero el chico miró con recelo a sus espaldas, y cuando me volví a preguntar de nuevo, él ya había desaparecido entre las sombras.

Miré a mí alrededor, tratando de averiguar dónde se refería. Y entonces me fijé en que, a lo largo de los botes de basura (al borde), sobresalía un brillante contenedor de basura de plástico verde. Me acerqué a lo largo de las sombras a la planta baja del pasillo, fuera de la vista de la plaza principal, hasta que vi una puerta abierta a la zona de basura. Yo paso por encima, y allí, escondido detrás del contenedor, un par de piernas tumbadas con los pantalones empapados de sangre. Su mitad superior se desplomó bajo los contenedores y se agachó. El chico volvió la cabeza y gimió en voz baja.

— ¿Hola? ¿Puedes escucharme?

—Ellos me dieron.

La sangre se filtraba pegajosamente de lo que parecía dos heridas en sus piernas.

—Ellos me dieron...

Tomé mi teléfono y llamé a Sam, mi voz era baja y urgente.

—Estoy por los contenedores, a tu derecha. Por favor. Ven rápido.

Pude verlo, mirando a su alrededor lentamente hasta que me vio. Dos personas de edad avanzada, habían aparecido a su lado. Podía verlos haciendo preguntas acerca de la chica herida, su rostros se veían preocupados. Él colocó suavemente una manta sobre el primo, pidiéndoles que vieran sobre ella, luego se dirigió rápidamente hacia la plataforma con su bolsa, como para conseguir más equipo. Donna estaba desvanecida.

Abrí la bolsa que me había dado, desgarrando un paquete de gasa y colocándola sobre la pierna del niño, pero había tanta sangre.

—Bueno. Alguien viene a ayudar. Te llevaremos a la ambulancia en un momento.

Sonaba como si formara parte de una mala película. No tenía idea de qué más decir.

—Vamos, Sam.

—Tengo que salir de aquí—el chico gimió. Puse mi mano en su brazo, tratando calmarlo. *Vamos, Sam. ¿Dónde demonios estás?* Y de repente escuché el motor de arranque, y allí estaba, a través de los contenedores hacia mí en un poco de velocidad, el motor gimiendo en señal de protesta. Se pasó un alto, y Donna saltó. Ella corrió hacia mí, abrió las puertas traseras.

—Ayúdame a ponerlo ahí, dijo. Vamos a salir de aquí.

No había tiempo para camillas. En algún lugar de arriba oía gritos y múltiples pasos. Nosotros sujetamos al niño para llevarlo hacia la ambulancia, empujándolo hacia la parte de atrás. Donna cerró las puertas detrás de él y corrí por el taxi, mi corazón se aceleraba, y me acerqué a cerrar las puertas. Pude ver a un grupo de hombres, corriendo hacia nosotros, con las manos en alto con ¿Qué? ¿Armas de fuego? ¿Cuchillos? Sentí que algo crecía dentro de mí. Miré por la ventana. Sam caminaba por el espacio abierto, mirando hacia el cielo: él los había visto también.

Donna vio antes que él: el arma, levantada en la mano del hombre. Ella juró en voz alta y cerró la plataforma, dirigiéndola alrededor del



garaje, fue directamente a la zona de césped donde Sam estaba aún caminando hacia nosotros. Podía verlo afuera, el verde de su uniforme cada vez más grande en el espejo de pasajeros.

— ¡Sam! —grité por la ventana.

Me miró, luego a ellos.

—Dejé la ambulancia sola— les gritó a los hombres, quejándose sobre la marcha atrás de la ambulancia—. ¿Atrás?, de acuerdo. Sólo estamos haciendo nuestro trabajo.

—Ahora no, Sam. No ahora —dijo Donna, en voz baja.

Los hombres seguían corriendo, mirando por encima como si calcularan la forma más rápida de bajar. Se movían con agilidad sobre una pared, balanceando su camino fácilmente por un tramo de escaleras. Yo quería salir corriendo de allí, realmente estaba mal.

Pero Sam seguía caminando hacia ellos, con las manos en alto.

—Dejen la ambulancia chicos. Sólo queremos ayudar.

Su voz era tranquila y autoritaria, sin querer traicionar la sensación de miedo que sentía. Y entonces vi a través de la ventana trasera que los hombres habían retrocedido. Caminaban ahora, ya no corrían. Una parte de mí pensó: Oh, gracias a Dios. El muchacho que estaba detrás de nosotros, seguía gimiendo.

—Eso es todo —dijo Donna, apoyado alrededor—.Vamos, Sam. Ven. Vayamos por aquí. Y podemos obtener el…

Bang.

El sonido cortó el aire, amplificado en el espacio vacío, así que me sentí, en pocas palabras, como si todo en mi cabeza se hubiera expandido y contraído con el sonido. Y luego, todo fue demasiado rápido.

Bang.



Grité.

— ¿Qué demon…? —Donna gritó.

— ¡Tenemos que salir de aquí! —el niño gritó.

Miré hacia atrás, esperando a Sam. *Entra ahora. Por favor.* Pero Sam se había ido. No, no se ha ido. Había algo en el suelo: una chaqueta de alta visibilidad. Una mancha amarilla en el concreto gris.

Todo se detuvo.

No, pensé. No.

La ambulancia paró en seco. Entonces Donna estaba fuera, y yo estaba corriendo tras ella. Sam estaba inmóvil y había sangre, mucha sangre, parecía como una piscina en constante expansión alrededor de él. A lo lejos, los dos ancianos cerraban con rigidez su puerta, la chica que estaba supuestamente inmóvil sobre la hierba iba a la velocidad de un atleta. Y los hombres seguían llegando, corriendo por el pasillo hacia nosotros. Mi boca sabía a metal.

— ¡Lou! sostenlo.

Tuvimos que arrastrar a Sam hacia la parte posterior de la plataforma. Él era de plomo, como si fuera a desplomarse. Tiré del cuello, las axilas, y le di el aliento que viene en ráfagas cortas. Su cara estaba pálida, tenía ojeras y sus ojos estaban entre abiertos como si no hubiera dormido por cien años. Su sangre estaba contra mi piel. ¿Cómo es que no sabía que tan caliente era la sangre? Donna ya estaba en la plataforma, arrastrándolo, y empujándolo, dejé escapar un sollozo mientras sostenía sus brazos y sus piernas.

— ¡Ayúdenme! —Yo estaba gritando, como si no hubiera nadie que pudiera— ¡Ayúdenme!

Y entonces, su pierna se encontraba en un ángulo incorrecto, y las puertas se cerraron detrás de mí.



¡Crack! Algo golpeó la parte superior de la ambulancia. Grité y me agaché. Una parte de mí pensó distraídamente ¿Es esto el final? ¿Es así como voy a morir, con estos horribles jeans, a unas pocas millas de distancia donde mis padres y mi hermana discuten sobre un pastel? El muchacho en la camilla estaba gritando, con la voz chillona de miedo. Y, a continuación, la ambulancia patinó hacia delante en dirección hacia los hombres que se pusieron en contacto con nosotros. Me pareció oír un disparo. Me metí de nuevo por instinto.

— ¡Maldita sea! —Donna maldijo y se desvió de nuevo.

Levanté la cabeza. Pude distinguir la salida. Donna se desviaba a la izquierda, luego a la derecha, la ambulancia andaba casi sobre dos ruedas, como pudo ella logró llegar a la esquina. El espejo chocó contra un carro. Alguien se lanzó hacia nosotros, pero Donna se desvió una vez más y siguió su camino. Oí el golpe de un puño enojado. Y luego nos quedamos en el camino, y los hombres jóvenes estaban detrás de nosotros, furiosos, derrotados, mientras nos observaban irnos.

—Cielos.

La luz azul, Donna estaba delante del hospital, no entendía las palabras debido a la contundencia en mis oídos. Yo estaba acunando la cara de Sam, cubierta con una fina capa gris, con los ojos vidriosos.

Estaba completamente en silencio.

— ¿Qué debo hacer? —Le grité a Donna— ¿Qué debo hacer?

Ella me miró.

—Encuentra la lesión. ¿Qué puedes ver?

—Es su estómago. Hay un agujero. Dos agujeros. Hay tanta sangre. Oh, Dios, es mucha sangre.





Mis manos estaban rojas y brillantes. Mi corazón palpitaba demasiado rápido. Sentí, en pocas palabras, como si fuera a desmayarme.

Necesito que te tranquilices, Louisa, ¿de acuerdo? ¿Está respirando? ¿Puedes sentir el pulso?

Lo chequé y dije con alivio:

— ¡Sí!

—No puedo parar. Estamos demasiado cerca. Eleva sus pies, ¿de acuerdo? Empuja hasta las rodillas. Mantén la sangre cerca de su pecho. Ahora asegúrate de que su camisa está abierta. Rómpela. ¿Puede describir la herida?

Ese estómago, que había permanecido cálido, suave y sólido contra el mío, ahora era un enorme desastre rojo. Un sollozo se escapó de mi garganta.

—Oh Dios…

—No entres en pánico ahora, Louisa. ¿Me escuchas? Ya casi llegamos. Tienes que aplicar presión. Vamos, puedes hacer esto. Utiliza una gasa. La más grande. Como sea, sólo impide que siga sangrando.

Se volvió de nuevo a la carretera esta vez en sentido contrario. El muchacho en la camilla maldijo en voz baja, ahora perdido en su propio mundo privado de dolor. Los automóviles afortunadamente obedecían a los señalamientos que hacía la ambulancia. Una sirena, siempre una sirena.

—Paramédico herido. Repito paramédico herido. ¡Herida de bala en el abdomen! —Donna gritó en la radio—. ETA tres minutos. Vamos a necesitar un carro de urgencia.

Desenvolví las vendas, mis manos estaban temblorosas, y arranqué la camisa de Sam, preparándome para el momento en que bajáramos de la ambulancia. ¿Cómo es posible que éste sea el hombre con quien estaba



discutiendo quince minutos antes? ¿Cómo es posible que alguien tan fuerte se estuviera desvaneciendo delante de mí?

— ¿Sam? ¿Puedes escucharme? —Me agaché sobre él ahora en mis rodillas, mis jeans se iban tiñendo por el rojo de la sangre. Sus ojos cerrados. Cuando abrieron, parecían fijarse en algo lejano.

Puse mi cara hacia abajo para que pudiera estar directamente en su campo de visión y por un segundo sus ojos se clavaron en los míos y vi un destello de algo que podría haber sido el reconocimiento.

Tomé su mano, como una vez lo había hecho en otra ambulancia hace un millón de años.

—Vas a estar bien, ¿me oyes? Vas a estar bien.

Nada. Ni siquiera parece reconocer mi voz.

— ¿Sam? Mírame, Sam.

Nada.

Yo estaba allí, de vuelta en esa habitación suiza, observando a Will alejarse de mí. Perdiéndolo.

—No. No te atrevas.

Puse mi cara contra la suya, mis palabras sonaban cerca de su oreja.

—Sam, quédate conmigo ¿me entiendes? —Mi mano estaba sobre la gasa, mi cuerpo sobre el suyo, sosteniéndolo del balanceo que provocaba el movimiento de la ambulancia. Se oyó el ruido de sollozos en mis oídos y me di cuenta que eran los míos. Giré su cara con las manos, lo que le obligó a mirarme—. ¡Quédate conmigo! ¿Me escuchas? ¿Sam? ¡Sam! ¡Sam! Nunca había sentido esta sensación. Fue en el aquietamiento de la mirada, el calor húmedo de su sangre, una marea creciente.





El cierre de una puerta.

—¡Sam!

La ambulancia se había detenido.

Donna saltó a la parte de atrás. Ella le abrió una bolsa de plástico transparente, sacando drogas, rellenó una jeringa e inyectó algo en el brazo de Sam. Con manos temblorosas lo conectó a una sonda, y le colocó una máscara de oxígeno en su rostro. Yo estaba temblando violentamente.

—¡Quédate ahí! —ordenó—. Sigue presionando. Eso es todo, eso es bueno. Lo estás haciendo genial—su rostro baja hacía él—. Vamos, amigo. Vamos, Sam. Cerca de ahí.

Yo podía oír sirenas mientras trabajaba, sin dejar de hablar sus manos rápidas y competentes en el equipo, siempre ocupado, siempre en movimiento. Vas a estar bien maldito. El monitor parpadeaba verde y negro. El sonido de pitido.

A continuación, las puertas se abrieron de nuevo, inundando la ambulancia con luz de neón, y había paramédicos, uniformes verdes y batas blancas, que transportaban al niño, sigue quejándose y maldiciendo, mientras levanto a Sam suavemente lejos de mí en la noche oscura .El piso de la ambulancia estaba cubierto de sangre y al momento de levantarme me resbalé y tuve que aferrarme para no caer. De cualquier forma ya estaba manchada.

Sus voces se alejaban. La expresión de Donna era terrible. Me quedé de pie entre las puertas de la ambulancia, viendo cómo se acercaban a él. Las puertas del hospital se abrieron y se lo tragaron, y como cerraron de nuevo, yo estaba sola en el silencio del aparcamiento.

CAPÍTULO 27

Pasar horas en el hospital tenía una extraña cualidad elástica. Casi no lo había notado cuando esperaba a Will durante sus chequeos; había leído revistas, picoteado mensajes en mi teléfono, había bajado por un café demasiado fuerte en la explanada del hospital, me había preocupado por los cargos de aparcamiento.

Gemí sin realmente tener el significado de cuántas cosas pasaron en ese tiempo.

Me senté en una silla de plástico moldeado, mi mente entumecida, mi mirada fija en la pared, incapaz de decir cuánto tiempo había estado allí. No podía pensar. No podía sentir. Yo sólo existía: yo, la silla de plástico, el linóleo chirriante bajo mi tenis ensangrentados.

La lámpara sobre mi cabeza era estridente, iluminando a las enfermeras que caminaban enérgicamente, apenas a darme un segundo chequeo. Tiempo después de haber entrado, una de ellas había tenido la amabilidad de mostrarme un cuarto de baño para que pudiera limpiar mis manos, pero todavía podía ver la sangre de Sam en las inmersiones alrededor de las uñas, las cutículas de color óxido que insinuaban una no tan distante atrocidad. Piezas de él en pedazos de mí. Piezas de él donde no deberían estar.

Cuando cerré mis ojos oí las voces, el fuerte *sonido* de la bala golpeando el techo de la ambulancia, el eco del disparo, la sirena, la sirena, la sirena. Vi su cara, el breve momento en que me había mirado y no había habido nada, ninguna alarma, nada, excepto tal vez un vago desconcierto al encontrarse en el suelo, incapaz de moverse.

Y seguí viendo esas heridas, pequeños agujeros no aseados como heridas de bala en las películas, pero en vivo, cosas palpitantes, desangrándose como si estuvieran tratando maliciosamente de deshacerse de él.




Me senté inmóvil en la silla de plástico porque no sabía qué otra cosa hacer. En algún lugar al final de ese corredor estaban los quirófanos. Él estaba allí en este momento. Estaba vivo o estaba muerto. Estaba siendo rodado en cierto barrio lejano, rodeado de personas aliviadas y máximo cinco colegas, o alguien tiraba de una sábana verde a lo largo su-

Mi cabeza se hundió en mis manos y escuché mi aliento, dentro y fuera. Dentro y fuera. Mi cuerpo tenía un olor desconocido: la sangre y antiséptico y algo amargo sobrante de miedo visceral. Periódicamente observaba de lejos que mis manos estaban temblando, pero no estaba segura de si era por falta de azúcar en la sangre o el agotamiento, y de alguna manera la idea de tratar de encontrar comida iba mucho más allá de mí. El movimiento estaba más allá de mí.

Mi hermana me había enviado mensajes de texto hace poco tiempo.

¿Dónde estás? Vamos a comer pizza. Están hablando, pero te necesito aquí como las Naciones Unidas.

No había contestado. No pude averiguar qué decir.

Él está hablando de sus piernas peludas de nuevo. Por favor ven. Esto podría ponerse feo. Ella tiene un objetivo temible con una bola de masa.

Cerré los ojos y traté de recordar lo que se sentía, hace una semana, tumbarse en la hierba junto a Sam, la forma en que sus piernas estiradas eran mucho más largas que el mías, el olor reconfortante de su camisa cálida, el sonido de su voz, el sol en mi cara. Su rostro, volviéndose hacia el mío para robar besos, la forma en que miraba secretamente complacido después de todos. La manera en que caminaba, ligeramente hacia adelante, sin embargo, con su peso de manera centrada, el hombre más sólido que tuve jamás conocí, como si nada pudiera derribarlo.

Sentí el zumbido y saqué mi teléfono de mi bolsillo, leí el mensaje de mi hermana. *¿Dónde estás? Mamá comienza a preocuparse.* Miré la hora: 10:48. No podía creer que era la misma persona que había despertado esa mañana y dejado a Lily en la estación. Me recosté en la silla, pensé por un momento y me puse a escribir. *Estoy en el hospital de la ciudad. Ha habido un accidente. Estoy bien. Vuelvo cuando sepa, cuando sepa-*

Mi dedo se cernía sobre las teclas. Parpadeé y, después de un momento, pulsa enviar. Cerré los ojos y recé.





***

Me sobresalté al oír el sonido de las puertas batientes. Mi madre estaba caminando rápidamente por el pasillo, con su buen abrigo, sus brazos ya extendidos.

— ¿Qué diablos pasó?— Treena estaba detrás de ella, arrastrando a Thom, en pijama, con un anorak encima. —Mamá no quería venir sin papá y yo no iba a quedarme atrás. Thom me miró adormilado y agitó una mano húmeda.

— ¡No teníamos ni idea de lo que te había sucedido!— Mamá se sentó a mi lado, estudiando mi cara. — ¿Por qué no lo dijiste?

— ¿Que está pasando?

—Sam ha recibido un disparo.

— ¿Disparo? ¿Tu paramédico?

— ¿Con un arma? — Dijo Treena.

Fue entonces cuando mi madre registró mis jeans. Miró las manchas rojas, sin creer, y se volvió en silencio a mi padre.

—Yo estaba con él.

Se llevó las manos a la boca.

— ¿Estás bien? — Y luego, cuando vio que la respuesta era sí, al menos físicamente, — ¿Él está... está bien?

Los cuatro se pusieron delante de mí, con los rostros inmovilizados por la sorpresa y preocupación. Yo estaba de repente completamente aliviada de tenerlos allí.

—No sé—, les dije, y cuando mi padre dio un paso adelante para llevarme a sus brazos, finalmente me puse a llorar.

***

Nos sentamos durante lo que parecieron varios años, mi familia y yo, en esas sillas de plástico. O algo parecido a eso. Thom se quedó dormido en el regazo de Treena, con la cara pálida bajo las luces de tira, su tierno y

maltratado gato estaba presionado en el espacio suave y sedoso entre el cuello y la barbilla. Papá y mamá se sentaron a cada lado de mí y en ningún momento uno de ellos tomó mi mano o acarició un lado de mi cara y me dijo que iba a estar bien. Me apoyé en papá y dejé caer lágrimas en silencio, y mamá me limpió la cara con su siempre presente pañuelo limpio. Periódicamente se dirigiría en un viaje de reconocimiento en todo el hospital para bebidas calientes.

—Nunca había hecho eso por ella misma desde hace un año— Papá dijo la primera vez que ella desapareció. No podría decir si fue dicho con admiración o con pesar.

Hablamos poco. No había nada que decir. Las palabras se repetían en mi cabeza como un mantra. *Déjalo estar bien. Simplemente déjalo estar bien. Simplemente déjalo estar bien.*

Esto es lo que hace la catástrofe: se despoja de la pelusa y el ruido blanco, lo que *realmente debería* y el *qué pasaría sí*. Quería Sam. Sabía que con una claridad punzante. Quería sentir sus brazos alrededor de mí, oírle hablar, y sentarme en la cabina de su ambulancia. Quería que me hiciera una ensalada con las cosas que había crecido en su jardín y quería sentir su calor, el ascenso de su pecho desnudo, y estar constantemente bajo el brazo mientras él dormía. ¿Por qué no había sido capaz de decirle eso? ¿Por qué había perdido tanto tiempo preocupándome por lo que no era importante?

Entonces, mamá entró por la puerta, estaba en el otro extremo, teniendo un soporte de cartón con cuatro tés en el mismo, las puertas de los quirófanos se abrieron y Donna surgió, su uniforme aún manchado de sangre, pasando sus manos por el pelo. Me paré. Ella frenó frente a nosotros, su expresión grave, con los ojos enrojecidos y agotados. Por un momento pensé que podría perder el conocimiento. Sus ojos se encontraron con los míos.

—Duro como botas viejas, aquel— Dejé escapar un sollozo involuntario, me tocó el brazo. —Lo hiciste bien, Lou, — dijo ella, y dejó escapar un largo suspiro tembloroso. —Lo hiciste bien esta noche.




***

Pasó la noche en terapia intensiva, y fue trasladado a una unidad de alta dependencia en la mañana. Donna llamó a sus padres, y dijo que iba a pasar por su casa después de que tuviera un descanso para alimentar a sus animales. Fuimos a verlo juntos poco después de la medianoche, pero él estaba dormido, todavía pálido, con una máscara ocultando la mayor parte de su rostro. Quería acercarme a él, pero tenía miedo de tocarlo, enganchado como estaba a todos esos cables, tubos y monitores.

— ¿Realmente va a estar bien?

Ella asintió. Una enfermera se movió en silencio alrededor de la cama, comprobando los niveles, tomando el pulso.

—Tuvimos suerte de que fuera un arma vieja. Muchos niños están apoderándose de semiautomáticas ahora. Eso habría sido— Se frotó los ojos. —Probablemente estará en las noticias, si no ocurre nada más. Eso sí, otra tripulación trató el asesinato de una madre y su bebé en la carretera Athena ayer por la noche, así que es posible que no será noticia en absoluto.

Rompí la mirada de él, y me volví hacia ella.

— ¿Vas a continuar?

— ¿Continuar?

—Como un paramédico.

Ella hizo una mueca, como si no entendiera realmente la pregunta. —Claro. Es mi trabajo. Me dio una palmadita en el hombro y se volvió hacia la puerta. —Duerme un poco, Lou. Es probable que no se despierte hasta mañana de todos modos. Es aproximadamente el ochenta y siete por ciento de fentanilo en este momento.

Mis padres estaban esperando cuando di un paso atrás en el pasillo. No dijeron nada. Les di una pequeña inclinación de cabeza. Papá me tomó del brazo y mamá me palmeó la espalda.

—Vamos a llevarte a casa, amor— dijo. —Y por algunas cosas limpias.




Había un tono particular de la voz que emana de un empleador que, varios meses antes, tuvo que escuchar cómo no podías venir a trabajar cuando caíste de un quinto piso de un edificio, y ahora te gustarían turnos de intercambio porque un hombre que puede o no puede ser tu novio ha recibido dos disparos en el estómago.

— ¿Tu- él- qué?

—Le dispararon dos veces. Está fuera de cuidados intensivos pero me gustaría estar allí esta mañana, cuando venga en sí. Así que me preguntaba si pudiera cambiar turnos contigo.

Se produjo un breve silencio.

—Bien... Uh. Está bien. Él vaciló. — ¿Le dispararon en realidad? ¿Con una pistola de verdad?—

—Puedes venir a inspeccionar los agujeros, si lo deseas. Mi voz era tan tranquila Casi me reí.

Discutimos otro par de detalles logísticos, llamadas que necesitaban ser hechas, una visita a la Oficina Principal, y después de que colgara, Richard se quedó en silencio por un momento. Entonces dijo.

—Louisa, ¿Tu vida siempre es así?

Pensé en quien había sido hace solamente dos años y medio atrás, mis días medidos en la corta caminata entre la casa de mis padres y el café; la rutina de los martes en la noche de mirar a Patrick corriendo o hacer las compras con mis padres. Miré hacia la bola de basura en la esquina, la cual ahora contenía mi tenis llenos de sangre.

—Posiblemente. Aunque me gustaría pensar que es solo una fase.

Después del desayuno, mis padres se fueron a la casa. Mi madre no quería irse, pero le aseguré que estaba bien, y que no sabía dónde estaría por los siguientes días así que había un pequeño punto en quedarse. También le recordé que la última vez que el abuelo fue dejado solo por más de veinticuatro horas se había comido dos botes de jalea de frambuesa y una lata de leche condensada en lugar de comida real.

—Estás bien, entonces. —Ella colocó su mano a un lado de mi cara. Dijo eso como si no fuera una pregunta, aunque claramente lo era.





—Mamá, estoy bien.

Sacudió su cabeza y tomó su bolso. —No lo sé Louisa. Los atrapaste.

Se estaba alejando cuando reí. Debía ser lo que quedó de la sorpresa. Pero quiero pensar que era porque me di cuenta de que ya no tenía miedo de nada.

Me duché, tratando de no mirar al agua rosada que corría por mis piernas, y lavé mi cabello, compré el ramo de flores menos aburrido que pude encontrar en Samir y me dirigí al hospital a las diez am. Los padres de Sam habían llegado varias horas antes, la enfermera me lo dijo, y me condujo a la puerta. Ellos se habían dirigido al vagón del ferrocarril con Jake y el padre de Jake para recoger las pertenencias de Sam.

—No los conocía mucho cuando llegaron pero está más consciente ahora, —dijo. —No es usual cuando están recientemente fuera de peligro. Algunas personas solo van hacia atrás más rápido que otros.

Me detuve cuando alcanzamos la puerta. Pude verlo ahora a través del cristal, sus ojos cerrados, como lo habían estado la otra noche, su mano, conectada a varios monitores, colocados sin moverse a lo largo de su cuerpo. Había un tubo en su barbilla y aunque aún estaba de un pálido fantasmal, se veía más como él mismo.

— ¿Está segura que está bien si entro?

—Eres Louisa, ¿verdad? Ha estado preguntando por ti. —Sonrió y frunció su nariz. —Danos un grito si te cansas de él. Es encantador.

Abrí la puerta lentamente y sus ojos se abrieron, su cara se giró ligeramente. Me miró entonces, como si me estuviera reconociendo, y algo dentro de mí se relajó con alivió.

—Algunas personas harán cualquier cosa para ganarme con esa la cicatriz de enfrente —cerré la puerta detrás de mí.

—Sí. Bueno— su voz salió como un graznido. —He salido bien de ese juego. —Me dio una pequeña sonrisa cansada.

Me quedé de pie, cambiando de un pie al otro. Odiaba los hospitales. Haría casi todo para no entrar nunca en uno de nuevo.

—Ven aquí.



Puse las flores en la mesa y caminé hacia él. Movió su brazo, señalándome que me sentara en la cama a su lado. Me senté, y entonces, porque se sentía mal verlo desde arriba, me recosté hacia atrás, acomodándome cuidadosamente, con miedo de desacomodar algo, o herirlo. Puse mi cabeza en su hombro y sentí el bienvenido peso de su cabeza descansando contra la mía. La parte baja de su brazo se alzó, gentilmente acunándome. Nos recostamos en silencio por un momento, escuchando el suave sonido de los zapatos de las enfermeras fuera, las conversaciones distantes.

—Pensé que estabas muerto, —susurré.

—Aparentemente alguna mujer asombrosa quien no debería de haber estado en la parte trasera de la ambulancia se las arregló para detener mi pérdida de sangre.

—Esa es una mujer increíble.

—Eso creo.

Cerré mis ojos, sintiendo la calidez de su piel contra mi mejilla, el desagradable aroma de desinfectante químico emanando de su cuerpo. No pensé sobre nada. Solo me dejé existir en el momento, en la profundidad, el profundo placer de estar a su lado, de sentir su peso contra mí, el espacio que ocupaba en la atmósfera. Moví mi cabeza y besé la suave piel dentro de su brazo, y sentí sus dedos trazar su camino gentilmente a través de mi cabello.

—Me asustaste en la ambulancia Sam.

Hubo un largo silencio. Podía escucharlo pensando en un millón de cosas que decidió no decir.

—Estoy feliz de que estés aquí, —eventualmente dijo.

Nos recostamos ahí por un poco más de tiempo, en silencio. Y cuando la enfermera finalmente entró y alzó una ceja ante mi proximidad hacia varios tubos importantes y cables, salí sin ganas de la cama y obedecí sus instrucciones de ir por algo de desayunar mientras ella hacia sus cosas médicas. Lo besé, un poco consciente, y cuando quité el cabello de sus ojos lo alcé lentamente en las puntas y vi, con gratitud, algo de lo que yo era para él.

—Estaré de regreso después de mi turno, —dije.

—Deberías ir a casa de mis padres —dijo como si fuera una amenaza.

—Está bien, —dije— me aseguraré de no usar una playera que dice —Qué se joda la Policía.

Se rio, entonces hizo una mueca como si reírse fuera doloroso. Estuve alrededor un poco mientras las enfermeras lo estaban mirando, haciendo las cosas que las personas le hacen en la cabecera de los pacientes cuando están simplemente buscando una excusa para pasar el rato; puse algo de fruta en un pañuelo, organicé algunas revistas que sabía que no leería. Y entonces fue tiempo de irse. Casi había llegado hasta la puerta cuando habló.

—Te escuché.

Mi mano estaba estirada, lista para abrir la puerta. Me giré.

—La otra noche. Cuando me estaba desangrando. Te escuché.

Nuestros ojos se conectaron. Y en ese momento todo cambió. Vi lo que realmente había hecho. Vi que podía ser el centro de alguien, su razón para quedarse. Vi que podía ser suficiente. Caminé de regreso, tomé la cara de Sam entre mis manos y lo besé con fuerza, sintiendo lágrimas calientes cayendo sin notarse en su cara, su brazo jalándome fuertemente mientras me besaba de vuelta. Presioné mi mejilla contra la suya, medio riendo, medio sollozando, inconsciente de las enfermeras, de nada excepto el hombre ante mí. Entonces, finalmente, me giré y bajé las escaleras, limpiando mi cara, riendo ante mis lágrimas, ignorando las caras curiosas de las personas a quienes pasaba.

El día era hermoso, incluso debajo de luz ligera. Fuera, las aves cantaban, una nueva mañana amanecía, las personas vivían y crecían y se mejoraban y pensaban en volverse viejos. Compré un café y comí un panecillo dulce y me supieron como las cosas más deliciosas que había probado. Le mandé mensajes a mi madre, a Treena, a Richard, diciéndoles que iría en breve. Le mandé un mensaje a Lily: *Creo, que te gustaría saber que Sam está en el hospital. Le dispararon pero está bien. Sé que amaría si le mandaras una tarjeta. O al menos un mensaje si estás ocupada.*




La respuesta llegó en segundos. Sonreí. ¿Cómo es que las chicas de esas edad escribían tan rápido cuando hacían todo lo demás tan lentamente?

OMG. Justo acabo de decirles a las otras chicas que básicamente soy la persona más genial que conocen. Ya enserio mándale mi amor. Si me mandas su dirección le mandaré una tarjeta después de la escuela. Oh y lo siento por lucirme ante él con mis pantalones esa vez. No quería hacerlo. No en una forma pervertida. Espero que estén muy felices. Xxx.

No esperé a responderle. Miré a la cafetería del hospital y a los pacientes que arrastraban los pies y a la brillante luz del día a través del cielo y mis dedos golpearon las teclas antes de saber lo que estaba diciendo.

Lo estoy.





CAPÍTULO 28

Jake estaba esperando bajo el porche cuando llegué al Círculo de Superación. Estaba lloviendo a cántaros, densas nubes del color del brezo, repentinamente cayó una tormenta eléctrica que colmó las canaletas y me empapó en los diez segundos que tardé en correr por el estacionamiento.

— ¿No vas a entrar? Está mojado allá afuera.

Dio un paso, y sus brazos larguiruchos me envolvieron en un abrazo torpe y veloz cuando llegué a la puerta.

— ¡Oh! — Levanté mis manos, sin querer gotear sobre él.

Él me soltó y dio un paso atrás.

—Donna nos contó lo que hiciste. Yo sólo… tú sabes… quería decir gracias.

Sus ojos estaban tensos y ojerosos, me di cuenta lo que estos últimos días deben haber sido para él, tan cerca después de haber perdido a su madre.

—Es duro —le dije.

—Él es de teflón —, dijo, y nos reímos torpemente, en la forma en que la gente británica hace cuando está experimentando una gran emoción.

En la reunión, Jake habló inusualmente con ligereza, sobre el hecho de que su novia no entendía lo que el dolor era para él.

—Ella no entiende por qué algunas mañanas sólo quiero quedarme en la cama con las sábanas sobre mi cabeza. O por qué me da un poco de pánico sobre las cosas que le suceden a la gente que quiero. Literalmente nada malo le ha sucedido a ella. Nunca. Incluso su conejo sigue vivo y ya tiene nueve años.

—Creo que la gente se aburre de la pena—, dijo Natasha. —Es como si tuvieras permitido sufrir por un tiempo- seis meses, quizás- y luego se dan





cuenta de que no eres "mejor". Es como si estuvieras siendo egoísta colgándote de su infelicidad.

— ¡Sí! — Hubo un murmullo de aprobación alrededor del círculo.

—A veces pienso que sería más fácil si aún tuviéramos que vestir de viudas— dijo Daphne. —Entonces todo el mundo podía saber que seguimos en duelo.

—Tal vez como un aprendiz, así que, ya sabes, tienes un conjunto diferente de colores después de un año. Quizá pasar de negro a un color morado oscuro —, dijo Leanne. — Y volver al amarillo, cuando vuelvas a ser feliz — Natasha sonrío.

— Oh no. El amarillo no va con mi tez. —Daphne sonrió con cautela. — Seguiré siendo una miserable.

Escuché sus historias en el salón de la iglesia húmeda -los tímidos pasos más diminutos, obstáculos emocionales. Fred se había unido a una liga de bolos, y disfrutaba tener una razón más para salir en

Martes, uno que no implicara a hablar de su difunta esposa. Sunil había acordado dejar que su madre le presentara a un primo lejano de Eltham. —No estoy muy metida en todo esto del matrimonio arreglado pero, para ser honesta, no estoy teniendo suerte con otros métodos. Yo misma sigo diciendo que ella es mi madre. Ella va a tenderme una trampa con una persona horrible.

—Creo que es una idea maravillosa —, dijo Daphne. —Las mamás saben lo que hacen. La mía era realmente buena.

Yo los veía como si estuviera en el exterior mirando algo. Me reí de sus bromas, aunque apareció una mueca de dolor internamente sobre sus cuentos, sus lágrimas o comentarios inapropiados. Pero lo que quedó claro cuando me senté en mi silla de plástico y bebía mi café instantáneo fue que había encontrado de alguna manera a mí misma al otro lado. Yo había cruzado el puente. Su lucha ya no era mi lucha. No era que yo nunca iba a dejar el duelo por Will, o dejar de amarlo, o extrañarlo, pero que mi vida parecía tener de alguna manera un aterrizaje de vuelta al presente. Y fue con una creciente satisfacción que llegó a mí, incluso cuando me senté allí con gente que conocía y en quien confiaba. Sabía que quería estar en otro lugar: junto a un gran hombre en la cama de un hospital, con mi absoluta





gratitud, incluso podrían ser ahora de refilón en el reloj en la esquina, preguntándose cuánto tiempo me iba a tomar para llegar a él.

— ¿Nada de ti esta noche, Louisa?

Marc me miraba, con una ceja levantada.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien.

Él sonrió, tal vez reconociendo algo en mi tono.

—Bien.

—Sí. En realidad, creo que no necesito estar aquí nunca más. Estoy… bien.

—Sabía que había algo diferente en ti —, dijo Natasha, inclinándose hacia adelante y mirándome casi sospechosamente.

—Es por follar —, dijo Fred. —Estoy seguro de que es la cura. Apuesto a que me gustaría haber superado a Jilly mucho más rápido con todas las folladas.

Natasha y William intercambiaron una mirada extraña.

—Me gustaría venir hasta el final del plazo, si es bueno —, le dije a Marc.Es sólo que…He llegado a pensar de todos ustedes como mis amigos. Puede que no lo necesite, pero todavía me gustaría venir por un tiempo más. Sólo para Cerciorarme. Ya sabes, para ver todos.

Jake me dio una pequeña sonrisa.

—Probablemente deberíamos ir a bailar —, dijo Natasha.

—Puedes venir por el tiempo que quieras, — dijo Marc. — Es por lo que estamos aquí.

Mis amigos. Un grupo heterogéneo, pero la mayoría son mis amigos.

***

Orecchiette cocida *al dente*, piñones, albahaca, tomates de cosecha propia, aceitunas, atún y queso parmesano. Yo había hecho la pasta con la

receta de Lily que me dio por teléfono mientras ella se alimentaba, con instrucciones de su abuela.

—Buena comida no válida, — Camilla gritó desde algún lugar de la cocina. —Fácil de digerir si él está mucho tiempo acostado.

—Sólo me gustaría comprar una comida para llevar, — murmuró Lily. —Pobre hombre ha sufrido bastante. — Ella se rió en voz baja.

—De todos modos, pensé que preferirías que él esté acostado.

Caminé por el pasillo del hospital más tarde esa noche sintiéndome tranquilamente orgullosa de mi pequeña caja de Tupperware. Yo había hecho esta cena la noche anterior y ahora lo llevaba delante de mí como una medalla de honor, la mitad con la esperanza de que alguien me detuviera y me preguntara de qué se trataba. *Sí mi novio se está recuperando. Le traigo comida todos los días. Sólo algunas cosas que lo pueden alegrar. ¿Sabías que yo misma coseché estos tomates?*

Las heridas de Sam comenzaban a sanar, la compensación de daños internos. Él intentó levantarse, y estaba malhumorado acerca de estar metido en la cama y preocupado por sus animales, aunque Donna, Jake y yo habíamos establecido un horario para cuidar de ellos.

De dos a tres semanas, los doctores dijeron. Si él hacía lo que le indicaron. Dada la magnitud de sus lesiones, había tenido suerte. Más de una conversación había tenido lugar en mi presencia, donde los médicos habían murmurado, “Un centímetro hacia otro lado y...” Yo cantaba -la-la -la -la -la-la en mi cabeza durante esas conversaciones.

He llegado a su corredor y temblaba, limpiaba mis manos con espuma antibacterial, como pude he tirado de la puerta con mi cadera.

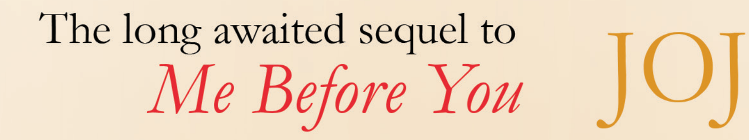
—Tarde —, dijo la enfermera con gafas. — ¡Llegas tarde!

—Tuve que ir a una reunión.

—Acabas de perder a su madre. Ella le trajo el más delicioso pastel de carne casero y un pie. Se podía oler todo el camino hacia el pabellón. Todavía estamos salivando.

—Oh. — Bajé la caja. —Eso es bueno.





—Es bueno verlo mejor. El doctor vendrá en aproximadamente hora y media.

Estaba a punto de poner el Tupperware en mi bolso cuando mi teléfono sonó. He pulsado contestar, todavía luchando con el cierre.

— ¿Louisa?

— ¿Sí?

—Es Leonard Gopnik.

Me tomó dos segundos para registrar su nombre. Comencé a hablar, pero se quedó muy quieto, mirando a mí alrededor estúpidamente como si él pudiera estar en algún lugar cercano.

—Sr. Gopnik.

—Tengo tu email.

—Bien— Puse el recipiente de comida en la silla.

—Fue una lectura interesante. Yo estaba muy sorprendido cuando usted rechazó mi oferta de trabajo. Como lo hizo Nathan. Parecías convencida.

—Es como dije en mi correo electrónico. Yo sí quiero, Sr. Gopnik, pero... bueno... las cosas se complicaron.

—Entonces ¿ésta chica está bien ahora?

—Lily. Sí. Ella está en la escuela. Es feliz. Está con su familia. Su nueva familia. Era sólo un período... de ajuste.

—Se lo tomó muy en serio.

—Yo no soy el tipo de persona que simplemente puede dejar a alguien atrás.

Hubo un largo silencio. Me aparté de la habitación de Sam y miré por la ventana hacía el estacionamiento, viendo como una 4x4 de gran tamaño trataba infructuosamente de negociar su camino en un aparcamiento demasiado pequeño. Delante y hacia atrás. Pude ver que no iba a caber.

—Así está la cosa, Louisa. No funciona nuestra nueva empleada. Ella no es feliz. Por la razón que sea ella y mi esposa no se llevan bien. De común acuerdo ella se irá a final del mes. Lo que me deja con un problema.

Escuché.

—Me gustaría ofrecerle el trabajo. Pero no me gusta la agitación, especialmente cuando se trata de personas cercanas a mí. Así que supongo que estoy llamando porque estoy tratando de obtener una imagen clara de qué es lo que realmente deseas.

—Oh, yo realmente quiero. Pero yo…

Sentí una mano en mi hombro. Me di la vuelta, y ahí estaba Sam, apoyado en la pared.

—Yo.

— ¿Tienes otra propuesta?

La tengo.

— ¿Es una propuesta en la que deseas integrarte?

Sam estaba viendo mi cara.

—N…no necesariamente. Pero…

—Pero obviamente usted tiene que pensarlo. ¿De acuerdo? Bueno, me imagino que probablemente la he tomado por sorpresa con esta llamada. Pero si usted está realmente interesada me gustaría ofrecerle el trabajo. Los mismos términos, para iniciar lo más pronto posible. Y que sea algo que realmente quiere. ¿Crees que puedes hacérmelo saber dentro de las cuarenta y ocho horas?

—Sí. Sí, Sr. Gopnik. Gracias. Gracias por llamar.

Lo escuché colgar. Miré a Sam. Vestía una bata de hospital sobre su camisón. Ninguno de los dos habló durante un momento.

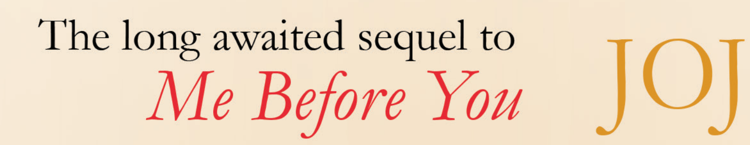
—Estás de pie. Deberías estar en la cama.

—Te vi por la ventana.

—Una inoportuna brisa y las enfermeras van a hablar de ti hasta la Navidad.

— ¿Era el tipo de Nueva York?





Me sentí curiosamente incómoda. Puse mi teléfono en mi bolsillo y busqué el Tupperware. —La misma sensación otra vez.— Vi su mirada alejarse de mí.

—Pero… Tendría que regresar. Por lo que voy a decir que no. Mira, ¿crees que puedes comer un poco de pasta después de haber probado ese pastel? Sé que probablemente estés lleno, pero es tan raro que haya logrado cocinar algo que sea comestible.

—No.

—No está tan mal. Al menos podrías probar.

—No es la pasta. Es el trabajo.

Nos miramos el uno al otro. Se pasó la mano por el cabello, mirando por el pasillo.

—Lo necesitas, Lou. Tú lo sabes y yo lo sé. Tienes que aceptarlo.

—Intenté salir de casa y sólo he terminado más desordenado.

—Porque era demasiado pronto. Estabas huyendo. Esto es diferente.

Miré hacia él. Me odiaba a mí misma por darme cuenta de lo que realmente quería. Y lo odiaba a él por saberlo.

Nos pusimos de pie en el pasillo del hospital en silencio. Y entonces vi que estaba perdiendo rápidamente el color de su rostro.

—Es necesario que vuelvas a la cama.

No quiso pelear. Tomé su brazo e hicimos nuestro camino de regreso a su cama. Hizo una mueca mientras se recostó cuidadosamente sobre las almohadas. Esperé hasta que vi el retorno de color a su rostro, luego me acosté a su lado y tomé su mano.

Me siento como se nos acaba de ordenar todo.

—Tú y yo. — Dejé caer mi cabeza contra su hombro, sintiendo mi garganta arder.

—Lo hicimos.

— Yo no quiero estar con nadie más, Sam.

—Pfft. Eso nunca estuvo en duda.



—Pero las relaciones a larga distancia raramente sobreviven.

— ¿Así que tenemos una relación?

Empecé a protestar y él sonrió.

—Estoy bromeando. Algunos. *Algunos* no sobreviven. Supongo que algunos lo hacen, aunque depende de lo mucho que ambos lados quieren intentar.

Su gran brazo se enrolló alrededor de mi cuello y me atrajo hacia él. Me di cuenta de que estaba llorando. Limpió en mis lágrimas suavemente con su pulgar.

—Lou, no sé qué va a pasar. Nadie lo sabe. Puede que una mañana pase delante de ti una moto y toda tu vida puede cambiar. Puedes ir a trabajar y recibir un disparo por un adolescente que piensa que es lo que se necesita para ser un hombre.

—Puedes caerte de un gran edificio.

—Tú puedes. O puedes ir a visitar a un muchacho que llevaba un camisón en una cama de hospital y conseguir la mejor oferta de trabajo que te puedas imaginar. Así es la vida. No sabemos qué va a pasar. Es por eso que tenemos que aprovechar nuestras oportunidades mientras podamos. Y... Creo que ésta podría ser la tuya.

Cerré los ojos, sin querer escucharlo, sin querer reconocer la verdad en lo que estaba diciendo. Me limpié los ojos con las palmas de mis manos. Me entregó un pañuelo de papel y esperó mientras yo limpiaba las manchas negras de mi cara.

—Ojos de panda.

—Creo que podría estar un poco enamorada de ti.

—Apuesto a que le dices lo mismo a todos los hombres en cuidados intensivos.

Me di la vuelta y lo besé. Cuando abrí los ojos otra vez estaba mirándome.

—Voy a darte un ir, si se quiere, — dijo.

—Tienes que ir —, dijo.



Me tomó un momento para que el nudo en la garganta se calmara lo suficiente para que yo fuera capaz de hablar.

—No lo sé, Sam.

— ¿No sabes qué?

—La vida es corta, ¿no? Los dos sabemos eso. Bueno, ¿qué pasa si tú eres esa oportunidad? ¿Qué pasa si tú eres eso que realmente va a hacerme feliz?





CAPÍTULO 29

Cuando la gente dice que el otoño es su época favorita del año, creo que es como días como éste al que se refieren: Una niebla del amanecer, quemando con una luz nítida y clara; montones de hojas sopladas en las esquinas; el agradable y suave olor a humedad en la vegetación. Algunos dicen que realmente no te das cuenta de las estaciones en la ciudad, que los edificios grises sin fin y el microclima causados por el humo del tráfico significan que nunca hay una gran diferencia; sólo hay dentro y fuera, húmedo o seco. Pero en el techo estaba claro. No era sólo la enorme extensión de cielo en las plantas de tomate de Lily, que habían empujado una fruta roja hinchada durante semanas, las macetas colgantes de fresa proporcionando una serie intermitente de dulces ocasionales. Las flores retoñaron, florecieron y se marchitaron, el verde pasto de los principios de verano dieron paso a la ramitas, tallos, donde el follaje había estado. En el techo ya podías detectar el más leve indicio de brisa del invierno próximo. Un avión dejaba rastro de vapor a través del cielo y me di cuenta de que el alumbrado público seguía encendido de la noche anterior.

Mi madre salió a la azotea en sus pantalones, mirando a alrededor a los invitados, y cepillando las gotas de humedad del fuego que se escapó de sus pantalones.

—Es bastante este espacio tuyo, Louisa. Podrían caber un centenar de personas aquí. —Llevaba una bolsa que contenía varias botellas de champán y la bajó cuidadosamente—. ¿Te he dicho, que creo que eres muy valiente al tener la confianza para venir aquí otra vez?

—Sigo sin creerme que te las hayas arreglado para caerte. —Observó mi hermana, que había estado rellenando las copas—. Sólo tú podrías caerte de un espacio tan grande.

—Bueno, ella estaba muy borracha, cariño. ¿Recuerdas? —Mamá se dirigió a la escalera de incendios—, ¿De dónde sacaste todo este champán, Louisa? Esto se ve horriblemente ostentoso.





—Mi jefe me las dio.

Habíamos estado haciendo el corte unas noches antes, charlando (ahora charlamos mucho, especialmente desde que había tenido a su bebé. Supe más sobre la retención de agua de la señora Percival que lo que me hubiese gustado saber). Había mencionado mis planes y Richard había desaparecido, como si no me hubiese estado escuchando. Había estado lista para atribuírselo a otro ejemplo de cómo Richard seguía siendo básicamente un poco idiota, pero cuando reemergió de las bodegas a los pocos minutos, sostenía media docena de botellas de champán.

—Toma. Sesenta por ciento de descuento. Últimas de la orden—. Me entregó la caja y se encogió de hombros—. En realidad, al demonio. Sólo tómalas, anda. Te las has ganado.

Había tartamudeado mi agradecimiento y él murmuró algo acerca de que no fue una gran cosecha y la última en la línea, pero sus oídos se habían convertido en un clavel rosa.

—Podrías intentar sonar un poco contenta de que en realidad no morí. —Le pasé a Treena una bandeja de copas.

—Oh, tengo encima esa cosa de “desearía ser hija única“desde hace años. Bueno, tal vez desde hace dos años, más o menos.

Mamá se acercó con un paquete de servilletas y habló en un susurro exagerado.

—Ahora, ¿crees que estas estarán bien?

— ¿Por qué no habrían de estarlo?

—Son los Traynors, ¿no es así? No utilizan servilletas de papel. Tendrán algunas de tela probablemente con un escudo de armas bordado en ellos o algo así.

—Mamá, han viajado a la azotea de un antiguo edificio de oficinas al este de Londres. No creo que estén esperando el servicio de plata.

—Oh. Y me traje el edredón y almohadas de repuesto de Thom. Pensé que podríamos empezar a traer más cosas cada vez que vengamos. Tengo una cita a la cual acudir después del club de la escuela mañana. —dijo Treena.





—Es maravilloso que lo tengan todo resuelto, chicas. Treena, si quieres, cuidaré de Thom por ti. Sólo házmelo saber.

Trabajamos una alrededor de la otra, arreglando vasos y platos de papel, hasta que mamá desapareció a buscar más servilletas inadecuadas. Bajé la voz para que no pudiera escuchar.

— ¿Treen? ¿Papá realmente no vendrá? —Mi hermana hizo una mueca y traté de no mirarla tan consternada como me sentía—. ¿No han mejorado?

—Espero que cuando me haya ido, tengan que hablar entre ellos. Se evaden uno al otro y hablan conmigo o con Thom la mayor parte del tiempo. Es enloquecedor. Mamá finge que no le importa que él no viniera con nosotras, pero sé que lo hace.

—Realmente pensé que él estaría aquí.

Había visto a mi madre dos veces desde el tiroteo. Había firmado para un nuevo curso —Poesía moderna inglesa— en el centro de educación para adultos y ahora había crecido nostálgica con los símbolos en todas partes. Cada hoja soplada era un signo de decrepitud inminente, todas las aves en el aire eran signos de sueños y esperanzas. Habíamos ido una vez a una lectura de poesía en vivo en el South Bank, dónde ella se sentó absorta y aplaudió dos veces en silencio y una vez en el cine, luego en los privados del lujoso hotel, donde había compartido sándwiches con Maria en dos cómodas sillas del guardarropa. En ambas ocasiones, cuando nos encontramos solas, había estado extrañamente frágil.

—Bueno, ¿no estamos teniendo un tiempo precioso? —decía en repetidas ocasiones, como si me retara a no estar de acuerdo. Y entonces ella estaría tranquila o exclamaría por el loco precio de los sándwiches en Londres.

Treena tiró del sillón frente a ella, inflando los cojines que había traído desde la planta baja.

—Es el abuelo quien me preocupa. No le gusta toda ésta tensión. Se cambia los calcetines cuatro veces al día y ha roto dos botones del control remoto por exceso de presión.

—Dios, hay algo en lo que pienso... ¿Quién tendría la custodia?





Mi hermana me miró con horror.

—No me mires a mí. —dijimos al unísono.

Fuimos interrumpidas por el primer movimiento del Círculo de Superación; Sunil y Leanne emergieron de las escaleras de hierro fundido, comentando sobre el gran tamaño de la azotea, y la inesperada y magnífica vista del este de la ciudad.

Lily llegó a las doce en punto, envolviéndome en sus brazos y dejando escapar un pequeño gruñido de felicidad.

— ¡Me *encanta* ese vestido! Te ves absolutamente preciosa.

Estaba bronceada con su cara libre y pecosa. Los diminutos pelos blanqueados de sus brazos y vestida con un vestido color azul pálido y unas sandalias de gladiador. La observé mientras miraba alrededor, claramente encantada de estar ahí de nuevo. Camilla hizo su camino lentamente por la escalera de incendios detrás de ella, enderezó su chaqueta y se acercó a mí, con una leve expresión de amonestación en su rostro.

—Pudiste haber esperado, Lily.

— ¿Por qué? No eres una persona anciana.

Camilla y yo intercambiamos miradas irónicas, y luego, casi impulsivamente, me incliné y besé su mejilla. Olía a costosas tiendas departamentales y su cabello era perfecto.

—Es maravilloso que hayas venido.

—Has mirado incluso mis plantas —Lily estaba examinando todo—. Supuse que las matarías a todas. ¡Oh y esto! Me gustan. ¿Son nuevos? —apuntó a dos macetas que había comprado en el mercado de flores la semana anterior, para decorar el techo para hoy. No había querido comprar flores cortadas, o cualquier cosa que pudiese morir.

—Son pelargonio. No querrás dejarlas aquí durante el invierno —dijo Camilla.

—Podría poner un forro polar sobre ellas. Esas macetas de terracota son demasiado pesadas para bajarlas.

—Aun así no sobrevivirán. Demasiado expuestas. —dijo Camilla.



—En realidad, Thom vendrá a vivir aquí y no estamos seguras de que estará a salvo en el techo, dado lo que me pasó a mí, así que lo cerraremos. Si quieren llevarse esas con ustedes después…

—No —dijo Lily, después de pensarlo un momento—. Vamos a dejarlas. Será agradable pensar en ello así. Como era.

Me ayudó con una mesa de caballetes y habló un poco de la escuela era feliz ahí pero estaba luchando un poco con el trabajo —y su madre, que al parecer estaba haciéndole ojitos a un arquitecto español llamado Felipe, quién había comprado la casa al lado de St. Johns Wood.

—Casi siento pena por Cara de Culo. No sabe lo que está a punto de golpearlo.

— ¿Pero tú estás bien? —le pregunté.

—Estoy bien. La vida es bastante buena. —Hizo estallar una patata frita en su boca—. La abuela me hizo ir a ver al nuevo bebé. ¿Te había dicho? —debo parecer sorprendida—. Lo sé. Pero ella dijo que alguien debía comportarse como adulto. Ella vino conmigo. Era épicamente genial. No estoy destinada a saber pero ella compró especialmente una chaqueta Jaegar. Creo que necesitaba más confianza de la que aparentaba. —Miró a Camilla, que estaba charlando con Sam en la mesa de comida—. En realidad, me sentó un poco triste por mi abuelo. Cuando él pensaba que nadie lo miraba, él mantenía su mirada en ella, como si se sintiera un poco triste por cómo resultó todo.

— ¿Y, cómo fue?

—Es un bebé. Quiero decir, todos tienen el mismo aspecto, ¿no es así? Creo que estaba comportándose de lo mejor. Fue todo como — ¿Y cómo está la escuela Lily? ¿Te gustaría fijar una fecha para venir y quedarte? ¿Y te gustaría sostener a tu tía?” Como *si eso* no sonara completamente extraño.

— ¿Vas a ir a verlos de nuevo?

—Probablemente. Están bien, supongo.

Miré a Georgina, que estaba hablando educadamente con su padre. Se echó a reír un poco demasiado fuerte. Apenas había dejado su lado desde que ella había llegado.




—Me llama dos veces a la semana para charlar de cosas, y Della sigue diciendo cómo quiere que yo y el bebé “construyamos una relación”, como si un bebé pudiera hacer más que comer, gritar y hacer popó. —Lily hizo una mueca.

Me reí.

— ¿Qué? —preguntó ella.

—Nada. Sólo que es bueno verte —le dije.

—Oh. Y te he traído algo. —Esperé mientras sacaba una cajita de su bolso y me lo entregó—. Lo vi en esa tediosa feria de antigüedades a la que la abuela me hizo ir y pensé en ti.

Abrí la caja con cuidado. En el interior, sobre el terciopelo azul oscuro, estaba un brazalete de decoración artística. Sus cuentas cilíndricas alternaban entre el negro y el ámbar. Lo tomé y lo sostuve en mi palma.

—Es un poco, ¿verdad? Pero me recordó a…

—Las medias

—Las medias. Es un agradecimiento, tu sabes, por todo. Eres la única persona a la que sabía que le gustaría. O a mí, en ese caso en aquél momento. Pero va totalmente con tu vestido.

Extendí un brazo y lo puso en mi muñeca. La giré levemente.

—Me encanta.

Ella le dio una patada a algo en el suelo con el rostro brevemente serio.

—Bueno, creo que te debo algunas joyas.

—No me debes nada.

Miré a Lily, con su nueva confianza y los ojos de su padre, y pensé en todo lo que ella me había dado sin siquiera saberlo. Entonces ella me golpeó muy fuerte en el brazo.

—De acuerdo, deja de ser rara y emocional. O realmente arruinarás mi maquillaje. Vayamos abajo y busquemos lo último de la comida. Ugh, ¿sabías que hay un poster de Transformers en mi habitación? ¿Y uno de Katy Perry? ¿Quién *demonios* te dejó tener nuevo compañero de piso?





El resto del Círculo de Superación llegó haciendo su camino con diferentes grados de temor o risa por las escaleras de hierro. Daphne subiendo al techo con fuertes exclamaciones de alivio, Fred sosteniendo su brazo, William saltando despreocupadamente en las últimas y Natasha rodando los ojos detrás de él. Los otros se detuvieron a exclamar al puñado de globos de helio blancos, flotando en la tenue luz. Marc me besó la mano y dijo que era la primera vez que algo así le había ocurrido todo el tiempo y que había estado funcionando en el grupo. Natasha y William, noté con diversión, pasaron mucho tiempo hablando a solas.

Pusimos la comida en la mesa de caballete y Jake estaba en el servicio de bar, vertiendo el champán y mirado con curiosidad completamente complacido por la responsabilidad. Él y Lily habían caminando alrededor del otro al principio, fingiendo que el otro era invisible, como adolescentes cuando están en una pequeña reunión y se es consciente que todo el mundo estará esperando que hablen entre sí.

Cuando se dirigió a él lo empujó con la mano con un momento, antes de dedicarle una lenta sonrisa.

—Una mitad de mi le gustaría que fueran amigos. La otra no puede pensar en algo más aterrador —murmuró Sam en mi oído. Deslicé mi mano en su bolsillo trasero.

—Ella es feliz.

—Es hermosa, y él acaba de romper con su novia.

— ¿Qué le pasó a vivir la vida al máximo, señor?

Dejó escapar un gruñido.

—Él está seguro. Ella estará ahora escondida en Oxfordshire durante casi todo el año.

—Nadie está a salvo con ustedes dos. — Bajó la cabeza y me besó y dejó todo lo demás desaparecer por un lujoso segundo o dos. —Me gusta ese vestido.

— ¿No es demasiado frívolo? —Extendí los pliegues de la falda a rayas. Esta parte de Londres estaba lleno de tiendas vintage. Había pasado el sábado anterior perdido en los carriles de sedas y plumas antiguas.




—Me gustas frívola. Aunque estoy un poco triste que no estás vistiendo esa sexy prenda — Dio un paso detrás de mí cuando mi madre se acercó, llevando otro paquete de servilletas de papel.

— ¿Cómo estás, Sam? ¿Todavía está perfecta tu curación? —Ella había visitado a Sam dos veces en el hospital. Ella se había preocupado por la difícil situación de las personas que cocinaban en el hospital y por eso le llevó salchichas caseras y sándwiches de huevo con mayonesa.

—Todo bien, gracias.

— ¿No has hecho demasiado hoy? No te preocupes. Las chicas y yo podemos manejarlo muy bien.

—Deberíamos empezar —dije.

Mamá volvió a mirar su reloj, y luego escanea la terraza.

— ¿Podemos darle otros cinco minutos? ¿Podrías asegúrate que todo el mundo tenga algo de beber?

Su sonrisa - fija y demasiado brillante - era desgarrador. Sam vio. Dio un paso adelante y se la llevó del brazo.

—Josie, ¿crees que podrías mostrarme dónde has puesto las ensaladas? Acabo de recordar que no las he traído de allá abajo

— ¿Dónde está ella?

Una oleada pasó por la pequeña multitud junto a la mesa. Giramos hacia la voz que grita.

—Jesucristo, ¿es realmente aquí arriba, o es Thommo que me enviaba en otra búsqueda inútil?

— ¡Bernard! —Mi madre dejó las servilletas.

Apareció el rostro de mi padre encima del parapeto, escaneando la terraza. Él subió el último de los peldaños de hierro mientras inspeccionaba la vista. Una fina película de sudor brillaba en su frente.

— ¿Por qué estás aquí?

— ¡Bernard!

—No es una iglesia, Josie. Y tengo un mensaje importante.



Mamá miró a su alrededor.

—Bernard. Ahora no es…

—Y mi mensaje es… *éste*.

Mi padre se inclinó y con exagerado cuidado levantó las piernas jalando su pantalón. Primero a la izquierda, y luego a la derecha. Desde mi posición en el otro lado del tanque de agua pude ver que sus pantorrillas estaban pálidas y débilmente con manchas. La terraza estaba en silencio. Todo el mundo nos miraba. Él extendió una pierna.

—Suave como la parte trasera de un bebé. Vamos, Josie, ellos lo saben.

Mi madre dio un paso adelante y se inclinó nerviosa, deslizando sus dedos por la espinilla de mi padre. Ella acarició su mano alrededor de ella.

—Me dijiste que me tomarías en serio si yo tenía mis piernas depiladas. Bueno, aquí está. Lo he hecho.

Mi madre lo miró con incredulidad.

— ¿Te depilaste las *piernas*?

—Lo hice. Y si hubiera tenido alguna idea de lo que es ese dolor, amor, hubiera mantenido mi estúpida boca cerrada. — ¿Qué clase de tortura es ésta? ¿Quién demonios piensa *que* es una buena idea?

—Bernard…

—No me importa. He pasado por el infierno, Josie. Pero me gustaría hacerlo de nuevo si esto significa que podemos intentarlo de nuevo. Te echo de menos. *Mucho*. No me importa si quieres hacer un centenar de cursos de la universidad — la política feminista, los estudios de Medio Oriente, macramé para los perros, lo que sea - siempre y cuando estamos juntos. Y para probarte exactamente lo lejos que iría por ti, yo mismo he reservado de nuevo la próxima semana, irnos de paseo y, ¿Qué es esto?

—Crack —dijo mi hermana, infelizmente.

—Oh, Dios — La mano de mi madre voló a su cuello.

A mi lado Sam había comenzado a temblar en silencio.

—Detenlos —murmuró. —Van a reventar mis puntos de sutura.

—Haría lo que fuera por ti.

—Oh, Bernard.

—Para que veas, Josie. Lo desesperado que estoy.

—Y esta es la razón por la que en nuestra familia no existe el romance —murmuró Treena.

— ¿Qué es un crack, espalda y cera? — preguntó Thomas.

—Oh, amor, extrañaba tus huesos... —Mi madre puso sus brazos alrededor del cuello de mi padre y lo besó. El alivio en su rostro era casi palpable. Hundió la cabeza en su hombro y luego la besó de nuevo, su oído, su cabello, sosteniendo sus manos, como un niño pequeño.

—Tonto — dijo Thomas.

—Así que no tengo que hacer el…

Mi madre acarició la mejilla de mi padre.

—Vamos a cancelar su cita primero.

Mi padre estaba visiblemente relajado.

—Bueno — dije , cuando la conmoción se había calmado , y fue claro desde Camilla Traynor de tez blanquecina que Lily le había explicado exactamente lo que mi padre había planeado para ser mejor en el nombre del amor: Yo creo que debemos hacer una última comprobación de todo el mundo , y luego tal vez ... ¿deberíamos empezar?

Lo que con la alegría durante gran gesto de papá, el cambio de pañales explosivo del bebé Traynor, y la revelación de que Thomas había estado lanzando sándwiches de huevo al balcón del Sr. Antony Gardiner, fueron otros veinte minutos antes de que la terraza se quedara en silencio. En medio de algunos murmullos y carraspeos, Marc entró en el centro. Era más alto de lo que yo había pensado —Yo sólo lo había visto sentado.

—Bienvenidos todos. En primer lugar, me gustaría dar las gracias a Louisa por ofrecernos este espacio precioso para nuestra ceremonia. Hay algo más apropiado que estar mucho más cerca de los cielos…— hizo una pausa para la risa. —Se trata de una ceremonia final inusual para nosotros - por primera vez tenemos algunas caras aquí que no son parte del grupo…




pero creo que es un lugar precioso para abrirse y celebrar entre amigos. Aquí todo el mundo sabe lo que se siente el haber amado y perdido. Así que todos somos miembros de honor del grupo éste día.

Jake se puso de pie al lado de su padre, un hombre de pelo rubio pecoso, que, por desgracia, no pude mirar sin imaginármelo llorar después del coito. Ahora él se acercó y acercó suavemente a su hijo contra él.

Jake me llamó la atención. Pero él sonrió.

—Me gusta decir que aunque nos llaman el Círculo de Superación, ninguno de nosotros se mueve sin mirar hacia atrás. Nos movemos siempre llevando con nosotros los que hemos perdido. Lo que pretendemos hacer en nuestro pequeño grupo es asegurar que la realización de ellos no es una carga que parece imposible de soportar, mantener un peso sin quedarnos atrapados en el mismo lugar. Queremos que su presencia se sienta como un regalo.

—Y lo que aprendemos a través de compartir nuestros recuerdos, nuestras tristezas y nuestras pequeñas victorias con otros es que es normal sentirse triste. Perdidos. O enojados. Está bien sentir toda una serie de cosas que otras personas no entiendan, a menudo durante mucho tiempo. Todo el mundo tiene su propio viaje. No juzgamos.

—Excepto las galletas, — murmuró Fred. —Yo juzgo esos tés ricos. Fueron impactantes.

—Y eso es imposible, es mi primer sentimiento ,a cada uno le llega un punto donde podamos regocijarnos con el hecho de que cada persona con la que hemos discutido, llorado y entristecido estuvieron aquí, caminando entre nosotros , y si estuvieron con nosotros durante seis meses o más de 60 años, tuvimos la suerte de contar con ellos. — Él asintió con la cabeza. —Tuvimos la suerte de tenerlos.

Miré a mi alrededor las caras que yo había cogido cariño, embelesada con atención, y pensé en Will. Cerré mis ojos y recordé su rostro, su sonrisa y su risa, y el pensamiento de lo que amarlo me había costado, pero sobre todo de lo que él me había enseñado.

Marc miró a nuestro pequeño grupo. Daphne secó sorpresivamente en la esquina de su ojo.

—Así que lo que solemos hacer ahora es simplemente decir unas palabras reconociendo donde estamos. No tiene que ser mucho. Es solo un cierre de una puerta en este pedacito de tu viaje. Y nadie tiene que hacerlo, pero si lo hace, puede ser una cosa buena.

El grupo intercambió tímidas sonrisas y, en pocas palabras, parecía que nadie iba a decir nada. Entonces Fred intensificó. Se ajustó el pañuelo en el bolsillo de la chaqueta y se enderezó un poco.

—Yo sólo quiero decir gracias, Jilly. Fuiste una mujer sensacional y yo fui un hombre de treinta y ocho años afortunado. Te extrañaré todos los días, cariño.

Dio un paso atrás, un poco torpemente, y Daphne le dijo:

—Muy bonito, Fred. —Se ajustó la bufanda de seda, y luego dio un paso hacia adelante también. —Yo sólo quería decir... Lo siento. Para Alan. Fuiste un hombre tan amable, y me hubiera gustado haber podido ser honesto acerca de todo. Ojalá hubiera podido ayudarte. Deseo… bueno, espero que estés bien y que… de que aquí tienes una buena amiga, donde quiera que estés.

Fred palmeó el brazo de Daphne,

Jake se frotó la parte posterior de su cuello, y luego dio un paso adelante, sonrojándose, y se enfrentó a su padre.

—Nosotros dos te echamos de menos, Mamá. Pero estamos llegando a ese punto. No quiero que te preocupes ni nada. —Cuando terminó su padre lo abrazó, besando la parte superior de la cabeza y parpadeó con fuerza. Él y Sam intercambiaron pequeñas sonrisas de entendimiento.

Leanne y Sunil seguidos, cada uno diciendo algunas palabras, fijando sus ojos en el cielo para ocultar incómodas lágrimas o asintiendo en silencio el uno al otro.

William dio un paso adelante y silenciosamente colocó una rosa blanca a sus pies. Inusualmente corto de palabras, miró hacia abajo a brevemente, con el rostro impasible, luego dio un paso atrás. Natasha le dio un pequeño abrazo, y dobla sus brazos sobre su pecho.

Marc me miró, y sentí la mano de Sam cerca alrededor de la mía. Le sonreí y sacudí la cabeza.



—Yo no. Pero a Lily le gustaría decir unas pocas palabras, si eso está bien.

Lily estaba masticando su labio mientras llegaba al centro. Ella miró hacia abajo en un pedazo de papel en el que ella había escrito.

—Um, le pregunté a Louisa si podía hacer esto a pesar de que, ya saben, no soy un miembro de su grupo. Yo no conocí a mi padre y no pude despedirme de él en su funeral y pensé que sería bueno decir algunas palabras ahora que en cierto modo siento que lo conozco un poco mejor. —Ella dio una sonrisa nerviosa, y empujó un mechón de pelo de su cara. —Así que. Will... papá. Cuando me enteré de que eras mi verdadero padre, voy a ser honesta, estaba un poco asustada. Yo esperaba que mi verdadero padre fuera un apuesto hombre sabio, quién querría enseñarme cosas y me protegiera, que me llevara de viajes para mostrarme lugares increíbles que él amaba. Aunque de hecho, me dijeron que era un hombre enojado en una silla de ruedas que, ya saben, se suicidó. Pero gracias a Lou y a su familia, en los últimos meses he llegado a entender un poco mejor.

—Voy a estar siempre triste y tal vez incluso un poco enojada porque nunca llegué a conocerte, pero ahora quiero decir gracias a ti también. Me diste mucho, sin saberlo. Creo que soy como tú en buenos modales… y probablemente algunos no tan buenos. Me diste los ojos azules y mi color de pelo y el hecho de que creo que…

—Marmite es repugnante y la capacidad de hacer pistas negras y... Bueno, al parecer, también me dio una cierta cantidad de mal humor… esa es la opinión de otras personas. No la mía.

Había un pequeño murmullo de risas.

—Pero sobre todo me diste una familia que no sabía que tenía. Y eso está bien. Porque, para ser honesta, no estaba muy bien antes de que todos se presentaran. — Su sonrisa vaciló.

—Estamos muy contentos porque apareciste, —Georgina exclamó.

Sentí los dedos de Sam apretar los míos. Él no estaba destinado a estar de pie tanto tiempo, pero como de costumbre, se negó a sentarse. *No soy una maldita inválida.* Dejé que mi cabeza reposara contra él, luchando contra el nudo que se había subido a mi garganta.




—Gracias, G. Así que, um, Will... Papá, yo no voy a seguir y seguir, porque los discursos son aburridos y también porque el bebé va a empezar a lamentarse en cualquier momento, lo que haría totalmente difícil el momento. Pero yo sólo quería decir gracias, de tu hija, y que yo... te amo y siempre me vas a hacer falta, y espero que estés mirando hacia abajo, y puedas verme, y te alegres. De que existo. Porque mientras yo viva, tú seguirás entre nosotros, ¿cierto? — La voz de Lily se quebró y sus ojos se llenaron de lágrimas. Su mirada se deslizó hacia Camilla, quien dio una pequeña inclinación de cabeza. Lily olfateó, y levantó la barbilla.

—Pensé que tal vez ahora ¿sería un buen momento para todos liberar sus globos?

Hubo una liberación apenas perceptible de la respiración, a pocos pasos. Detrás de mí el puñado de miembros del Círculo de Superación murmuraron entre sí, balanceándose suavemente para formar una cadena.

Lily fue la primera en dar un paso adelante, sosteniendo su globo de helio blanco. Ella alzó su brazo, entonces, como una ocurrencia tardía, recogió una diminuta figura azul aciano de una de sus ollas, y empató con cuidado para la cadena.

Entonces ella levantó la mano y, después de la vacilación breve, lanzó el globo.

Vi a Steven Traynor seguir, veía a Della y la tomaba del brazo. Camilla lanzó su globo, entonces Fred, Sunil, a continuación, Georgina, su brazo junto al de su madre. Mi madre, Treena, papá, sonándose la nariz ruidosamente en su pañuelo, y Sam. Nos quedamos en silencio en el techo y vimos como navegan hacia arriba, uno por uno en el claro cielo azul, haciéndose más y más pequeños hasta que estuvieron en algún lugar infinito, invisible.

Dejé ir mi globo.





CAPÍTULO 30

El hombre con la playera color salmón estaba con su cuarto pastel Danés, colocando grandes pedazos helados en su boca abierta con sus dedos rechonchos, y bebiendo de vez en cuando para bajarlo con un poco de cerveza fría. —El desayuno de campeones, —murmuró Vera, mientras caminaba a un lado mío con una bandeja de vasos y hacía un sonido de atragantarse. Sentí una reflexiva gratitud de que ya no estuviera en cargo de los caballeros.

—Entonces, ¡Lou! ¿Qué es lo que un hombre debe de hacer para obtener algo de servicio por aquí? —Mi papá se había colocado a una corta distancia en un taburete y estaba inclinado sobre el bar examinando las diferentes cervezas. — ¿Necesito mostrar un boleto de viaje para comprar una bebida?

—Papá…

— ¿Un viaje rápido a Alicante? ¿Qué piensas tú, Josie? ¿Demasiado elegante?

Mi madre lo empujó. —Deberíamos buscar eso este año. De verdad deberíamos.

—Sabes, no es un mal lugar el sitio este. Una vez que superas la loca idea de que niños están siendo permitidos entrar a un bar real. —Papá se encogió de hombros y miró detrás de él a donde una joven familia, cuyo vuelo se había retrasado evidentemente, tenía regada una mezcla de Lego y pasas por toda la mesa mientras ellos tomaban dos cafés. —Entonces ¿Qué es lo que recomiendas, eh cariño? ¿Qué es bueno para este viejo corazón?

Miré a Richard, quien se estaba acercando con su tableta. —Todo es bueno, papá.

—Excepto esos trajes, —dijo mamá, viendo la demasiada corta falda Lurex verde de Vera.




—Oficina principal —dijo Richard, quien ya había tenido dos conversaciones con mi madre sobre la objetividad de las mujeres en el lugar de trabajo. —Nada que ver conmigo.

— ¿Tienes algo fuerte aquí, Richard?

—Tenemos Murphy, Sr. Clark. Es muy parecido al Guiness, aunque no diría que igual de puro.

—No soy tan puro, hijo. Si está mojado y dice "cerveza" en la botella servirá para mí.

Papá apretó sus labios en aprobación y el vaso fue colocado frente a él. Mi madre aceptó café con su voz "sociable. La usaba casi en todos lados en Londres ahora, como un dignatario de visita haciendo un recorrido alrededor de la línea de producción: *Entonces, eso es un lah-tay*[39] *¿cierto? Bueno, simplemente se ve encantador. Y que máquina tan inteligente.*

Mi padre palmeó el taburete a un lado de ella. —Ven y siéntate Lou. Vamos. Déjame comprarle una bebida a mi hija.

Miré hacia Richard.

—Tomaré café, papá, —dije— Gracias.

Nos sentamos en el bar en silencio, mientras Richard nos servía, y mi padre me hacía sentir como en casa como siempre hacía en cada bar en el que se sentaba, asintiendo y saludando a los clientes, acomodándose en su asiento como si fuera su sillón favorito. Era como si la presencia de una fila de mirones y una dura superficie en la cual descansar sus codos creara un instantáneo hogar espiritual. Y como todas las veces se mantuvo a centímetros de mi madre, palmeando su pierna apreciativamente o sosteniendo su mano. Ellos raramente se alejaban el uno del otro, estos días, sus cabezas presionadas juntas, riendo como adolescentes. Era totalmente repugnante de acuerdo con mi hermana. Ella me dijo que antes de que se fuera a trabajar que casi lo prefería a cuando no estaban hablando.

—Tuve que dormir con tapones para los oídos el sábado pasado. ¿Puedes imaginar el horror? El abuelo se veía algo blanco en el desayuno.

---

[39]La manera de hacer figuras con leche sobre el café.





Fuera, un pequeño avión de pasajeros desaceleraba en la pista y se dirigía hacia la terminar, un hombre con una chamarra brillante ondeaba unas paletas para guiarlo dentro. Mi mamá se sentó, su bolso colocado en su regazo, y lo miró.

—Thom habría amado esto, —dijo— ¿Verdad que sí, Bernard? Apuesto a que se pararía en esa ventana todo el día.

—Bueno, él puede venir ahora, no, ¿ahora que está del otro lado de la carretera? Treena podría traerlo aquí el fin de semana. Podría venir también si la cerveza es buena.

—Es adorable lo que has hecho, dejándolo venir y quedarse en su departamento. —Mamá miró el avión desaparecer de la vista. —Sabes que esto hará toda la diferencia con Treena, con ella comenzando a ganar dinero y todo.

—Bueno. Tiene sentido.

—Por mucho que los extrañemos, sabemos que no pueden vivir con nosotros por siempre. Sé que ella lo aprecia, querida. Incluso si no siempre lo demuestra.

Realmente no me importaba que no lo demostrara. Me había dado cuenta de algo al momento en que ella y Thom entraron por mi puerta principal con sus maletas de pertenencias y posters, papá detrás de ellos cargando la caja de plástico de los Predacons y Autobots favoritos de Thom. Fue exactamente en ese punto que finalmente me sentí bien con el departamento que el dinero de Will había pagado.

— ¿Louisa te mencionó que su hermana se está mudando aquí Richard? —mi madre ahora operaba en la base de que casi todos los que conocía en Londres eran sus amigos, y junto con eso que tenían las ganas de escuchar todos los sucesos en la familia Clark. Ella había pasado diez minutos esta mañana asesorando a Richard sobre la mastitis de su esposa, y no podía ver ninguna razón del porque ella no podía aparecerse y ver a su bebé. Aunque, Maria la de las toallas del hotel iba a ir a tomar el té a Stortfold en dos semanas, con su hija, por lo que ella no estaba completamente equivocada. —Nuestra Katrina es una chica increíble. Inteligente como un látigo. Si alguna vez necesitas ayuda con tus cuentas, ella es tu mujer.




—Tendré eso en mente. —La mirada de Richard encontró la mía y la movió lejos.

Miré al reloj. Cuarto para las doce. Algo dentro de mí revoloteo.

— ¿Estás bien cielo?

Tenías que concederle eso. A mi madre nunca se le escapaba nada.

—Estoy bien mama.

Ella apretó mi mano. —Estoy tan orgullosa de ti. Sabes eso ¿verdad? Todo lo que has logrado estos meses. Sé que no ha sido fácil. —Y entonces señaló. — ¡Oh mira! Sabría que vendría. Aquí tienes, querida. ¡Es él!

Y ahí estaba. Una cabeza más alta que todos los demás, y caminando un poco tentativamente a través de la multitud, su brazo colocado ligeramente frente a él, como si incluso ahora fuera cauteloso de que alguien tropezara con él. Yo lo vi antes que él a mí, y mi cara se rompió en una espontánea sonrisa. Lo saludé vigorosamente, y me vio, y asintió. Cuando me giré hacia mi madre ella me estaba viendo, una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—Ese es uno bueno.

—Lo sé.

Me miró por más tiempo, su cara una mezcla de orgullo y algo un poco más complicado. Palmeó mi mano.

—Bien, —dijo saltando del taburete. —Momento de que tengas tus aventuras.

Dejé a mis padres en el bar. Era mejor de esta manera. Era difícil ponerme emocionar frente al hombre que le gustaba citar secciones del manual directivo para LOLs. Sam tuvo una breve charla con mis padres, mi padre seguía haciendo un sonido ocasional como *nee-naw*, y Richard preguntó por las heridas de Sam quien rio nerviosamente cuando mi padre menciono que al menos lo había hecho mejor que mi último novio. Le tomó tres intentos de papá para convencer a Richard de que, no, no estaba bromeando sobre Dignitas, y al terriblemente triste negocio que había sido todo eso. Ese tal vez había sido el punto en el que Richard decidió que de hecho estaba algo agradecido que me estaba yendo.





Me desprendí del abrazó de mi madre y caminamos hacia el área de arribos en silencio, mi brazo entrelazado con el de Sam, tratando de ignorar el hecho de que mi corazón estaba tronando y que mis padres probablemente seguían mirándome. Me giré hacia Sam, ligeramente en pánico. Pensé que tendríamos más tiempo.

Miró a su reloj y después al panel de salidas. —Ellos están anunciando tu vuelo. —Me tendió mi maleta de ruedas. La tomé y traté de sonreír.

—Buen atuendo de viaje.

Miré hacia abajo a mi camisa con estampado de leopardo, y a los lentes Jackie O que había colocado en mi bolso de arriba. —Me fui por la vibra de viaje de 1970.

—Es un buen atuendo. Para una viajera.

—Entonces, —dije—. Te veré en cuatro semanas… Dicen que Nueva York es lindo en otoño.

—Será lindo donde sea. —Sacudió su cabeza. —Jesús. "Lindo". Odio la palabra "lindo".

Miré abajo hacia nuestras manos, las cuales estaba entrelazadas. Me encontré mirándolas, como si tratara de memorizar como se él se sentía contra mí, como si hubiera olvidado estudiar para un examen que iba a tener pronto. Un pánico extrañó estaba girando dentro de mí, y creo que él lo sintió porque apretó mis dedos.

— ¿Tienes todo? —Asintió hacia mi otra mano. — ¿Pasaporte? ¿Visa? ¿Dirección de dónde vas a ir?

—Nathan va a encontrarse conmigo en el JKF[40]

No quería dejarlo ir. Me sentía como un imán que salió mal, siendo jalado entre dos polos. Me hice a un lado mientras las otras parejas caminaban hacia la zona de arribo juntas, hacia sus aventuras, o siendo extraídos llorosos de los brazos de cada uno.

Él estaba mirando también. Se separó de mí gentilmente, y besó mis dedos antes de dejar ir mi mano. —Hora de irse, —dijo. Tenía un millón de cosas por decir y no sabía cómo decir ninguna. Di un paso hacia adelante y

[40]Aeropuerto Internacional de John F. Kennedy.





lo besé, como las personas besan en los aeropuertos, llena de amor y desesperación por quedarse, besos que deberían guardarse en recipientes para los días, las semanas, los meses que venían. Con ese beso, traté de decirle la enormidad de lo que significaba para mí. Traté de mostrarle que era la respuesta a una pregunta que no sabía que había estado preguntado. Traté de agradecerle por quererme por ser yo, más de lo que quería que me quedara.

En realidad probablemente le dije que había bebido dos cafés grandes sin lavarme los dientes.

—Cuídate —dije. —No te apresures cuando vayas al trabajo. Y no hagas nada de construcción.

—Mi hermano va a venir para llevarme a la construcción mañana.

—Y si vas no te lastimes. Eres una completa mierda en lo de no ser disparado.

—Lou voy a estar bien.

—Hablo enserio. Le mandaré un correo a Donna cuando llegue a Nueva York y le diré que la haré personalmente responsable si te pasa cualquier cosa. O tal vez solo le diré a tu jefe que te ponga en trabajo de escritorio. O que te mande a una verdaderamente aburrida estación en el norte de Norfolk. O tal vez que te haga usar ropa antibalas. ¿Han pensado en traer ropa antibalas? Apuesto que podría comprarte una buena en Nueva York si…

—Louisa. —Puso un mechón de cabello lejos de mis ojos. Sentí mi cara arrugarse. La coloqué contra la suya y apreté mi mandíbula respirando su esencia, tratando de embotellar algo de esa solidez dentro de mí. Y entonces, antes de que pudiera cambiar de opinión dejé salir un estrangulado “Adiós” que tal vez había sido un sollozo o una tos o una estúpida media risa, no estaba segura de poder decirlo. Y me giré y caminé enérgicamente hacia la seguridad, jalando mi maleta detrás de mí antes de que pudiera cambiar de opinión.

Mostré el nuevo pasaporte, la visa que era mi llave para mi futuro hacia el oficial uniformado cuya cara apenas pude ver a través de mis lágrimas. Y entonces avancé, casi con impulso me giré sobre mis pies. Ahí estaba él, de pie contra la barrera aun mirando. Entrelazamos miradas, y alzó su mano, su

palma abierta, y yo alcé la mía en respuesta. Guardé esa imagen suya en mi imaginación, la manera en que se inclinaba hacia adelante, la luz en su cabello, la manera firme en que siempre me miraba, algo en lo que pudiera pensar en los días solitarios. Porque habría días solitarios. Y días malos. Y días en los que me preguntaría a qué demonios había acordado a ser parte. Porque esa era parte de la aventura también.

Te amo. Vocalicé, sin estar segura de que pudiera ver las palabras desde ahí.

Y entonces, sosteniendo mi pasaporte fuertemente en mi mano, me giré.

Él estaría ahí, viendo mientras mi avión tomaba velocidad y se alzaba más allá del gran cielo azul.

Y con suerte, estaría ahí, esperando, cuando regresara a casa de nuevo.



AGRADECIMIENTOS

La traducción de «After You» fue hecha por un grupo de fans (Bumblebees) del primer libro, «Yo antes de ti»

Agradecemos a todas las chicas que colaboraron como traductoras y correctoras. Todas pasaron por una evaluación y fueron aceptadas para unirse a este gran proyecto que fue organizado por la fanpage de Facebook /Yoantesdetii.

A cada una de ellas (sus nombres ya aparecen al principio) ¡GRACIAS! Por su tiempo, dedicación y disposición. Igualmente a las que nos dejaron antes de terminar, se les agradece.

Disfruten del libro que con mucho amor traducimos para ustedes, Bumblebees. Y por favor, cómprenlo si les gustó y ayuden a Jojo.





